



J. KENNER

♥ QUERÍA
OLVIDARTE

NOCHES INOLVIDABLES, II

Grijalbo

J. KENNER

Quería olvidarte

Traducción de
Ana Isabel Domínguez Palomo
y M.^a del Mar Rodríguez Barrena

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks

@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para Don,
que estuvo en las trincheras.*

*Y para Laura y Natasha,
que siempre me cubrieron las espaldas.*

Prólogo

Parecía el plan perfecto. Llevarme a un tío a la cama. Dejar que me tocara. Dejar que me follara.

¿Por qué no?

Al fin y al cabo, estaba desesperada. Y ya sabes lo que dicen sobre las épocas de desesperación.

Además, tampoco es que fuera a enamorarme de uno de mis clientes. No soy una de esas repipis a las que conquistan con una palabra amable o una caricia tierna.

A mí no me conquista nadie. Ningún hombre. Ninguna persona.

Me han jodido demasiadas veces. Y si me van a joder otra vez, más me vale sacarle algún beneficio.

Eso fue lo que pensé, la verdad.

Hasta que abrió la puerta y vi ese rostro tan atractivo y esos ojos atormentados. Unos ojos que insinuaban secretos casi tan dolorosos como los míos.

Me acarició... y, pese a todas mis defensas, me conquistó.

Y ahora...

Bueno, ahora solo espero que cuando me caiga no me rompa en mil pedazos. Y que, si ocurre, él esté ahí para recogerme.

El sol poniente lanzaba un cálido brillo sobre Hollywood Hills mientras las camareras casi desnudas se movían entre la multitud con bandejas llenas de coloridos chupitos en probetas. O, para los invitados más tradicionales, con copas altas de vodka y bourbon de primera calidad.

El alcohol corría, los invitados se reían y cotilleaban, el grupo de moda de Los Ángeles amenazaba con echar la casa abajo y los periodistas especializados en el mundo del espectáculo hacían fotos y grababan vídeos, que luego compartían en las redes sociales.

En otras palabras, la elegante fiesta en el Reach, la nueva terraza de moda, era el evento publicitario perfecto.

Por supuesto, el objetivo era anunciar oficialmente que Lyle Tarpin, una de las estrellas más fulgurantes del momento, se había unido al reparto de *M. Sterious*, la nueva entrega de la popular franquicia de películas de acción, *Blue Zenith*, que se estrenaría al año siguiente.

El guion era muy bueno y la acción, trepidante; y Lyle no terminaba de creerse que lo hubieran contratado para el papel, mucho menos que fuera a interpretar a M., el antihéroe con un trauma emocional que le daba título a la película.

Era un papel que podría catapultarlo desde los primeros puestos de la lista hasta lo más alto, convirtiéndolo en una megaestrella con capacidad de escoger entre los mejores papeles y con el sueldo multimillonario con el que soñaba cuando emprendió su andadura por Hollywood.

En resumen, se trataba de una oportunidad que no pensaba desperdiciar.

Razón por la cual se obligó a no poner mala cara y a darse media vuelta cuando Frannie lo miró a los ojos y le sonrió. La vio echar la cabeza hacia atrás, de modo que sus rizos cobrizos se mecieron mientras se acercaba a él, con un vestido de lentejuelas que dejaba a la vista unas piernas kilométricas y rematadas por unas sandalias de tiras que, a su vez, dejaban a la vista una pedicura perfecta.

Francesca Muratti, una de las estrellas de Hollywood más rentables, iba a interpretar a la pareja romántica de Lyle, una agente de *Blue Zenith* que alejaba a M. de sus malos hábitos y lo reclutaba para luchar por la justicia, salvándolo y, con suerte, añadiendo un nuevo héroe a la franquicia.

—Hola, guapo —le dijo al tiempo que le echaba los brazos al cuello y se pegaba a él. Frannie tenía reputación de ser muy díscola y de acostarse con casi todos sus coprotagonistas masculinos, y no había ocultado que quería que Lyle se uniera a esa fraternidad.

La verdad, él no sabía si era insegura, estaba cachonda o simplemente era una actriz de método. Solo sabía que no le interesaba. Algo que, teniendo en cuenta el daño que podía hacerle una Francesca cabreada a su carrera profesional, era más que inconveniente.

—Bésame como si quisieras hacerlo —susurró ella antes de inclinarse, preparada para convertir la orden en realidad, pero Lyle echó la cabeza hacia atrás y le tomó la barbilla con una mano, sujetándola mientras ella lo fulminaba con la mirada.

—Expectación, Frannie. —Se inclinó hacia ella, que se estremeció al sentir su aliento en el oído cuando le habló—. Si les damos ya lo que quieren, ¿para qué van a ir a ver la película?

—A la mierda los fans —susurró ella al tiempo que bajaba una mano para acariciarle el paquete—. Esto es lo que quiero.

Y, joder, Lyle se dio cuenta de que empezaba a ponerse dura. No porque la deseara, sino en respuesta a una necesidad mucho más familiar y básica. Una habitación a oscuras. Una mujer dispuesta. Y solo una vez, con tanta fuerza y pasión que acabaría agotado. Que calmaría la culpa y el dolor que sentía. Que silenciaría los fantasmas de su pasado, el horror de sus errores.

Tanta que aguantaría hasta la siguiente vez. La siguiente mujer.

Y tal vez, si tenía suerte, resquebrajaría un poco el muro que había construido alrededor de su corazón.

La cabeza le daba mil vueltas y se imaginó la sensación de la delicada piel de una mujer bajo los dedos. Una mujer que no lo miraría con los ojos de Jennifer. Que no le recordaría el lugar del que había huido ni lo que había hecho. Una mujer que se entregaría a él. A quien le darían igual sus defectos mientras él se dejaba arrastrar, con fuerza y pasión, desesperado, hacia la salvaje y oscura bendición del anonimato.

—Mmm, no sé, Lyle —susurró Frannie con la mano pegada a su erección—. Aquí tengo la prueba de que nuestra química en la pantalla es real. Si me das la oportunidad, seguro que podemos izar la bandera de verdad.

—Me caes bien, Frannie —le dijo mientras retrocedía un paso maldiciéndose por haber cedido a la fantasía—. Pero no vamos a follar.

A juzgar por el brillo que vio en sus ojos, estaba seguro de que su famoso genio estaba a punto de estallar, pero en ese momento se acercó a ellos un editor de *Variety* y Frannie adoptó una actitud encantadora.

Lyle se quedó lo justo para saludar al hombre y contestar unas preguntas sobre el papel, pero cuando la conversación pasó a tratar el tema de la nueva promoción de Frannie, se escapó.

Cogió un bourbon de una camarera que pasaba por allí y se bebió un sorbo mientras cruzaba la terraza hasta la barandilla. No le gustaban las alturas, y por eso precisamente las buscaba. Joder, ese era el motivo de que su apartamento estuviera en el piso treinta de un rascacielos de Century

City y de que se hubiera pasado incontables horas sacándose la licencia de piloto. Cuando algo lo molestaba, lo conquistaba; no sucumbía.

Y ese era en parte el motivo de que toda esa gilipollez con Frannie lo irritase tanto.

—Nunca me has parecido un idiota.

Lyle reconoció esa voz ronca y femenina y se volvió para mirar a su agente, Evelyn Dodge. Era una mujer atractiva de cincuenta y tantos años y llevaba en el negocio desde siempre; conocía a todo aquel que merecía la pena conocer y era más dura que el granito. Además, no se dejaba amedrentar por nadie.

Lyle la miró en un intento por averiguar qué estaba pensando. No hubo suerte. Su agente se mostraba completamente inexpresiva. Algo bueno para las negociaciones de contratos. No tanto cuando era él quien intentaba sonsacarle algo.

—Esa chica tiene más poder de lo que te crees —añadió ella al ver que guardaba silencio—. ¿Quieres montarte en un expreso hacia un pozo sin fondo? Porque la parada de salida es la guapa de tu coprotagonista. Como cabrees a Frannie, Garreth Todd interpretará a M. y tú tendrás suerte si protagonizas algún anuncio de coches usados en un canal local.

—Gracias por hablarme sin rodeos —replicó con sorna.

—¿Crees que exagero? Creía que diferenciabas tu culo de un agujero en la pared. ¿O te he malinterpretado todo este tiempo?

—Por Dios, Evelyn. No soy un ingenuo. Pero no me voy a acostar con Frannie solo para que las cosas en el rodaje vayan bien. ¿Me estás diciendo que debería hacerlo?

—Joder, no, Iowa —contestó ella, llamándolo por el nombre del estado donde había nacido Lyle—. Solo te digo que tienes que ser listo. Mientras sigas soltero y sin compromiso, no va a dejarlo estar. —Suspiró—. Has trabajado muy duro para llegar hasta aquí y estás volando alto. Pero deja que te recuerde, por si te crees invencible, que, cuanto más alto estás, más dolorosa es la caída cuando regresas a la tierra.

—No voy a meter la pata, Evelyn.

—No conoces a Frannie tan bien como yo. Ha destruido carreras más sólidas que la tuya... Y eso fue antes de que tuviera una bonita estatuilla dorada en la estantería.

«Joder», pensó mientras se pasaba los dedos por el pelo.

—¿Cuánto tiempo llevamos trabajando juntos? —le preguntó, aunque era evidente que no esperaba una respuesta—. ¿Dos años? ¿Tres? Y ni una sola vez en todo este tiempo te he visto salir con una mujer. En alguna que otra ocasión has ido acompañado a alguna fiesta, pero lo normal es que vayas solo.

—¿A qué coño viene esto, Evelyn? —Sabía que había sonado a la defensiva, pero Evelyn estaba a punto de tocar unos botones que él no quería que nadie tocara, y de asomarse a rincones oscuros que era mejor dejar en la sombra.

—Me dijiste una vez que no eras gay y me parece bien. Hay miles de adolescentes en todo el país durmiendo más tranquilas porque saben que estás en el mercado.

—¿Me quieres decir algo con todo esto? —Intentó, sin conseguirlo, que no se le notara la irritación.

Evelyn lo miró con los ojos entrecerrados.

—Solo digo que si tienes una novia escondida en el ático por alguna parte es el momento de desempolvarla y sacarla. Porque aquí la buena de Frannie es como un perro con un hueso. Un perro muy mimado y acicalado, con unos dientes que hacen mucho daño cuando no se sale con la suya. Pero no toca a hombres casados.

—¿Y qué me estás diciendo? ¿Se supone que tengo que irme a Las Vegas y casarme con una bailarina?

—Solo te digo que seas listo. Y si tienes de verdad una novia oculta por ahí, que te acompañe a alguna que otra fiesta. Y si no la tienes, búscatela.

—Qué gilipollez —replicó en voz baja—. Pero lo tendré en cuenta.

—Bien. Ahora vamos a socializar.

Con un suspiro, Lyle echó un vistazo a la terraza. Al inagotable flujo de alcohol y canapés que repartían las camareras, ataviadas con unos modelitos demasiado escuetos para ser decentes, pero que cubrían demasiado para ser obscenos. A las servilletas y a los cubiertos con el logo de la serie, y al grupo que tocaba sin pausa en un rincón todas las canciones de la franquicia, mientras que en el otro extremo de la terraza se emitían fragmentos de las películas anteriores en una pantalla gigante, reproducidos en un bucle continuo.

Era un evento opulento, ridículo y totalmente desproporcionado.

A Jennifer le habría encantado.

Habría llegado a Hollywood y lo habría conquistado, haciendo que Francesca Muratti pareciera una aficionada.

«Hazlo bien o no lo hagas», ¿no era eso lo que siempre le decía Jennifer? ¿Con sus inocentes ojos y su boca no tan inocente?

Pero nunca había tenido la oportunidad.

Y allí estaba él, trece años después de aquella aterradora y aciaga noche. Jenny estaba muerta y él se encontraba bajo los focos con un traje de Armani, viviendo el que fuera el sueño de ella.

¿Era o no era la vida una mierda?

—Te he perdido en algún momento —dijo Evelyn—. Vamos a la barra. Creo que te vendría bien otra copa.

Claro que le iría bien, joder, pero meneó la cabeza.

—Solo estaba pensando. —Abarcó toda la terraza y también la ciudad que había más allá con un gesto de la mano—. Aquí es donde de verdad se cumplen los sueños.

Pero solo unos pocos desgraciados, como Lyle, sabían cuántas pesadillas se escondían tras esos sueños brillantes y relucientes.

Se obligó a sonreír por Evelyn.

—Son más de las siete. Llevo aquí casi dos horas. Me he mostrado efusivo, simpático y uno más del equipo. He hecho todo lo que me han pedido. Oficialmente, al menos —añadió al recordar las insinuaciones de Frannie—. Me he ganado una galleta, ¿no te parece?

Evelyn se cruzó de brazos y cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra mientras lo miraba.

—Depende de la clase de galleta que tengas en mente.

—Me voy...

—Joder, Lyle.

—¿Alguna vez te he causado problemas? ¿Has tenido que salir a apagar algún incendio por mí? ¿Acaso no sigo teniendo mi dichosa reputación de chico bueno?

Evelyn no contestó.

—Invéntate una excusa por mí. Lo que sea. Me da igual.

Por un instante, dejó que la máscara cayera. El inocente chico de Iowa al que habían descubierto a los diecisiete años, sacado del anonimato para lanzarlo a la fama gracias a su cara de chico guapo típico del Medio Oeste y a sus penetrantes ojos azules. Lyle se había metido de lleno en el trabajo y había ascendido desde la televisión y las películas independientes hasta el lugar que ocupaba en ese momento. Un chico bueno auténtico, sin corromper por las chorradas de Hollywood.

Salvo que eso también era un papel. Y por un segundo dejó que Evelyn viera el dolor que había debajo de la máscara. La pérdida. La oscuridad. Y toda esa dichosa culpa.

Luego volvió a ser la estrella de cine y Evelyn lo miró con el ceño fruncido y una preocupación casi maternal.

—Por favor —añadió en voz baja y un poco ronca—. No es un buen día. Necesito... —¿Qué? ¿Una copa? ¿Un polvo? ¿Poderes mágicos para cambiar el pasado? —Necesito irme. De verdad.

—¿Quieres compañía?

«Joder, claro.»

Negó con la cabeza.

—No, estoy bien. Pero gracias.

Aunque sí quería compañía. Solo que no la que le ofrecía Evelyn. Quería compañía de la sórdida. Sucia, rápida y anónima. Con discreción absoluta. Y sin ataduras, joder.

¿La quería? No, no la quería. En realidad no.

Pero sí que la necesitaba, joder.

Necesitaba abrir la válvula y liberar la presión. Borrar la culpa, aunque solo fuera por unos

gloriosos minutos. Escapar de los fantasmas, de los recuerdos y de todas las mierdas que intentaba mantener sepultadas con tanto ahínco. Que nunca permitía que nadie más viera.

Eso era lo que necesitaba, porque, sin esa liberación, la máscara empezaría a resquebrajarse y todo el mundo sabría que Lyle Tarpin, el chico bueno, no era más que un puñetero impostor.

Puedes hacer un turno extra —me dice mi mejor amiga, Joy, que acaba de mirar las columnas de números desagradables y poco favorecedores que he escrito en mi cuaderno—. A ver, que es una mierda, pero si necesitas el dinero, pues necesitas el dinero.

Y sí que necesito el dinero. Esa triste realidad está más que clara en las páginas del cuaderno, escrita con litros y litros de gloriosa tinta roja y unos pequeños garabatos en negro. Pero, a menos que quiera dejar de dormir, no me quedan horas en el día para trabajar.

—Ahora estás aquí —me suelta ella cuando se lo digo.

Le saco la lengua. No es la réplica más elegante del mundo, pero ahora mismo resume mis sentimientos perfectamente.

«Aquí» es Totally Tattoo, el estudio de tatuajes y piercings en Venice Beach donde trabaja Joy haciendo piercings. Es la reina de la aguja. O lo que le apetezca llamarse a sí misma según el día. Nos conocimos hace casi cinco años, cuando entré en el estudio, perdida, sola y desesperada por un cambio. De alguna manera, se me metió en la cabeza que, si podía cambiar mi aspecto, todo me iría mejor. Renacería y todo lo malo desaparecería.

Y que lo único que necesitaba para conseguirlo era un pendiente en la parte superior de la oreja.

Por desgracia, nunca puse a prueba la teoría porque me desmayé cuando vi a Joy acercarse con la aguja.

Así que, en vez de arte corporal, conseguí una buena amiga.

En definitiva, creo que fue un buen trato. Aunque todavía se ría de mí por haberme desmayado.

Ahora mismo estoy sentada en el taburete del mostrador de recepción y Joy está al otro lado, tamborileando con los dedos sobre esos numerillos espantosos. Falta una hora para cerrar, pero el estudio está vacío. Así que estamos usando el mostrador de recepción como centro de análisis de mis problemas económicos.

—Sabes que lo he dicho de broma —me dice—. Pero, Laine, en serio, no se me ocurre nada mejor. A menos que quieras robar un banco. O, bueno, ganar la lotería o algo así.

Me golpeo una sien con la mano.

—¡Eres increíble! —exclamo al tiempo que cierro el cuaderno de golpe—. Problema resuelto.

Joy pone los ojos en blanco y menea la cabeza, de modo que las piedras preciosas de colores que lleva en la oreja izquierda resplandecen.

Me inclino hacia delante y apoyo la barbilla en un puño.

—La verdad, tienes razón. Debería ingeniármelas para sacar un par de horas más. Pero no sé cómo. Ya estoy haciendo turnos extra en el Blacklist y en el Maudie's —digo, nombrando nuestro bar preferido y uno de los restaurantes de la zona—. Además, la señora Donahue me deja ir una vez a la semana a su casa para limpiar a fondo algunas zonas. Y Jacob me paga para que saque a pasear a Lancelot casi todas las mañanas.

Mi vecina, la señora Donahue, es más que capaz de limpiar su casa ella sola, aunque acaba de cumplir los ochenta y uno. Pero es un encanto de mujer que adopta animales abandonados y personas y me ofreció el trabajo de limpieza en cuanto se enteró de mis problemas económicos. Jacob, que tiene un grado en empresariales por la Universidad de California en Los Ángeles y que vive en el apartamento situado sobre el garaje de la señora Donahue, no es tan simpático ni mucho menos, pero no por eso voy a renunciar al dinero extra.

—Jacob solo quiere bajarte las bragas.

Pongo cara de asco.

—¿Qué? ¿Qué le pasa a Jacob?

—¿Además del hecho de que desde que se enteró de cómo me llamo no deja de preguntarme si soy dulce?

Joy resopla.

—Como si no te lo hubieran dicho antes.

Me llamo Sugar Laine. No se puede tener un nombre más azucarado ni peor en todos los sentidos. Súmalo al pelo rubio, a unos enormes ojos marrones y a unas tetas que para mi desgracia son demasiado grandes, y seguramente debería haberme rendido hace unos cuantos años y meterme a estríper o a prostituta.

Aunque, claro, igual hasta he tenido suerte. Si me llego a apellidar Buns, ya tendríamos los bollitos más dulces del mundo.

Esa soy yo. Siempre mirando el lado positivo.

A pesar de endiñarme un nombre de lo más ridículo, estoy segura de que mis padres me querían. Mi madre al menos. Siempre juró que mi padre también me quería y que su marcha inesperada y repentina cuando yo tenía nueve años no tuvo nada que ver con lo que sentía por mí o por mi hermano pequeño, Andy, que tuvo la suerte de que le pusieran un nombre normal.

A lo mejor mi madre tenía razón. Pero todavía sigo pensando que mi padre es un imbécil desalmado y antipático que no siente nada por nadie.

Supongo que, si me equivoco, bien podría salir del agujero donde esté y menear la cola para demostrarlo.

Mi madre, en cambio...

Bueno, pese a su desafortunada elección de nombre, me quería. En una ocasión, después de que

se burlaran de mí en cuarto de primaria, le pregunté que en qué estaba pensando para ponerme ese nombre y me dijo que, cuando la enfermera me puso entre sus brazos, pensó que era lo más dulce que había visto en la vida. Y ¿hay algo más dulce que el azúcar?

¿Cómo iba a enfadarme después de que me dijera eso?

No podía. Así que no lo hice.

Pero empecé a llamarme Laine.

Una incómoda tensión se apodera de mi pecho cuando pienso en mi madre. Recuerdo cuando nos sentábamos en el sofá con Andy entre nosotras para leer o ver la tele. Y cuando me dejaba hacer galletas de Navidad en julio porque todos los días deberían ser Navidad. Y cuando escuchaba música country clásica y lloraba porque decía que le purificaba el alma y la reponía.

¡Ay, Dios! Intento respirar hondo y me doy cuenta de que tengo un nudo en la garganta por culpa de las lágrimas.

—¡Oye! —exclama Joy, que rodea el mostrador para colocarse tan cerca de mí que casi nos tocamos con la nariz. Me coge una mano y me da un apretón. La fuerza del contacto me devuelve a la realidad—. Oye, ¿estás bien?

—Lo siento. Lo siento. Es que... he empezado a pensar en mi nombre y eso me ha hecho pensar en mi madre y en Andy... —Dejo de hablar, porque las lágrimas amenazan con brotar.

—No pasa nada. Vamos, cariño. Respira hondo.

Aspiro por la nariz y consigo esbozar una sonrisa trémula.

—No sé qué me ha pasado —le digo cuando logro hablar de nuevo. Me paso las yemas de los dedos por los ojos para limpiarme las lágrimas—. Pensar en ellos es algo normal. Joder, pienso en ellos cada vez que salgo de casa. —Empiezo a respirar más rápido y otra vez se me llenan los ojos de lágrimas—. Joder —murmuro al tiempo que cojo un pañuelo de papel—. Es la casa. No soporto la idea de perder la casa. Es lo único que me queda de ellos.

Mi madre y mi hermano, que tenía trece años, murieron hace cinco años cuando un borracho embotró su todoterreno contra el coche de mi madre. Yo había acabado el primer semestre en la UCLA y ellos venían de camino para recogerme porque pensábamos celebrarlo yendo en coche hasta Anaheim, para ir a Disneylandia.

Ambos murieron en el acto. El policía que fue a buscarme a la residencia de estudiantes me dijo que todo fue muy rápido. Que no habían sufrido. No sé si es verdad o no, pero me lo creo porque tengo que hacerlo.

Mi madre se había pasado la vida luchando, trabajando de camarera, buscando empleos temporales, de cajera en tiendas... Su única posesión era la casa, que mi padre pagó antes de largarse. Pero no pudo mantenerla en condiciones y, al final de su vida, mi madre acumulaba una montaña de deudas, una casa que necesitaba reparaciones con desesperación y una cuenta corriente vacía en el banco.

Lo que significa que yo heredé la casa y poco más. Pero como no encuentre la manera de reunir treinta y pico mil dólares antes de dos semanas para pagar un préstamo a corto plazo, el banco me embargará la casa y perderé esta última conexión con mi familia.

Y no tengo ni la más remota idea de cómo reunir ese dinero.

—Lo llevo crudo —susurro dirigiéndome a Joy.

Me siento frágil, perdida y sola. Solo tengo veintitrés años. Debería haber acabado mis estudios universitarios en vez de dejar de estudiar para trabajar y así poder comprar comida, pagar impuestos y arreglar la casa. Joder, ahora mismo debería estar rellenando solicitudes de universidades donde hacer el posgrado.

Debería estar llevando la ropa sucia a casa y suplicarle a mi madre que me hiciera la colada. O dándole la tabarra a mi hermano. Debería ir de copas con mis amigos por la noche, no ser yo la que las sirve.

No debería llevar el peso del mundo en los hombros.

Pero así son las cosas. Y lo tengo muy claro. Lo llevo bien. De verdad que sí. Pero como tenga que soportar más presión, acabaré rompiéndome en un millón de pedazos.

—No puedo perder la casa. —Se me quiebra la voz y detesto mostrar debilidad, aunque esté hablando con mi mejor amiga—. No puedo. Pero me la van a quitar de todas formas.

—Y una mierda. —Joy empieza a darle golpecitos al cuaderno con un gesto autoritario. Solo tiene tres años más que yo, pero es como una madre. Al principio pensé que solo era mandona, pero me aseguró que me equivocaba—. Olvídate de esta pila de mierda depresiva y acompáñame.

—¿Adónde?

—Necesitas una copa.

—No puedo permitírmela.

—Ja, ja. Yo invito. Venga, vámonos.

—Joy... Se supone que estás trabajando.

—¿Y? Ahora mismo me necesitas.

Oigo que se abre la puerta trasera y caigo en la cuenta de que Cass, la dueña del estudio y la mejor tatuadora que conozco, debe de haber regresado.

—No tengo más citas —sigue Joy—. Mis instrumentos están esterilizados. Mi zona de trabajo está limpia. Y mi jefa —añade en voz muy alta— no es de esas arpías que siempre montan un pollo.

—¡Lo he oído! —grita Cass—. Y te equivocas. Soy una arpía fría como el hielo, y lo sabes.

Joy resopla y después le dice a Cass:

—Hace un rato ha entrado un cliente. Le he dicho que ya no trabajabas hoy, pero que estarás aquí mañana a las diez. Y si de verdad de verdad quieres que me quede, me quedo, pero la pobre Laine ha tenido un día de perros y necesita una copa.

—¡Joy! ¡Ni se te ocurra echarme la culpa porque quieras salir temprano del trabajo!

—Es viernes —señala Joy—. Me aferro a la primera excusa que encuentro.

—Cuidadín o me convertiré en una arpía que monta el pollo ahora mismo. —Cass aparece por detrás del mostrador, que rodea para acercarse a nosotras.

Lleva pantalones negros de cuero y una camiseta de tirantes plateada que deja a la vista el increíble plumaje del asombroso tatuaje con forma de pájaro que empieza en uno de sus omóplatos y le baja por el brazo. Hoy lleva el pelo negro como el carbón y las puntas rojas, así que parece que está en llamas. Un diminuto diamante le decora la nariz; cortesía de mi amiga Joy, que fue quien le hizo el piercing.

Es tan guapa que quita el hipo, siempre va muy extravagante y es una de mis personas preferidas. Me mira con una enorme sonrisa.

—Hola, Laine, ¿cómo estás?

—Bien —miento.

—En la ruina —dice Joy.

Suspiro.

—Soy un libro abierto —le digo a Cass mientras miro a Joy, cabreada—. Al menos eso parece. Joy levanta las manos.

—Oye, no le puedo mentir a mi jefa. Que está fantástica, por cierto. Has ido a casa para cambiarte. ¿Tienes planes importantes esta noche?

—Siobhan y yo vamos a cenar con unos compañeros de su trabajo —contesta Cass refiriéndose a su novia—. Mañana se inaugura su primera exposición importante desde que empezó a trabajar en el Centro Stark. Así que está nerviosa. Mi trabajo es darle ánimos.

—Como el mío —replica Joy, que me mira con expresión elocuente.

—Yo no estoy nerviosa —le aseguro—. Estoy cagada de miedo. Es distinto.

—¿Tan mal está la cosa? —me pregunta Cass con genuina preocupación en los ojos, y me arrepiento al instante de haber hablado. Detesto la idea de que todo el mundo sepa el alcance de mis problemas.

—No es para tanto —miento—. De verdad. Voy un poco justa ahora mismo, pero estoy buscando otro trabajo para sacar más pasta.

—Mmm... Bueno, ahora no puedo contratar a nadie a jornada completa en plan fijo, pero sí que puedo contratarte unas semanas. Para contestar el teléfono, limpiar y organizar el papeleo.

—¿De verdad? ¡Eso sería...!

—Un detallazo —me interrumpe Joy—. Pero seguramente no sea necesario.

Me vuelvo para mirarla con la boca abierta.

—Mmm, pues sí. Es necesario.

—Cass, eres la leche —sigue Joy, pasando de mí por completo—. Pero vamos a dejar el tema.

Acabo de dar con la solución perfecta para Laine. Y el sueldo también será estupendo.

—¿Ah, sí? —Cass nos mira, primero a una y luego a la otra—. Bueno, pero si no sale bien, mi oferta sigue en pie.

—¿Qué es? —pregunto con voz exigente—. ¿Qué es tan perfecto?

—Vamos a tomarnos una copa y te lo cuento. —Mira a Cass y le hace ojitos—. Solo esta vez. Laine me necesita.

Cass menea la cabeza fingiendo exasperación.

—Vete. Yo cierro. Pero tú abres mañana —añade.

—Trato hecho. Vamos al Blacklist —me dice Joy al tiempo que me mira y me guiña un ojo—. Como trabajas allí, a lo mejor hasta nos invitan.

Tuerzo el gesto.

—Preferiría que David me dejara hacer otro turno.

Al igual que mi casa, Totally Tattoo está en una zona fantástica. La calle discurre en paralelo a la playa, a tan solo unos metros del muelle. En cuanto salimos por la puerta, giramos a la derecha para alejarnos del Pacífico. El sol se pone a nuestras espaldas, sobre el océano, y nuestras sombras se alargan en la acera, como si nos hubieran retado para ver quién llega antes al bar.

El Blacklist está muy cerca del estudio de tatuajes. El exterior es de cristal y madera y las puertas se abren como si fueran un acordeón, de manera que los clientes se pueden sentar a las mesas tanto en el interior como en la zona de la terraza. Es un icono de Venice Beach que lleva abierto desde los años treinta, aunque ahora es mucho más elegante de lo que lo fue en sus comienzos.

Una pareja acaba de marcharse y nos sentamos a esa mesa. Joy saluda con la mano a Nessie, que se acerca a la carrera con dos vasos de agua.

—¡Hola, Joy! ¡Hola, Laine! ¿Hoy no trabajas?

Niego con la cabeza.

—David me dijo que estaba todo completo. —Tuerzo el gesto—. Una pena. Necesito la pasta.

—Ya somos dos. Me muero por comprarme unos Christian Louboutin a los que les eché el ojo la semana pasada. Con las propinas que gano aquí y la paga que me manda mi padre, tengo suficiente para comprarlos. Como me pase otra semana sin ellos, me muero.

—No sabes cómo te entiendo —le digo mientras Joy clava la vista en la mesa, en un intento por no soltar una carcajada.

Pido vino para las dos y, cuando Nessie se va, Joy por fin me mira.

—Esta chica no se entera de nada, da hasta penita.

Me encojo de hombros.

—Ejecución de la garantía del préstamo, zapatos caros... Todo es cuestión de perspectiva. —Y sí, a veces desearía que mi perspectiva incluyera un padre que me comprara un descapotable, me

pagara un piso en la playa y me mandara una paga semanal. Pero las cosas son como son y hace mucho tiempo que aprendí que lo único que importa son los actos. Los deseos solo sirven para apagar las velas de la tarta en los cumpleaños y punto, por lo menos en mi caso—. ¿Qué querías contarme? —le pregunto a Joy—. ¿Qué es lo que estás tramando exactamente para evitar que el banco me quite la casa?

—Espera a que nos traigan el vino. —Arruga la frente como si estuviera meditando—. En realidad, mejor esperamos a que te bebas la segunda copa.

Me apoyo en el respaldo de la silla y cruzo los brazos.

—No estarás pensando en algo de ventas multinivel, ¿verdad? Porque me niego.

—Venga ya. Conociéndome no puedes pensar eso. No, esto es serio. Y lucrativo. Pero necesitas amplitud de miras.

La observo con los ojos entrecerrados, gesto que se suma a los brazos cruzados.

—¿Es legal?

—Sí, claro. Técnicamente es legal del todo.

—¿Técnicamente? ¿Qué significa eso?

La llegada de Nessie con dos copas de cabernet la salvan de contestar.

—David dice que invita la casa. Es una botella de un proveedor nuevo. Dadle el visto bueno o un no rotundo y ese será vuestro pago.

—¿Qué te dije? —me pregunta Joy mientras hace tintinear las copas a modo de brindis, aunque la mía sigue en la mesa—. Por los buenos amigos y las copas gratis.

—También dice que Carla no vendrá mañana. Si le preguntas, a lo mejor...

—Ahora mismo. —Me levanto de la silla antes incluso de que ella acabe de hablar y saludo a los clientes habituales mientras me apresuro hacia la barra.

El interior del bar está hasta arriba de una variopinta mezcla de moteros, policías, vecinos y gente muy trajeada. Venice Beach es una zona ecléctica y el Blacklist es prácticamente un espejo de la comunidad.

David no está detrás de la barra, que es donde suele estar los viernes por la noche, pero Jerry, el camarero, me dice que acaba de irse a la oficina para atender una llamada. No quiero molestarlo, pero tampoco quiero perder esta oportunidad, así que entro en la cocina a través de las puertas de vaivén y me detengo al llegar a la entrada de la oficina atestada de David.

En cuanto alza la vista y me ve, me hace un gesto para que me siente en la silla plegable negra situada delante de su ajada mesa de madera.

Me dejo caer en la silla y, aunque no quiero fisgonear, no puedo evitar seguir la conversación cuando empieza a hablar sobre cañerías y madera podrida, las dos culpables del préstamo que me ha llevado a la ruina. Hace unos cuatro años, más o menos por la época en la que conocí a Joy, tuve que hacer frente a unas reparaciones importantes en la casa si no quería arriesgarme a que el

ayuntamiento la declarara insegura. Ahora tengo que devolver el préstamo que pedí para pagar las reparaciones que salvaron mi casa... o arriesgarme a que el banco la embargue.

—¿Malas noticias? —pregunto una vez que David cuelga. Es un expolicía que parece salido de Central Casting, la agencia de actores secundarios más famosa de Estados Unidos; corpulento, con la cabeza rapada y con unos ojos que no encajan en absoluto con su actitud de que tonterías, las justas.

—Ese dichoso baño está hecho una mierda, nunca mejor dicho. —Menea la cabeza—. Me encanta este sitio, pero si se mantiene en pie es gracias a los escupitajos, las tiritas y el chicle. —Se apoya en el respaldo de la silla y pone los pies en la mesa—. Pero no has venido para oír mis quejas. Supongo que Nessie te ha dicho lo de Carla, ¿verdad?

—Esperaba hacer su turno. Lo necesito. Las tiritas y el chicle que usé para que mi casa siga en pie fueron muy caros.

—Lo siento, Lainey. Dichosos bancos. Y sí. Su turno es de diez a dos, pero si lo quieres es tuyo.

Me pongo de pie, aliviada.

—Eres el mejor.

Menea la cabeza.

—¿Un sábado por la noche y con una camarera de menos? Eres tú la que me estás haciendo un favor, en serio.

—Lo mismo da, el caso es que te debo una. —Estoy a punto de abrazarlo, porque, aunque tenga pinta de gruñón, en realidad es como un osito de peluche, pero me contengo. En cambio, le doy las gracias como seis veces más y regreso con Joy casi dando saltos de alegría.

—Ha dicho que sí —acierta mi amiga.

—Cuatro horas el sábado por la noche. Hora punta. No solucionaré todos mis problemas, pero me ayudará.

—¿Que te ayudará? Vamos, es que ni de lejos.

—Gracias por el recordatorio. —La miro con el ceño fruncido—. En fin, si vas a explotar mi burbuja de felicidad, por lo menos cuéntame tu idea. Para eso me has arrastrado hasta aquí, ¿no?

Joy clava la vista en mi copa de vino, así que suspiro y apuro lo que me queda en dos tragos.

—Listo —digo—. No quiero otra copa. Así que dímelo ya.

Joy titubea, pero después empieza a hablar.

—Vale. ¿Recuerdas al tío del pie?

—¿La cita a ciegas de hace dos fines de semana? ¿La que te organizó tu prima?

—Sí. —Se inclina hacia delante y baja la voz—. Bueno, no fue exactamente una cita a ciegas.

—Entonces ¿qué fue?

—Mil pavos a la saca.

—Vale, vas a tener que explicármelo otra vez más despacio, porque me parece que te estoy entendiendo mal. —O a lo mejor no. Porque ahora mismo parece muy avergonzada y Joy es de las que no se avergüenzan... de nada. Hago un repaso mental rápido—. A ver, me estás diciendo que te pagó mil dólares por... ¿hacerte algo en los pies?

—Básicamente.

—¿Cómo...? A ver si me explico. Bueno, es que no sé ni por dónde empezar. —Lo intento de nuevo—. ¿Cómo lo conociste?

—Mi prima. Ya te lo dije.

—¿Y cuando te lo presentó ya sabía que...?

Joy me cubre una mano con la suya.

—Amiga mía, eres demasiado inocente. Marjorie lo organizó todo, ya te lo he dicho. —Se acerca a mí y susurra—: Dirige una agencia de acompañantes.

La miro boquiabierta.

—¿En serio?

Joy asiente con la cabeza.

—Pero no se lo digas a nadie, ¿vale? Es una agencia de lujo y muy discreta.

—Ya. Claro. Pero ¿qué tiene que ver todo esto conmigo?

Y entonces es cuando se me enciende la bombilla. La verdad, es increíble que no lo haya pillado antes. Le echo la culpa al vino. Y al hecho de que nunca jamás, ni en un millón de años, se me habría pasado por la cabeza que mi mejor amiga esté tratando de prostituirme a través de una agencia de acompañantes.

—¿Estás loca? —le suelto.

—Venga ya, solo es sexo.

«Solo es sexo», repito en silencio.

¿Existe eso acaso?

Por supuesto, es una pregunta retórica.

Porque no, eso no existe. Siempre hay ataduras. Siempre hay consecuencias.

La primera vez que lo hice, usé el sexo como arma. Y aunque era yo quien la manejaba, al final acabé herida. Y las cicatrices son tan profundas que he evitado repetir la experiencia durante cinco años.

Tampoco es que haya permanecido casta y pura durante este tiempo. He salido con chicos. He tonteado. Ha habido toqueteos, lengua y un par de orgasmos muy decentes. Pero tracé la línea después de aquella espantosa primera vez y desde entonces no he dejado que nadie la cruce.

Y a lo mejor parece una tontería, pero para mí es importante.

Así que no.

El sexo no es «solo sexo». Es algo grande, confuso, difícil y complicado.

Y no puedo.

—Sí que puedes —me asegura Joy con firmeza cuando se lo digo en voz alta—. Ahora mismo no estás saliendo con nadie.

—¿Esa es tu única preocupación?

Pone los ojos en blanco.

—En realidad, mi única preocupación son los diez mil pavos a los que estás a punto de renunciar.

Me quedo petrificada.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. —Deja un billete de cinco en la mesa como propina para Nessie antes de levantarse de la silla por el lado de la terraza. En ese momento es cuando veo que hay un Fiat aparcado en doble fila con una pegatina de «Vehículo compartido» en la ventanilla.

—¿Es para nosotras?

—He llamado a Marjorie mientras hablabas con David —admite ella.

—¿Cómo?

—Pensé que quizá tenía un par de servicios para ti, pero al final resulta que es mejor de lo que yo esperaba. Está buscando como una loca a alguien para esta noche y este tío paga un extra incluso aunque no sea urgente.

—Pero...

Levanta una mano.

—¿Sabes qué? No quiero oírlo. Llevas días diciéndome que estás desesperada por conservar tu casa. Y he visto los números, Laine. Deberías estar desesperada, porque, a menos que tus cálculos matemáticos sigan unas reglas distintas de las mías, ni haciendo turnos dobles en el Blacklist todos los días durante un mes entero vas a conseguir pagar lo que debes. —Echa a andar hacia el coche y mirando hacia atrás añade—: Decídetes, ¿vale?

Diez mil pavos. Joder, que son diez mil pavos.

Diez mil dólares menos de deuda de un plumazo. Tal vez incluso más.

Me pongo de pie y me quedo junto a la silla, aferrada al respaldo pensando. Ese dinero sumado a lo que he ahorrado, más otros dos mil que puedo conseguir con las tarjetas de crédito, y llego casi a los quince mil.

Eso significa conseguir los dieciséis mil restantes en dos semanas.

Y aunque es una cifra aterradora, son diez mil dólares menos de terror si acepto el trabajo.

Pienso en mi casa y en todos los fines de semana que me he pasado lijando el suelo de madera y los armarios de la cocina. Pienso en la bañera con patas que me pasé semanas buscando hasta dar con ella. Y en las tuberías que espero que me duren toda la vida, teniendo en cuenta el tiempo y el dinero que me costó repararlas.

Pienso en mi madre y en las horas que se pasó diseñando el patio trasero. En su risa mientras pintábamos las contraventanas.

Pienso en todo lo que he perdido durante los últimos años y sé que no sobreviviré a la pérdida de la casa.

Y entonces es cuando me queda claro que tengo que hacer esto.

«Es solo sexo.»

Las palabras de Joy se me pasan otra vez por la cabeza. Y de nuevo me repito que se equivoca. Mucho.

El sexo es una herramienta que puede construir o destruir.

Mi primera vez fue una bola de demolición que me rompió en un millón de pedazos.

Pero esta vez...

Esta vez el sexo es una palanca.

Esta vez va a salvarme.

Ostras —digo al salir del ascensor privado y pisar el vestíbulo del apartamento de lujo de Marjorie. Es todo de mármol, brillante, reluciente y pulido—. En serio, ¡qué pasada!

—Me alegro de que te guste.

La voz de la persona que ha hablado es baja y melodiosa y va acompañada del repiqueteo de unos zapatos de tacón. Me doy media vuelta para mirar hacia el lugar del que procede el sonido y me encuentro mirando fijamente a una de las mujeres más elegantes que he visto en la vida. Alta y delgada como una modelo, con el pelo rubio platino recogido en un moño, labios rojos delineados a la perfección y unos enormes ojos grises con motitas doradas.

—Soy Marjorie. —Me tiende la mano y su sonrisa deja al descubierto unos dientes blancos y brillantes que han debido de costarle una fortuna—. Y tú debes de ser Sugar.

—Laine —la corrijo al tiempo que le estrecho la mano; su apretón es firme y seguro—. Por favor.

Se echa a reír. Las arruguitas en los rabillos de los ojos la hacen parecer más cercana y eso me relaja un poco.

—Tienes razón —le dice a Joy—. Es simpática. Y en cuanto al nombre —continúa, mirándome de nuevo—, teniéndolo todo en cuenta, creo que te llamaremos Sugar.

«Teniéndolo todo en cuenta.»

—Claro —digo con una sonrisa forzada—. Por supuesto.

He pensado muchas veces que mi madre me puso nombre de prostituta. Teniendo en cuenta el trabajo que estoy a punto de aceptar, supongo que no estaba muy equivocada.

—Seguro que Joy ya te ha explicado a qué me dedico —dice Marjorie mientras la sigo por el vestíbulo y entramos en un elegante salón. Sin embargo, esta zona está diseñada tanto para la comodidad como para las apariencias, con mullidos sofás y sillas, una alfombra, una mesa de café con agua y vino, y los suaves acordes de la música clásica que salen de unos altavoces ocultos.

De todas formas, resulta mucho menos intimidante, así que empiezo a relajarme. Un poquito nada más.

—Esto... Mmm... —No estoy segura de si se supone que tengo que sentarme o hablar, así que hago las dos cosas. Me siento en un sillón orejero tapizado en seda y le digo a Marjorie—: Creo que sé a qué te dedicas. Pero tal vez deberías decírmelo de todas formas. Porque me voy a morir de la vergüenza si me equivoco.

No se echa a reír, pero veo una sonrisilla en sus labios. Y, por algún motivo, ese gesto me tranquiliza. Porque su expresión no es burlona, sino maternal. Da igual lo que tenga en mente para mí, Marjorie me cubre las espaldas.

O, al menos, se le da bien fingir que lo hace.

—Es muy sencillo, la verdad. —Se sienta en el sofá y le hace un gesto a Joy para que también se siente.

Joy lo hace y pone los pies encima de la mesa de café; sus modernas zapatillas con motas de pintura contrastan un montón con el jarrón de cristal y las rosas frescas.

Marjorie, sin embargo, ni se inmuta y se limita a levantar una ceja en señal de desaprobación.

Joy frunce el ceño antes de bajar los pies al suelo. Me mira y se pone bizca y yo tengo que contener una carcajada, tranquila de repente.

—Actúo de mediadora. Nada más. Nada menos. —Mientras Marjorie habla, un hombre alto y delgado con el pelo canoso en las sienes entra en la habitación y deja una bandeja con tres copas altas y una jarra llena de una bebida naranja—. Gracias, Daniel. Ya sirvo yo. ¿Una mimosa? —continúa ella cuando Daniel se va—. Sé que se suelen beber durante el desayuno, pero es mi placer inconfesable del momento.

—Claro. Genial. —Joy tenía razón. Debería haberme bebido otra copa de vino—. Una mediadora —la invito a seguir cuando me pasa la copa. Bebo un sorbito—. Así que ¿los hombres acuden a ti y tú les encuentras una chica que, no sé, encaja con una lista de cualidades?

—Básicamente. Sí.

—¿Y mi trabajo?

—Solo consiste en ser acompañante.

Tengo la sensación de que no es tan sencillo, pero no sé si estoy preparada para oír en voz alta la cruda realidad. De modo que la esquivo.

—Y ya me tienes organizado un trabajo para esta noche. ¿Cómo sabías que iba a encajar?

—No lo sabía, claro. —Se echa hacia atrás y cruza las piernas—. Pero Joy me ha hablado un poco de ti. Pareces una mujer fuerte, algo que a este cliente en particular le resulta atractivo. Joy me envió una foto y, desde luego, eres lo bastante guapa para estar en mi agenda.

—Gracias —respondo de forma automática.

Ahora mismo llevo una camiseta ancha y unos vaqueros, así que no estoy alardeando de atributos precisamente. Y la verdad es que tampoco los enseño muy a menudo. No soy una mojigata con el sexo..., pero sí soy exigente. Y puede ser abrumador y frustrante que te tiren los tejos a todas horas.

—Por supuesto, una cara bonita no lo es todo. Pero ahora que te he conocido coincido con Joy en que eres simpática y lista. La verdad, eres perfecta para el señor Z.

—El señor Z —repito con voz pensativa—. ¿Eso quiere decir que es un cliente habitual?

—Está en mi agenda de clientes, claro. Pero no lo llamaría habitual. No es cliente semanal. De hecho, ni mensual. Y cuando llama es siempre sin previo aviso, como esta noche, y tengo que esforzarme por buscarle una acompañante adecuada. —Esboza otra sonrisa elegante—. Por supuesto, ese es uno de los motivos por los que está dispuesto a pagar semejante extra por encima de la tarifa habitual, tanto de la tuya como de la mía.

—Los diez mil son tuyos —dice Joy—. La tarifa de Marjorie va por otro lado.

—Oh. —Por extraño que parezca, me siento mejor al saber que no todos sus clientes pagan cantidades de cuatro ceros por conseguir una cita.

Aunque la sensación de alivio se evapora casi al instante y frunzo el ceño.

—¿Qué le pasa?

—Nada de nada —me contesta.

—En fin, ¿y por qué no se va a un bar y liga con una chica?

—Es un hombre que valora su intimidad y su reputación. Un ligue en un bar no encaja con su imagen.

«¿Y acostarse con una prostituta sí?», me pregunto.

No lo digo en voz alta, claro, pero es evidente que Marjorie comprende lo que estoy pensando, porque se limita a decir:

—Paga por la discreción, claro. Algo poco habitual en los rollos de una noche.

Asiento. Pese a lo raro que es todo este asunto, entiendo bien a qué se refiere.

—Bueno, ¿y quién es?

—Ya te lo he dicho. El señor Z.

—Espera. ¿No voy a saber cómo se llama?

—No hasta que llegues a su suite. Como ya he dicho, es muy celoso de su intimidad. Algunas de mis chicas dicen que nunca se presenta formalmente. Sin embargo, sí lo reconocieron.

—Oh. —No estoy segura de si esas palabras me confunden más—. Me estás diciendo que, básicamente, es un tío muy famoso. Lo que explica que pague tan bien. —Me humedezco los labios—. Eso y por el..., esto..., por el servicio. Porque no solo consiste en acompañarlo, ¿verdad? —Miro a Joy—. A ver, que querrá hacer algo más que tocarme los pies, ¿verdad?

—Laine... —Joy me mira con el ceño fruncido y los ojos como platos, con una expresión que a todas luces es una señal para que cierre la boca de una vez.

Pero, vamos a ver, si no puedo ni decirlo, ¿cómo voy a hacerlo? Así que inspiro hondo y digo:

—Lo importante aquí es el sexo, ¿verdad? A ver, que me gustaría estar totalmente segura de saber dónde me estoy metiendo.

—Ay, por el amor de Dios. —Joy parece estar dispuesta a dar lo que sea para que el sofá se la trague.

Miro a Marjorie, temerosa de que también esté alterada. Pero, para mi sorpresa, suelta una

carcajada musical.

—Joy, ni se te ocurra frustrarte con Laine. Pues claro que va a hacer preguntas. Me preocuparía más que no las hiciera. Y sí —añade al tiempo que me mira fijamente y me habla sin tapujos—, seguramente quiera sexo. Hasta te diría que es más que probable. Pero antes no estaba siendo evasiva. Soy de verdad una mera mediadora. Me paga por encontrarle una cita. Yo te pago para que seas su acompañante. Y si el caballero y tú decidís hacer algo que los adultos deciden hacer de forma consensuada de vez en cuando, eso es algo entre vosotros.

—Oh. —Pienso en lo que me ha dicho—. ¿Le...? A ver, solo va a ser sexo normal, ¿no? ¿O le gusta...?

—¿Hacer garrerías? —Suelta Joy, y esta vez tanto Marjorie como yo la fulminamos con la mirada.

—No conozco los detalles —contesta Marjorie, que me mira de nuevo—. Pero puedo decirte que todas mis chicas tienen unos límites muy marcados que no se traspasan. Nunca ha cruzado esa línea... y, según las condiciones del acuerdo, no solo están autorizadas a contármelo, sino que están obligadas a comunicarlo si les pide que hagan alguna actividad peligrosa.

—¿Qué acuerdo?

—El acuerdo de confidencialidad. —Se inclina hacia delante y abre un cajón de la mesita de café del que saca una carpeta fina que me da junto con un bolígrafo—. Parte de mi papel también consiste en asegurar una discreción absoluta.

Abro la carpeta y miro con el ceño fruncido el documento, que está lleno de términos jurídicos.

—¿No puedo contarle nada a nadie?

—Eso lo resume bien —contesta mientras yo leo el documento—. Claro que él tampoco puede. Como he dicho, si te preocupa tu seguridad, puedes contármelo. Por supuesto, no se consideran peligrosos ni los azotes ni el *bondage* suave.

Levanto la vista, sobresaltada.

—Ay, Dios —dice ella al verme la cara—. ¿Tienes problema con eso?

—Yo... —Miro a Joy y luego a Marjorie—. La verdad, no lo sé.

No soy una ingenua, pero mi conocimiento sobre cualquier cosa que se salga del misionero y poco más es por los libros.

La cabeza me da vueltas, de modo que tomo una honda bocanada de aire mientras me aferro al bolígrafo como si fuera un salvavidas.

—La cosa es que todo esto es muy inesperado y va rapidísimo, y...

—Me temo que lo de ir rápido es parte del trabajo, al menos esta noche. Te espera a las once. Todavía tenemos que encargarnos de la ropa y del maquillaje, por no hablar de otros..., digamos que de algunos detalles sueltos administrativos. Lo que quiere decir que te has quedado sin

tiempo, Sugar. Tengo que mandarle un mensaje de texto al cliente para confirmar la cita dentro de cinco minutos exactos. —Mira su reloj y luego me mira a los ojos—. ¿Qué quieres que le diga?

—Eh...

Me callo, porque no sé qué iba a decir. O, mejor dicho, sé exactamente lo que iba a decir: sí. Solo que no estoy segura de querer ser esa mujer.

Aunque el tiempo corre, Marjorie esboza una sonrisa paciente.

—No me vas a creer, claro —dice—, pero lo entiendo. He estado en tu posición. Arruinada, insegura y asustada por la posibilidad de que mi mundo se derrumbara si tomaba la decisión errónea. No, no te cabrees con Joy —añade cuando fulmino a mi amiga con la mirada—. Solo me ha dicho que necesitabas dinero... ¿Quién no lo necesita? He supuesto todo lo demás. He conocido a muchas jóvenes y reconozco el olor de la desesperación.

—Estar desesperada no hace que esto esté bien.

—Pero tampoco hace que esté mal. De hecho, ¿quién decide lo que está bien y lo que está mal? Yo proporciono un servicio. Él paga por el servicio. Es una transacción comercial libre. ¿Qué hay más transparente que eso?

Me quedo callada.

—Nada de mentiras en el bar. Nada de esperar junto al teléfono, preguntándote si va a volver a llamar. Nada de preocuparse de si te gusta o de si está casado o de cualquier otra cosa. Porque esto no va así. Aquí no hay romanticismo. Es una transacción comercial. La misma emoción que si compraras una caja de clips. Pero podría ser un poquito más divertido. Y —añade con un guiño—, al margen de lo bien que os lo paséis como adultos que sois, estoy segura de que te trataría muy pero que muy bien.

Frunzo el ceño, desconcertada.

Joy se inclina hacia delante.

—Quiere decir que si te desnudas te ganarás seguramente una buena propina.

—¿En serio?

Mientras las miro, un hombre corpulento de pelo rizado entra en el salón. Aparenta unos treinta años y tiene arruguitas en los ojos de reírse. No tiene nada de especial. Salvo por el hecho de que lleva una bata de hospital y una bandeja con una jeringuilla.

—Ben, te presento a Sugar. Sugar, si no te importa, deja que Ben te saque una pequeña muestra de sangre...

La miro boquiabierta.

—Mis clientes se preocupan mucho por su seguridad. Es otro servicio que les proporciono. Ben puede traernos los resultados antes de que salgas del guardarropa. Y, como ya he dicho, vamos un poco justos de tiempo.

Titubeo y luego miro a Joy, que asiente y murmura: «Hazlo».

—Esto... Vale. —Le ofrezco el brazo a Ben—. ¿Y el señor Z? Es decir, ¿también tienes esta clase de información sobre él?

—Por supuesto. Si te soy sincera, este requisito me ha costado unos cuantos clientes. Pero no me conviene poner a mis chicas en peligro. Por cierto, supongo que estás cubierta en cuanto a métodos anticonceptivos.

—¿Cómo? —Aparto la vista mientras Ben me saca sangre, aunque lo hace deprisa y sin apenas dolor. Me pone una tiritita, inclina la cabeza una sola vez y se va—. Ah, sí. No hay problemas con eso.

—Estupendo —dice Marjorie—. Y ahora me temo que nos hemos quedado sin tiempo. Necesito que firmes el acuerdo de confidencialidad o me digas si no te interesa para poder decirle al señor Z que esta noche no ha tenido suerte.

Tomo una honda bocanada de aire para ganar unos segundos, un poco irritada conmigo misma porque ya pasé todo este proceso mental antes, mientras estábamos en el Blacklist. Pero eso fue cuando se trataba de una idea vaga y sin forma. Ahora es real, peligrosa y llena de curvas.

La verdad, lo que me carcome por dentro no es la ambigüedad moral de acostarme con alguien por dinero. Es la idea de estar con un desconocido. Ya lo hice una vez, una sola, y he estado fustigándome desde entonces.

Pero entonces era vulnerable. Y esta noche seré yo la que tenga el poder. Porque puedo decir que no, si quiero... Y si decido decir que sí es por el dinero. Un dinero que puede ayudarme con creces a salir del agujero financiero en el que estoy. Sobre todo si lo que dice Joy de la propina es verdad.

Después de mi primera y única vez, me prometí que esperaría al hombre adecuado. Un buen hombre.

No sé si el señor Z es bueno o malo. Pero si acostarme con él puede salvar mi casa, supongo que lo convierte en el hombre adecuado. Al menos en el hombre que necesito.

—Muy bien —digo al tiempo que miro a Marjorie a los ojos para luego soltar un suspiro—. Acepto.

—Estupendo —responde ella, que procede a escribir rápidamente un mensaje—. Cariño, le vas a encantar. —Se pone de pie—. Ahora, vamos a prepararte.

La sigo por un pasillo enmoquetado hasta lo que normalmente sería el dormitorio principal. Aquello, en cambio, está lleno de percheros con trajes, un tocador enorme y al menos seis espejos triples.

—Me encanta este piso —dice Marjorie al percatarse de mi desconcierto—. Pero lo uso como despacho, no como hogar.

—Oh.

—Este es genial —dice Joy al tiempo que saca un vestido rojo despanpanante de uno de los

percheros. Seguramente tenga menos de un metro de tela y, aunque consiguiera embutirme en él, dudo mucho que pudiera andar.

—Esto, no estoy segura de...

Sin embargo, antes de que pueda terminar la frase, Marjorie me interrumpe.

—Le quedaría estupendo, seguro. Pero es demasiado provocativo. Y aunque el sexo puede estar en la agenda, al señor Z le gustan más elegantes. Pero déjalo a un lado, lo marcaré en la base de datos como uno de los posibles vestidos para Sugar.

—¿Por qué...?

—Esta noche no solucionará tus problemas económicos —contesta Marjorie con una sonrisilla—. Y después de la incomodidad inicial creo que te gustará estar en mi agenda. Incluso cuando salgas de este bache, a una chica siempre le viene bien tener dinerillo extra.

—Claro, pero si al señor Z no le gusta esa clase de...

Me interrumpe con un rápido movimiento de la cabeza.

—Nunca ve a la misma chica dos veces. Si acabas en mi agenda, conocerás a otros hombres, y la mayoría prefiere ver a una chica varias veces. Pero —añade con voz más amable— estamos adelantándonos demasiado. Ahora mismo solo necesitas un vestido. ¿Qué te parece este?

Se acerca al perchero que Joy tiene delante y saca un vestido rosa claro con escote bajo, corpiño abotonado, cintura ceñida y falda de vuelo. Es sencillo y resulta elegante y con clase.

Me lo ofrece y me doy cuenta de que es justo la clase de vestido que yo elegiría.

—Me gusta —digo, y me siento mejor de inmediato. Da igual lo que esté a punto de hacer, al menos no iré enfundada en cuero y botas de prostituta.

Y, como plus añadido, Marjorie me dice que puedo quedarme la ropa. Teniendo en cuenta lo que estoy a punto de hacer, supongo que me la he ganado. Aun así, ese plus inesperado me alegra.

Antes de darme cuenta, estoy de pie en la puerta, haciendo ejercicios de respiración profunda. Me han hecho la pedicura y llevo unas sandalias de tacón que me dejan al aire los pies. El vestido me queda tan bien como esperaba y la falda se mece al andar. La ropa interior, también cortesía de Marjorie, es de La Perla y muy sexy, lo que contrasta con el vestido, más conservador.

La misma Marjorie me maquilla y tengo mejor cara que nunca. Maquillada, pero con un aspecto natural.

Todo está listo. Todo salvo por el miedo que me consume. Y no voy a tener más remedio que lidiar con él.

—Acuérdate de la casa —me dice Joy—. No dejes de pensar en tu casa y todo será muy fácil.

Asiento con la cabeza.

—Fácil.

—¿Quieres que te espere en casa?

—No hace falta —le contesto. Quiero a Joy, pero teniendo en cuenta lo que estoy a punto de

hacer, creo que preferiré estar sola—. Pero ¿puedes pasarte un rato y darle de comer a Skittles?

Rescaté un gato atigrado, ahora muy regordete, de un contenedor de basura cuando solo tenía unos días de vida. Sus hermanos no sobrevivieron. Lo estuve cuidando hasta que se puso bien, dándole de comer con un biberón y manteniéndolo a salvo y calentito en una cama que hice con una caja de cartón y una mantita eléctrica. Fue dos semanas después de que Andy y mi madre murieran, y Skittles me salvó tanto como yo a él.

—Lo haré —me asegura Joy.

—Tu chófer te espera abajo —me dice Marjorie, que levanta la vista del teléfono, pues acaba de recibir un mensaje—. ¿Alguna pregunta de última hora?

—No —contesto, aunque seguramente me surjan un millón en cuanto me suba al coche—. Ahora que he decidido hacerlo, solo quiero ponerme en marcha, ¿sabes?

—Pues buena suerte, Sugar. —Me da un sobre—. Ábrelo cuando llegues al hotel. Tu chófer se llama Lionel y Joy puede acompañarte abajo. Me pondré en contacto contigo mañana para transferirte el dinero. Y el señor Z se encargará de cualquier propina que te ofrezca allí mismo. ¿De acuerdo?

Tomo una honda bocanada de aire y asiento con la cabeza.

«Ostras, voy a hacerlo de verdad», pienso.

Tal como Marjorie me ha prometido, me espera un sedán negro bajo el pórtico y un hombre bien vestido con el pelo canoso me abre la puerta trasera para que yo suba.

—Señorita Sugar —me saluda mientras yo abrazo a Joy y le prometo llamarla por la mañana para contárselo todo.

Luego me subo al coche, Lionel cierra la puerta y, de repente, todo me parece tremendamente real.

«De verdad voy a acostarme con un desconocido.»

Dejo que las palabras me den vueltas en la cabeza un rato mientras decido si estoy conforme con esa perogrullada. Y ¿sabes una cosa? Lo estoy. Tengo un buen motivo. Un objetivo. Y eso es más de lo que pueden decir muchas de las mujeres que conocen a un hombre en un bar y se van a casa con él.

Por supuesto, esas mujeres tienen el beneficio de sentirse atraídas por el hombre. Y, seguramente, de estar al menos un pelín alegres, si no borrachas como cubas.

¿Y si es todo un metesaca a lo bruto? ¿Y si no tiene lubricante o no le importa siquiera que me duela?

¿Y si estoy tan nerviosa que no me pueda excitar ni el mismísimo Casanova?

¿Y si soy una imbécil integral por hacer esto?

¡Mierda!

¡Mierda, mierda, mierda!

Hay una pantalla entre el chófer y yo y también un panel de control detrás del asiento. No encuentro el botón para bajar la pantalla, pero sí un interfono, así que le pido a Lionel que se pase por una farmacia antes de ir al encuentro del señor Z.

—Tengo entendido que debe adherirse a un horario.

—Créeme, es importante.

Por suerte para mí, Lionel es un hombre agradable y cuando se para delante de una farmacia entro corriendo, pese a los incómodos zapatos de tacón, y me dirijo al pasillo de los productos sexuales, donde me topo con una variedad de lubricantes increíble. Escojo una cajita de una marca conocida y luego me acerco corriendo a la caja, aunque me paro para coger un botecito de espray de menta para el mal aliento y una de esas copas con tapa que venden llenas de vino tinto. Supongo que a Lionel no le importará si me tomo una copichuela en el asiento trasero.

En cuanto al espray para el mal aliento, es más fácil sentirse segura de una misma con un poco de olor a menta.

Tras pagarlo todo, guardo con cuidado el lubricante y el espray en el bolso y después le quito la tapa al vino. Quiero beber, pero no me apetece mancharme el vestido.

Bebo deprisa antes de cerrar los ojos y dejar que un zumbido cálido se apodere de mí.

Y justo a tiempo, porque al parecer el señor Z se hospeda en el hotel Stark Century, uno de los más lujosos de la ciudad. Lionel se detiene delante del atril del aparcacoches y un portero uniformado aparece para abrirme la puerta, así que salgo del coche. No estoy segura de lo que tengo que hacer ahora, pero recuerdo el sobre y meto un dedo bajo la solapa. Saco una tarjetita en la que se lee: «Z – 2848».

Y nada más.

Uso mis increíbles dotes de deducción y concluyo que la 2848 es la suite del señor Z. Entro por la puerta giratoria y me detengo un segundo en el elegante vestíbulo del hotel. Hay un mostrador de recepción cerca y una mujer me mira con una sonrisa caritativa. Me limito a devolverle la sonrisa antes de echar a andar hacia los ascensores, como si fuera una huésped más. «No hay nada que mirar. Nada en absoluto», pienso.

El ascensor va rápido. Demasiado. Esperaba un ascenso lento durante el cual despejarme la cabeza, pero no es así. En cambio, cuando las puertas se abren en la planta veintiocho, sigo intentando apaciguar mi pulso desbocado, que se me dispara en cuanto salgo del ascensor.

Me detengo junto a la puerta para recuperar un poco la calma. Hay cuatro ascensores, dos a un lado de la zona rectangular y dos al otro lado. El pasillo está a mi izquierda. A la derecha hay un ventanal del suelo al techo, con un banco acolchado delante. Un hombre rubio de pelo rizado y perilla está sentado en el banco, mirando con el ceño fruncido el móvil y tecleando. Lleva vaqueros, americana y gorra de béisbol y supongo que su cita o se retrasa o le ha dado plantón.

Levanta la cabeza para mirarme y de inmediato rebusco en el bolso el espray para el mal

aliento para no parecer una niña aterrada que está a punto de encontrarse con el lobo feroz, sino una mujer que se está acicalando para una cita.

Después del spray, me retoco el pintalabios. Y luego, por supuesto, me quedo sin excusas. Con un suspiro, echo a andar hacia el pasillo, leo la placa para saber dónde girar y me dirijo a la suite del señor Z.

Está a la derecha, al final del pasillo, y supongo que es una de las suites más grandes. Seguramente de las que tienen cocina, salón y al menos un dormitorio. Es decir, la clase de suite que solo se ve en las películas.

Es otra ventaja, ¿no? Dinero contante y sonante y también una habitación de hotel alucinante.

«Arriba ese ánimo, venga. Porque, a ver, esta noche lo único importante es la habitación», me digo.

Cierro los ojos e intento atajar la conversación que tengo en la cabeza antes de llamar a la puerta con firmeza. Aunque no sé por qué me tomo la molestia, la verdad. El corazón me late tan fuerte que estoy convencida de que él puede oírlo desde el otro lado.

Cuando se abre la puerta, el corazón se me acelera de nuevo. Estaba vez no por el miedo, sino por... ¿Por qué?

¿Lujuria? ¿Sorpresa? ¿Expectación?

Porque conozco a este tío. Joder, todo el mundo lo conoce. Su cara está pegada en un lateral de un puñetero edificio de Sunset Boulevard. Está en la portada de al menos dos revistas de entretenimiento diferentes. Y lo vi esta misma mañana en un programa de entrevistas en una cadena local.

Es Lyle Tarpin y está extendiendo un brazo hacia mí.

Me está cogiendo de la mano y tirando de mí para entrar.

Me está pegando a la pared del recibidor, con una mano en la cintura y la otra en el pelo.

Se está apoderando de mi boca, con fuerza, pasión y desesperación, y yo me estoy derritiendo.

Me estoy derritiendo, joder.

Y lo único que se me ocurre cuando por fin se aparta y esboza esa famosa sonrisa indolente suya es que lo último que voy a necesitar es el lubricante.

Los latidos de mi corazón son tan fuertes que los siento por todo el cuerpo, y no solo contra las costillas, sino también en la pared que tengo detrás. Tengo los labios separados y respiro jadeando.

Está a escasos centímetros de distancia. Tan cerca que podría extender el brazo y tocar esa cara tan conocida y maravillosa. Sus ojos, tan brillantes y azules como el cielo en verano, me recorren lentamente. Se acerca un poco más, despacio, y en su cara se refleja un deseo que me provoca un escalofrío.

Mi mente conjura de nuevo la imagen de un lobo hambriento. Pero ahora llego a la conclusión de que acabar devorada tal vez no sea tan malo.

Además, estoy aquí. Ya puestos, qué menos que disfrutarlo.

Hasta que recuerdo exactamente qué es esto.

Ay, Dios.

Me acaricia la frente con la yema de los dedos y doy un respingo sobresaltada. Lo miro a los ojos y veo algo similar a la irritación; si pudiera me daba de tortas. Necesito concentrarme, joder.

—Estabas en otro sitio —dice sin inflexión en la voz, como si estuviera intentando contener todas sus emociones.

Niego con la cabeza mientras suelto una mentira.

—Estoy aquí mismo.

Como he visto muchas películas con prostitutas, decido plantarle las manos en el pecho en un intento por mostrarme seductora. Lleva una camiseta gris de manga corta y siento sus latidos en los contornos de sus musculosos pectorales.

En algún sitio leí que se estaba poniendo en forma para hacer de superhéroe en una película. Un aplauso para quien lo esté ayudando a llevar a cabo la transformación, porque este tío está duro como una piedra.

Todavía me está mirando y me aferro a su camiseta, porque necesito un ancla en mitad de la tormenta de emociones que veo pasar por su cara. Deseo. Lujuria. Anhelos. Arrepentimiento.

Y dolor. Percibo tanto dolor que me veo obligada a luchar contra el impulso de acariciarle la mejilla con la palma de la mano y decirle que, sea lo que sea, todo va a salir bien.

En cambio, simplemente susurro:

—¿Lyle?

No sé si ha sido un error o si ha sido lo correcto, pero sé que él no se lo esperaba. Y antes de poder disculparme o de añadir algo más, se me echa encima. Me pone una mano en el cuello y la otra en un pecho, sin miramientos. Estoy atrapada contra la pared, indefensa, mientras reclama de nuevo mis labios. Con ferocidad. Con brutalidad.

Intento pensar qué se supone que debo hacer, intento reaccionar. Pero estoy atrapada. No soy Sugar. No soy Laine. No soy nadie. Esto no es solo sexo. Es dolor, anhelo y esa tormenta de horrores que he visto en su cara. Es como si yo no estuviera aquí. Y mientras me aprieta con fuerza el pecho y me besa con tanto ímpetu que me hace sangre, lo único en lo que puedo pensar es en que no debería haber venido. Ha sido una estupidez. Una tontería. Y esta noche va a dejarme secuelas.

Aprieto los ojos con fuerza, intentando ser lo que él quiere. Un cuerpo caliente. Una mujer sin nombre.

Pero no puedo hacerlo. De verdad que no.

Solo sé ser yo. Una mujer tan desesperada como para acostarse con alguien a cambio de dinero. Una chica que está intentando a toda costa salvar su casa. Proteger el recuerdo de su familia.

Esa chica sí soy yo.

Pero no puedo ser anónima. No puedo.

Mientras me aferra el pelo y me besa con más violencia; mientras su cuerpo me presiona aún más contra la pared y siento la dureza de su erección, llego a la conclusión de que he cometido un error espantoso, terrible, horrible.

«¡Ya basta!»

Pero esas palabras resuenan tan solo en mi cabeza. Él no las oye mientras me inmoviliza contra la pared. Me ha agarrado el vestido y acaba de levantármelo. Sus dedos acarician el elástico de las preciosas bragas de La Perla. Está a punto de bajármelas cuando llego a un punto en el que no lo soporto más. Sentirme atrapada. Sentirme aplastada.

Tengo una mano apoyada en su pecho y la otra, flácida a un lado del cuerpo. La levanto con rapidez y fuerza para poder apartar de un manotazo la mano que me aprieta el pecho.

Noto el respingo que él da. La presión de sus labios disminuye y relaja la mano con la que me rodea el cuello.

Me aprovecho de la ventaja e introduzco la mano entre nuestros cuerpos para apoyarla en su pecho y, ya con las dos manos, darle un buen empujón.

Él trastabilla hacia atrás, obviamente sorprendido. Me mira con los ojos y los labios abiertos. Yo sigo apoyada contra la pared, con los brazos cruzados por delante del pecho, aferrándome los hombros.

—Ay, Dios —digo—. Lo siento. —No sé si me disculpo por haberme liberado o por no saber

aliviar su dolor—. Lo siento muchísimo. —Respiro hondo—. Tengo que irme. No debería... Tengo que irme.

Seguimos en el vestíbulo, así que me doy media vuelta y echo a correr hacia la puerta. Todo ha sucedido muy rápido y él ni siquiera se ha movido. Pero siento su mirada en mi espalda cuando me alejo. Siento la sorpresa y el impacto de mi reacción, que se condensan en el aire a nuestro alrededor.

Extiendo el brazo para aferrar el pomo y él me pone una mano en un hombro.

Me doy media vuelta sin soltar el pomo de la puerta, que está a mi espalda.

Él retrocede, como si supiera de forma instintiva que necesito espacio.

—¿Te vas?

No sé si está sorprendido o enfadado, pero asiento con la cabeza.

—Lo siento —digo por enésima vez. Palabras huecas. Palabras inútiles.

Sé que debería quedarme. Necesito el dinero. Pero estoy hecha un lío por dentro. Como si pudiera sentir su dolor..., y hay demasiado.

Trago saliva y descubro que tengo la boca seca.

—Es que.... Es que tú...

Cierro la boca porque sé que parezco idiota. Sé que estoy empeorando la situación. Pero después la abro otra vez y suelto sin más:

—¿Por qué haces esto? Conmigo. Con las otras chicas. Con quien sea. No buscas una cita. No quieres a una mujer. Ni siquiera quieres sexo. —Siento las lágrimas en las mejillas, saboreo su regusto salado—. Solo quieres un testigo. Tal vez ni siquiera eso. Quieres un muro. Algo contra lo que desahogarte. Alguien que lo soporte porque no le quede más remedio. Y... lo siento —repito otra vez, tontamente—. Lo siento, pero no puedo.

—Un muro —repite él en voz baja y con expresión acerada. Estoy segura de que está enfadado, pero no sé si su ira va dirigida a mí, a él o a alguien más.

No pienso quedarme para descubrirlo.

Me doy media vuelta para abrir la puerta.

—Sugar —dice, y me quedo petrificada. Es la primera vez que ha pronunciado mi nombre y me sorprende lo mucho que me gusta oírlo.

Trago saliva y aferro de nuevo el pomo de la puerta, porque está claro que debo alejarme de este hombre que está haciendo estragos en mi mente.

—Por favor —añade en voz más suave—. Espera.

Titubeo. Sé que no debería, pero lo hago. Me quedo plantada con la mano alrededor del acero frío del pomo de la puerta y las pestañas humedecidas por las lágrimas. Ni siquiera sé por qué lloro. ¿Por mi casa? ¿Por mi estupidez? ¿Por el dolor de este hombre, que proyecta una

amabilidad y un encanto tan inocentes al mundo, pero que en esta habitación parece torturado por el dolor?

Guarda silencio y creo que tiene miedo de que yo salga corriendo si habla. Como si fuera un conejillo asustado que pudiera alejarse de un salto si él se mueve demasiado rápido.

—Explícame lo que acabas de decir. —Su voz es firme. Exigente. Pero no puedo responder.

Además, él ya lo sabe. Al fin y al cabo, es él quien está tratando de buscarle sentido a las cosas.

Al final lo miro de nuevo.

—No culpes a Marjorie de esto, ¿vale? Entiendo que necesitas... algo. Pero esta es la primera vez que hago una cosa por el estilo y lo he estropeado. Marjorie pensó que me iría bien, pero se equivocó. Por favor, no la culpes. Bastante mal me siento ya. Si encima tengo que cargar con la idea de que ha perdido un cliente por mi culpa, de verdad que...

—No lo haré —me asegura—. No la culpo.

—Estoy segura de que te devolverá el dinero. —Un lagrimón me resbala por la mejilla y doy un respingo al pensar en todo lo que voy a sacrificar si me voy—. Joder —susurro mientras me limpio la lágrima con el dorso de una mano.

Consigo detenerme antes de disculparme una vez más. En vez de hacerlo, me vuelvo hacia la puerta y la abro unos centímetros antes de que me frene una única duda.

—¿Por qué?

Me detengo con la vista clavada en el estampado de la alfombra que cubre el pasillo, al otro lado de la puerta.

Oigo el frufú de la ropa al moverse y percibo el cambio en el aire. Se ha acercado a mí y, en esta ocasión, me pone una mano en el hombro mientras dice:

—Has dicho que esta es tu primera vez. ¿Por qué te has prestado a hacerlo?

Me contorsiono para librarme de su mano.

—¿Qué más da?

—Me interesa.

Extiende un brazo para cerrar la puerta y su cuerpo entero me roza. Me tenso, muy consciente de su cercanía, de la descarga eléctrica que me recorre. Consigo respirar cuando él se aleja y me deja espacio otra vez.

Cierro los ojos con fuerza, asqueada por la reacción tan visceral que me provoca este hombre. Pero hay algo en él..., su dolor, su soledad, que me conmueve. Y aunque desee pasar de la pregunta y salir corriendo por la puerta, ya sé que, aunque me vaya, no lograré escapar de él.

Así que me quedo. Tomo una honda bocanada de aire y me vuelvo para mirarlo.

—Por el dinero. —Lo digo sin más. Sin emoción. Como si no estuviera emocionalmente implicada. Como si no entendiera a lo que estoy renunciando si me voy.

—Hasta ahí llego. ¿Para qué necesitas el dinero?

Ladeo la cabeza sin dejar de mirarlo.

—¿Esta es la primera vez también para ti?

Veo que esboza una sonrisa.

—No.

Asiento como si estuviera meditando su respuesta.

—¿Por qué lo haces?

La sonrisa esbozada se convierte en una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué más da?

Enfrento su mirada.

—Me interesa.

Seguimos mirándonos a los ojos y dejamos que las palabras floten en el aire entre nosotros. Hay pasión, buen humor y algo más. No acabo de comprenderlo, pero ese algo hace que me sienta segura. Cómoda. Me gusta este hombre. Pese a las extrañas circunstancias, tiene algo que me gusta de verdad.

El momento parece durar una eternidad, aunque sé que apenas han pasado unos segundos antes de que él retroceda.

—*Touché* —suelta, poniéndole fin al hechizo.

Cambio el peso del cuerpo de un pie a otro.

—En fin, debería irme.

Me coge de la mano y, de repente, todo lo demás desaparece y solo soy consciente del contacto que nos une. De su apretón firme. De su piel cálida.

Tiene la mano un poco áspera, no suave y bien cuidada como la de un actor consentido que se hace la manicura. Parece haber trabajado. Haberse ganado a base de esfuerzo lo que ha conseguido. Aun así, mientras recuerdo el dolor que he vislumbrado en sus ojos, no puedo evitar preguntarme qué precio ha tenido que pagar para llegar a donde ha llegado.

Clavo la vista en nuestras manos unidas.

—De verdad que...

—¿Qué esperabas? —me pregunta con severidad.

—¿Cómo que qué esperaba?

—Cuando llegaste a la habitación. Cuando decidiste que esta sería tu primera vez, por el dinero. ¿Qué pensabas que iba a pasar?

—No... No estoy segura. —Me libero de su mano y después me froto las palmas contra el vestido para limpiarme el sudor que siento de repente.

—Debías de tener alguna idea. ¿Marjorie no te dijo nada?

Lo miro a la cara.

—Me da la impresión de que no te conoce bien.

—Como muchos otros.

Por algún motivo, esas tres palabras me provocan una enorme tristeza.

—¿Por qué?

Él se limita a negar con la cabeza.

—No has contestado mi pregunta.

Suelto el aire de forma ruidosa, resignándome al hecho de que la única manera de evitar la pregunta pasa por abrir la puerta y alejarme corriendo por el pasillo. Y como intente hacerlo con estos zapatos, estoy segura de que me atraparé.

—No lo sé —digo, y enfatizo las palabras con un suspiro—. Sexo, por supuesto. Pero supongo que me imaginaba que sería una especie de seducción.

—¿En serio?

Es evidente que está conteniendo las carcajadas, así que lo miro con el ceño fruncido.

—Tampoco es que sea algo tan imposible. A ver, que he visto *Pretty Woman*. Richard Gere le compró fresas.

—¿Me estás diciendo que tienes hambre? Creo que hay una tabla de quesos en el frigorífico y también vino.

—Ja, ja. No, no tengo hambre. —Respiro hondo, porque... qué más dará—. En realidad, creo que el vino es buena idea.

—Estupendo, entonces. Adelante. —Me hace un gesto para que pase al salón que se encuentra nada más atravesar el vestíbulo en el que nos encontramos.

Me detengo al entrar en la estancia, sin saber hacia dónde ir, pero él me invita a sentarme en el taburete de un mueble bar con barra americana.

Me siento y él rodea la barra y se agacha. Al parecer, está abriendo el frigorífico, porque cuando se endereza tiene una botella de vino blanco en una mano y una bandeja con quesos y uvas en la otra.

Le quita el plástico a la bandeja y la deja en la barra, entre ambos. Después levanta la botella de vino en busca de mi aprobación. En cuanto asiento con la cabeza, llena una copa y me la ofrece.

—¿Tú no bebes? —le pregunto al ver que vuelve a guardar la botella en el frigorífico.

—La verdad, todavía no sé si necesito mantenerme despejado para lidiar contigo o si es mejor tomarme algo más fuerte.

Lo miro con los ojos entrecerrados, fingiendo estar indignada, y él se ríe. El sonido nos sobresalta a los dos, creo. Y me percató de que, pese a la incomodidad de toda la situación, este momento no está mal del todo.

—Tengo que debatir tu teoría de la seducción —añade mientras se sirve un Jack Daniel's en un

vaso alto.

—No era una teoría —lo corrijo—. Solo una esperanza. Al parecer, ridícula.

—Efectivamente. Dadas las circunstancias, una seducción era lo último que deberías haber esperado.

—¿Qué circunstancias?

Él levanta el vaso para beber un trago. Acto seguido, levanta la otra mano y se frota los dedos para recordarme el dinero.

—¿El hecho de pagar no es precisamente para evitarme todo el rollo? ¿Para no tener que seducir ni conquistar ni perder el tiempo con jueguecitos por el estilo?

—Supongo. —Frunzo el ceño mientras acaricio el borde de mi copa con un dedo—. Pero ¿eso no es..., no sé..., anticlimático?

—Interesante elección de palabras. —Esboza una sonrisa de oreja a oreja, sincera y rebosante del encanto y la confianza que lo han elevado al estrellato—. Pero te aseguro que nadie me ha acusado jamás de ser anticlimático.

—Ah. —Carraspeo y bebo otro sorbo de vino—. Me refería a que el sexo es como un baile. O una sinfonía. No puedes ir directo al clímax. Necesitas el subidón. El *crescendo*.

—Creo que confundes sexo con romanticismo. —Ha clavado la vista en su bebida y me percató de que con la otra mano se ha aferrado tan fuerte a la barra que tiene los nudillos blancos. Sin embargo, al cabo de unos segundos alza la vista y me mira con un dolor en esos ojos azules que soy incapaz de interpretar, pero que resulta más que evidente—. Lo que quiero, y por lo que he pagado, es oír el címbalo del final. Ese apogeo. El momento en el que todo estalla en pedazos. No estoy pagando por palabras bonitas ni por flores.

Estoy a punto de protestar, pero cierro la boca. Porque, ¿sabes qué?, tiene razón. Para eso paga.

Y en realidad no he venido para que me seduzcan. No soy tan tonta. Es que no esperaba que todo fuera tan rápido. Pero si lo que quiere es un aquí te pillo, aquí te mato, ¿quién soy yo para discutir? El cliente siempre tiene la razón, como muy bien dicen. Y esta noche el cliente es él.

En cuanto a mí...

Ya he traspasado todos mis límites al venir aquí. Así que, a menos que Lyle me obligue a hacer algo que de verdad me asuste, debo recordar que he venido con un propósito en mente. Y que largarme ahora no va a ayudarme a salvar mi casa.

Apuro el vino de un trago largo y me bajo del taburete. Me quedo de pie un instante, un poco mareada y tambaleándome sobre los tacones. Lyle rodea la barra al mismo tiempo.

—Me quedo —digo.

Él se detiene.

—¿Cómo?

—He dicho que me quedo. —Tomo una bocanada de aire y después lo suelto despacio mientras

lo miro a los ojos—. Para eso he venido. Porque tú pagas, ¿no? Y eso significa que tú mandas. Así que dime qué tengo que hacer. —Coloco los dedos sobre los botones del vestido—. ¿Quieres que me lo quite? ¿Debería desnudarme y meterme en la cama? ¿Quieres arrancármelo de un tirón? — Lo miro a los ojos con gesto desafiante, retándolo a que me diga que no tengo el valor de ser su muro de las lamentaciones—. Siento haber perdido los papeles antes —sigo mientras empiezo a desabrocharme los botones—. Pero ya estoy bien. Así que vamos a rebobinar y a empezar de nuevo. Dime qué quieres y ya empezamos desde ahí.

Me cubre los dedos con una mano y detiene mis movimientos frenéticos.

—Para —me dice con voz suave, y guarda silencio.

—¿Qué? ¿Por qué? —Intento disimular la frustración que me invade, pero no puedo. Estoy temblando por los nervios, por la adrenalina y por la determinación. He decidido hacer esto, así que lo único que quiero es quitármelo de encima cuanto antes—. Joder, dime qué es lo que quieres que haga, por favor.

—¿Que qué quiero? —Me acaricia el borde del escote con un dedo y me provoca un escalofrío—. ¿No es una pregunta demasiado capciosa? —Introduce el dedo por debajo de los dos últimos botones que quedan abrochados y me acaricia levemente la curva de un pecho.

Gimo.

—Muchas cosas —murmura en voz tan baja que apenas si logro oírlo. Acto seguido, toma una honda bocanada de aire, levanta la cabeza y me mira a los ojos—. Pero no puedo conseguirlas.

—Pero...

Se separa, poniendo fin al contacto y dejándome helada y vacía.

—Antes tenías razón —me dice—. Tienes que irte.

Abro la boca para protestar, pero la cierro de nuevo. Me arde la piel y sé que tengo la cara muy colorada por la mortificación.

Y, sin pensarlo siquiera, reacciono cruzándole la cara.

Jadeo y me llevo la mano a la boca mientras empiezo a llorar.

«Lo siento», digo, o al menos lo intento. Porque no me salen las palabras. En cambio, echo a correr hacia la puerta, tratando de no caerme por culpa de los ridículos tacones.

Abro la puerta de un tirón y salgo al pasillo a la carrera, tras lo cual me detengo lo justo para quitarme los zapatos. Me inclino, me los quito y echo a correr de nuevo hacia los ascensores. Hay alguien en el pasillo, pero mantengo la cabeza gacha, porque no quiero que me vean tan avergonzada.

Cuando llego a los ascensores, pulso el botón con fuerza, deseando que la puerta se abra pronto. ¿En qué narices estaba pensando? ¿De verdad creía que era una forma de conseguir dinero?

Claro que eso no es lo peor de todo. Me he permitido sentir. He temblado por sus caricias.

Y, joder, deseaba más.

¡Mierda!

Pulso el botón de nuevo. Una y otra vez, porque ¿dónde está el ascensor? ¿Dónde está mi dichosa escapatoria?

Me parece que pasa una eternidad antes de oír el timbre que anuncia su llegada, aunque sé que han sido unos cuantos segundos nada más. La luz situada sobre el ascensor del centro se enciende y me acerco, ansiosa por entrar en cuanto se abran las puertas metálicas.

Cuando lo hacen, sale una pareja, y estoy a punto de entrar cuando oigo que Lyle me llama.

—Espera. Por favor, espera.

Sé que debería pasar de él, pero no puedo evitarlo. Me espero y él llega a mi lado, y sé que he perdido la oportunidad.

Las puertas del ascensor se cierran y me quedo plantada, con la cara bañada en lágrimas, descalza y con este hombre tan guapo y atormentado aferrándose un brazo.

—Deja que me vaya. —En mi cabeza, las palabras son una orden fría, pero en realidad son un susurro derrotado.

—Llévate esto. —Me pone un libro en las manos.

Lo miro con el ceño fruncido, atónita por la incongruencia del gesto.

—¿Qué...?

—Por favor. Llévate lo —me dice susurrando con delicadeza, suavidad y arrepentimiento—. Le mandaré un mensaje a Marjorie. Esta misma noche te hará el pago.

Niego con la cabeza.

—No. Ni hablar. No he... A ver, no hemos... —Respiro hondo—. No me lo he ganado —añado con firmeza.

Lyle me está mirando con severidad. De repente, sin mediar palabra, me aferra la cabeza entre las manos, me acerca a él y me besa con tanta violencia y pasión que se me aflojan las rodillas, pero logro mantener el equilibrio porque me rodea la cintura con el otro brazo.

Cuando se aleja y le pone fin al beso, me veo obligada a extender un brazo para apoyarme en la pared.

—Ya está —dice—. Ya te lo has ganado.

Acto seguido, se da media vuelta y se aleja, dejándome plantada con las piernas flojas y el corazón a mil mientras aferro el libro con la mano libre y me pregunto qué narices acaba de pasar.

Son casi las tres de la madrugada cuando el taxi enfilea mi calle. Sé que podría habérmelo ahorrado si hubiera avisado al chófer de Marjorie, pero no estaba segura de cuánto tiempo tendría que esperar y quería largarme de allí.

Aunque, ahora que me he alejado, no tengo claro que me sienta mejor. Sigo confundida. Alterada. Tengo las emociones a flor de piel. Irritación. Miedo. Excitación.

Y vergüenza total y absoluta.

Lyle quería que me quedara, estoy segurísima. Pero luego cambió de idea y me dijo que me largara, y no entiendo el motivo. ¿No he sido lo bastante seductora? ¿He hablado demasiado? ¿Lo he cabreado?

Pues claro que lo he cabreado. Joder. ¿Yo con mi cháchara sobre la seducción cuando él contrata a una acompañante? ¿Soy tonta o qué?

Al parecer, soy tan tonta que he cabreado a la gallina de los huevos de oro..., porque, incluso antes de irme de la lengua con lo de la seducción, lo acusé de acostarse con prostitutas porque necesitaba lidiar con sus problemas.

Ostras, ¿en qué narices estaba pensando?

Tiene fácil respuesta: no estaba pensando. Estaba nerviosa. Y fui una idiota. Y me ha costado el trabajo.

Aunque no del todo. Al fin y al cabo, voy a recibir el dinero. Y no he tenido que acostarme con él.

Así que supongo que debería estar agradecida.

Aunque no lo estoy. Estoy desconcertada. Y, joder, también un poco insatisfecha. Porque me ha gustado hablar con él. Porque me ha gustado cómo me miraba. Cómo apretaba los labios cuando contenía una sonrisa y cómo se le arrugaban los ojos cuando se reía.

Mierda. ¿En qué leches estoy pensando? Era un trabajo, no una cita. Y se ha acabado. Da igual lo increíble que haya sido ese beso final o que todavía sienta sus labios sobre los míos. Una vez... ¿No es lo que dijo Marjorie? Una vez y ya está, y no volveré a verlo en la vida.

Se acabó y, pese a mis errores, he sobrevivido.

Debería estar celebrándolo, no regodeándome en la tristeza.

Eso es lo que me digo, al menos. Es una pena que no sea capaz de seguir mis propios consejos.

Con un suspiro, meto la mano en el bolso y acaricio el lomo del librito. Le eché un vistazo en el

ascensor, pero no es más que un ejemplar delgado de tapa dura con una sobrecubierta marrón polvoriento. Lo abrí, pero en la página donde aparece el título solo pone *Antología poética* y, antes de que pudiera pasar más páginas, el ascensor ya llegó al vestíbulo y las puertas se abrieron para dejar entrar a una pareja muy borracha que se tambaleaba hacia mí. De modo que metí el libro en el bolso y me fui a la parada de taxis.

Ahora, cómo no, está demasiado oscuro para ver nada. Pero acaricio el lomo con un dedo y decido contarle a Marjorie lo del libro por la mañana. A lo mejor es su sello distintivo. Contratar a una acompañante y compartir literatura a cambio.

Pongo los ojos en blanco al darme cuenta de los disparates que se me pasan por la cabeza. Pero esos disparates tienen sentido en estas circunstancias. Al fin y al cabo, un libro de poesía sin más explicación entra de lleno en la categoría de «¿Qué cojones?».

—¿Cuál es la casa, señorita?

—Está casi al final de la manzana —contesto—. Junto a la azul de dos plantas.

Me encanta mi calle. Las casas son todas preciosas y van desde las más pequeñas, como la mía, con apenas cien metros cuadrados, hasta las enormes y fantásticas. La mayoría son antiguas, restauradas para que estén perfectas. Pero hay otras que necesitan un lavado de cara y cada vez que paso por delante de una me entran ganas de coger una lata de pintura o una caja de herramientas.

Por eso pedí ese préstamo con la casa como garantía que tantos quebraderos de cabeza me está dando. Necesitaba el dinero para una reforma completa después de que reventaran unas cuantas tuberías y quedaran destrozados la cocina y el cuarto de baño. No me encargué de la fontanería en persona, claro, pero me pasé incontables horas restaurando los armarios de cocina, buscando electrodomésticos nuevos y reparando los suelos. Por no mencionar las horas que me pasé lijando, pintando y haciendo un montón de cosas más.

Empecé el proyecto con el fin de salvar la casa en la que crecí. Pero a medida que avanzaba con el trabajo mi motivación iba cambiando. Quería salvar la casa, sí. Pero también quería transformarla.

Quiero a mi madre y a mi hermano y los echo muchísimo de menos. Pero vivir aquí, llegar del trabajo todos los días y encontrarme con los recuerdos que llenaban todas las habitaciones, era demasiado. Me pasé dos años al borde de un precipicio y ante el detalle más insignificante me echaba a llorar y me deprimía. Estaba perdida, sola y asustada. Lo único que tenía era la casa y mis recuerdos, y acabé enterrada en ellos.

Sin embargo, a medida que la casa fue cambiando, mis sentimientos también lo hicieron. Sigue albergando recuerdos, por supuesto, pero volver a casa ha dejado de parecerme una tortura. Empecé a querer pasar por la puerta. Y la casa empezó a parecerme más un hogar que una tumba.

Las renovaciones me han brindado paz y eso podría haber bastado. Pero en el proceso descubrí

que me encanta esa clase de trabajo... y que tengo talento para hacerlo. Tan pronto como consiga salir del agujero económico en el que estoy, pienso meterme en el negocio de comprar casas medio en ruinas, arreglarlas y venderlas. No es una idea novedosa, lo sé. Esa parece ser la temática de la mitad de los programas de televisión que hay ahora mismo. Pero no pasa nada. Es lo que quiero. Y estoy decidida a conseguirlo.

Sin embargo, ahora mismo solo tengo que concentrarme en mi casita, en mi calle, en este rinconcito del mundo solo para mí.

En cuanto el taxista para el coche, le pago y salgo del taxi para dirigirme a la puerta de madera que monta guardia en mitad de la valla de estuco que delimita mi propiedad y que mantiene a los peatones y a los turistas fuera de mi jardín. Una necesidad, dado que, al estar tan cerca de la playa, la calle a veces es muy ruidosa y bulliciosa.

Pero también está cerca de locales populares como el Blacklist, por no hablar de un mercado decente, un cajero automático y la mayoría de mis amigos. Casi nunca uso mi coche, que es muy especialito, porque prefiero caminar o ir en bici a casi todas partes.

Ahora, cómo no, la calle está a oscuras y en silencio, iluminada únicamente por la luz tenue de las pocas farolas que flanquean la manzana como soldados.

Tengo una cerradura con teclado tanto en la puerta de madera como en la puerta principal, así que tecleo los seis números del cumpleaños de Andy para abrir y entrar en el santuario de mi jardincito delantero. El camino está hecho de baldosas que yo misma coloqué y el jardín está verde y frondoso gracias al maravilloso clima californiano.

Mis altos limoneros proporcionan sombra y montones de limones que la señora Donahue, mi vecina, convierte en limonada, cáscaras de limón escarchadas y bañadas en chocolate, y un *limoncello* que es perfecto para esas tardes de sábado ociosas en el porche trasero.

Por desgracia, últimamente estoy trabajando tantas horas que no tengo tiempo para tardes de sábado ociosas. Pero beber, leer y relajarme son las tres primeras cosas que voy a tachar de la lista en cuanto pague el dichoso préstamo.

La luz con sensor de movimiento del porche se enciende cuando me acerco a la puerta principal y tecleo el cumpleaños de mi madre antes de entrar. Ahora que estoy aquí, el agotamiento se apodera de mí y no dejo de fantasear con la idea de tirarme boca abajo en la cama y dormir durante tres gloriosas horas.

Preferiría que fueran ocho, pero tengo el turno de ocho a once en el Maudie's por la mañana y, si quiero las propinas, seguramente debería ducharme.

Al pasar del diminuto recibidor a la diminuta estancia que sirve de salón y de comedor, oigo un maullido lastimero.

—Hola —digo al tiempo que me siento en el sofá junto a Skittles, que está enroscado en el lado que ha reclamado como suyo. Levanta la cabeza y entrecierra los ojos mientras bosteza—. Lo

siento, bolita. Tenía que trabajar. Y no me mires con esa cara. Sé que Joy ha venido a darte de comer.

Claro que Joy no se ha quedado con él. Y eso quiere decir que Skittles no ha disfrutado de su ritual vespertino: comer mientras yo estoy sentada a la mesa de la cocina con una copa de vino y un libro. Leo hasta que él termina y luego se mete en la cama mientras yo me desmaquillo. Después me reúno con él, leo otro rato y me quedo dormida.

Es una escena tan doméstica que parece ridícula, pero es nuestra rutina y, aunque son más de las tres de la madrugada, me pongo de pie y señalo la cocina con la cabeza.

—Anda, vamos —le digo—. Un tentempié nocturno.

Al oír la palabra «tentempié», salta del sofá y se me va enroscando entre las piernas de camino a la despensa. Cojo una lata, le preparo un plato y luego lo dejo en la esterilla que tengo para él en el suelo.

Y dado que no puedo romper la tradición, mientras Skittles ataca el salmón con su sabrosa salsa, me siento a la mesa con una copa de vino tinto y el libro que Lyle me ha dado.

Es un libro delgado, con la sobrecubierta un poco manchada, como si alguien le hubiera puesto una copa encima más de una vez. Las páginas están amarillentas, el papel es barato y el título es un simple *Antología poética*.

Pero cuando paso a la siguiente página, me doy cuenta de que el libro es una antología de poemas de William Ernest Henley y siento un escalofrío en la espalda. Porque Henley escribió el poema «Invictus» y fue el recuerdo de esos versos que me aprendí en el instituto lo que más tarde me ayudó a sobrevivir a los primeros días tras la muerte de Andy y de mi madre. Me recordó que yo podría sobrevivir. Que yo tenía, al igual que dijo Henley, un alma invicta.

¿Lo sabía Lyle?

¿Cómo iba saberlo?

Con el corazón acelerado, empiezo a pasar las páginas, porque sé que el poema tiene que estar aquí. Es su obra más famosa. Y mientras lo hago me doy cuenta de que la parte trasera de la sobrecubierta hace las veces de marcapáginas. Abro el libro por la página indicada y jadeo.

Porque no solo está marcando la página de «Invictus», sino que, además, debajo de la sobrecubierta hay un billete de mil dólares en una funda de plástico, sobre la que alguien ha escrito con rotulador permanente: «Vender, no gastar».

Lo miro sin comprender. ¿«Vender»? ¿Qué quiere decir? ¿Es arte? ¿Una broma?

¿Fabrican billetes de mil dólares?

Hago una búsqueda rápida con el móvil y, al parecer, sí solían fabricarlos. Y aunque ya no están en circulación, siguen siendo de curso legal.

Pero la nota tiene razón; sería una imbécil si lo gastara. Porque, a juzgar por lo que he visto en mi búsqueda de cinco segundos, este billete vale al menos tres mil dólares.

Así que ¿por qué narices me lo ha dado?

Joy bebe un sorbo de café de una de mis tazas de Mickey Mouse y luego suspira con tanta emoción que creo que debería salir de la cocina para dejarla a solas.

—Es el paraíso en forma de líquido —dice—. Un paraíso líquido muy necesario.

—Se suele llamar café. —Me siento enfrente de ella, bebiendo de mi propia taza—. Pero en una mañana como esta creo que lo vamos a llamar ambrosía.

Joy menea las cejas.

—Así que una mañana como esta, ¿no? ¿Eso quiere decir que anoche te recogiste tarde y bien cansada?

—¿Hola? Lo de anoche fue un trabajo, ¿recuerdas? No una primera cita.

—Lo siento —dice con cara compungida—. Soy una imbécil. Pero ¿fue bien?

—Fue raro —contesto.

—¿En serio? ¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—Da igual. Pero al final me dio esto. —Le doy el libro.

Lo mira con el ceño fruncido.

—Te acuestas con el tío ese ¿y esto es lo que te da de propina?

—La verdad es que no hubo sexo...

—¿No hubo sexo? —Alza la voz, incrédula.

—Y se supone que no puedo hablar de nada de esto contigo, ¿no?

—¿Te refieres al acuerdo de confidencialidad? Puedes contarme todo lo que quieras.

Debe de ver la duda en mi cara, porque se dibuja una cruz sobre el corazón y luego levanta la mano como un boy scout.

—No, en serio. Y no solo por las reglas de mejores amigas. Estoy total y legalmente autorizada a oírlo.

La miro por encima del borde de la taza.

—¿Cómo?

Hace una mueca antes de encogerse de hombros.

—Es que Marjorie me contrató hace dos meses para hacer trabajos administrativos, así que formo parte del personal, que no entra en el acuerdo de confidencialidad. Soy la única empleada que ve la imagen completa. Necesitaba a alguien porque, a ver, lleva algo bastante gordo. Y me escogió a mí porque soy de la familia y me venía bien trabajar unas horas extra.

—¿La imagen completa? ¿Sabes quién es el señor Z?

Menea la cabeza.

—No. Es la única parte que Marjorie tiene bajo siete llaves. En su cabeza y en su caja fuerte.

—No puedo creerme que no me dijeras que trabajas para ella.

—Eso violaría el secreto de la operación. Al menos hasta que aceptaras el trabajo oficialmente, y para entonces ya te habías ido. Hablando de secretos, no tienes la obligación de contarle a Marjorie nada de lo que pase a menos que sea peligroso, pero tampoco lo tienes prohibido. Marjorie lo desaconseja porque no quiere que un montón de chicas le cuenten todos los detalles sórdidos, pero está todo en el contrato. Marjorie te mandó una copia anoche. Comprueba tu buzón de correo electrónico y léelo si no me crees.

—Te creo —le aseguro—. Y el libro no era la propina. Era esto. —Tengo el bolso en la mesa de la cocina, donde lo dejé anoche. Metí el billete allí para ponerlo a salvo mientras decidía qué hacer con él y ahora se lo estoy dando a Joy—. Vale más de dos mil.

Pone los ojos como platos.

—Esto es la leche. —Me lo devuelve y lo meto de nuevo en la cartera—. Yo esperaba que te pagara el préstamo de la casa, pero dos mil de más están bastante bien. Sobre todo teniendo en cuenta que no follasteis. ¿De verdad no hubo sexo? ¿Lo dices en serio?

—Hubo besos —admito—. Y luego hablamos. Fue... Un momento. ¿Pagarme la casa? —Frunzo el ceño cuando sus palabras por fin me calan en el cerebro, a medio gas por la falta de sueño—. Estás de coña, ¿no?

—Una exageración de nada —admite mientras Skittles se le sube al regazo de un salto—. Pero tenía la esperanza.

—Tenías la esperanza —repito—. Vale, pero ¿por qué?

—Te dije que podría haber una propina. Lo que no te dije es lo generoso que puede ser en ocasiones. Marjorie me habló de una chica hace como cosa de un año... Le compró un coche.

—¿De verdad? —Estaba a punto de servirme más café, pero ahora tengo que sentarme.

—Vale, no del todo. Pero tenía el coche averiado y él se lo arregló, y era una avería gorda del motor. Carísima; ella nunca se la podría haber permitido. Un detallazo por su parte, ¿verdad?

Le doy la razón.

—Y había otra chica que estaba trabajando de acompañante para pagarse la matrícula de la universidad. Le pagó la matrícula y todo lo demás de ese semestre y del siguiente. Te lo juro.

—¿Por qué? —pregunto—. A ver, ya está pagando un pastizal por una sola cita. Y después paga...

—No lo sé. A lo mejor es un buen tío de verdad.

Asiento con la cabeza mientras pienso en el hombre que conocí anoche en el hotel. Un hombre que me excitó. Que me intrigó. Un hombre que corrió detrás de mí solo para darme una propina increíble aunque no había hecho nada para ganármela.

—Sí —digo—. Es un buen tío. Un enigma —añado, porque sigo sin saber por qué contrata a

acompañantes, para empezar—. Pero es bueno. —Miro el reloj, son casi las siete—. Tengo que ponerme en marcha —le digo—. Tengo que sacar a Lancelot y luego llegar al Maudie's para el turno del desayuno. Y tengo que ir al banco cuando salga, porque hoy cierra a mediodía.

Pone los ojos como platos.

—No puedes ingresarlo. Tienes que vendérselo a un coleccionista.

—No voy a ingresarlo. Voy a usar los diez mil como pago a cuenta del préstamo. Y en cuanto al billete viejo, si de verdad crees que puedo quedármelo, voy a meterlo en mi caja de seguridad.

—¿Quedártelo? Pues claro que puedes. —Hace una mueca cuando Skittles empieza a clavarle las uñas en las piernas—. ¿Por qué no ibas a hacerlo? Te vas a quedar los diez mil.

En eso tiene razón, aunque también me siento culpable por hacerlo. Fui al hotel porque Lyle quería a una chica con la que acostarse y yo acabé de los nervios y bebiendo con él. Pero me fui de allí con dinero contante y sonante.

—No tengo que abrir hasta las nueve —me dice Joy—. ¿Quieres compañía? Iré contigo a sacar al perro y luego me puedes servir unos burritos para desayunar antes de irme.

Como me parece un buen plan, termino de arreglarme y salimos juntas para ir a recoger a Lancelot al apartamento de Jacob, que está sobre el garaje.

—Hola, Sugar —me saluda Jacob al tiempo que me da la correa—. Estás para comerte.

—¿Te he dicho ya que ese chiste no hace gracia?

—Solo unas veinte veces —replica con jovialidad—. Llego tarde al grupo de estudio del sábado. ¿Me lo traes después al apartamento?

—Sí, no hay problema.

Me inclino para acariciar con la nariz el pelo castaño dorado de Lancelot. Es un labrador de ocho meses, lo que quiere decir que ya es enorme y todo lo alegre que puede ser un perro. Ahora mismo, golpea la puerta con la cola con tanta fuerza que me sorprende que la señora Donahue no haya salido a ver a qué viene tanto escándalo.

Se puede decir que Lancelot es quien lleva la voz cantante de nuestras salidas y ahora abre camino hacia el paseo marítimo, su lugar preferido para perderse. Estoy segura de que preferiría la playa, pero está prohibido y ha aprendido que tiene que mantenerse lejos de la arena.

—Así que ahora paseas a Lancelot —dice Joy, como si no hubiéramos interrumpido la conversación—. Y luego te toca servir mesas. ¿Qué viene después de eso?

—La señora Donahue —contesto—. Voy a limpiarle la cocina a fondo. He reservado dos horas. Y después de eso —añado, porque es evidente que está decidida a saber a qué voy a dedicar cada minuto del día— voy a casa de Greg.

—¿Sí? ¿Por fin te ha convencido para que digas que sí?

Pongo los ojos en blanco.

—No está intentando convencerme. Solo somos amigos. Y siempre hemos sido solo amigos.

—Quiere algo más —insiste.

—Sí, cierto. Quiere montar un negocio.

—Más —repite, y yo gruño.

—Me dijiste lo mismo de Jacob ayer. ¿Ahora le toca a Greg? Empiezo a ver un patrón.

Suspira.

—Es que vivo a través de ti.

—Pues deja de hacerlo —le digo—. Tú también puedes tener una vida si te lanzas de nuevo a la piscina.

—Ajá. Vale. Bueno, ¿cómo está la casa de Greg últimamente?

Se me pasa por la cabeza echarle en cara que cambie de tema, pero decido dejarlo estar. La experiencia de Joy con su último novio fue de lo peorcito y se está tomando un año sabático autoimpuesto. Personalmente, creo que es hora de que vuelva a lanzarse a la piscina, pero si no está preparada no voy a presionarla.

En cambio, le digo que la casa de Greg está avanzando mucho.

—Todos los arreglos estructurales están hechos. Ahora solo queda la parte cosmética. Los suelos, las encimeras, las paredes...

—Me muero por verla —dice, y yo asiento con la cabeza.

La verdad es que yo también me muero por verla. Conozco a Greg desde el instituto, aunque no nos hicimos amigos hasta que hace unos años empezó a trabajar a tiempo parcial como camarero en el Blacklist. Es aspirante a guionista y vive sin pagar el alquiler en una casa de sesenta y cinco metros cuadrados a cambio de hacer las reformas para su casero, algo para lo que está cualificado, ya que creció trabajando en la empresa de construcción de su familia.

Me ayudó con el trabajo en mi casa y congeniamos tan bien que me preguntó si podía ayudarlo con el proyecto de su casa. Llevamos trabajando en él, de forma intermitente, unos cinco meses y hemos ido documentando cada paso del proyecto con fotos. Cuando terminemos, los dos tendremos una buena carpeta de proyectos. Y, con suerte, un día montaremos juntos una empresa: comprar, reformar y vender casas. No piensa renunciar a ser guionista, pero reformar casas es un trabajo que le permite escribir en sus ratos libres. Además, Greg es bastante realista y sabe que, incluso con talento, puede que no triunfe como guionista.

En cuanto a mí, nunca he tenido un trabajo ideal. Y hasta que no me lancé de lleno a la reforma de mi casa no descubrí lo mucho que me gusta eso. Con mi casa fue algo catártico, una manera no solo de salvarla, sino de trabajar para librarme del dolor de mis recuerdos. Con el resto de las remodelaciones se trata de planear y ejecutar dicho plan. Se trata de tener una visión y hacerla realidad.

Así que..., sí, yo también quiero la empresa. Y agradezco contar con un socio como Greg que me respalde.

Por supuesto, ahora mismo vamos pasito a pasito. Pero lo conseguiremos. Tenemos un plan sólido.

—¿Quieres ver una peli o algo después? —me pregunta Joy—. ¿Noche de peli y martinis?

—Estaría bien —le digo—. Pero igual veo algo con Greg si terminamos a tiempo. —Últimamente, nuestra rutina es trabajar y luego relajarnos con la película que esté analizando en ese momento—. Además, se te olvida que tengo mi propia noche de martinis planeada.

Me mira sin comprender, pero al cabo de un momento se le enciende la luz.

—Ah, ya. Tienes el turno de las diez en el Blacklist. Qué mal.

—A mí no me parece tan malo —replico—. Casa, dinero... ¿Te acuerdas de todo eso?

—Como si cuatro horas trabajando de camarera fueran a cambiar algo.

Le doy un tironcito a la correa de Lancelot para que se dé la vuelta a la vez que fulmino a Joy con la mirada.

—Hola, doña Negatividad. Las propinas son buenas, y bien que lo sabes.

Sin embargo, mientras volvemos al apartamento de Jacob, no puedo negar que, aunque sean buenas, no son lo bastante buenas.

—¿Quieres que llame a Marjorie? ¿Que te consiga otra cita pronto?

Inspiro hondo mientras pienso en mi casa. Y también pienso en todo el dinero que le debo al banco, incluso después de haber ingresado hoy una cantidad enorme. Luego pienso en Lyle y, por un minuto, me emociona la idea de que Marjorie me busque otra cita.

Pero entonces recuerdo que él no será el cliente. Que, si lo hago, será otro hombre el que me bese. El que me toque.

Salvaré la casa, sí. Pero el precio será más que monetario.

—¿Laine? —insiste Joy.

—Sí —me apresuro a contestar antes de poder cambiar de idea—. Llámala.

¿Por qué no? Al fin y al cabo, Lyle Tarpin es una fantasía.

Pero el préstamo de mi casa es tan crudo como lo puede ser la realidad.

Bien —dijo Riley mientras Lyle daba media vuelta y golpeaba el saco de arena otra vez; le parecía que lo había hecho ya mil veces esa tarde—. La próxima vez coloca el cuerpo y la pierna totalmente en paralelo con el suelo. La forma es importante, Tarpin.

—Vete a la mierda —replicó Lyle en confianza mientras se secaba el sudor del labio superior—. Llevamos ya seis horas. Recuerdas que tengo un doble para las escenas de riesgo, ¿verdad?

—Buen intento. Fuiste tú el que dijo que querías algo más que ponerte en forma. Creo que tus palabras exactas fueron: «Necesito más que músculos y fuerza. Aunque solo sea para andar, quiero moverme como alguien que sabe pelear».

Lyle gruñó.

—¿Cómo iba a suponer que te saltarías el patrón y me harías caso?

—Venga ya. Una vez más y después seguimos trabajando el tren superior.

—Ah, qué bien.

Riley se echó a reír.

—Eres tú quien va a salir descamisado en una película que verán millones de personas. Pero si quieres estar fofo cuando aparezcas en la gran pantalla...

—Sabes que eres un imbécil, ¿verdad?

—Es uno de mis rasgos más entrañables. Venga, vamos.

Lyle lo obedeció y logró hacer diez repeticiones sin caerse de culo al girar. Y, como extra, pateó el dichoso saco todas las veces.

—No está mal —lo felicitó Riley una vez que se enderezó, mientras se limpiaba la cara con la toalla que acababa de darle—. Impresionante teniendo en cuenta que llevas toda la tarde ido.

Lyle bajó la toalla.

—Sí, y lo siento. No tiene nada que ver con el entrenamiento. En todo caso, que me estés dando caña me ayuda a no pensar.

Riley bebió un trago de agua de su botella y la bajó despacio.

—Joder. Fue ayer, ¿verdad? Trece años desde el accidente. Desde que Jenny murió. Por Dios, Lyle, soy un imbécil por no haberlo recordado antes.

—No lo eres —le aseguró Lyle, que se echó la toalla al hombro y se alejó hacia el banco de madera situado en el otro extremo de aquel gimnasio cutre que Riley había preparado para sus entrenamientos—. Y ya se me pasará.

—¿Que se te pasará? —repitió Riley con el ceño fruncido—. Sí, claro. Como siempre. Pero si necesitas hablar, dejamos el entrenamiento y vamos a tomarnos una cerveza.

Lyle se obligó a sonreír.

—Me tienta mucho la idea, porque me duelen hasta las pestañas, pero de verdad que estoy bien. La muerte de Jenny me afectó ayer, supongo que siempre lo hará, pero ella no es el motivo de que hoy esté despistado.

—¿Cómo es eso? —Riley cruzó los brazos por delante de su ancho pecho y mantuvo los pies separados. Con el pelo oscuro, los rasgos cincelados y sus músculos, parecía más un superhéroe que el propio Lyle. Claro que, teniendo en cuenta su forma de ganarse la vida, realmente era un héroe en carne y hueso—. ¿Vas a iluminarme o qué? —insistió.

—Creo que no.

Riley Blade era el amigo más antiguo de Lyle. Se conocieron en Iowa cuando eran niños y, pese a los tres años de edad que los separaban y al resto de las cosas que podrían haberlos hecho chocar, trabaron amistad enseguida. Aunque a Lyle no le quedaba familia con vida, para él, Riley era su hermano.

Pero ni siquiera los hermanos tenían por qué enterarse de todo.

Sin embargo, le había dicho parte de la verdad, que estaba «distráido». Pero no por el recuerdo de Jenny. No por los recuerdos de aquella noche terrible.

No, sus pensamientos los ocupaba una rubia preciosa de lengua afilada, labios suaves y ojos enormes y hechizantes que de alguna manera había descubierto algunos de sus secretos.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, no era Jenny quien moraba en su mente. Y no sabía si eso significaba que estaba curado... o que estaba ascendiendo la escalera hacia otro nuevo nivel de culpabilidad.

Riley seguía allí plantado, como si estuviera decidiendo si debía presionarlo más o no. Al final, se encogió de hombros.

—Como veas, tío. Pero, estés distraído o no, será mejor que te pongas las pilas cuanto antes si quieres que sea yo quien te prepare para ponerte delante de la cámara controlando técnicas de lucha con armas.

—Lo sé —le aseguró Lyle—. Y estoy concentrado. Joder, me alegro de que hayas podido despejar un par de semanas de tu agenda para entrenarme.

Riley, exmiembro de las fuerzas especiales del FBI, era un experto en el combate cuerpo a cuerpo y con armas blancas. Por no mencionar las armas de fuego y la artillería, aunque esta última no tenía mucho peso en la película para la que Lyle se estaba preparando, *M. Sterious*.

Riley también se tomaba muy en serio la preparación física y Lyle sabía que con cada día que entrenara con él aumentarían las posibilidades de parecer auténtico en el papel. Tuviera superpoderes o no, debía proyectar fuerza, confianza y destreza, cualidades todas ellas que se

conseguían gracias al método de entrenamiento de Riley. Y como había trabajado como asesor en algunas películas, entre ellas *El precio del rescate*, Lyle sabía que su amigo estaba al tanto sobre cómo debía entrenar y preparar a un actor.

—No me has dicho adónde irás cuando acabemos aquí —dijo Lyle—. ¿Volverás a Texas?

Riley había dejado las fuerzas de seguridad para pasarse al sector privado varios años antes y no se arrepentía. En ese momento trabajaba como asesor en McKay/Taggart, una empresa de seguridad privada afincada en Dallas que Riley juraba que era lo mejor de lo mejor.

—Ojalá —contestó—. No, me han asignado un servicio de seguridad a corto plazo. Tengo que encontrarme con el cliente en Illinois y después viajaremos dos semanas por el país en autobús.

—¿Estrella musical?

—Político.

—Qué horror —dijo Lyle.

—Mejor que Los Ángeles. —Riley bebió un buen sorbo de agua—. De verdad que tengo que quererte mucho para haber vuelto a este agujero inmundo.

Lyle le regaló una de esas sonrisas que lo hicieron famoso en sus días de actor de serie de televisión.

—¿Qué quieres que te diga? Soy adorable. —Arrojó la toalla al suelo—. Todavía nos queda otra hora. Así que será mejor que te deje torturarme.

Estaban a punto de retomar el entrenamiento cuando se abrió la puerta y entró Evelyn, acompañada por la asistente de Lyle, Natasha, que lucía un aspecto eficiente, como de costumbre, con pantalones negros, camisa blanca sin mangas y una carpeta roja de piel que sostenía con fuerza entre las manos.

—Lyle, siento interrumpirte —le dijo sin saludar siquiera a Riley—. Evelyn necesitaba verte de inmediato y he pensado que era mejor traerla que intentar explicarle dónde está esta mierda de gimnasio. Sobre todo teniendo en cuenta que esta mierda de gimnasio no tiene una conexión wifi decente y que tampoco hay cobertura.

—No pasa nada —dijo Lyle.

Riley dijo a la vez:

—Me alegro de volver a verte, Natasha.

Ella saludó con un leve gesto de cabeza y después se alejó, al tiempo que la otra mujer se adelantaba. Natasha llevaba la carpeta pegada al pecho con un brazo y no dejaba de observar a Lyle. Parecía estar evitando mirar en dirección a Riley. Lyle se percató de que estaba jugueteando sin cesar con un largo mechón de pelo negro con la mano libre. Llevaba cuatro años trabajando para él y a esas alturas Lyle reconocía sus gestos de nerviosismo.

Le pareció la mar de interesante.

Sin embargo, hubiera lo que hubiese entre su asistente y su amigo, si acaso había algo, tuvo que

dejarlo de lado al ver que Evelyn se acercaba.

—Voy a suponer que no has visto esto —le dijo ofreciéndole su teléfono móvil—. Aunque de verdad espero que tengas una explicación.

Miró la imagen y sintió que se le retorcían las entrañas. Era él, no cabía duda. Y en la foto estaba besando apasionadamente a Sugar. Al menos, él sabía que era ella. Los demás solo podían saber que era rubia y más baja que él.

—Creo que la imagen se explica por sí sola —replicó al tiempo que le devolvía el teléfono.

—¿Quién es? ¿Estás saliendo con ella? ¿La conociste en algún bar?

—Más o menos.

Evelyn resopló.

—Joder, Iowa. Vale que no conozca a la chica, pero por lo menos sé que no es Frammie. Que, por cierto, me ha llamado dos veces. Nueve llamadas menos que el estudio, desde todos los departamentos, empezando por el de publicidad y acabando por el mismo Ronald —añadió, refiriéndose al director del estudio que producía la película—. Tienes suerte de haber elegido este día para entrenar, porque así te has librado de la bronca —siguió, más molesta de lo que nunca la había visto—. Pasa de los mensajes de voz, por cierto. Yo me encargo de todo.

—Tan malo es —afirmó, no preguntó.

Había tenido mucho cuidado durante todos esos años y, de repente, una mujer se colaba entre las grietas de su armadura y todo lo que había conseguido a base de esfuerzo estaba a punto de derrumbarse.

—Joder, sí, tan malo es.

—Un momento —terció Riley, que hasta entonces había estado mirando a Natasha mientras ella se apoyaba en la pared para teclear en su teléfono, al parecer contestando mensajes de correo electrónico. En ese momento, sin embargo, decidió intervenir—: ¿Al estudio de verdad le interesa una foto de nuestro chico con una rubia?

—Con el dineral que han invertido en esta película le interesa hasta la marca de dentífrico que usa. Iowa, estás en el punto de mira. Lo sabes. Joder, lo estuvimos hablando unas horas antes de que publicaran esta foto. Así que ¿puedes explicarme cómo ha sucedido esto?

—No, la verdad. Pero lo solucionaré.

—Demasiado tarde. Ya lo he solucionado. Al menos de momento...

Lyle se tensó al instante, preocupado.

—¿Qué has hecho?

—Lo que te dije ayer que hicieras. Felicidades, Iowa, te he buscado novia.

Lyle la miró sin comprender.

—Un momento. ¿Qué me has buscado qué? ¿Cómo? ¿Quién?

—La mujer de la foto, obviamente. Le dije a Ronald que era tu novia, que llevas meses saliendo

con ella, pero que no pertenece al mundillo del cine y no quiere formar parte del espectáculo. Y, lo más importante, que no vas a traicionarla solo para alegrar a Frannie o al departamento de publicidad.

Lyle abrió la boca, pero no le salió ni una palabra.

—En cuanto a Frannie, siempre y cuando la relación parezca seria, te dejará tranquilo. Está un poco loca, pero tiene una vena romántica. Si llevas esta noche a la chica a la inauguración de Wyatt y finges estar enamorado, creo que todo quedará solucionado.

—¿Esta noche? —Ya había planeado asistir a la inauguración de la esperadísima exposición de fotografía de su amigo Wyatt Royce. Pero pensaba ir solo.

Evelyn lo miró con severidad.

—La foto está por todo internet. Ahora mismo parece que estás poniéndole los cuernos a Frannie. Saca a la chica a la luz, que os hagan algunas fotos a los tres bebiendo unas copas y riendo, y todo se olvidará. —Lo señaló con un dedo cuya uña revelaba una manicura perfecta—. Recuerda, campeón, el rodaje aún no ha empezado. Todavía pueden reemplazarte.

—Genial —protestó él—. Genial. —Se presionó las sienes con los dedos—. ¿Y si la chica no quiere unirse a nuestra alegre banda de música?

—Búscate otra rubia —respondió Evelyn con sequedad—. Ahora mismo, cualquier chica nos vale.

En eso se equivocaba, pensó Lyle.

La siguió con la mirada mientras se alejaba. Nat titubeó con los ojos clavados en Riley. Al cabo de un momento, parpadeó, como si se hubiera dado cuenta de que lo estaba mirando fijamente, y se volvió para mirar a Lyle, que a su vez clavó la vista en la conocida carpeta roja.

—¿Tenemos que revisar algo?

Ella negó con la cabeza.

—Nada que no pueda esperar hasta mañana. ¿Tengo que..., no sé, hacer algo para lo de esta noche? ¿Con la chica?

Pese a la frustración que sentía, Lyle estuvo a punto de soltar una carcajada. Nat era la asistente más eficiente que había tenido en la vida y su voz le había dejado claro que le molestaba mucho no saber cómo solucionarle a su jefe ese problema en concreto.

—No te preocupes —contestó él—. Está todo controlado.

—Vale. Me alegro de oírlo. En ese caso, nos vemos esta noche en la inauguración.

—Gracias.

Riley avanzó un paso.

—Nat...

Ella levantó las cejas al tiempo que lo interrumpía con un cortante:

—Que pase una buena tarde, señor Blade. —Acto seguido, se dio media vuelta y se marchó sin

añadir nada más.

Lyle miró a Riley.

—¿Algo que quieras compartir con la clase?

—Pues no.

Que Lyle supiera, no había nada entre Riley y su asistente. Pero a lo mejor ese era el problema.

—Sabes que, si te interesa, puedes invitarla a salir.

Riley ladeó la cabeza con una expresión de repentino interés.

—¿No está saliendo con nadie?

—No que yo sepa. Tienes el camino despejado. Habla con ella. —Sonrió—. ¿Alguien te ha dado calabazas alguna vez?

—Natasha —contestó Riley sin más.

—La leche —replicó Lyle, sorprendido de verdad—. No sabía que había llegado ya el apocalipsis.

Eso le arrancó una sonrisa a Riley.

—Sí, bueno, mis problemas con las féminas no son nada comparados con los tuyos. —Señaló la puerta con la cabeza—. Ve a llamar a esa chica para organizar lo de esta noche. Después seguimos con el entrenamiento.

—Me encantaría. Pero no tengo su número.

Riley rio entre dientes.

—Así que Evelyn tenía razón. ¿Quién es? ¿Os conocisteis en un bar o algo?

—No —respondió Lyle escuetamente, sin quitarle ojo a la cara de su amigo—. No la conocí en un bar.

—Entonces ¿dónde...? ¡Joder, Lyle! Me dijiste que ya lo habías dejado.

Lyle se pasó los dedos por el pelo.

—Y lo he hecho. Casi. Pero a veces necesito... —Se interrumpió y se encogió de hombros—. A veces es difícil.

—Ya sé que todo es una mierda, tío. Pero tienes que encontrar otra forma de lidiar con todo eso. Con la muerte de Jenny. Con la presión de vivir en el punto de mira. Sea lo que sea, tienes que encontrar otra forma.

—Lo sé. —Empezó a pasearse de un lado para otro del gimnasio, desde el saco de arena hasta la barra de dominadas—. Lo sé —repitió—. Pero no solo se trata de desfogarme. También es por las chicas. Ya lo sabes.

—Desde luego. ¿Crees que no lo entiendo? —Interceptó a Lyle y lo detuvo plantándose delante de él—. Yo estaba allí, ¿lo recuerdas? Sé cómo era tu vida. Sé de qué huisteis Jenny y tú. —Retrocedió y siguió hablando con la cara llena de dolor—. ¿Crees que yo no tengo mis propios fantasmas? Pero no puedes tirarte a una prostituta y pensar que así sustituyes una relación.

Lyle dio un respingo, pero Riley siguió hablando.

—Y no puedes darles dinero y creer que las estás salvando. Porque no es así. No puedes salvarlas, de la misma manera que no pudiste salvar a Jenny.

—¿Lo dices porque has acumulado una gran sabiduría al respecto? —le soltó Lyle, porque las palabras de su amigo habían dado muy cerca del clavo—. ¿Porque eres un experto en relaciones o algo?

—Cuidadín, amigo.

Lyle se desinfló y se sintió como un imbécil.

—Lo siento. Mierda, tienes razón. Sé que tienes razón y no me importa que me digas la verdad a la cara, sobre todo cuando la he cagado tantas veces.

—Lyle...

—No —lo interrumpió levantando una mano—. Ahora mismo no necesito que me psicoanalices.

—Vale. ¿Qué necesitas?

Lyle respiró hondo al tiempo que encogía un hombro.

—¿No has estado prestando atención? Al parecer, necesito una chica para esta noche.

Ya es media tarde, he terminado mi turno en el Maudie's y he limpiado la cocina de la señora Donahue de arriba abajo. Estoy sudada y pringosa y seguro que huelo a grasa. Y no es precisamente como quiero oler durante una reunión de negocios.

Claro que tampoco esperaba tener que ir una reunión de negocios. Vine a casa de Greg con la idea de pasar la tarde reformando el cuarto de baño, tras lo cual vendrían dos horas de comer palomitas y ver una película.

En cambio, aquí estoy, en todo mi esplendor apestoso y grasiento, sentada a la mesa de la cocina de Greg, con la camiseta manchada de pintura y las uñas destrozadas, con Anderson Morton-Gray sentado delante de nosotros, mucho más elegante con su traje azul marino.

Ya conocía a Anderson, claro. Su marido, Steve, es guionista en activo y amigo de Greg. Así que hemos quedado para tomar algo juntos alguna que otra vez y sé que es agente inmobiliario y que vive en West Hollywood. Lo que no sabía es que le había preguntado a Greg si podía pasarse esta tarde por casa.

Tampoco sabía que su empresa es la dueña de la casa en la que vive Greg.

Y desde luego no sabía que ha visto fotografías del trabajo que he hecho en mi casa, en gran parte con la ayuda de Greg.

Aunque ahora ya lo sé. Y, de hecho, la cabeza me da vueltas mientras Anderson termina de presentarnos su propuesta.

—Pues esa es la idea —dice a la vez que mira a Greg y luego me mira a mí—. ¿Qué os parece?

Lo que me parece es que suena genial, y así se lo digo. Tiene un cliente que ha comprado un bungalow destartado en Santa Mónica para invertir y quiere reformarlo. Sin embargo, al cliente no le interesa hacer el trabajo él mismo. Anderson no solo es agente inmobiliario, sino que, al igual que Greg, creció trabajando en la empresa de construcción de su familia, así que se ha ofrecido como contratista general para la obra. Una obra que Greg y yo haremos, con la excepción de la fontanería y la electricidad, que tendremos que subcontratar. Después, una vez que se venda la casa, todos nos llevaremos el porcentaje acordado.

—Y lo de tener comprador es solo en este primer trabajo —dice Anderson—. Si todo va bien, en el futuro yo compraré propiedades a través de mi empresa. Eso implicaría más beneficios para nosotros, porque se repartirían entre menos.

Miro a Greg, que parece tan ilusionado como yo. Anderson acaba de poner sobre la mesa la

clase de negocio con el que Greg y yo soñamos, y con el valor añadido de no tener que adelantar el dinero ni pedir un préstamo para comprar la primera propiedad.

Greg abre un poco los ojos, pero lo conozco lo suficiente para entender la pregunta. Asiento con la cabeza, a sabiendas de que él entenderá la respuesta.

—Sí —le dice a Anderson mientras yo sonrío—. Nos apuntamos.

—Estupendo. —Se aparta de la mesa—. En fin, pues ya está. Os mandaré algunas fotos y planos de la propiedad y lo organizaré para que podáis echarle un vistazo. Los compradores cierran el trato el martes, así que podremos ponernos manos a la obra la semana siguiente. —Esboza una sonrisa enorme—. Creo que va a ser genial. Divertido y lucrativo.

—No puede ser mejor —digo y los dos se echan a reír.

Acompañamos a Anderson a la puerta.

—Dile a Steve que nos vemos mañana en el almuerzo del grupo —le dice Greg, en referencia a su grupo de crítica de guiones.

—Lo haré —asegura Anderson, que me estrecha la mano y luego se va.

Greg me sorprende al cogerme de la cintura y empezar a darme vueltas; me río a carcajadas y le suplico que pare.

Me deja en el suelo y los dos respiramos entre jadeos.

Lo entiendo. Es la emoción del momento, estoy casi mareada de felicidad.

En cuanto se inclina hacia delante, sé que Joy tenía razón en lo de que Greg quería algo más. Tengo la sensación de que el mundo gira a cámara lenta y le pongo una mano en el pecho antes de echarme hacia atrás.

—Greg, no —susurro—. Lo siento, pero no.

Veo que se pone colorado de vergüenza mientras se aleja de mí con un respingo.

—Mierda. ¡Joder! Me he pasado. Ha sido el momento. No...

—Tranquilo —le digo—. Es que yo solo...

Dejo la frase en el aire, porque ¿cómo le digo a un chico que no hay chispa? Sobre todo cuando lo comparo con un hombre al que no voy a ver de nuevo en la vida y en el que seguramente no debería estar pensando. Un hombre sin duda traumatizado, pero que no deja de aparecer en mi mente en los momentos más inoportunos.

Un hombre que ha establecido el estándar de toda chispa, y Greg no lo alcanza.

—Quieres que seamos solo amigos —dice, evitando que yo tenga que terminar la frase.

—¿Tan malo es?

Durante un segundo, me mira sin más, y ojalá pudiera leerle el pensamiento. Luego meneaba la cabeza.

—La verdad, quizá sea hasta mejor. Tengo demasiadas exnovias a las que ya ni veo. Sería una pena que pasara contigo.

—Sí que lo sería —digo dándole la razón, mientras el alivio se apodera de mí—. Sobre todo cuando estamos a punto de dar el salto al mundo inmobiliario.

—Eso es verdad. —Ladea la cabeza, como si intentara averiguar la respuesta a una pregunta desconocida.

—¿Qué?

—¿Hay otra persona?

—Greg...

Levanta una mano para que lo deje hablar.

—No estoy celoso, te lo juro. Solo me pica la curiosidad.

—No —contesto, porque es verdad.

Pero no le digo que, aunque no tenga un hombre en mi vida, por primera vez, al menos sí tengo la idea de uno.

—¿*Terminator* o *Casablanca*? —me pregunta mientras sostiene en alto los dos DVD.

Después de que Anderson se fuera, intentamos centrarnos en la tarea de pintar el cuarto de baño, pero los dos estábamos demasiado distraídos por la idea del negocio. Y, la verdad, tras el intento de Greg, no creo que a ninguno de los dos nos apeteciera estar juntos en ese cuarto de baño minúsculo.

—¿Solo puedo elegir entre esas dos? —replico mientras me pregunto si se ha dado cuenta de que ha escogido dos romances fallidos—. Déjame tu lista.

Dado que tiene una lista de películas que estudiar en el móvil, me la manda en un mensaje de texto. Estoy sacando el móvil del bolso para leerla cuando me suena.

Miro la pantalla y casi lo dejo caer. Es Marjorie.

Aunque le pedí a Joy que le dijera a Marjorie que estaba preparada para otro trabajo, no esperaba saber de ella tan pronto. Durante un segundo, pienso en dejar que salte el buzón de voz, porque a lo mejor me estoy apresurando.

Luego pienso en Lyle. Salvo que, claro, no me va a llamar por él. Una chica, una vez. Así me dijo que actuaba.

Lo que quiere decir que me está llamando por otro trabajo. Un trabajo con un hombre que no es Lyle. Un trabajo que no quiero aceptar aunque necesito el dinero. Pero a la vez sí quiero aceptarlo, porque necesito el dinero.

Solo que no estoy segura de poder hacerlo y...

—¿No vas a contestar?

Doy un gritito y contesto sin pensar.

—Diga —susurro, y luego oigo la voz aliviada de Marjorie.

—Bien, bien. Ya temía que no iba a dar contigo, y vamos fatal de tiempo. Tengo otro trabajo. Me humedezco los labios.

—Ya me lo suponía.

—Es poco ortodoxo —continúa—. Me sorprende que haya llamado, la verdad.

—¡Oh! —exclamo desconcertada—. ¿Quién?

—El señor Z —contesta—. Quiere volver a contratarte. Para esta noche, de hecho.

—¿Esta noche? —Miro a Greg, consigo esbozar una sonrisa trémula y señalo la puerta trasera. Luego salgo y la cierro a mi espalda.

—Cinco mil dólares por la noche —continúa, y se me aflojan las rodillas, de modo que estoy entre que me caigo y que me siento en el escalón de cemento—. Necesita que seas su pareja para la inauguración de una exposición de arte.

«Pareja.»

—Oh. —Frunzo el ceño mientras repaso todo lo que sé sobre Lyle, incluido el hecho de que Marjorie me dijo que nunca contrata a la misma chica dos veces—. ¿Por qué yo?

—Al parecer, os vieron juntos. Espera un momento —me dice; un segundo después me vibra el móvil en la mano, indicando que tengo un mensaje de texto. Pongo el manos libres el tiempo justo para verlo y hago una mueca.

—¡Ay, Dios! —exclamo.

—Mmm... —murmura con cierto matiz pensativo—. Confieso que me sorprendió. Por lo que he aprendido de él a lo largo de estos años, suele ser mucho más celoso de su intimidad.

—Ya, supongo.

Qué tontería acabo de decir, hay que ver. La cabeza me va a mil por hora. «Es culpa mía», me digo. Me negué a acostarme con él. Cambié la dinámica por completo. Me salté las reglas y lo he fastidiado. Porque estaba nerviosa y tenía miedo y no quería hacer justo eso por lo que había acabado en esa habitación de hotel. Por lo que me había pagado.

Y como estaba asustada y fui egoísta, ahora corre el riesgo de que su secreto salga a la luz.

—Lo haré —le digo sin rodeos—. Pero quiero hacerlo gratis.

—¿Perdona?

—Tú no, es decir, a ti que te pague lo que tenga que pagarte. Pero yo iré a lo de esta noche gratis.

—Entiendo —dice muy despacio, pero no creo que lo entienda en absoluto—. ¿Estás segura?

Medito la respuesta. Porque la verdad es que necesito el dinero. Pero ya me ha pagado diez mil dólares más una generosa propina. ¿Y por qué? ¿Qué consiguió? Sexo no, eso está claro. Solo unos cuantos besos, una chica a la que apenas conocía que lo castigó por sus problemas y luego una fotografía íntima que se ha convertido en viral.

No son precisamente unos buenos dividendos por su inversión.

—Estoy segura —le respondo.

—Muy bien —dice Marjorie, aunque su tono de voz me indica que no lo entiende—. Mi equipo llegará a tu casa dentro de media hora para maquillarte, vestirme y llevarte al restaurante donde te encontrarás con el señor Tarpin.

—¿Ya no es el señor Z?

—Creo que ya hemos dejado ese punto atrás —contesta, y me la imagino sonriendo—. Buena suerte. Y pásatelo bien —dice antes de colgar.

Pienso en Lyle. Y en la química. Y aunque no estoy muy segura de lo que va a pasar esta noche, no puedo negar que me muero de ganas de que llegue.

Y tampoco estoy muy segura de si eso es algo bueno... o malo.

ErEran las cinco menos cuarto cuando le dije a Greg que me había salido un trabajo temporal de última hora y que tenía que irme a la carrera.

A las cinco entraba por la puerta de mi casa, minutos antes de que llegara el equipo de Marjorie, armado con maletines de maquillaje y planchas de rizado para el pelo, percheros con ruedas llenos de vestidos y maletas gigantescas llenas de zapatos.

Y después comenzó el torbellino. A las seis menos cuarto ya estaba duchada, seca, vestida, peinada, maquillada y enjoyada. En la vida me he vestido tan rápido y me siento tan desconcertada como Skittles, que me mira con los ojos entrecerrados desde su árbol, ya que el salón se ha convertido en un camerino.

Me estoy mirando en el espejo de tres cuerpos que el equipo ha colocado delante de la chimenea y debo admitir que estoy bastante bien. El vestido de cóctel es sugerente pero elegante. Está confeccionado con gasa blanca y negra y tiene un escote bajo que deja a la vista el colgante de rubí que cuelga lo justo para atraer la mirada hasta el canalillo. La piedra preciosa va a juego con los pendientes y la pulsera, también de rubíes.

Los zapatos son igualmente de color rojo oscuro. Y aunque parezca una ironía, son unos Christian Louboutin. Qué pena que no pueda quedármelos y ponérmelos algún día para ir al Blacklist cuando Nessie esté trabajando.

Claro que, aunque son preciosos, me pregunto cómo voy a sobrevivir con ellos toda la tarde. Con tantas horas sirviendo mesas, suelo vivir con zapato plano, no con tacones, así que estoy segurísima de que llegaré cojeando al Blacklist cuando tenga que empezar mi turno de las diez y me cambie de zapatos.

En cuanto al pelo y al maquillaje, parece que vaya a aparecer en la portada de *Vogue*. Me han perfilado los pómulos, llevo un ahumado en los ojos y un suave tono rojo en los labios para no desentonar con las joyas. Estoy guapa. Elegante. Y las ondas rubias me enmarcan la cara y enfatizan mi aspecto.

—Asombroso —dice Franko, el peluquero—. Soy un genio.

—Lo que pasa es que ella es un lienzo increíble —replica Marianne, la maquilladora y encargada de vestuario, que añade, dirigiéndose a mí—: Eres divina. —Le echa un vistazo al reloj y frunce el ceño—. Muy bien. Recogemos todo y nos vamos dentro de diez minutos. Lionel llegará

dentro de un cuarto de hora para llevarte al centro. Tienes que presentarte a las seis y media para el cóctel y los aperitivos previos a la inauguración.

Asiento con la cabeza y me pregunto si alguno de ellos conoce la índole de la empresa de Marjorie. Seguramente no. Para toda esta gente, Marjorie es mi agente y yo voy a ser una nueva estrella que está a punto de hacer su rutilante debut.

Contengo una sonrisa, porque me hacen gracia mis pensamientos, y me acerco a Skittles mientras Marianne y Franko revolotean por el salón recogiendo sus cosas con una eficiencia asombrosa. En cuanto se van, solo me da tiempo a beber un sorbo de agua y acariciar a Skittles detrás de las orejas para despedirme antes de que Lionel llame al timbre.

—Es un placer verla de nuevo, señorita Sugar —me saluda mientras entro en la parte trasera del coche. Después, cierra la puerta y me quedo sola. En teoría, es lo más tener un chófer que te lleve a los sitios, pero, con la pantalla de privacidad subida, estoy sola con mis nervios y mis pensamientos sobre Lyle.

Porque la verdad es que no sé qué esperar. Será un evento público, sí, pero ¿querrá escaparse a un sitio privado? ¿Habrá muestras de afecto delante de la gente? ¿Me besará delante de las cámaras?

No tengo la menor idea. De hecho, lo único que tengo claro es que quiero volver a verlo. Y no solo porque es guapísimo y besa con una intensidad que me roba el sentido. Es mucho más que eso. Es la chispa de humor que iluminó nuestra conversación. Y el dolor que vi oculto detrás de sus ojos. Un dolor que me atrae. Que quiero aliviar, por algún motivo.

Y todo eso está muy bien, pero necesito recordar que esa no es la razón por la que estoy en este coche. Estoy aquí porque Lyle necesita aparecer en público con la mujer con la que lo pillaron besándose. Porque todo esto es un montaje de cara a la galería.

No es una cita. Es trabajo.

Mientras Lionel aparca delante de Cut 360, un restaurante muy elegante situado en el centro de Los Ángeles, me recuerdo que no debo olvidar ese detalle en ningún momento.

Pero todas estas resoluciones firmes se evaporan en cuanto pongo un pie en el interior del restaurante. Porque entonces es cuando lo veo. Está en el mostrador de recepción, mirando el teléfono móvil, pero alza la vista en cuanto entro, como si hubiera percibido mi mirada, y se guarda el móvil en el bolsillo. Lleva un traje gris oscuro con una camisa blanca y una corbata roja que hace juego con mis joyas. En su mentón se vislumbra algo de barba y se ha dejado el pelo un poco despeinado. Aunque no sé si lo ha hecho a propósito o si es por el viento.

Demuestra una actitud despreocupada y chulesca y, mientras me doy un festín con la mirada, entiendo perfectamente por qué ha aparecido en las portadas de todas las revistas imaginables.

Me mira un instante y sonrío. Es una sonrisa lenta y seductora, y entonces es cuando empiezo a sentirlo. Un cosquilleo en la boca del estómago. Da un paso para acercarse, me coge una mano y

susurra mi nombre, y en ese mismo instante una dulce descarga eléctrica me recorre todo el cuerpo, como si acabara de atravesarme un rayo en mitad de una tormenta.

—¿Cómo sabes mi...?

—Me lo ha dicho Marjorie —dice al tiempo que me levanta la barbilla con un dedo—. Es un nombre precioso —murmura justo antes de rozarme los labios con los suyos—. Pero creo que prefiero Sugar. —Me coge de la mano y le hace un gesto a la jefa de sala, que nos acompaña hasta un reservado íntimo situado en la zona del bar.

Varias cabezas se vuelven al vernos pasar y la atención que despertamos empieza a incomodarme. Lyle, sin embargo, ni se inmuta.

—Estoy seguro de que en la inauguración habrá copas y aperitivos —dice una vez que nos sentamos—, pero quería tener la oportunidad de hablar contigo antes de lanzarnos a la parte más profunda de la piscina.

—Bien hecho. Porque, según me ha contado Marjorie, se supone que debemos actuar como si estuviéramos saliendo. Y ahora mismo lo único que sé sobre ti es lo que he leído en Google.

—¿Has buscado información sobre mí? —Lo pregunta con expresión guasona.

—Bueno, tampoco he sacado un informe comercial, si te refieres a eso. Pero he estado cotilleando.

—Ya veo. —Su sonrisa se transforma en un ceño fruncido—. ¿Y qué has encontrado?

Me encojo de hombros.

—No mucho —admito, y guardo silencio al ver que se acerca una camarera para tomarnos la comanda.

Pido una copa de vino, segura de que puedo beberme un par durante la velada sin que me pase factura para trabajar después en el Blacklist. Y como estoy muerta de hambre, también pido unas patatas fritas con queso fundido, aunque no sea el tipo de restaurante en el que pedir esa clase de comida.

A tenor de la sonrisa de Lyle, estoy segurísima de que está pensando lo mismo.

—Supongo que en la inauguración servirán aperitivos como carpaccio de atún y gambas a la plancha —le digo—. Además, cuando estoy nerviosa me gusta la comida grasienta.

Veo que le hace un gesto con la cabeza a la camarera para despacharla y después extiende un brazo por encima de la mesa para cogerme una mano.

—¿Estás nerviosa?

—¿En una escala del uno al diez? Diría que estoy en el trece.

—¿Por mí o por la situación?

—Por las dos cosas —admito.

Me está acariciando el dorso de la mano con el pulgar y me cuesta la misma vida no apartarme para ganar espacio, tanto físico como mental. Porque ahora mismo eso es lo único en lo que soy

capaz de concentrarme. En sus caricias. En el contacto. Y en el hecho de que no sé si esto forma parte de la farsa o si lo hace porque le apetece.

Al cabo de un momento, me suelta y presiona las palmas de las manos contra la mesa, como si estuviera luchando para contener un impulso irresistible.

—¿Te importa compartir? —me pregunta y, por un segundo, me quedo totalmente en blanco.

—¿El qué? ¿Te refieres a las patatas? ¿Por qué? —replico—. ¿Tú también estás nervioso?

—A lo mejor sí.

—¡Oh! —exclamo; no sé si se está quedando conmigo o no.

—Todavía no me has dicho lo que has descubierto sobre mí en tu búsqueda.

Me encojo de hombros.

—No mucho. No eres precisamente un libro abierto.

—Valoro mucho mi privacidad.

—Se nota. Descubrí que te mudaste aquí con tus padres cuando tenías dieciséis años y que ya están jubilados y viven en algún lugar del extranjero. Sé que te descubrieron a los diecisiete, mientras trabajabas en un local de comida rápida, donde te vio un agente. Tu primer papel solo tuvo una frase en una serie para adolescentes que solo duró cuatro episodios, pero conseguiste varios anuncios y algunos papeles pequeños.

—De momento, no vas muy desencaminada.

—Y nada más. Solo que tu primer trabajo importante fue esa comedia televisiva con Rip Carrington. Y que no se te ve con mujeres, aunque se rumorea que estás saliendo con Francesca Muratti. —Me encojo de hombros—. Aparte de eso, que tu primer papel para el cine fue en *El precio del rescate* y que te ha valido para conseguir el papel de superhéroe y que estás trabajando mucho para ponerte en forma. —Esbozo una sonrisa—. Buen trabajo, por cierto.

Él se ríe y me gusta cómo suena.

—Gracias. Parece que has descubierto muchas cosas.

—Qué va. No es nada. Sobre todo si lo comparas con todos los datos que puedo encontrar en internet sobre mi vecina de ochenta años, que ni siquiera es famosa.

—Ya te he dicho que valoro la privacidad.

Carraspeo, agradecida al ver que la camarera ha vuelto con las bebidas.

—Vale —digo, y bebo un sorbo de vino—. El asunto es que una novia debería saber más cosas. Así que se me ha ocurrido que una cita rápida a lo mejor sería la solución.

—¿Una cita rápida?

—Sí, ya sabes. Te van emparejando con distintas personas y tienes como quince segundos para hacer preguntas antes de pasar a la siguiente.

Lyle echa un vistazo a su alrededor.

—¿Y si prefiero quedarme contigo?

Me río, pero su forma de preguntarlo me provoca una emoción cálida y muy agradable.

—Dadas las circunstancias, seré yo quien haga las preguntas. No habrá cambio de parejas. Aunque esa podría ser mi primera pregunta.

El buen humor desaparece de su cara y lo reemplaza una máscara impenetrable.

—Adelante.

—Es que Marjorie me dijo que no sueles quedar dos veces con la misma chica. —Hago una pausa para coger una patata frita de la cesta que la camarera acaba de dejar en la mesa.

—¿Eso es una pregunta?

—No, solo me pregunto por qué. A ver, ¿por qué has querido repetir conmigo?

Abre los ojos como platos y, bajo la luz tenue del restaurante, sus iris parecen tan insondables como el océano.

—Creía que lo sabías. Ha aparecido una foto y...

—Ya la he visto —lo interrumpo—. Pero esa rubia podría ser cualquiera.

Asiente despacio con la cabeza.

—Cierto. Pero a lo mejor el fotógrafo tiene más fotos donde se te ve la cara. Si aparezco con otra rubia, en vez de apaciguar a la prensa, desato la locura.

—Tienes razón —admito—. Pero pensé que te apetecía verme otra vez. —Lo digo con tono alegre para restarle importancia, pero la verdad más absoluta es que estoy hablando en serio.

Lyle bebe un sorbo de martini con una expresión hermética.

—A lo mejor también ha habido parte de eso.

Lo miro boquiabierto debido a la sorpresa.

—¿Me toca?

Parpadeo.

—¿Cómo dices?

—La cita rápida. Que si me toca.

—Ah. Sí. Dispara.

—Ayer no respondiste mi pregunta. ¿Para qué necesitas el dinero?

—Para mi casa —confieso—. Tengo un problemilla... Una ejecución de garantía de un préstamo.

—¿Qué ha pasado?

Niego con la cabeza.

—Lo siento. Tus quince segundos han acabado. Me toca.

Asiente en silencio y sigo.

—Háblame de nosotros. ¿Cuánto llevamos saliendo? ¿Cómo nos conocimos? ¿Qué digo si alguien me pregunta?

—Tres meses —contesta—. Y, a ver..., nos conocimos...

—En el pasillo de los helados de un Ralphs —sugiero—. Estabas haciendo trampas con tu dieta sana. Y yo estaba combatiendo la melancolía después de haberme pasado la noche viendo dramones.

—Y solo había una tarrina de helado de galleta, que da la casualidad de que es mi preferido.

Asiento con la cabeza.

—Ya me acuerdo. Pusiste cara de sorpresa cuando te invité a compartirla. Y más me sorprendí yo cuando accediste a ver conmigo *Love Actually* mientras nos lo comíamos.

—Bueno, fuiste muy generosa. Después de la comedia romántica ñoña, vimos la primera de la franquicia Blue Zenith.

—Pero solo porque estabas presumiendo —replico—. Te conocía de *El precio del rescate*, pero no sabía nada de la franquicia de películas de superhéroes en la que ibas a aparecer.

—¿Eso es cierto? —me pregunta—. ¿Has visto *El precio del rescate*?

Digo que sí con la cabeza.

—Conozco más o menos a uno de los guionistas, Steve Morton-Gray.

—Es un buen tío —comenta—. Jane y él hicieron un trabajo estupendo con el guion.

—Todos los artículos que he leído la señalan como tu trampolín.

—La verdad, *Dos pasos atrás* fue mi verdadero trampolín. Esa serie duró cinco años. Seguramente podrían haberla alargado un par más.

—Pero pasó algo con tu compañero de reparto, ¿no? —le pregunto al recordar algo que he leído—. Rip no sé qué.

Él se ríe entre dientes.

—No sigues de cerca las noticias de Hollywood, ¿verdad?

—¿Quién tiene tiempo para eso?

—Te sorprenderías —añade con tono jocosos—. Y tienes razón. Lo que pasó entre Rip y yo fue la gota que colmó el vaso.

—¿Qué pasó?

Le echa un vistazo al reloj de pulsera.

—Deberíamos irnos —dice y, aunque sé que tiene razón, no puedo evitar pensar que está eludiendo la pregunta.

Pero no insisto. Al fin y al cabo, no estamos saliendo de verdad. No necesito saberlo todo. Sin embargo, mientras salgo del reservado, no puedo evitar sonreír, porque me ha gustado que juguemos a las citas rápidas. Es fácil entablar conversación con él y no me he sentido incómoda. Al contrario. Si incluso hemos llegado al punto de acabar la frase del otro.

—Gracias por acceder a jugar —digo—. Por lo menos ahora tengo la sensación de que puedo capear el temporal.

—Mientras te mantengas cerca de mí, no deberías tener problemas. Y..., Sugar —añade con un

tono deliberadamente apasionado—, quiero que te mantengas muy muy cerca.

—Vale —susurro—. Lo haré.

Deja unos cuantos billetes en la mesa que cubren tanto la cuenta como una generosa propina y sale del reservado. Me ofrece una mano, que acepto, y caminamos cogidos de la mano hasta el lugar donde se encuentra el aparcacoches.

—Un Volvo —digo al ver aparecer ante nosotros un conocido modelo de coche. Lyle me abre la puerta para que entre—. Muy bonito. Pero confieso que esperaba algo más deportivo, un bólido de dos plazas.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Aprovecho para meditar la respuesta mientras él rodea el coche y se sienta detrás del volante, momento en el que me pongo un poco colorada al confesarle la verdad.

—¿Rápido e imprudente? —pregunto más que afirmo.

Él se detiene un instante con la mano en la palanca de cambios y me mira. Cuando habla, sus palabras parecen muy medidas.

—Teniendo en cuenta cómo nos conocimos, es justo que pienses así. Pero ese no soy yo. Es... —Deja la frase en el aire, menea la cabeza y se oculta de nuevo al otro lado del muro que ha construido a su alrededor, y yo me pregunto de qué clase de demonio está intentando mantenerse alejado.

—En todo caso —sigue—, en lo que se refiere a los coches, prefiero la seguridad.

—Yo también —le confieso—. Pero no tengo un Volvo. Casi nunca conduzco.

Me mira de reojo.

—¿Por qué?

Trago saliva. No tenía intención de abrir esa puerta, pero ya está abierta y me da la impresión de que debo atravesarla.

—Mi madre y mi hermano murieron en un accidente provocado por un conductor borracho hace cinco años.

Lo oigo contener el aliento. Y después, en voz muy baja, dice:

—Supongo que entonces sí lo entiendes. —Vuelve la cabeza y me mira a los ojos—. Lo siento mucho. —Habla con una voz carente de emoción. Muy educada. Como si estuviera intentando contenerse a toda costa.

Está claro que he le tocado la fibra sensible y es evidente que él lo lleva mucho peor que yo. Me gustaría preguntarle, pero sé que no quiere hablar del tema. Y no tengo por qué presionarlo. Al fin y al cabo, no soy su novia de verdad y el simple hecho de haberle contado mi historia no lo obliga a compartir la suya.

A fin de cuentas, no es de mi incumbencia, por más que me apetezca ayudarlo.

Así que me quedo calladita con el bolso en el regazo, deseando no haber hecho ningún

comentario sobre el coche.

Al cabo de un momento lo oigo carraspear.

—El centro está en la colina. Muy cerca de la Stark Tower —dice, refiriéndose al edificio enorme que sobresale por encima del perfil de la ciudad—. Podríamos haber ido andando, pero teniendo en cuenta los zapatos que llevas...

—Gracias. —Me miro los pies—. No son de mi estilo, pero es divertido jugar a disfrazarse. Supongo que eso también debo agradecértelo.

Él extiende un brazo y acaricia con un dedo el delicado tirante del vestido.

—Disfrazarte te sienta bien —dice—. ¿Cuál es tu estilo habitual?

—Soy de vaqueros y camiseta de manga corta. Como mucho, de tirantes. Y las mallas son una alternativa aceptable. De vez en cuando algún vestido sencillo para cambiar un poco. —Acaricio el vestido que llevo puesto—. La verdad, con lo que cuesta este vestido podría llenar mi armario. Mi tienda preferida es Goodwill.

Él se ríe entre dientes.

—La de La Brea siempre ha sido mi preferida. Pero también hay cosas guais en la de Beverly. Me giro en el asiento para mirarlo.

—Y en la de Vine. ¿Compras en...?

—A mi madre le encantaban las gangas —dice sin mirarme—. Era una tradición familiar.

Asiento con la cabeza. Me intriga la vida que llevaba antes de ser una estrella de Hollywood. ¿Era su madre una persona frugal o su familia pasaba apuros antes de que él empezara a trabajar?

Estoy a punto de preguntárselo cuando él cambia bruscamente de tema.

—Marjorie me ha dicho que solo puedes quedarte hasta las nueve.

Asiento.

—Tengo que cubrir un turno en el Blacklist esta noche. —Se me olvidó comentárselo a Marjorie en la conversación inicial, pero después le envié un mensaje de texto, al caer en la cuenta de lo justa que iba a ir—. Tengo que estar allí a las diez. —Señalo mi ropa—. Y no pienso ir con estos zapatos. Ni con este vestido.

—Me aseguraré de que llegues a tiempo —me promete—. También me ha dicho que esta noche piensas trabajar gratis.

—Mmm... Sí. —Retuerzo la correa del bolso, incómoda de repente ante el recordatorio de que nada de esto es real.

—Eso es inaceptable —suelta, y mis nervios desaparecen, reemplazados por la irritación.

—¿Cómo dices? Perdona, pero eso lo decido yo.

—No —me contradice él—. Esto no funciona así.

—Joder, Lyle...

—Te estoy pagando por tu tiempo. Esto no es una cita —me recuerda, y la severidad de su tono

me hace dar un respingo, porque, joder, no paro de olvidarme de eso—. Es un trabajo. Estás actuando, por cierto. Vas a estar trabajando durante la fiesta, Sugar. Y mereces un sueldo.

—Es posible. Pero anoche no merecía que me pagaran. A ver, no conseguiste... lo que querías —acabo tontamente.

Él se detiene al llegar a un semáforo en rojo y se vuelve para mirarme. Sus ojos me recorren, muy despacio, y siento que me acaloro allí donde posa su mirada, como si fuera una caricia física. Al final, se detiene en mis ojos, extiende un brazo y me acaricia muy suavemente el labio inferior con la yema del pulgar.

—¿Ah, no? —me pregunta.

El corazón empieza a latirme con fuerza contra las costillas al tiempo que se me seca la boca.

Separo los labios para hablar, pero soy incapaz de pronunciar palabra.

—Lo digo en serio, Sugar. Esta noche eres mi novia. Estás interpretando un papel. Un papel importante. Y voy a pagarte por hacerlo. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza, hecha un lío emocional.

—Llámame Laine en público —logro decir con apenas un hilo de voz.

Él asiente en silencio y yo me acomodo de nuevo en mi asiento cuando la luz se pone verde; tengo la respiración y los nervios alterados.

Tiene razón. Esta noche soy una actriz. Como él.

Y teniendo en cuenta lo que estoy sintiendo ahora mismo, no creo que me vaya a resultar difícil interpretar el papel.

Nunca he estado en una inauguración en el Centro Stark para las Artes Visuales, pero sí he paseado alguna que otra vez por las exposiciones permanentes.

—Me gustan las fotografías —le digo a Lyle mientras esperamos para que el aparcacoches del edificio recoja las llaves—, pero la exposición de arte pop es mi preferida. Me encantan los colores atrevidos y esa energía tan vibrante y llamativa.

—¿Lichtenstein? —me pregunta.

—¿Te gusta su trabajo? —Los cuadros inspirados en cómics del icono del arte pop Roy Lichtenstein están entre mis favoritos.

Lyle se encoge de hombros.

—Me gusta más la fotografía en blanco y negro. Pero tenía una amiga obsesionada con Lichtenstein. —Reconozco la tristeza en su voz y estoy a punto de preguntarle por el tema cuando se obliga a sonreír—. A veces creo que Jenny solo quería vivir en un mundo de cómic.

—¿Y tú no?

Menea la cabeza.

—Es fácil creer que el mundo es de colores primarios cuando eres joven. Supongo que crecí y me di cuenta de que también hay muchas tonalidades de gris.

—¿Y ella nunca lo vio?

Su expresión se vuelve pétrea tan rápido que parece que una sombra le ha oscurecido las facciones.

—No —contesta con voz seca—. Nunca lo hizo.

Frunzo el ceño, convencida de que le he tocado la fibra sensible.

—No era mi intención...

Un aparcacoches me interrumpe al abrirme la puerta. Cuando Lyle recoge el tíquet y rodea el coche para reunirse conmigo, la sombra ha desaparecido, reemplazada por una sonrisa auténtica, aunque no demasiado grande.

—No era mi intención que me vieras triste.

—Tranquilo —le digo cuando me coge de la mano y echamos a andar—. ¿Estás bien?

—Lo estaré. Era una buena amiga... y murió.

—Lo siento muchísimo. —Me detengo en el primer escalón que lleva al Centro Stark y lo obligo a detenerse a mi espalda. A nuestro alrededor, muchas personas vestidas de cóctel suben

los trece escalones de cemento que conducen al edificio cuadrado de estilo moderno—. ¿Murió hace poco?

Me mira a los ojos.

—Ayer hizo trece años —contesta, y luego echa a andar de nuevo.

Me coloco a su lado y, a medida que subimos los últimos escalones, una única palabra resuena en mi cabeza: «Ayer».

Pienso en el hombre que conocí anoche en el hotel. Un hombre cuyo dolor era tan palpable que se me encogió el corazón.

—Lo siento —repito, aunque las palabras parecen insignificantes e inútiles.

—No pasa nada. Fue hace mucho.

Salvo que es evidente que sí pasa algo, y no dejo de preguntarme qué le ocurrió para que su recuerdo lo haya torturado durante trece largos años.

Una piscina reflectante domina la plaza y pasamos junto a ella de camino a la entrada. Ahora veo a los periodistas dando vueltas. Y los flashes de las cámaras. Y los micrófonos.

Y..., ay, Dios, hasta hay una alfombra roja.

—Empieza el espectáculo —dice Lyle.

Giro la cabeza para mirarlo, pero ojalá no lo hubiera hecho tan deprisa, porque ahora me da miedo ponerme a vomitar el millar de mariposas que me aletean en el estómago.

Señalo la multitud con un dedo.

—No me había dado cuenta de... Es que todo esto es muy...

—Tranquila —susurra, y luego se inclina hacia mí y me da un rápido beso en los labios—. Vas a hacerlo genial. —Se aparta y me coloca ambas manos en los hombros mientras me mira a la cara—. ¿Vale?

Asiento con la cabeza y consigo esbozar una sonrisilla trémula.

—Sí. —Contengo el impulso de llevarme una mano a los labios, allí donde me ha besado—. Es que no me esperaba toda esta... parafernalia. Nunca había pisado una alfombra roja.

Parece avergonzado por un momento.

—Ni se me pasó por la cabeza. Debería haberte avisado. Después de tantos años, me he acostumbrado al follón.

—Pues aquí hay un buen follón —replico.

—Te prometo que es fácil. Recorremos la alfombra roja, nos paramos en la zona publicitaria para una foto y luego entramos.

—¿No hay que hablar con los periodistas?

Lyle niega con la cabeza cuando echamos a andar de nuevo.

—Hoy no. Te verán conmigo y sacarán sus conclusiones. Normalmente, hablo con ellos un poco

para poder meter la cuña de la Fundación Stark para la Infancia, pero teniendo en cuenta la naturaleza erótica de la exposición, concluimos que no es el mejor lugar.

—Supongo que tiene sentido —digo.

He oído hablar de la Fundación Stark para la Infancia, por supuesto. Es una organización benéfica muy importante en la zona de Los Ángeles que ayuda a niños maltratados o abandonados. También sé que Lyle es su benefactor famoso actual. Es difícil no saberlo, dado que su foto está en los carteles de la fundación por toda la ciudad.

—¿Preparada? —me pregunta, y me doy cuenta de que la fila se ha acortado mientras hablábamos y de que ahora somos los siguientes para la foto.

La zona publicitaria básicamente es un lugar algo apartado con un enorme cartel publicitario detrás. Este es del Centro Stark para las Artes Visuales. Lyle me rodea los hombros con un brazo y me pego a él, sintiéndome más cómoda a su lado de lo que seguramente debería sentirme.

Sonreímos, el fotógrafo hace la foto y nos movemos.

Lyle tenía razón. Estaba chupado.

Al menos hasta que pasamos por las puertas de cristal y entramos en la zona principal de la exposición. Es como entrar en la reunión anual de algún club de ricos, poderosos y bien vestidos.

—¿Estás bien?

—¿Qué? —Miro a Lyle a la cara y me lo encuentro observándome con preocupación—. ¿Por qué?

Mira de forma elocuente nuestras manos unidas y me doy cuenta de que estoy apretando con tanta fuerza que tengo los nudillos blancos.

—Ah, claro. —Le suelto la mano y contengo las ganas de secármela en la falda—. Es que se sale un poco de mi zona de confort —admito—. A ver, el sitio más elegante en el que he comido es el restaurante en el que hemos estado hace media hora.

Ahora, cuando me mira, veo en su cara que me entiende.

—Todo va a salir bien —me promete antes de cogerme de la mano de nuevo, aunque con más suavidad—. Estoy contigo.

—Tú tampoco creciste asistiendo a este tipo de fiestas —añado mientras nos adentramos en la sala. Es una estancia amplia y circular, con algunos pasillos que parten de ella. Sé por experiencia que esos pasillos llevan a las zonas de la exposición permanente. Esta noche están bloqueados con cordones de terciopelo—. ¿Ya te sientes cómodo con todo esto?

Espero que diga que sí. Que me diga lo fácil que es sobrevivir con dinero y privilegios. En cambio, se queda callado.

Carraspeo, sintiéndome como una idiota por haberle hecho una pregunta que no debía, y echo un vistazo a mi alrededor para aparentar que me fascina la nueva exposición y así poder ocultar la vergüenza que siento.

Normalmente, la sala es un espacio circular con cuatro salas a las que se accede a través de ella, como si fueran los intervalos de quince minutos de un reloj analógico. Sin embargo, hoy solo tres de esos pasillos son visibles y cada uno está bloqueado por cordones de terciopelo que impiden el paso a las otras salas de exposición.

El pasillo que estaría a las doce está bloqueado por una pasarela improvisada que parte de ese punto y que llega hasta el centro de la sala, como una línea que seccionara parcialmente una circunferencia en una clase de geometría. El pasillo está formado por paredes temporales y algunas de las fotografías de la exposición se muestran en la parte exterior de dichas paredes.

No sé qué hay dentro del pasillo, ya que la entrada a la pasarela, que está justo en el centro de la sala, se encuentra bloqueada por un cordón de terciopelo y, a juzgar por lo que veo, no hay luces en el interior del pasillo. Supongo que parte de la exposición es ahí dentro, pero me pregunto qué veremos.

Oigo que Lyle carraspea y lo miro. No me hacía ilusiones de que me contestara, de modo que me sorprende cuando dice en voz baja y firme:

—CÓmodo no. Ahora me resulta familiar, pero no estoy seguro de que alguna vez vaya a sentirme cómodo.

Me vuelvo hacia él, sorprendida y complacida no solo porque me haya contestado, sino porque me esté diciendo la verdad y no algo para que lo deje tranquilo.

—¿Por qué no? —le pregunto mientras paseamos junto a las paredes y miramos esas fotografías sensuales y sugerentes. Unas imágenes que hacen que quiera ruborizarme y apartar la vista.

Que me hacen pensar en el hombre que tengo cogido de la mano.

—No lo sé —contesta—. Y no era mi intención aguar la fiesta. Se supone que lo importante es que nos lo pasemos bien juntos, ¿recuerdas?

—Lo sé —le aseguro—. Pero... —Dejo la frase en el aire y meneo la cabeza.

—¿Qué?

—No. Tienes razón.

Y la tiene. No es una noche para conocernos mejor. No voy a volver a casa y a preguntarme si me llamará de nuevo. Hemos venido para que me vean de su brazo. Y una vez que me hayan visto lo suficiente, fin de la historia.

Lo sé. Pero es evidente que soy una imbécil integral, porque esto es lo siguiente que sale de mi boca:

—Es que me gustaría conocerte mejor.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, brillantes, relucientes e inapropiadas, y me muero de ganas de tener una varita mágica con la que hacerlas desaparecer.

Estoy segura de que pasará de lo que he dicho y seguirá paseando, algo que me parece bien, ya que lo único que quiero es olvidar este momento cuanto antes.

Sin embargo, vuelve a sorprenderme.

—Es una vida muy superficial —dice—. En fin, no me refiero a la ciudad. Me refiero al mundillo. En realidad, a cualquier mundillo en el que haya dinero y fama de por medio.

—Lo entiendo. Seguro que siempre tienes la sensación de que la gente quiere un pedazo de ti. Asiente con la cabeza.

—Es verdad. Y eso lo convierte en una profesión solitaria. Si estás viviendo tu sueño, no te importa, porque siempre hay que hacer sacrificios. Pero eso no quiere decir que a veces no sea una vida dura.

—¿Por eso...? Ya sabes. Yo. Las otras chicas. ¿Por eso haces lo que haces?

Estamos de pie frente a una serie de fotografías. Son imágenes sensuales de mujeres con luces tenues y poca ropa. En la foto que tenemos delante, la mujer tiene las manos por encima de la cabeza con las muñecas atadas y está de pie iluminada desde un costado. Atrapada. Expuesta. Y, sin embargo, mira desde la imagen con orgullo, sin rastro de vergüenza.

Es sorprendente. Perturbador.

Y ahí, con Lyle al lado, también un poco excitante.

De repente, se coloca a mi espalda y me pone las manos en los hombros, mirando esa imagen provocadora. Soy muy consciente de su presencia. De la presión de sus manos. De su calor corporal. Está tan cerca que sus pantalones me rozan el vestido y con cada minúsculo roce se me altera el pulso.

—En parte es por eso —contesta y me cuesta recordar la pregunta que le he hecho—. El deseo de estar con una mujer sin intenciones ocultas, que no planea usarme para conseguir un papel o que lean su guion.

—¿Solo en parte?

—Ya te lo dije —susurra al tiempo que se inclina hacia mí y me roza la oreja con los labios al hablar—. Es una válvula de escape para liberar tensión. Una explosión controlada.

—Controlada —repito.

—Normalmente —susurra mientras me desliza las manos por los brazos desnudos—. Pero a veces se escapa por completo de mi control. A veces —continúa—, lo deseo.

Lo deseo.»

Eso es lo que dice, claro.

Pero lo que yo oigo es «Te deseo».

Y, joder, yo también lo deseo a él.

Sé que debería apartar la vista, pero mantengo los ojos clavados en las fotos y siento que su sensualidad se incrementa por culpa del hombre que tengo detrás. Suspiro de placer cuando él me invita a apoyarme en él, pero me aparto con un respingo de culpabilidad al oír que Cass grita:

—¡Laine! ¡No tenía ni idea de que ibas a venir!

Levanto una mano y la agito a modo de saludo. Mientras ella se nos acerca a la carrera, Lyle se inclina hacia mí.

—Sugar, no tienes por qué apartarte de mí. Eres mi chica, recuérdalo.

—Vale.

Cierro los ojos deseando no ruborizarme, porque ahora mismo me siento un poco tonta. A ver, me estaban excitando sus caricias, pero las palabras de Lyle son un recordatorio demoledor de que para él esta noche solo es un trabajo de interpretación más.

Joder.

—Deberías haberme dicho que ibas a venir —me reprocha Cass cuando llega a nuestro lado, y entonces repara en el hombre que tengo detrás.

—Fue una decisión de última hora —explico.

—Hola, Lyle —dice ella al mismo tiempo.

Cass frunce el ceño un poco. Sus ojos vuelan de él a mí y me pregunto si se ha dado cuenta de que hace un instante yo estaba apoyada en él, o si la multitud le impedía vernos.

El caso es que da igual, porque mientras pienso en ello Lyle va y me pone las manos en los hombros.

—¿Así que estáis...?

—¿Saliendo? —dice Lyle—. Sí.

Sus dedos me dan un apretón en los hombros.

—Ya llevamos casi tres meses —suelto.

—¿En serio? Vaya. ¿Lo sabe Joy?

—Estooo, bueno, sí. —Ahora mismo me encantaría que me tragara la tierra. Me obligo a no

volverme para ver la cara de Lyle—. Es que lo hemos mantenido en secreto —añado—. No se me da bien todo este follón. Es el primer evento al que me lleva.

Cass se echa a reír.

—En fin, pues el follón de esta noche es genial. Debería haberlo imaginado. Siobhan se ha partido los cuernos para organizar todo esto. Así que has elegido un buen evento al que traerla —dice dirigiéndose a Lyle; acto seguido, meneaba la cabeza como si estuviera asombrada—. La verdad, empezaba a pensar que te ibas a quedar soltero.

—Estaba esperando a la mujer adecuada —replica él, y me da un beso en la cabeza.

—Bueno, voy a ver si encuentro a Siobhan. Pero, Laine, me alegro de verte. Y a ti también, Lyle. Déjate ver de vez en cuando.

Se despide de nosotros con la mano y desaparece entre la multitud.

Me relajo hasta tal punto que Lyle tiene que pasarme un brazo por la cintura para sostenerme.

—¿Cómo es que conoces a Cass? —me pregunta.

—Es la jefa de Joy, mi mejor amiga. —Lo miro con los ojos entrecerrados—. Seguramente conoces a Joy. Es la que me presentó a Marjorie.

—Ah —exclama él—. Supongo que Cass no sabe nada del tema.

—Nada en absoluto —le aseguro—. La verdad, no sé cómo se ha tragado el numerito que acabamos de hacer.

—¿Por qué no iba a tragárselo?

—¿Porque se me da fatal mentir?

Él se ríe y me invita a alejarme de la pared para internarnos en la multitud.

—Esa no es una mala cualidad, la verdad.

—Oye, que eres tú quien necesita que esto sea creíble. Yo solo intento hacer bien el trabajo.

—Actuación de método.

Me detengo para mirarlo.

—¿Eh?

Me regala esa sonrisa tan sexy que he visto en tantas revistas, solo que esta vez es exclusivamente para mí.

—Me refiero a que debes meterte en el papel. No solo en plan superficial, como si estuvieras fingiendo. Tienes que ser el personaje. Tienes que ser mi novia de verdad.

—Pero...

—A ver —dice al tiempo que me abraza por la cintura y me acerca a él.

Y antes de poder respirar o pensar o reaccionar de alguna manera, siento su cuerpo pegado al mío y sus dedos enterrándose en mi pelo. Pero es su boca la que hace que todo me dé vueltas. El roce de esos labios sobre los míos, exigente y delicado a la vez. Las caricias de su lengua, que se

aprovecha de mi gemido para colarse en mi boca y llevar el beso más allá. Para hacerlo más ardiente.

Me derrito contra él y me dejo llevar por el placer del momento. Dejo que todo lo demás desaparezca y me pierdo en la sensación de su boca reclamando la mía. De sus manos aferrándose. De la chispa que me recorre el cuerpo, prendiendo un deseo voraz y profundo que no podemos saciar porque estamos en mitad de una galería y...

Me aparto de él con un jadeo, muerta de la vergüenza y segura de que mi rubor se ve a leguas.

Lyle, al contrario, parece de lo más relajado. Sostiene mi mirada un instante y después extiende un brazo y me aparta un mechón de pelo de la cara provocándome un escalofrío.

—¿Ves? —murmura—. Eso es el método. ¿Puedes hacerlo?

Trago saliva y asiento con la cabeza. Mientras seguimos andando no hago más que pensar en que, si me meto demasiado en el papel, tal vez no salga viva esta noche.

Avanzamos al mismo paso que los demás, moviéndonos despacio entre las paredes de la exposición y contemplando unas imágenes asombrosas, entre las que se incluye una de Cass tan bien hecha que no se sabe muy bien si roza el escándalo o si es la máxima expresión de la belleza.

Una vez que hemos visto todas las imágenes eróticas de la galería principal, momento en el que no puedo negar que el hormigueo que me recorre el cuerpo no se debe solo al beso de Lyle, él me invita a dirigirme al centro de la estancia, donde han colocado varias mesas altas para que la gente se reúna alrededor.

—¿Vino? —sugiere, y coge dos copas de la bandeja de un camarero que pasa a su lado antes de que yo responda.

La acepto, agradecida, y bebo un sorbo mientras caminamos hacia una mesa cercana.

Saluda a unas cuantas personas a medida que avanzamos y todas ellas parecen encantadas de verlo.

—Ese es Bird —me dice, refiriéndose a un hombre en concreto—. Es director. Y el chico que está a su lado es Griffin Llamas —añade al tiempo que hace un gesto hacia un chico muy atractivo con un lado de la cara desfigurado por unas terribles cicatrices—. Es un actor increíble. De doblaje, de momento, pero me encantaría que siguiera avanzando y también prestara su imagen. —Se encoge de hombros—. He intentado convencerlo, pero no creo que llegue a dar el salto. Es demasiado vergonzoso. —Seguimos así unos minutos más. Él va señalando personas y diciendo —: Esa es Anika Segel, una de las leyendas de Hollywood. Ese es Jackson Steele, el arquitecto. He llegado a conocerlo bien durante estos últimos años. Un tío estupendo.

Y sigue y sigue hasta que tengo la impresión de que mi acompañante está jugando a un *¿Quién es quién?* de ricos y famosos.

Cuando por fin llegamos a la mesa donde se sirve el cóctel, veo una tarjetita en la que se describe la exposición y se habla un poco del artista.

—«El Centro Stark para las Artes Visuales presenta la impactante exposición de W. Royce *Una mujer en mente*. En ella se muestra una visión provocativa de la sensualidad y...» —leo antes de mirar a Lyle—. Desde luego que es provocativa —digo, y sigo leyendo—: «La exposición mezcla elementos fotográficos con una fascinante actuación en directo que tendrá lugar a las ocho. Los invitados deberán seguir las indicaciones de los guías cuando comience la música». —Suelto la tarjeta y miro de nuevo a Lyle—. No sabía que la exposición contaba con una actuación en directo. Todo esto es asombroso.

—Wyatt tiene mucho talento.

—¿Lo conoces?

He vuelto a coger la tarjeta y estoy acariciando el borde, solo porque así puedo hacer algo con las manos además de sostener la copa de vino y beber. Es mejor que el alcohol no se me suba a la cabeza esta noche.

—Es un buen amigo —contesta Lyle, y en ese momento veo la foto en la parte posterior de la tarjeta y exclamo con voz aguda—: ¡Anda, pero si lo conozco!

—¿Conoces a Wyatt?

—Bueno, más o menos. No me lo han presentado, pero lo he visto. A veces frecuenta el Blacklist.

—Lógico. Vive en Venice Beach, así que le pillaré cerca.

—Yo también vivo allí —digo—. Seguramente también lo haya visto en otros sitios. —Echo un vistazo a mi alrededor—. Estoy muy impresionada con la exposición. ¿Podré conocerlo?

Lyle también echa un vistazo por la estancia.

—No lo veo... Espera. —Levanta un brazo para saludar a alguien que está detrás de mí y después sonrío—. Sí, creo que vas a conocerlo.

Al cabo de un momento, un hombre atractivo de pelo castaño claro y una sonrisa simpática se acerca a nosotros. Lo acompaña una mujer tan despampanante que el sencillo vestido cruzado que lleva parece de alta costura.

—Wyatt, Kelsey, os presento a Laine, mi novia.

—Encantada de conocerlos —digo mientras la sonrisa de Kelsey se ensancha y me abraza, entusiasmada.

La reacción de Wyatt es menos efusiva. Se muestra educado y agradable y me dice que se alegra de que haya venido. Pero capto la mirada que intercambia con Lyle y veo que sus ojos se abren un poco más de la cuenta, bien por la sorpresa o bien por la incredulidad.

Miro de reojo a Lyle, que no parece molesto, y decido no darle importancia. Lo único que puedo hacer es interpretar mi papel. Si sus amigos no se tragan lo de la novia, no puedo hacer nada al respecto.

—La exposición es una pasada —digo—. Las imágenes... son todas increíbles.

—Gracias. Seguiremos con lo que yo llamo el segundo acto dentro de unos minutos. Si te gusta lo que has visto ahora, creo, o más bien espero, que lo que viene a continuación te va a encantar.

—Creo que me va a encantar. —Le doy unos golpecitos a la tarjeta—. La idea de una actuación en directo me tiene intrigada.

—La intriga es buena —comenta Kelsey—. Yo estoy nerviosa.

Tardo un momento, pero al final lo entiendo todo.

—¿Eres tú quien va a actuar?

La veo asentir con la cabeza y dice:

—Pensé que lo sabías.

—El plan original era que Kelsey permaneciera en el anonimato —me explica Lyle—. Pero hubo una filtración a la prensa.

—Cosas que pasan —suelta Wyatt mirando a Lyle—. No puedes controlar lo que sale a la luz.

Lyle guarda silencio y yo miro de reojo a Kelsey, que ha fruncido un poco el ceño, como si estuviera tratando de entender algo. Tengo la impresión de que ese algo soy yo.

Antes de que me dé tiempo a hablar, si es que debo, Wyatt mira el reloj.

—Lo siento, tenemos que hacer unas comprobaciones rápidas. Laine, ha sido un placer conocerte. —Señala a Lyle—. Nos vemos el miércoles, ¿no? En la despedida de Noah.

—A las siete en punto. Allí estaré —le promete, tras lo cual acabamos de despedirnos y se alejan a la carrera, deteniéndose brevemente con otros invitados mientras atraviesan la estancia.

—¿Despedida? —pregunto.

—Un amigo nuestro se muda a Austin.

Asiento con la cabeza con gesto pensativo y Lyle me mira con expresión jocosa.

—Vale —me dice—. Suéltalo.

—No sé de qué hablas.

—Déjate de rollos.

—No me conoces lo suficiente como para leerme el pensamiento.

Extiende un brazo por encima de la mesa y me coge una mano.

—Qué chorradas dices —replica al tiempo que se lleva mi mano a los labios para besarme las puntas de los dedos—. Soy tu novio. Te conozco mejor que nadie.

Me estremezco porque sus palabras me emocionan más de la cuenta. Y empiezo a comprender que me gusta la sensación de tener novio. De tener a alguien que me apoye.

No Lyle, por supuesto, porque no soy tan tonta como para pensar que esto es real, por más química que haya entre nosotros. Sin embargo, estar con él es como un foco iluminando una estancia enorme y vacía de mi vida. Una estancia que hasta ahora había pasado por alto de forma consciente, porque tengo muchas otras preocupaciones.

Pero ahora mismo...

Ahora mismo me temo que no seré capaz de seguir pasándolo por alto.

—Laine —insiste—. Cuéntamelo.

Suspiro.

—Eres un poco cotilla, ¿no? Vale —añado antes de que siga presionándome—. Estaba pensando en lo impredecible que eres.

Lo veo fruncir el ceño.

—¿En qué sentido?

—Supongo que creía que eras un solitario. Pero aquí estás, rodeado de amigos. Y no sé por qué me extraña, pero... —Me encojo de hombros.

—Por las chicas —dice—. Porque como pago a cambio de sexo, me has tomado por un tío que vive encerrado en su propio mundo.

Contengo un respingo.

—Bueno, pues sí. Lo siento.

—No pasa nada. Lo entiendo. —Bebe un sorbo de vino—. Las relaciones personales son difíciles en mi trabajo. Y he llegado a un punto de inflexión en mi carrera. Así que no... Bueno, digamos que prefiero concentrarme en el trabajo y no en las mujeres. No sé si me explico.

—Claro. Como bien dijiste, dado tu trabajo, es difícil intimar con una persona. Nunca sabes si lo que les interesa a los demás son tus contactos.

—Exacto —dice, y yo asiento con la cabeza como si lo entendiera.

Aunque no lo entiendo.

Bueno, sí creo que lo que dice forma parte de la explicación. Pero recuerdo demasiado bien sus palabras de la primera noche. Su visión del sexo como si fuera una olla exprés. El descubrimiento de que no estaba buscando compañía, sino que lo usaba como una válvula de escape.

Y tal vez solo fuera eso. Pero no puedo evitar pensar que hay algo más. Porque también hay que trabajarse la amistad, y Lyle no parece tener problemas al respecto.

Creo que el problema no radica en el trabajo, sino en él. Negación, castigo o similar. Algo que todavía no entiendo, porque no lo conozco bien.

Y aunque en realidad no es de mi incumbencia, quiero entenderlo. Sobre todo, quiero ayudarlo.

Te he perdido.

Parpadeo y levanto la vista cuando la voz de Lyle interrumpe mis turbulentos pensamientos.

—Lo siento —me disculpo al tiempo que pulso un botón mental—. Estoy aquí mismo. Solo estaba pensando.

—Lo haces a menudo —me dice con un brillo burlón en esos ojos azules—. ¿Debería preocuparme?

Me echo a reír.

—No. Solo me estaba preguntando por qué te prestas a esto. —No es lo que estaba pensando, claro, pero es verdad—. A ver, es evidente que tus amigos saben que no eres muy de citas. Así que ¿a qué viene esta repentina comedia? ¿Por qué no decir sin más que conociste a una mujer en un bar y que un fan con el móvil lo lanzó a las redes sociales? Y ya está.

Apoya la barbilla en una mano y me mira con tal intensidad que me muevo inquieta en el taburete.

—Sabes mucho —dice.

Me encojo de hombros.

—Soy camarera, lo que quiere decir que básicamente sirvo comida y observo a la gente.

—No puedo discutirte —replica—. Y es una buena pregunta. Y ahí está el motivo.

Miro hacia el lugar que señala y veo a Francesca Muratti, una de las actrices más famosas de Hollywood, hablando con un hombre al que no reconozco. Es alta y despampanante, con una melena cobriza y porte regio. Y no entiendo qué quiere decir Lyle con eso de que ella es el motivo.

—¿Quieres la versión corta? —me pregunta Lyle cuando se lo digo—. Frannie tiene la costumbre de salir con sus coprotagonistas, pero a mí no me apetece salir con ella y eso la frustra. Una megaestrella frustrada no es buena ni para la producción ni para mi futuro en el mundillo.

—¿De verdad? Tu mundillo es de locos.

Asiente con la cabeza.

—No te lo discuto. Pero también tiene escrúpulos y deja las manos quietecitas con los que tienen una relación. Una relación estable, al menos. Algo que —añade al tiempo que me vuelve a coger de la mano— nosotros tenemos sin lugar a dudas.

—Sin lugar a dudas —le aseguro—. Como te mire siquiera, me la como.

Estaba a punto de beber otro sorbo de vino, pero se echa a reír al oírme.

—Estás bordando el papel —dice, y sonrío complacida, aunque también me hace gracia el comentario.

Sin embargo, pierdo la sonrisa cuando Lyle masculla:

—Mierda.

Le había dado la espalda a Frannie, pero ahora me doy la vuelta y veo que el hombre con quien estaba hablando se ha ido, aunque ha sido reemplazado por un hombre bajito y rechoncho con muy poco pelo. Habría dicho que es como un osito de peluche, de no ser por la expresión excesivamente aduladora que lleva en la cara. En cambio, creo que se parece más al Hombre de Malvavisco de *Cazafantasmas*.

—¿Problemas? —le pregunto cuando el Hombre de Malvavisco y Francesca se vuelven hacia nosotros.

—Me apuesto la cabeza a que sí. Ese es mi anterior compañero de reparto, Rip Carrington. Digamos que no éramos tan buenos amigos como en la serie.

Aparta la vista, pero yo sigo mirando mientras Rip habla con Francesca, que a su vez nos mira. Al cabo de un momento, Rip se marcha y Francesca echa a andar hacia nosotros.

—Que viene —digo segundos antes de que llegue.

—Hola, guapo —lo saluda ella, inclinándose para besarlo en la mejilla; se vuelve hacia mí—: Lo nuestro solo es en pantalla, claro. Por lo que he oído, en la vida real eres tú. Soy Francesca Muratti, por cierto —añade al tiempo que me ofrece la mano—. Llámame Frannie.

—Sugar Laine.

—Qué nombre tan bonito —dice.

—¿Y dónde lo has oído? —pregunta Lyle, pisando con sus palabras las de ella—. ¿Rip?

—¿Qué? No. —Frannie se echa a reír, pero el sonido me hace pensar que está mintiendo y que eso era precisamente lo que le ha dicho Rip—. De Ronald, la verdad.

—El jefe del estudio —me dice Lyle, que luego vuelve a mirar a Frannie—: Es bueno saber que los jefes se toman un interés tan personal.

—Mmm...

—Hablando del estudio, seguramente deberíamos pensar como los publicistas. —Agita una mano y uno de los fotógrafos se acerca a toda prisa—. ¿Por qué no nos hacemos una foto los tres?

—Una idea maravillosa —asegura Frannie, que se coloca entre los dos y sonrío mientras el fotógrafo toma una serie de fotos y el flash me hace ver puntitos. Una vez que el fotógrafo se va, saca uno de los dos taburetes que hay libres—. Tengo entendido que lleváis saliendo un tiempo —me dice—. ¿Dónde te ha tenido metida?

—En la cama casi todo el tiempo —le contesto con voz tranquila, y tengo que contener la carcajada cuando Frannie pone los ojos como platos y Lyle casi espurrea la bebida.

—Oh —replica Frannie, que luego se echa a reír—. En fin, bien por ti. —Devuelve el taburete a su sitio y le guiña un ojo a Lyle—. Me cae bien. A ver si te acompaña un día al plató cuando empecemos a rodar. Nos vemos.

Después agita los dedos, esboza una sonrisa deslumbrante y desaparece entre la multitud.

—Lo siento —le digo a Lyle—. Me ha salido sin pensar.

—¿Estás de broma? Has estado brillante.

—¿No la he cabreado? No sé si la invitación ha sido real o sarcástica.

—Real —me asegura Lyle—. Frannie admira a las personas capaces de defenderse solas. Creo que acabas de librarme de ser el niño de sus ojos.

—Bien. Al fin y al cabo, como novia tuya que soy, te quiero todo para mí.

Eso también ha salido sin pensar y, nada más decirlo, deseo poder tragarme las palabras, sobre todo porque estoy casi segura de que he visto ensombrecerse esos preciosos ojos azules.

Me digo que no debo tomármelo tan mal. Al fin y al cabo, era él quien quería poner en práctica la actuación de método. Aun así, me alegro cuando el silencio se rompe con la llegada de una mujer alta y atlética, de largo pelo oscuro y una cara que me resulta familiar, aunque no termino de ubicarla.

—Es todo increíble —le dice a Lyle—. Muchísimas gracias por conseguirme una invitación.

—Una de las muchas ventajas de trabajar para mí —responde Lyle—. Natasha Black, te presento a Laine.

—Encantadísima de conocerte —dice al tiempo que me tiende la mano—. Diría que he oído hablar mucho de ti, pero las dos sabemos que es mentira. Y estoy segurísima de que mentir es causa de despido, y la verdad es que me gusta mi trabajo.

Contengo una sonrisa. No solo porque me cae bien, sino porque ya recuerdo de qué la conozco. Y lo cierto es que siempre me ha caído bien.

—La verdad es que lo sabes todo sobre mí —le aseguro—. Fuimos juntas al instituto. Estabas dos cursos por delante de mí.

Pone los ojos como platos.

—¿Sugar? La leche, menuda coincidencia. Llevaba años sin verte. ¿Cómo estás? —Señala a Lyle con la cabeza—. Te has tenido que conformar, ¿eh?

Contengo una carcajada.

—Pues sí, pero ya sabes cómo es la cosa, tienes que conformarte con lo que pilles.

—Qué bonito —dice Lyle.

—¿Qué paso entre Harry y tú? —le pregunto, refiriéndome al chico con el que salía en el instituto.

Hace una mueca.

—Se acabó —contesta, con una voz tan tensa que sé que no debo preguntarle más por el tema.

Empiezo a pensar que he metido la pata hasta el fondo con esa conversación cuando ella sacude la cabeza, como si la idea de Harry no fuera más que una mosca cojonera.

—Oye, no tengo mucho tiempo. He visto a Lyle y les he dicho a mis amigos que volvería enseguida. Pero deberíamos quedar para ponernos al día. Igual para comer. O para tomarnos una copa una noche, cuando deje de agasajarte con vino y comida.

—Me encantaría.

—A lo mejor una noche de las que entreno con Riley —sugiere Lyle sorprendiéndome, porque hacer planes imaginarios me parece un poco innecesario para algo que solo va a suceder una vez, aunque estemos con eso de la actuación de método—. Podríamos quedar los cuatro después de que me torture.

Lyle lo dice mirando a Natasha a la cara, de modo que lo imito y me doy cuenta de inmediato de que ella se ruboriza y de que baja la mirada a la mesa.

—Ya veremos —dice—. Lo planeamos sobre la marcha. —Me mira solo a mí—. Ya hablamos, ¿vale?

—Claro —contesto, y la veo alejarse a toda prisa, pasando junto a Frannie, que otra vez está hablando con Rip Carrington.

Me vuelvo hacia Lyle.

—¿Son imaginaciones mías o la estabas torturando?

—Solo satisfacía mi curiosidad. Creo que hay algo entre mi entrenador personal y ella. De hecho, creo que lo que pasa es que no lo hay.

—Pero ¿crees que ellos quieren que lo haya?

—Más o menos.

—¿Y por eso pinchas a la pobre? ¿Qué ha pasado con el chico agradable?

Extiende las manos y sonrío.

—¿Qué quieres que te diga? Soy un actor como la copa de un pino.

Meneo la cabeza y me echo a reír. Y entonces caigo en la cuenta. Puede que él esté actuando, pero yo no. No en lo de ser su novia real, porque eso es absolutamente falso. Me refiero a que la comodidad que siento cuando estoy con él es cien por cien real.

Y resulta muy agradable.

Inquietante, pero agradable.

Suena una campanilla y Lyle se pone de pie.

—Creo que se supone que es el aviso de que el resto del espectáculo está a punto de empezar.

Miro el reloj y, como son casi las ocho, supongo que tiene razón. Me coge de la mano y echamos a andar hacia el pasillo improvisado, donde otros invitados ya se están congregando delante del cordón de terciopelo que impide la entrada.

—¡Lyle!

Quien lo llama es un hombre guapísimo de pelo oscuro que está junto a una rubia también guapísima con un aspecto de lo más natural.

Lyle nos interna en la multitud y, mientras nos acercamos a la pareja, me devano los sesos para saber por qué el hombre me resulta tan familiar.

—Laine —me dice Lyle cuando llegamos junto a ellos—. Me gustaría presentarte a Nikki y a Damien Stark.

—¡Oh! —exclamo, convencida de que parezco una idiota, pero no todos los días se conoce a uno de los hombres más ricos del planeta.

No sé mucho de los ricos y poderosos, pero si no has oído hablar de Damien Stark es que estás muerto; es un tenista profesional reconvertido en emprendedor que dirige una empresa multimillonaria y cuyo nombre está en la puerta de esta galería.

Su esposa, Nikki, no es tan famosa ni mucho menos, pero también he oído hablar de ella. Sobre todo por el escándalo. Antes de casarse, Damien le ofreció un millón de dólares a cambio de que posara desnuda para un cuadro. Se suponía que iba a ser una imagen anónima con el rostro vuelto, pero se corrió la voz y estuvo en la prensa rosa una temporada.

Se me encoge el estómago al recordar la historia y siento una extraña afinidad. Aunque lo que yo estoy haciendo no es lo mismo, la verdad. Pero es un secreto. Un pelín pervertido. Y es por dinero.

Así que..., sí, hay cierto paralelismo.

Me estremezco al pensar lo espantoso que sería que el mundo descubriera lo mío.

—¿Te veremos en el almuerzo de la fundación el domingo que viene, Laine?

Levanto la cabeza de golpe al darme cuenta de que Damien me está hablando.

—¿Perdona?

—El almuerzo de la Fundación Stark para la Infancia —me explica Lyle—. Y sí —le dice a Damien—, esperamos que su agenda de trabajo le permita asistir.

Dado que no sé nada del tema, me limito a sonreír y a intentar parecer entusiasmada.

—Ah, bien —dice Nikki—. Cruzaré los dedos. Y en cuanto a ti —añade al tiempo que señala a Lyle—, debería advertirte de que creaste un monstruo la última vez que estuviste por casa. Lara ahora solo quiere ser un avión.

Miro a uno y a otro, desconcertada.

—Su hija pequeña. Un brazo, una pierna y giramos. —Simula hacer eso con una niña imaginaria mientras algunos de los invitados miran, muertos de la risa.

—No se cansa del juego —añade Damien.

—Qué lástima —suelta Lyle—, porque acabé con vértigo toda la tarde. Estaré muerto cuando Anne sea lo bastante mayor para sumarse al juego.

—Pues tú solito tienes la culpa —lo reprende Nikki—. Tú fuiste el que lo empezó.

—Culpable.

—¿Cuántos años tiene? —pregunto.

—Tiene dos años, una edad terrible —contesta Damien con voz cargada de amor y afecto.

Estoy a punto de preguntarle por su otra hija cuando la música comienza y los auxiliares de sala quitan el cordón.

—Hasta la semana que viene —dice Nikki mientras Damien y ella se despiden con la mano y se ponen en la cola.

Hacemos lo mismo y pronto estamos en el pasillo en penumbra, ya que la única luz procede de los focos sobre las imágenes a tamaño real que flanquean las paredes.

Las fotos son una progresión, cada vez más atrevidas, como si mostraran el progreso de una mujer que va madurando. Y la mujer, caigo en la cuenta, es Kelsey. Las imágenes se supone que son anónimas, pero después de haberla conocido reconozco los ángulos de su cara ensombrecida. La postura. El pelo.

Y la forma en la que Wyatt la ha fotografiado...

En fin, es como mirar a través de su corazón a la mujer que quiere.

Lyle me pone una mano en la base de la espalda y siento cómo la presión aumenta a medida que avanzamos por la exposición. A medida que las fotos se vuelven cada vez más sensuales.

Cuando salimos del pasillo y entramos en una pequeña sala circular, me cuesta respirar, porque soy tan consciente de su mano que nada más parece importar.

En esta sala también hay fotografías en las paredes y el centro es un escenario rodeado por un telón liviano. Rodeamos el escenario, pero ahora no estoy viendo las fotos, sino que me imagino a mí misma.

Tendida en una cama, con las muñecas atadas con un lazo rojo brillante.

Con las piernas abiertas y sentada a horcajadas en una silla, con una invitación en los ojos para quien está fuera del cuadro.

Con el agua cayéndome en la ducha, rodeada por el vapor, y una mano entre las piernas mientras me lo imagino...

—... aquí mismo —dice Lyle, y doy un respingo.

Al menos esta vez no tengo que preocuparme por haberme ruborizado; está tan oscuro que no puede verme la cara.

—¿Qué? —consigo preguntar cuando por fin asimilo sus palabras.

—He dicho que deberíamos quedarnos aquí mismo.

Estamos a unos pasos del escenario y cuando habla se coloca a mi espalda. Despacio, me rodea la cintura con los brazos. El roce de sus manos sobre el vestido, seguido de la presión de sus brazos a mi alrededor, es casi demasiado para mí. Se me acelera el pulso, se me seca la boca, y Lyle se pega tanto a mí que estoy segura de que puede sentir mi tensión y mi corazón desbocado.

Las luces de la sala se atenúan cuando se encienden las del escenario e iluminan el interior del telón, de modo que vemos la silueta de la mujer que hay al otro lado; tiene el cuerpo doblado sobre una barra y mantiene la postura mientras la música introductoria empieza a subir de volumen.

El telón también sube, dejando solo una cortina vaporosa a través de la cual podemos ver a Kelsey bajo los focos, con una máscara cubriéndole la cara y los labios pintados de rojo chillón.

—¿Estás preparada? —susurra Lyle al tiempo que la música va aumentando de ritmo.

Solo soy capaz de asentir con la cabeza, con los ojos clavados en Kelsey. En la forma en la que se mueve al ritmo de la música, ejecutando una danza sensual mientras se desata el vestido, que deja caer al suelo para revelar un corsé, un ligero y unos zapatos de tacón que no parecen los más adecuados para bailar, pero que para Kelsey parecen tan cómodos como unas zapatillas de andar por casa.

La música suena, rápida y potente, y luego se vuelve lenta y sensual, y la coreografía se adecúa a cada parte de forma perfecta.

Pero no es el baile ni la mujer lo que me tiene atrapada. Es el hombre que tengo a la espalda. Está tan cerca que puedo sentir su erección. Y también ha cambiado las manos de sitio, de modo que ahora me sujeta con una mano sobre las costillas, así que el pulgar me acaricia la curva de un pecho mientras que la otra se desliza hacia abajo, hasta que me coloca la palma sobre la ingle; con ese pulgar podría acariciarme de forma muy íntima de no ser por las capas de seda y de La Perla.

Tengo el cuerpo tenso. Contengo un gemido y me obligo a permanecer quieta. A cambiar de postura lo justo para que pueda tocarme más íntimamente en la oscuridad. Para que pueda llevarme a los lugares a los que conduce el baile.

Para que pueda derretirme sin más entre sus brazos.

«Pero no es real», me recuerdo.

Cierro los ojos y me repito ese detallito frustrante mientras intento, sin éxito, que mi cuerpo no responda. Que no me arda la piel. Que no se me tensen los músculos internos por el deseo.

Estoy excitadísima, y si Lyle me diera la vuelta y me desnudara, juro que ni parpadearía.

No debería desearlo. No debería desear sus caricias ni la fantasía de que esto pueda llegar a alguna parte. Debería interpretar el papel que se supone que tengo que interpretar y luego seguir con mi vida.

Pero siento ansia dentro de mí...

Y eso no es bueno.

Sube la mano y me roza el pezón con el pulgar. La ola de deseo que se apodera de mí es tan intensa que casi resulta doloroso.

Mientras Kelsey sigue bailando delante de nosotros, doy un paso hacia delante para interrumpir

el contacto. De inmediato respiro mejor, pero la sensación de pérdida que me asola es casi tan abrumadora como el deseo residual de sus caricias.

—¿Sugar? —dice en voz baja, casi inaudible por la música.

Me vuelvo y consigo esbozar una sonrisa en un intento por aparentar que no me ha afectado. Por aparentar incluso indiferencia.

—Sé que se supone que tienes que demostrarle al mundo que tienes novia, pero debes mantener la reputación de chico bueno de Iowa, ¿no?

Esboza una sonrisilla y en ese momento estoy convencida de que llevo escrito en la cara lo que pienso.

—Creo que mi reputación puede soportarlo.

—Oh. —Inspiro hondo—. Claro. Es que seguramente deberíamos irnos. Porque son casi las nueve y tenemos que volver a Venice Beach, y yo tengo que cambiarme antes de ir al Blacklist y...

Me coge de la mano para interrumpir mi verborrea.

—Tienes razón. Vámonos.

Echamos a andar hacia la salida cuando la música está a punto de llegar al *crescendo*. Y cuando explota, cuando me vuelvo para ver cómo Kelsey realiza la última pose sensual, Lyle me da un apretón en la mano, me mira a los ojos y dice sin más:

—Pronto.

Por Dios, cómo la deseaba!

Las fotos. La música. Ese baile tan sensual.

Todo mezclado había funcionado como una especie de elixir. Un elixir muy potente, joder, teniendo en cuenta que todavía estaba empalmado, aunque se encontraban a varios kilómetros de distancia, recorriendo en su Volvo el camino de vuelta a la playa.

Pero si bien la exposición había prendido el fuego, era Laine quien lo había convertido en una hoguera infernal. Ella lo había hechizado de alguna manera.

Porque eso tuvo que ser magia. ¿De qué otra manera se podía explicar que no hubiera dejado de pensar en ella desde que la conoció? ¿O que no pensara en otra cosa que no fuera tocarla y perderse en ella?

«Pronto.»

Eso es lo que le había dicho, pero ojalá le hubiera dicho «Ya». Porque en ese momento la espera era una tortura.

No recordaba la última vez que una mujer se le había metido de esa forma bajo la piel. Y ya puestos, ¿se había obsesionado tanto alguna vez con otra mujer? No lo recordaba. Ni siquiera con Jenny, que había sido su mejor amiga y su primera novia. En aquel entonces era un manojo de hormonas, pero incluso la lujuria descontrolada de la adolescencia le parecía sosegada si la comparaba con el deseo que le corría por las venas en ese momento.

Un deseo tan intenso que no acababa de entenderlo.

La deseaba y punto. Aunque tal vez «desear» no fuera la palabra adecuada. Sobre todo porque había deseado a todas las mujeres que Marjorie le había enviado. Claro que ese había sido un deseo muy distinto.

Con ellas deseaba algo, lo necesitaba, como si fuera una droga. Un chute rápido.

Con Laine no quería rapidez. Con ella no buscaba el estallido apoteósico.

Lo que quería era recorrer el camino hasta ese estallido y tenía la intención de saborear cada minuto del trayecto.

Las conversaciones y el coqueteo. La seducción paulatina de las caricias y los besos. Y todo eso, cada caricia, cada roce, cada momento, estaría dedicado al placer de Laine, no al suyo.

Tenía la intención de verla retorcerse. Suplicar.

Su objetivo era pasarse la noche entera provocándole las mayores cotas de placer conocidas y

mantenerla justo al borde del abismo mientras gritaba su nombre.

Joder, cómo lo deseaba. Cómo la deseaba a ella.

Y esa noche tenía la intención de conseguirla.

—Sigue por Fourth Street —le dijo ella, sacándolo de sus fantasías—. Después puedes bajar hasta Neilson Way, que llega casi hasta mi casa. No está muy lejos —añadió mientras se alisaba las arrugas del vestido, un poco nerviosa y mirándolo de reojo—. Te agradezco que me lleses a casa.

—¿Pensabas que no iba a volver contigo?

—Eh... —Dejó la frase en el aire y meneó la cabeza—. Nada.

Lyle frunció el ceño mientras cogía la salida de la autovía y maniobraba por las calles. En la galería la había sentido estremecerse bajo sus manos. La había oído gemir mientras la acariciaba y había sentido los latidos de su corazón cuando se la pegó al cuerpo. Y cuando se marcharon, cuando le prometió que pronto la haría suya, la oyó contener el aliento y vio cómo se le endurecían los pezones bajo la tela suave del escueto vestido que ansiaba arrancarle.

Su excitación era palpable y, sin embargo, se había pasado todo el trayecto en coche hasta la playa tensa y recatada. Y Lyle no tenía ni la menor idea de por qué.

«A la mierda.»

Extendió un brazo y le colocó la mano en un muslo desnudo, justo por debajo del vestido. Poco a poco empezó a acariciarla con el pulgar y se alegró al verla cerrar los ojos y morderse el labio inferior.

—Dímelo —exigió—. Dime lo que ibas a decir.

Ella titubeó y se humedeció los labios.

—Es por lo que has dicho: «Pronto». No me había dado cuenta... Es que pensé que hoy solo me contratabas para la exposición.

Fue como si le hubiera dado una patada en el estómago. Apartó la mano de su muslo y la colocó de nuevo en el volante mientras clavaba la vista al frente.

—¿Me estás diciendo que quieres más dinero? —lo preguntó con voz serena, diciéndose que no pasaba nada. Por primera vez desde hacía un sinfín de tiempo, la idea de pagar por echar un polvo lo asqueó en cierta medida.

—¡No! —exclamó ella, con tanta vehemencia que Lyle estuvo a punto de frenar por instinto—. No —repitió con más suavidad—. No me refería a... Ay, Dios. Da igual. Dobla en esta calle. Esa es mi casa. La de allí —añadió una vez que él la obedeció—. La del muro de estuco.

Aparcó delante de la casa, asombrado por el hecho de haber encontrado un hueco, y apagó el motor.

—Laine...

—Por favor, déjalo. —Abrió la puerta y él hizo lo mismo—. Te agradezco que me hayas traído,

pero no hace falta que bajes.

—Te acompaño hasta la puerta.

Por un instante, creyó que ella iba a negarse, pero debió de sentir su determinación, porque asintió una vez con la cabeza y se detuvo en la puerta de madera mientras él rodeaba el coche. La vio introducir el código de acceso y, una vez que abrió, la siguió hasta un precioso jardín delantero lleno de flores y estatuas extravagantes que encajaban a la perfección con ella, incluso la ranita de hormigón de los escalones delanteros.

—Tienes una casa preciosa —dijo cuando estuvieron en el porche.

—Gracias. Crecí aquí —añadió, y Lyle se percató de que el nerviosismo que la embargaba en el coche había desaparecido—. He hecho muchas remodelaciones en los últimos años. —Abrió la puerta y se detuvo—. Gracias otra vez. Tengo que darme prisa. Todavía debo cambiarme de ropa y...

Lyle la silenció con un beso.

Por un instante, los labios de ella permanecieron duros como el granito contra los suyos. Pero después los separó un poco y él aprovechó el momento para introducirle la lengua y saborearla. Para torturarla.

La oyó gemir y sintió cómo se entregaba al beso, momento en el que la estrechó, colocándole una mano en la nuca y la otra, en la cintura. Sabía a verano. Era tan cálida como el sol y tan dulce como el algodón de azúcar.

Joder, sabía a esperanza. Y, pobre de él, pero necesitaba más de ella.

Interrumpió el beso lo justo para murmurar:

—Dentro.

Acto seguido, la guio hasta el oscuro interior. Separarse de ella le costó lo suyo, de manera que, cuando cerró la puerta, volvió a estrecharla contra su cuerpo y, con impaciencia, deslizó una mano hacia su pecho, a la vez que se inclinaba para apoderarse de nuevo de su boca.

Pero no lo logró.

Porque ella volvió la cabeza y le plantó las manos en el pecho para mantenerlo alejado mientras decía:

—Tengo que cambiarme de ropa. No puedo llegar tarde al trabajo.

Lyle le aferró la barbilla con una mano y le volvió un poco la cara para que lo mirara.

—No vayas al trabajo. Quédate conmigo. —Culminó las palabras con un beso lento y ardiente—. No por el dinero —añadió—, sino porque quieres hacerlo.

—¿Y si no quiero? —lo preguntó en voz tan baja que él apenas la oyó.

—Sí que quieres. ¿Crees que no lo sé?

Le colocó un dedo sobre los trémulos labios y lo fue bajando, acariciándole el mentón y el cuello mientras ella arqueaba la espalda hacia atrás y se le ofrecía entre gemidos.

Lyle inclinó la cabeza, la besó en el cuello y fue descendiendo poco a poco hasta llegar al pecho. Acercó la boca y la acarició por encima del vestido.

—Por favor —murmuró ella, que le aferró la camisa con la mano que tenía en su torso y le colocó la otra en la nuca, presionándolo para que siguiera besándola.

Lyle, que a esas alturas solo podía pensar en devorarla y poseerla, le apartó el vestido con los dientes y dejó la curva de un pecho a la vista. Lo cubrió con una mano y usó el pulgar para acariciarle el pezón mientras saboreaba su acalorada piel con la lengua. Los labios le ardían por el contacto y la erección fue inmediata.

—Sugar —murmuró, y al instante fue consciente de que había cometido un error al llamarla así, porque ella le apartó los dedos del pelo y le dio un empujón con la mano con la que le aferraba la camisa, a la vez que se colocaba de costado para liberarse de su abrazo.

—No podemos —le recordó entre jadeos, a escasos centímetros de distancia.

Sin embargo, al cabo de un instante extendió los brazos hacia él, que pensó que había cambiado de opinión, pero lo único que hizo fue pulsar un interruptor, tras lo cual la estancia se llenó de luz.

Lyle tragó saliva mientras la recorría con la mirada. Tenía el pelo alborotado, la barra de labios corrida y el vestido tan torcido que parte de una oscura areola quedaba a la vista. Deseaba arrancarle la prenda de un tirón y ver todavía más. Verla desnuda por completo. Pero también ansiaba ir más despacio y desnudarla poco a poco, como si estuviera desenvolviendo el más frágil de los regalos.

Se le acercó despacio, pero Laine lo detuvo levantando una mano.

—No podemos —repitió—. Tengo que cambiarme. Tengo que llegar a tiempo al Blacklist.

Acto seguido, se dio media vuelta, seguramente para ir a su dormitorio, pero Lyle la retuvo agarrándola de la mano.

—No te vayas.

—Tengo que irme. Trabajo. En el Blacklist. Eso es lo que hago.

—¿Trabajas hasta la hora del cierre? —quiso saber, y al ver que asentía, añadió—: ¿Qué son, cuatro horas? ¿Cinco?

—Sí. ¿Por qué?

—Te pagaré quinientos la hora. —Le puso un dedo sobre los labios para que no protestara—. Y no por el sexo, sino por tu tiempo. Es mucho más de lo que van a pagarte por hora más las propinas.

—Lyle —le dijo cuando por fin le permitió hablar—, no puedo.

—Sugar, te estás enfrentando a un embargo. Necesitas el dinero.

—Sí. Lo necesito. —Respiró hondo y después soltó el aire con fuerza—. Pero de todas formas no puedo hacerlo. No —insistió, silenciando su protesta—. No es por el dinero. ¿Un sábado por la noche? David confía en que vaya a trabajar. No voy a dejarlo tirado en el último momento.

—Vale —dijo él, frustrado por su negativa, pero aliviado porque se debiera a la responsabilidad y no a la falta de deseo—. Cámbiate. Yo te llevo. —Y a lo mejor, mientras ella se cambiaba, él podía darse una ducha fría. O salir al jardín y ducharse con la manguera.

—No hace falta. —Lo miró a los ojos y apartó la mirada como si se sintiera tímida o insegura—. Me gusta andar.

Él asintió con la cabeza.

—Pues muy bien. Andaré contigo.

—No hace falta que...

—Es tarde.

—Lo hago siempre.

—Pues esta noche lo harás conmigo. —Esbozó una sonrisa deslumbrante—. Aunque me mandes a la mierda, las aceras son de todos y por ellas puede ir cualquiera, así que pienso seguirte hasta el Blacklist.

Ella levantó una ceja, aunque Lyle no supo si el gesto era guasón o irritado.

—Vale. Como quieras. No tardo. —Señaló en dirección a la cocina—. Ponte cómodo. Y sácame una Coca-Cola light para el camino, por favor.

Ya que no podía darse una ducha fría, se bebió dos vasos de agua helada y después regresó con la Coca-Cola al salón, donde ella ya lo estaba esperando. En esa ocasión, acompañada por un gato atigrado que se había sentado junto a sus pies y cuyos ojos verdes lo miraban rebosantes de celos.

—Skittles, te presento a Lyle. Lyle, este es Skittles.

Él se inclinó, extendió un brazo y el gato se acercó para olerle los dedos.

—Hola, colega —lo saludó. Lo acarició detrás de las orejas y Skittles ronroneó complacido.

—Bueno —dijo Sugar—, supongo que has superado la prueba.

La miró con una sonrisa, más satisfecho de lo que debería sentirse por haberse ganado la aprobación del gato.

Y hablando de aprobaciones, estaba fantástica. Se había quitado el vestido ceñido, por supuesto, pero en su opinión estaba igual de sexy con los pitillos, las Converse negras y una camiseta de manga corta negra con el logotipo bordado del Blacklist.

Se había retocado el maquillaje, así que ya no parecía recién besada, por lo que Lyle sentía la tentación de volver a hacerlo, solo para marcarla como suya.

Salvo que no lo era. No podía serlo.

Sin embargo, esa realidad no disminuía el deseo.

—Vamos —le dijo con voz más gruñona de lo que pretendía; la casita le parecía claustrofóbica de repente—. Vas a llegar tarde.

—Vale. —Sugar se colocó a su lado y le impresionó no verla con bolso, una rareza entre las

mujeres, según su experiencia.

Cuando se lo dijo, ella se limitó a encogerse de hombros.

—¿Para qué lo necesito? Llevo el carnet de identidad y la tarjeta de crédito en el bolsillo trasero. Y no puedo retocarme en el trabajo; siempre estamos muy liados. Además, no llevo las llaves del coche porque voy andando.

—De todas formas, es raro —insistió él una vez que salieron del jardín delantero y enfilaron la acera en dirección al cruce—. Está claro que no eres del planeta Hollywood.

Sugar se rio.

—¿Eso es bueno o malo?

—¿En mi caso? Bueno.

Ella lo miró unos segundos, como si fuera un enigma. Aunque Lyle creyó que iba a preguntarle algo, no lo hizo, de manera que fue él quien acabó preguntándole si le gustaba el vecindario.

—¿Estás de coña? ¡Me encanta! Claro que nunca he vivido en otro sitio, así que... —Dejó la frase en el aire al tiempo que se encogía de hombros—. De todos modos, a menos que ese otro sitio tenga playa, no creo que pueda gustarme.

—¿Haces surf?

—No.

—¿Nadas por la mañana para hacer ejercicio?

—Dios, no. Si consigo ir a yoga dos veces por semana, ya es mucho para mí. Además, ya es suficiente ejercicio físico combinar dos trabajos de camarera. Es uno de los mejores planes de entrenamiento, te lo aseguro. —Se detuvo debajo del círculo de luz amarillento de una farola y lo miró de arriba abajo despacio. La aprobación que vio en su cara le gustó más de la cuenta—. Tu plan de entrenamiento también parece muy bueno.

—Se lo diré a Riley. Y estás cambiando de tema. ¿Por qué la playa?

—No lo sé. —Echó a andar de nuevo—. Me gusta. Siempre me ha gustado. —Ladeó la cabeza y lo miró—. ¿Has sentido algo así alguna vez? ¿La certeza de que algo es bueno porque sí?

«Dios, sí», pensó.

La veracidad de la respuesta fue tan rápida y firme como si se hubiera golpeado contra un muro. Ella. Ella era lo bueno. Había aparecido en su vida como un rayo caído del cielo y el mundo estaba patas arriba desde entonces.

Era cierto. Pero no por eso dejaba de resultar confuso. Al fin y al cabo, su vida era un desastre. Bueno, él era un desastre. Y en ese momento estaba en un punto crucial y su carrera se encontraba a un paso de llegar a lo más alto. No tenía tiempo para la locura que suponía una relación. No podía perder de vista el premio que tenía ya al alcance de la mano.

—¿De verdad? —Sugar lo miraba con interés y le avergonzó comprender que había contestado que sí en voz alta—. Bueno, ¿y qué es? ¿Eso que te parece bueno porque sí?

—La actuación —respondió, porque también era cierto.

No había ido a Los Ángeles para ser actor, ese era el sueño de Jenny. Pero, en cuanto consiguió el primer papel, se enamoró del proceso. La habilidad de abandonar su propia vida aunque solo fuera por un rato. De convertirse en otra persona. De ver el mundo con otros ojos. De usar todos sus traumas emocionales y convertirlos en algo no solo distinto, sino también bueno. En algo que entretenía a la gente o la conmovía.

—En ese caso, supongo que los dos hemos tenido suerte —repuso ella, y sintió la emoción del vínculo que los unía cuando lo cogió de la mano como si tal cosa—. Yo vivo al lado de la playa y tú tienes el trabajo de tus sueños.

—Supongo que sí —convino, haciendo caso omiso del vuelco que le daba el corazón cada vez que pensaba en los años que le quedaban en la franquicia Blue Zenith. Querían que se comprometiera a aparecer en tres películas más, con opción a aumentarlas hasta cinco.

Ese momento, sin embargo, no era el adecuado para reflexionar sobre su carrera profesional. No cuando la noche era tan hermosa como la mujer que lo había cogido de la mano. Una mujer a la que quería conocer a fondo.

—¿Cuántos años tenías cuando murieron tu madre y tu hermano?

—Dieciocho —contestó ella—. Y no te molestes haciendo el cálculo. Ahora tengo veintitrés. Cumplo los veinticuatro en otoño. Y tú tienes veintinueve —añadió con una sonrisa—. Ya te dije que busqué información sobre ti.

—Qué aplicada. Pero me interesas tú. ¿Estabas en la universidad cuando murieron?

—Sí, mi primer semestre en la Universidad de California en Los Ángeles. Estudiaba Historia, pero porque fue lo que me salió después de lanzar un dardo para ver qué elegía. Así que lo dejé después del accidente. Me pareció mejor que acabar llena de deudas por los préstamos estudiantiles cuando ni siquiera veía claro que pudiera ser mi profesión.

—¿Cómo conseguiste mantener la casa? ¿Tu madre tenía seguro de vida?

—No. La verdad, casi ni llegaba a fin de mes.

—¿Y tu padre?

Sugar se encogió de hombros.

—Se largó cuando yo era pequeña. Pero pagó la casa antes de irse, por eso mi madre podía permitirse vivir aquí. Solo tenía que pagar las facturas, los impuestos y la comida.

—Tú también —señaló él—. Desde que empezaste a cargar con la responsabilidad.

—Yo también —convino ella.

—Las habrás pasado canutas. —En cierto modo, debía de haberlo pasado tan mal como él en la época en la que todavía no ganaba dinero en Hollywood, cuando Jenny y él aún estaban en Iowa pasándolo mal. Antes de que huyeran.

—Pues sí. A ver, fue horrible perder a mi madre y a mi hermano, pero no puedo pasarme toda la

vida pensando que el universo me la ha jugado. Por lo menos tengo mi casa, al menos de momento. Y si la pierdo la culpa será mía. Además, tengo trabajos a los que puedo ir andando y grandes amigos. En conjunto, me va bien.

A lo mejor era ridículo, pero esas palabras, pronunciadas con semejante sencillez, lo atravesaron y parecieron brillar en su interior como un faro de esperanza. Le levantó la mano y le besó las puntas de los dedos.

—Eres una mujer excepcional.

—Creo que es posible que te equivoques un poco, pero me limitaré a darte las gracias y punto.

—Buen plan —soltó él con una carcajada—. Pero, si la casa está pagada, ¿a qué viene la amenaza de embargo?

—Es que necesitaba unas reparaciones importantes. Logré que me concedieran un préstamo personal a corto plazo, pero es de los que se van inflando. Al principio, los pagos eran pequeños, pero se liquida el préstamo con un pago enorme al final.

—Y el final está cerca, como se suele decir.

—Exacto. —Sugar suspiró—. Seguramente debería haber encontrado otra forma de conseguir el dinero en aquel entonces, pero estaba sola, asustada y era tonta, así que... En fin, da igual. Es lo que hay.

—¿No puedes conseguir otro préstamo?

La vio torcer el gesto.

—Al parecer, es un milagro que consiguiera el primero. Resulta que mi padre aparece en la escritura como una especie de copropietario. Me lo explicaron en una de las asesorías gratuitas que hay en las universidades, en la facultad de Derecho. La conclusión es que ningún banco querrá prestarme dinero. Pueden hacerlo, pero no lo harán. —Dejó escapar un suspiro—. Pero lo intenté, que conste. Supuse que, si lo había conseguido una vez, podría hacerlo de nuevo. Pero no. Estoy segura de que todos los bancos del estado de California me han rechazado.

—Yo puedo prestarte dinero. Con un pagaré. Con la casa como aval. Como si fuera un banco.

Por un instante creyó que Laine iba a acceder, pero acabó negando con la cabeza.

—Te agradezco el detalle, de verdad. Pero otros amigos me han ofrecido lo mismo y no puedo hacerlo. Además, ya me has ayudado a reunir gran parte del dinero. Lo conseguiré. —Se volvió para mirarlo con una sonrisa—. Estoy convencida al máximo.

Lyle quiso discutir con ella. Decirle que tampoco era para tanto. Que en realidad le resultaba placentero gastarse el dinero que ganaba en Hollywood ayudando a mujeres como ella, a mujeres que lo necesitaban.

Pero fue incapaz de argumentar nada después de oír esa palabra: «amigos».

—¿Eso es lo que somos? —preguntó, en cambio.

Ella pareció confundida un instante. Después, abrió los ojos como platos.

—Ah. Ostras. Sí. Ha sido un poco presuntuoso por mi parte, ¿verdad? Pero es que...

—Amigos —repitió él, tras lo cual le pasó el brazo por encima de los hombros—. Y si juego bien mis cartas, a lo mejor hasta me convierto en amigo con derecho a roce.

Tal como esperaba, sus palabras le arrancaron una carcajada.

—Vale, amigo —dijo Sugar—. Te toca. ¿Siempre quisiste ser actor?

Negó con la cabeza.

—En realidad, no me entró el gusanillo hasta que nos mudamos aquí.

—Tenías dieciséis entonces, ¿verdad? ¿Qué querías hacer antes?

«Sobrevivir», pensó.

Esa era la verdad. Pero no podía decírla, claro.

—Era un chaval de dieciséis años. Estoy segurísimo de que mi único objetivo por aquel entonces era echar un polvo.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Bueno, voy a pensar que ese era uno de tus objetivos. Pero creo que dentro de ti hay mucho más que eso y que ya lo había entonces.

—Qué va. Básicamente soy un tío muy superficial.

La vio poner los ojos en blanco y tuvo que resistir el impulso de tirar de ella para estrecharla contra su cuerpo y darle un beso suave, tierno y sin pretensiones. Algo que no había deseado hacer con una mujer desde hacía... En fin, una eternidad.

—¿Qué opinan tus padres de tu meteórica carrera a la fama? —le preguntó mientras doblaban a la derecha en el siguiente cruce—. Deben de sentirse orgullosísimos.

Lyle sintió una opresión en el pecho y luchó contra el impulso de mandarlo todo a tomar viento y contarle la verdad. Pero ganó la batalla. ¿Por qué no iba a hacerlo? Llevaba años practicando cómo mantener guardados sus secretos.

Así que en vez de la verdad, le dijo:

—Su habitación de invitados es un altar en mi honor. Vergonzoso, la verdad. Y últimamente no me he ganado el premio al mejor hijo. He estado tan concentrado en mi carrera que ni los visito ni los llamo tan a menudo como debería.

—Estoy segura de que lo entienden. Hablando de carreras profesionales —añadió al tiempo que gesticulaba con la cabeza en dirección al Blacklist—, gracias por acompañarme. Y avísame si necesitas hacer otra aparición con novia, ¿vale?

—La verdad, había pensado quedarme y acompañarte después de vuelta. A menos que tengas otros planes, claro.

Sugar levantó las cejas.

—Anoche solo dormí tres horas. Mi plan para después del trabajo es tirarme en plancha a la cama.

—Razón de más para que te acompañe a tu casa. Será tarde. Estarás cansada. Demasiado agotada como para estar alerta. Y no me digas que es un vecindario seguro. A esas horas ningún sitio lo es.

Sugar cruzó los brazos por delante del pecho y ladeó la cabeza.

—Eres consciente de que tengo un turno de cuatro horas, ¿verdad?

—Me tomaré una copa mientras me pongo al día leyendo los mensajes de correo electrónico en el móvil.

—Estás decidido, ¿no?

—Veo que las pillas al vuelo.

Sugar suspiró, pero Lyle tuvo la impresión de que en el fondo le hacía gracia. De que hasta le gustaba.

—Haz lo que quieras.

Eso hizo. Se sentó a una mesa situada cerca de una pared desde la que podía ver el interior del establecimiento al completo. Sin embargo, no estaba en la zona que atendía Laine, así que su camarera, Nessie, se pasó unos cuantos minutos adulándolo antes de que ella se acercara para decirle que cortara el rollo.

—Cuando vi vuestras fotos en Twitter no podía creérmelo —le dijo la chica después de que él pidiera una hamburguesa y dos chupitos de bourbon con hielo. Riley le echaría la bronca por la hamburguesa, pero ya lo hablaría con él después—. A ver, que pensaba que era una especie de posado de esos en los que tienes que pagar para hacerte una foto con un famoso.

—No. Laine es mi chica.

—Ostras —exclamó justo antes de arrojarle una servilleta—. ¿Me firmas un autógrafo?

Lo hizo con el temor de que eso atrajera a todos los empleados y clientes del local a su mesa, pero semejante posibilidad desapareció en cuanto David, el dueño, se sentó en la silla que tenía enfrente.

—¿Estás saliendo con nuestra Laine?

—Sí, señor.

—Que no me entere yo de que sufre porque se la juegas al más puro estilo hollywoodiense, ¿me entiendes?

—Por supuesto —contestó con total sinceridad—. Tiene mi palabra.

David lo miró con los ojos entrecerrados y después debió de pensar que no le estaba mintiendo, porque farfulló algo, como si le estuviera dando su aprobación, y se alejó de la mesa, instante en el que le dijo a Nessie y al camarero que se aseguraran de que nadie lo molestara.

—Ha venido a tomarse algo, no a aguantaros a vosotros.

A partir de ese momento, nadie lo molestó. Y pasó las siguientes cuatro horas observando a Laine sin hacerles el menor caso a los mensajes de correo electrónico. Era elegante y eficiente.

Charlaba con sus compañeros de trabajo y con los clientes, parecía conocer el nombre de todos los presentes y trabajaba con una eficacia envidiable.

Obviamente no la apasionaba. Solo era un trabajo. Pero eso no le importaba. Se lo tomaba en serio. De la misma manera que se tomaba en serio la vida y sus responsabilidades.

Lyle tuvo la impresión de que había pasado toda una vida desde la noche que Laine apareció en la habitación del hotel, asustada y decidida. En aquel entonces solo vio una faceta suya, pero le gustó lo que vio. Aunque la miró con ojos lascivos. Deseosos.

Pero ahora estaba viendo a la verdadera Laine. A una mujer que admiraba. Que lo conmovía de muchas maneras.

A una mujer de la que podía enamorarse en serio.

Y, la verdad fuera dicha, eso la convertía en una persona aterradora.

De verdad estás saliendo con Lyle Tarpin?

Faltan diez minutos para cerrar y Nessie me ha acorralado en el almacén, donde las dos acabamos de ayudar a prepararlo todo para el turno de mañana.

—Pues sí —miento—. Alucinante, ¿verdad?

—Como poco —admite—. ¿Cómo lo conociste?

Le cuento la historia del helado de galleta y ella se deja caer contra la cámara frigorífica.

—Uau, pues es la releche. ¿Va en serio la cosa?

Me encojo de hombros. Y digo lo único cierto que he dicho desde que comenzó la conversación.

—La verdad es que no lo sé.

Debería saberlo. Debería estar totalmente convencida de que lo que hay entre nosotros, sea lo que sea, es lo típico.

Pero luego pienso en su forma de besarme en el porche. Y su expresión frustrada, casi furiosa, cuando insinué en el coche lo del dinero a cambio de sexo como parte de la agenda para esta noche.

Estamos andando sobre la cuerda floja, los dos. Y no tengo muy claro dónde termina la farsa y empieza la realidad.

—Pues me encantaría ver parte del rodaje de *M. Sterious*. ¿Crees que podría organizar algo? Es decir, creo que van a empezar a rodar pronto. Y soy la fan número uno del mundo mundial de Blue Zenith.

—Se lo preguntaré —le aseguro, y me digo que tengo que hacerlo. Nessie puede ser un poco excéntrica, pero es un encanto.

—Eres la mejor. Anda, vete ya. Ya termino yo.

—¿Estás segura?

Su sonrisa casi ilumina el almacén entero.

—Claro. Tú dile que te he hecho un favor. A lo mejor así afloja algún que otro autógrafo.

Me echo a reír.

—Claro. Te veo la semana que viene.

—*Ciao!*

Me encuentro a Lyle apoyado en la barra, charlando con David. No sé de qué exactamente,

porque nada más oír las palabras «carreras de Fórmula 1» desconecto. No me van, pero me alegro de que Lyle se lleve bien con mi jefe.

Frunzo el ceño, porque me alegro de verdad de que se lleven bien, y es otra prueba más en el caso «¿Están juntos o no? El pueblo contra Laine y Tarpin».

Pongo los ojos en blanco. Es evidente que no funciono bien con tres miserables horas de sueño.

—Hola —dice Lyle al tiempo que me mira con una sonrisa que me provoca una descarga eléctrica en la piel—. ¿Estás lista?

Asiento y luego le digo a David que Nessie está terminando lo que falta.

—Buenas noches, niños —dice mi jefe, y Lyle y yo nos echamos a reír.

—Llevo mucho tiempo sin sentirme como una niña —admito una vez que estamos fuera.

—¿No? Pues entonces tenemos que hacer algo para remediarlo. —Me coge de la mano y echa a andar hacia la playa—. Por aquí. A menos que estés muy cansada.

—¿Qué? ¿Cansada yo? Si anoche conseguí dormir tres horas.

—Está bien. Te llevo a casa —me dice, y cuando hace ademán de enfilar hacia mi casa, me doy cuenta de que cree que he hablado en serio.

Lo cojo de la solapa de la chaqueta y lo obligo a volverse hacia mí.

—Estoy bien —le digo—. Y mañana puedo dormir hasta tarde. Tengo el día libre y eso es muy raro, y como voy por muy buen camino con lo de la deuda, no le he suplicado a nadie que me deje cubrir su turno de la mañana en el Maudie's. Lo que significa que esta menda no tiene toque de queda.

—Muy interesante —observa mientras echamos a andar hacia la playa.

—¿Te das cuenta de que son más de las dos de la madrugada?

—Y hay luna llena y las crestas de las olas brillan a la luz de la luna. Y tú y yo vamos a dar un paseo. Quítate los zapatos —me dice cuando llegamos a la arena.

—Sigues con el traje puesto. —Le paso una mano por la solapa de la chaqueta—. Un traje muy bonito, por cierto. Además, recuerdas que el Pacífico está helado, ¿no?

Se quita la chaqueta y me la echa por encima de los hombros.

—El viento es más frío en la orilla.

Dejamos los zapatos y los calcetines junto a una señal de tráfico —a esta hora no me preocupa que alguien se los lleve— y una vez que me pongo la chaqueta me coge de la mano.

Me echo a reír cuando corremos hacia el rompeolas.

—¿Qué estamos haciendo exactamente?

—Jugar —contesta.

Y eso, de hecho, es justo lo que hacemos.

Nos echamos agua con los pies. Hundimos los deditos en la arena mojada. Corremos de un lado

para otro por la playa salpicándonos con el agua, y entonces salgo corriendo de nuevo y lo desafío a que me siga.

—Espera —me dice—, tienes que ver esto.

Está de pie, quieto, mientras las olas le mojan los pies y el bajo de los pantalones. Corro hacia él, con el bajo de los vaqueros también mojado.

—¿Qué pasa? —le pregunto con la mirada puesta en la arena que lo rodea, preguntándome si ha visto un cangrejo o una estrella de mar.

—Esto —contesta y me pega a él.

Jadeo, porque no estoy preparada para el contacto de sus labios contra los míos, y cuando los separo se aprovecha por completo y el beso se vuelve apasionado y húmedo. Un beso lleno de anhelo y deseo que me afloja las rodillas, tan lleno de sensualidad que unas chispas eléctricas me recorren todo el cuerpo y se concentran entre los muslos, excitándome. Desesperándome. Deseándolo...

Cuando dejamos de besarnos, respiro con dificultad.

—Uf —digo mientras me acaricia el mentón con el pulgar—. ¿Ahora es cuando consigues tu explosión?

—No —susurra—. Ahora es cuando tú consigues tu seducción.

Volvemos corriendo a la casa, con las manos entrelazadas, y nos detenemos una sola vez, para que Lyle pueda pegarme a una farola y besarme de nuevo.

—Te deseo, Sugar —susurra—. Te quiero desnuda debajo de mí. Te quiero mojada, con las piernas abiertas, con los dedos clavados en mi espalda. Quiero perderme en ti y quiero hacer que te corras como nunca.

—Sí, por favor —respondo. Sus palabras me despiertan los sentidos y me tientan a tirarlo a la arena y suplicarle que me posea ahí mismo.

Consigo contenerme, pero cuando por fin llegamos a mi casa apenas me funciona el cerebro. Lo anhelo. Solo lo veo a él. Me arde el cuerpo de deseo y estoy tan aturullada que casi no atino a teclear el código de entrada.

En cuanto lo consigo, casi nos caemos dentro, con la boca pegada, besándonos con frenesí. Necesito a Lyle. Es mi único anhelo. Sus caricias. Su calor.

—Demasiado calor —susurro antes de cogerle el bajo de la camisa y sacársela de los pantalones. Aún lleva la misma ropa que para la inauguración y me tiemblan los dedos mientras intento desabrochársela. En cambio, él no tiene problemas con la mía. Me saca la camiseta del Blacklist por la cabeza y la tira a un lado.

Todavía tengo puesto el sujetador de La Perla y me baja el bonito encaje para liberarme el pecho. Al mismo tiempo, gime, un sonido ronco y apasionado.

—Eres preciosa.

Me pone las manos en la base de la espalda y se inclina sobre mí, obligándome a arquearla mientras me besa un pecho. Usa la lengua para acariciarme el pezón y la sensación me atraviesa como un rayo, dejándome más húmeda y excitada.

—Dormitorio —murmuro, y básicamente es lo único coherente que soy capaz de decir.

No titubea. Me levanta en brazos y me acurruco contra él, mi piel desnuda roza con el algodón de su camisa.

En el dormitorio me deja en la cama con mucho cuidado, pero la forma en la que le agarro la camisa y tiro de él para que se tumbe a mi lado no tiene nada de cuidadosa. Ruedo sobre el colchón antes de atacar los dichosos botones, hasta que él se hace cargo y se quita la camisa.

—Vaqueros —dice mientras me pone las manos en la cinturilla y me desabrocha el botón, antes de bajármelos por fin, de modo que tengo que quitarme a toda prisa las zapatillas para no acabar inmobilizada por el lío de ropa—. Ven —me ordena cuando estoy desnuda, salvo por las diminutas bragas de encaje. Me pega a él y le rodeo la cintura con las piernas mientras me acaricia con los dedos por encima de las bragas empapadas, justo antes de colarse por debajo del fino satén—. Dios, Sugar, estás empapada.

Y lo estoy, y me retuerzo contra su mano porque quiero más.

Sabe muy bien lo que quiero y me introduce los dedos para que yo me mueva, restregándome descontrolada contra un hombre del que parece que soy incapaz de saciarme.

Uso los muslos para subir y bajar y él me mete los dedos al compás de mis movimientos.

—Muy bien, nena —dice—. Joder, me encanta.

Soy como un animal salvaje que desea más, que lo desea a él. Nunca en la vida he estado tan excitada, y ha pasado demasiado tiempo desde que tuve una polla dentro. La quiero ya. Joder, la necesito como el aire que respiro.

Pero...

La idea se me cuele en la cabeza, sin invitación. Un titubeo. Un ligero empujón.

«¿Ahora? ¿Así? ¿Después de esperar tanto?», me pregunto.

Quiero espantar los pensamientos. Quiero gritar que sí, claro, que es lo que quiero. Y a quien quiero.

Pero sé que no está bien. No es real.

Me gusta Lyle, seguramente más de la cuenta. Pero no es la promesa que me hice. Y al final se marchará y yo tendré que vivir con las decisiones que he tomado.

Ya la jodí una vez y me arrepentí luego.

No pienso repetir la experiencia.

—Lo siento —susurro, y paro el carro tan deprisa que seguramente le habrá dado un latigazo cervical—. Lo siento —repito al tiempo que me aparto de él, avergonzada.

Me está observando y me doy cuenta de su desconcierto. Por suerte, no veo rabia y, por algún

motivo, eso hace que me sienta todavía peor.

—No debería haber dejado que la cosa se desmadrara tanto —le digo. Me cae una lágrima por la mejilla y me la seco—. Es que quiero hacerlo, de verdad, pero a la vez no quiero. No puedo. —Cierro los ojos para contener las lágrimas—. Por favor, no me odies. No quería ser una calientapollas.

—Tranquila —me dice estrechándome cuando apoyo la cara contra su torso desnudo—. ¿Te parece que te odio?

Me pongo a sollozar de nuevo, incapaz de contenerme más tiempo.

Me abraza hasta que soy capaz de respirar sin ahogarme y luego un poco más, hasta que me siento lo bastante fuerte para soltarlo y hablarle.

Al cabo de un rato, me aparto, levanto la cabeza y lo miro a los ojos, segura de que veré frustración en ellos. Sin embargo, solo veo preocupación y fortaleza.

—No hace falta que digas nada, nena. Si dices no, sobran las explicaciones.

—Es posible. Pero nos conocimos porque me contrataste para que me acostara contigo, así que sería razonable que te sorprendieras un poquito si de repente te digo que me sueltes.

—Eso eran negocios —replica—. Esto no lo es. ¿Crees que no capto la diferencia?

Me humedezco los labios, insegura de repente.

—Es que me gustas. Mucho. Seguramente más de lo que deberías gustarme.

—Me alegro. Tú también me gustas. Seguramente más de lo que deberías gustarme.

Lo miro a los ojos y consigo esbozar una sonrisilla.

—Si fuera por dinero, podría justificarlo. Solo son negocios, ¿no? Pero de esta forma..., por deseo y atracción y un montón de cosas estupendas más... En fin, la verdad, me está costando mucho recordar por qué me resisto. Solo sé que no quiero enfadarme conmigo misma por la mañana. Y si lo hacemos, eso es lo que va a pasar.

Incluso tapada con la sábana, me siento desnuda y expuesta, y muy vulnerable, muchísimo. Cuando extiende los brazos hacia mí, contengo el aliento, segura de que va a tocarme y de que se hará añicos mi voluntad.

Pero no lo hace. En cambio, se limita a enroscarse un mechón de mi pelo en un dedo.

—¿Me puedes decir por qué te resistes?

Me humedezco los labios.

—Nunca se lo he dicho a nadie —admito.

Asiente con la cabeza muy despacio antes de soltarme el pelo y cogerme de la mano.

—No pasa nada. Ya te he dicho que no tienes que dar explicaciones...

—Pero creo que puedo decírtelo a ti —lo interrumpo.

Nada más pronunciar estas palabras, me doy cuenta de que quiero hacerlo. No sé por qué, la

verdad, porque apenas lo conozco, pero he visto lo suficiente para saber que está destrozado. Así que ¿por qué narices le añado drama a mi vida invitándolo a entrar?

No tengo respuesta. Al menos, no una lógica y sensata. Solo sé que me gusta y que confío en él.

Sobre todo, me siento viva a su lado, como nunca desde que perdí a mi madre y a Andy.

Y, a ver, ¿por qué debería preocuparme que haya pasado tan rápido si es bueno?

Tomo una honda bocanada de aire y empiezo a hablar.

—El día del accidente se suponía que íbamos a ir a Disneylandia. ¿Te lo he contado ya?

Niega con la cabeza.

—Hacía mucho que no íbamos y yo no he vuelto a ir. Se suponía que era un regalo para el último día de mi primer semestre universitario. Y entonces aparece un policía en mi puerta y un día que se suponía que iba a ser especial se convierte en una pesadilla.

Se queda callado y agradezco el silencio.

—Esa ironía hizo que todo fuera peor. La idea de que un accidente, de que un puto conductor borracho, se cargara ese momento junto con tres vidas. No sé. Fue como si me corroyera. Después conocí a un chico en el Blacklist que dijo que había estado en mi clase de Literatura. No lo recordaba de nada, pero me invitó a bailar. Y le dije que sí. —Aprieto la mano de Lyle con tanta fuerza que tengo los dedos entumecidos, pero no lo suelto y él no protesta—. El asunto es que nos emborrachamos, y yo era virgen y me acosté con él. —Lo digo como si no fuera nada, aunque en realidad para mí lo fue todo—. Y luego me odié, porque siempre quise que la primera vez fuera...

—Especial —dice, y me toma la mejilla con la mano libre—. Claro, es normal.

—Me cabré tanto conmigo misma que me hice una promesa. Y no me he acostado con nadie desde entonces. He hecho todo lo demás —añado con una sonrisa pícaro—, pero no he hecho eso. Y no lo haré hasta que no sepa que será especial. —Nada más decirlo, doy un respingo—. Ay, mierda. No te lo tomes a mal —digo—. Estoy segura de que contigo será la leche, superespecial. Solo quiero decir que quiero que sea real. Quiero que al menos haya una posibilidad de futuro. A lo mejor no un anillo de compromiso, pero quiero que sea con alguien con quien tenga una relación. Y como ya he dicho —añado atropellándome con las palabras—, me gustas mucho. Pero ser tu falsa novia no es lo que tenía en mente. —Me muerdo el labio mientras lo miro—. De verdad que no quería engañarte esta noche. Y no tengo problemas filosóficos con..., esto..., hacer cualquier otra cosa. Pero supongo que quiero obviar que cometí el tremendo error de entregarle mi virginidad a un desconocido. —Me inclino hacia atrás y me encojo de hombros—. Eso es todo. Y como ya te he dicho antes, lo siento.

—No tienes por qué disculparte. —Se acerca a mí y me pega a su cuerpo con mucho cuidado, permitiéndome apoyar la cabeza en su torso.

—Gracias —susurro mientras me acaricia el pelo.

—No me equivoqué con el poema —me dice—. Tienes un alma invicta.

Cierro los ojos asintiendo y se me escapa una lágrima solitaria.

Me abraza unos cuantos minutos más antes de soltarme muy despacio y alejarse hasta el borde del colchón.

—Debería irme.

Extiendo un brazo hacia él y entrelazo nuestros dedos.

—No tienes por qué irte —le digo—. A ver, es tarde.

Se queda quieto un momento, antes de levantar la sábana, acostarse debajo y extender un brazo para que me acerque a él.

—Duérmete —me dice mientras me abraza—. No me moveré de aquí.

El sol matinal se filtraba por las cortinas mientras Lyle observaba cómo dormía Sugar desde el borde de la cama. En ese momento, lo único que le apetecía era volver a acostarse a su lado y seguir encerrado en esa casa durante el resto del día.

Pero era imposible.

No debería haberse quedado a pasar la noche. Al fin y al cabo, precisamente por eso llevaba una rutina estricta. Por eso había diseñado su vida como lo había hecho y tenía el contacto de Marjorie en marcación rápida. Para no correr el riesgo de acercarse demasiado a alguien.

Sin embargo, mientras la observaba aferrada a la almohada, respirando con tanta serenidad, supo que, si abría los ojos y le pedía que se quedara, volvería a acurrucarla entre sus brazos y se quedaría.

«¿Por qué?», se preguntó.

¿Por qué lo afectaba tanto esa mujer? ¿Por qué era tan fácil estar a su lado?

¿Se debía a la farsa que estaban interpretando? ¿Al hecho de estar metido en un papel? ¿O de verdad había un vínculo más profundo entre ellos?

No lo sabía. Pero estaba seguro de que Sugar le había calado. Aunque desconocía cómo lo había conseguido, no podía negar que lo había hecho. Y ese hecho tan simple lo tenía acojonado.

¿No sabía mejor que nadie que los vínculos afectivos conllevaban sufrimiento y pérdida? ¿No llevaba viéndolo toda la vida? ¿Con su madre? ¿Con Jenny?

Y eso significaba que no entablaba relaciones afectivas con nadie. No lo hacía. Era demasiado caótico. Demasiado complicado. Intentar construir una relación al mismo tiempo que se ocupaba de su carrera profesional era la receta perfecta para que las dos cosas fracasaran.

Lo único que quería, lo único que necesitaba, era mantener su carrera en el buen camino. La noche anterior Sugar le había sido útil para ese propósito. Pero, en realidad, no era su novia y ambos lo tenían claro.

Así que no debería sentirse culpable por marcharse esa mañana. Después de todo, el trabajo estaba hecho. Así de claro. Así de simple. Era hora de pasar página.

O, al menos, eso era lo que se decía.

Pero cuando entró en la cocina para escribirle una nota, no pudo pasar por alto el nudo que sentía en la boca del estómago. Y cuando se subió al coche tuvo que esperarse un momento para

respirar, aferrado al volante mientras la tormenta de emociones rugía en su interior. Pérdida y culpabilidad, deseo y vergüenza.

Era un capullo integral.

Sí, bueno, a lo mejor lo era. Pero mientras arrancaba el coche y empezaba a circular por la calle llegó a la conclusión de que no tenía alternativa. No si quería mantener una vida cuerda y seguir avanzando en su carrera profesional.

No si quería mantener ocultos todos sus secretos.

Por regla general, detestaba los eventos organizados por la prensa, sobre todo cuando se celebran los fines de semana. Ese día, en cambio, se alegraba de poder participar en cualquier cosa que sacara a Laine de su mente. Aunque fuera una sesión de vestuario para la película y estuviera invitada la prensa.

Aunque eso significara que debía ponerse mallas.

Ya se había probado el icónico traje de M. Sterious y también el esmoquin que llevaría en la escena de la fiesta. En ese momento estaba esperando a que el evento llegara a su fin para, junto con el resto del elenco, poder contestar las preguntas de los periodistas y hacerse unas cuantas fotos más.

Algo para lo que faltaba poco, gracias a Dios. Quien se encontraba ahora delante de la cámara era Frannie, vestida con un mono negro ceñidísimo con detalles en azul eléctrico. A su alrededor se arremolinaba una nube de periodistas y de influencers que no paraban de sacar fotos y de hacerle preguntas a gritos.

Los conocía a casi todos porque los había visto antes. El chico delgado y alto que escribía un blog muy ácido. La mujer vivaracha que trabajaba para una revista de cotilleos. La rubia de piernas largas que presentaba un programa matinal en la televisión. Y también había un chico musculoso con perilla, cazadora, vaqueros y una gorra calada hasta los ojos. No lo veía bien, pero tenía algo que le resultaba muy familiar.

Claro que daba igual, aunque eso no impidió que siguiera intrigado.

—Hora de dejar de soñar despierto—le dijo Evelyn al tiempo que lo aferraba por un codo y lo invitaba a alejarse hasta un rincón—. Han llegado los contratos para las siguientes películas. El equipo legal los está estudiando, pero en líneas generales cumplen lo que pactamos. Te quieren para tres películas más de Blue Zenith después de esta, con opción a una quinta.

—¿Y el dinero?

—Va en aumento de película en película, más una suma importante como colofón. Uno de los mejores acuerdos que he negociado, no me importa decirlo. Y creo que serías tonto si lo aceptaras.

Soltó el aire, frustrado.

—Joder, Evelyn.

—Ya, ya. Sé que quieres dar el campanazo. Sobresalir en el sumidero que es Hollywood. De verdad que lo entiendo. Porque es la misma historia que he oído muchas veces, en serio. Y yo te apoyo en lo de la fama y el dinero, pero en tu caso no creo que esto vaya a hacerte feliz, Iowa. Ser un superhéroe no es lo tuyo, y los dos lo sabemos.

—No pienso firmar para *Arizona Spring*. ¿Una película independiente en la que no se estipula la fecha de cobro y con pocas probabilidades de conseguir un porcentaje de la recaudación en taquilla? ¿De verdad crees que debería tomar esa dirección?

—Creo que, si firmas para seguir en la franquicia, será como llevar grilletes de oro. Y creo que el guion de *Arizona Spring* es uno de los mejores que he leído. Hiciste un papel fantástico en la serie de televisión y serás un superhéroe estupendo. Pero si tu objetivo es que el mundo vea lo buen actor que eres, necesitas hacer un drama. No más comedias. No más adaptaciones de novelas gráficas. Un drama.

—Vale —soltó con brusquedad, para poner fin a la conversación—. Lo pensaré.

Salvo que no tenía que pensar nada. Jenny y él habían ido a Hollywood para que ella pudiera triunfar en la gran pantalla. Y aunque tal vez fuera el culpable de acabar con Jenny, no pensaba acabar con ese sueño. Así que, mientras pudiera, haría todo lo posible para llevarlo a cabo. Ese era su objetivo.

Tenía que serlo.

Echó a andar hacia los periodistas, porque eso era mejor que seguir hablando con su agente, pero ella lo llamó con voz brusca.

—Iowa, espera un momento. Otra cosa.

Lyle se detuvo un instante, dándole la espalda, y se obligó a sonreír cuando se volvió para mirarla, asegurándose de ocultar todo rastro de sus melancólicos pensamientos.

—¿Qué?

—Lo has hecho bien. —Le entregó su teléfono móvil, en cuya pantalla se veía una foto de él con Frannie y Laine.

Lyle contuvo un respingo. Durante la última media hora había logrado no pensar en ella en absoluto, pero allí estaba, otra vez en sus pensamientos. Su forma de reír. Su presencia física.

Y lo más importante, lo que sentía estando con ella.

—Es una chica estupenda.

—Deberías llevarla al almuerzo de la Fundación Stark para la Infancia. Sería otra gran oportunidad publicitaria.

Negó con la cabeza.

—Ya me he prestado al juego una vez. Los buitres han conseguido sus fotos. Frannie la ha

conocido y tiene su beneplácito. Ya tengo novia oficial. Una novia a la que no le interesan los focos y que trabaja mucho.

—Lyle... —pronunció su nombre como una orden.

—No —insistió él, porque estaba decidido a no dar su brazo a torcer. Necesitaba cortar los lazos con ella. Necesitaba seguir sin ataduras. Una mujer que se había colado en su vida con semejante rapidez e intensidad como Laine podía acabar poniéndole su mundo patas arriba—. Ahora mismo estamos bien. Déjalo así.

Era evidente que no quería hacerlo, pero, antes de que Evelyn pudiera protestar, Frannie se acercó a ellos.

—Deberías haber traído a Laine —dijo—. Seguro que se lo habría pasado bien viendo esto.

Lyle ignoró por completo el gesto de Evelyn, que levantó las cejas en plan: «Te lo dije».

—No le gusta ser el centro de atención —replicó él—. Está en casa, disfrutando de un domingo tranquilo.

—En fin, tú sabrás. En mi opinión, podría haber sido un buen momento para anunciarle a la prensa vuestro compromiso.

Eso lo dejó de piedra.

Total y absolutamente petrificado.

—Frannie, ¿de qué narices estás hablando?

La vio poner los ojos en blanco y una auténtica expresión de horror.

—Ay, Dios. No sabía que todavía era un secreto. A ver, es que he pensado que, si Rip lo sabe, todo el mundo debía de saberlo.

—¿Rip te ha dicho que Laine y yo estamos comprometidos?

—Anoche en la galería.

—¿Sabía su nombre?

—Creo que sí. —Frunció el ceño—. A ver, me preguntó que con quién estabas y se lo dije. Después asintió con la cabeza y me dijo que eso era lo que creía. Que todavía no la conocía, pero que estabais comprometidos.

Lyle apretó los puños a los costados.

—¿Qué más dijo?

—Que todo había sido muy rápido, pero que estabas delirante de felicidad y que se lo habías contado a todos tus amigos. —Levantó un hombro e hizo un puchero—. La verdad, me dolió. Teniendo en cuenta la situación, pensé que también podrías haberme incluido.

—Rip estaba haciendo el gilipollas —le aseguró, aunque le costó la misma vida contenerse—. No estamos...

Evelyn tosió suavemente a su lado.

—No estamos preparados para anunciarlo todavía. Por lo menos de forma oficial.

Miró a Evelyn y la vio suspirar aliviada.

—Ah —exclamó Frannie.

—Lo saben unos cuantos amigos íntimos y planeaba decírtelo después de que pasara toda esta locura —añadió mientras pensaba en todo lo que iba a crecerle la nariz—. Alguien debió de contárselo sin pensar.

—Bueno, pues ahora me siento doblemente mal. Creía que ya lo sabían todos, así que, mientras hablaba con un grupo de periodistas, Gordy me ha preguntado si conocía a la mujer con la que estabas anoche y se lo he dicho.

—¿Gordy? —preguntó Lyle. Una sensación gélida le reptó por su cuerpo.

—El que tiene tantos seguidores en Instagram. Estoy segura de que lo conoces. Está justo allí. El de la gorra de béisbol. —Se volvió para señalarlo con un dedo, aunque acabó bajando el brazo al no verlo—. Ah. Pues no lo veo. —Miró de nuevo a Lyle y se encogió de hombros—. Supongo que se ha ido.

Pero Lyle apenas la oyó. Porque por fin había reconocido al tal Gordy. Había visto a ese cabrón en el vestíbulo del hotel Stark Century la noche que conoció a Laine.

Y cuando la siguió hasta el ascensor, se cruzó con un hombre en el pasillo. Un hombre con una gorra de béisbol.

Gordy hizo la foto. Él lo inició todo.

Estaba segurísimo.

Como también lo estaba de que esa sanguijuela iba de camino a casa de Laine en ese momento con unos cuantos periodistas más pisándole los talones.

Y aunque no sabía cómo, tenía que llegar allí antes que ellos.

Vale, pero todavía no me has contado qué dice la nota.

La voz de Joy al otro lado del teléfono es demasiado racional. Y yo no estoy muy racional que digamos. Llámame irracional, pero suelo ponerme de morros cuando un hombre con el que he pasado la noche se larga sin decir ni adiós.

Y no, dejar una nota en la mesa de la cocina no cuenta. Sobre todo una nota que dice: «No tengo palabras para expresar lo mucho que disfruté anoche. Gracias por ser la novia perfecta anoche. Lyle».

A ver, ¿en serio? ¿«Anoche»?

Si hubiera escrito al final que adiós muy buenas y que me fuera bonito me habría dolido menos.

—No debería haber dejado que me convencieras para hacerlo —continúo, porque me estoy cabreando, pero mucho—. ¿Cómo he podido ser tan idiota? Diez mil a la saca, y una mierda.

—Para el carro y rebobina, porque, si no, te juro que le digo a Cass que hoy no trabajo y me planto en tu casa. Y mira que faltan quince minutos para mi primera cita, y quiero los detalles.

—Vale. —Tomo aire y la pongo al día, resumiéndole que Marjorie me llamó y yo acepté ser su cita de pago para la noche anterior—. No es real —digo, y como soy una tonta de remate, siento el escozor de las lágrimas en los ojos—. Pero nos lo pasamos muy bien. A ver, que sí, que me estaba pagando para que fingiera ser su novia, pero fue divertido. Y fue real. Y después volvimos a mi casa...

—Ay, cariño, el trabajo es así. Te sacan a cenar, te muestran del brazo, luego te llevan a casa y te follan como locos. Es como una tradición ancestral.

—La cosa no fue así —replico, salvo que a lo mejor me equivoqué del todo—. No me estaba pagando para acostarme con él. Solo por la cita. Pero cuando volvimos a mi casa...

—¿En serio? —Alza la voz con interés.

—Joder, Joy, ¿quieres que te lo cuente o no?

Gruñe, arrepentida, y le cuento lo que pasó.

—Y cuando le dije que quería parar, se...

—¿Se comportó como un gilipollas contigo?

—Joy...

—Vale, vale, vale.

—Se portó genial. Como un caballero. Todo comprensión. Salvo que resulta que solo estaba

actuando y...

—A lo mejor no estaba actuando —dice Joy—. A lo mejor sí se alegró de estar a tu lado. A ver, eres buena persona. Aunque, por si se te ha olvidado, no repite dos veces con la misma chica y contigo lo ha hecho. Seguramente pensó que era mejor largarse antes de convertirte en una costumbre.

Frunzo el ceño, pero no replico.

—Y, la verdad, esto debería dejártelo claro.

—¿El qué?

—Que cuando se te presenta la oportunidad debes echar un polvo. Porque nunca sabes cuándo vas a perderla para siempre.

—Gracias —digo—. Me siento mucho mejor.

Y es verdad. Más o menos.

Sigo cabreadísima, pero ya no me estoy tirando de los pelos.

—Pero ¿la inauguración estuvo bien? —me pregunta Joy—. Cass dijo que las fotos eran increíbles y que la actuación fue espectacular.

—Me dejó impresionada —admito.

—Fui a Brighton con ella —añade Joy, refiriéndose a un prestigioso colegio privado de Los Ángeles que no parece su estilo para nada.

—¿Con quién?

—Con Kelsey. La bailarina. Perdimos el contacto cuando se mudó. Ni me di cuenta hasta leer el artículo sobre la inauguración en el periódico de esta mañana.

—Qué pena que no estuvieras allí.

—Lo sé, ¿verdad? —Oigo su voz a lo lejos; habla con otra persona antes de volver al teléfono—. Tengo que dejarte. ¿Estás bien? Puedo cambiar algunas citas e irme para tu casa...

—No, estoy bien. Greg viene de camino para enseñarme unas fotos de la casa en la que vamos a trabajar. Estará aquí en cualquier mom... Ah, ya ha llegado.

El portero automático se conecta al teléfono y tengo una aplicación que me permite abrir la puerta a distancia. Lo hago mientras me despido de Joy y voy a la puerta principal para dejar entrar a Greg.

Abro la puerta, preparada para decirle que tenga cuidado porque estoy de mal humor, cuando los flashes de las cámaras me estallan en la cara como palomitas de maíz.

—Pero ¿qué...?

Parpadeo, pero no muevo ni un solo músculo más. Seguramente debería retroceder y cerrar la puerta, pero estoy demasiado desconcertada al ver a al menos una decena de desconocidos gritando, la mayoría con cámaras, a los pies de los escalones de entrada a mi casa.

Abro la boca de nuevo, pero esta vez no tengo que preguntar nada. Porque las preguntas a voces

de los periodistas me dicen todo lo que necesito saber.

—¿Cuánto lleváis comprometidos?

—¿Cómo te lo pidió?

—¿Habéis fijado una fecha?

A lo lejos, oigo el chirrido de unos neumáticos.

Al mismo tiempo, Greg se abre paso entre la multitud en un intento por llegar hasta mí.

Un coche se detiene de golpe delante de la casa, en mitad de la calle. La puerta se abre y Lyle sale en tromba, pero se queda parado en la acera cuando una voz grita:

—¡Señorita Laine!

Me vuelvo hacia la voz y frunzo el ceño al ver a un hombre que me resulta familiar con una perilla y una gorra de béisbol.

—¿Es cierto que Lyle Tarpin y usted están comprometidos?

Delante de mí, Greg se queda boquiabierto.

En la calle, Lyle me mira a los ojos. Y aunque es un gesto apenas imperceptible, asiente con la cabeza.

Y ahora todo depende de mí.

Puedo responder la pregunta como él quiere o puedo mostrar mi cabreo por su nota de despedida diciéndole al mundo que no sé de qué me están hablando.

Me vuelvo hacia los periodistas mientras Lyle se abre camino hasta mí. Y entonces digo muy despacio y vocalizando bien:

—Pues claro que es verdad. Me lo pidió en la playa. Y no, todavía no hemos fijado una fecha. —Le tiendo una mano y sigo hablando—. La verdad es que no me emocionan las apariciones públicas. Pero sé que voy a tener que acostumbrarme. Así que una foto, ¿de acuerdo? Y luego, si pueden dejarnos tranquilos un ratito, sería la leche.

Ya está subiendo los escalones cuando pronuncio la última palabra.

—¿La leche? —murmura, pero me limito a ensanchar mi tensa sonrisa.

A su espalda, Greg también sube los escalones y rodea a Lyle para acercarse a mí. Sé lo que va a decir, claro. O lo que va a preguntar, más bien. Y no puedo arriesgarme a que uno de los periodistas lo oiga o le lea los labios.

De modo que lo rodeo con los brazos, lo abrazo con fuerza y le susurro en voz bajísima:

—Entra. Te lo pido por favor, ni discutas ni preguntes nada. Espérame dentro.

Doy por supuesto que lo va a hacer, así que me vuelvo hacia Lyle y me enfrento a los periodistas.

Lyle me rodea con un brazo, pero me aparto. Eso sí, lo cojo de la mano; al fin y al cabo, yo soy la que está manteniendo a flote esta farsa ridícula.

—Muy bien, gente —dice Lyle—. Ya la habéis oído. Una sola foto antes de que entremos.

Como podéis imaginar, no es como queríamos anunciarlo. Por no mencionar que estáis destrozándole el jardín.

Hay un coro de disculpas y aceptaciones por parte de la multitud. Más disparos y flashes y luego empiezan a marcharse. Lyle acelera el proceso al meterse entre los periodistas y pastorearlos como si fueran ovejas.

Luego cierra la puerta de madera y se vuelve para mirarme.

Lo miro a la cara, me doy media vuelta y entro en mi casa, pero me topo con Greg, que me está esperando.

—¿Estás comprometida?

—¡No! —contesto sin pensar.

Pone los ojos como platos y luego menea la cabeza, la viva imagen del desconcierto.

—Y si es así, ¿qué narices pasa aquí?

Antes de que se me ocurra siquiera cómo contestar, Lyle entra en tromba, con expresión tensa, como si estuviera hirviendo de rabia.

—Lo siento —dice, y echa un vistazo a su alrededor, como si quisiera darle una patada a algo. Una suposición que se confirma cuando lanza un puñetazo al aire—. Dios, Sugar, lo siento muchísimo.

—¿De verdad? —le suelto—. ¿Y qué es lo que sientes exactamente? ¿Escabullirte esta mañana de aquí? ¿Traerme a una horda de periodistas? ¿Inventarte un compromiso falso? Porque ahora mismo se me escapa un poco tu disculpa.

—Todo eso —contesta—. Pero no he sido yo quien se ha inventado el compromiso. He venido para intentar avisarte y ver si podía controlar los daños.

Habla con voz calmada. Racional. Y no me gusta ni un pelo. Ahora mismo no estoy de humor para que me tranquilicen.

—En fin, muchas gracias por tu favorcito. Ahora ¿podrías dejarte de disculpas vacías y decirme qué coño está pasando?

—Eso mismo digo yo —suelta Greg sobresaltándose. Está a pocos pasos de mí, pero me había concentrado tanto en Lyle que me había olvidado de él por completo—. Vi tu foto en la exposición de arte esa de anoche y te iba a preguntar que cómo conoces a un famoso de verdad. Pero ¿un compromiso falso? Joder, Laine, ¿estás en un lío?

Fulmino a Lyle con la mirada.

—No de la clase que te imaginas.

—¿Y a qué clase te refieres?

—Oye —lo interrumpe Lyle—, esto es entre Sugar y yo.

—Greg ha venido invitado —le suelto—. Tú no.

—Eso mismo —dice Greg con expresión ufana—. Y prefiere que la llamen Laine.

El estómago se me encoge un poco. Porque, en circunstancias normales, Greg tiene razón, pero cuando Lyle dice «Sugar» parece más un apodo cariñoso. Y por muy furiosa que esté ahora mismo la verdad es que me gusta.

Mierda.

Cuadro los hombros y me recuerdo que todavía no lo he perdonado, ni por asomo, antes de volverme hacia Lyle.

—¿Y bien? —le pregunto—. Dime a qué viene todo esto.

Mira de reojo a Greg y se queda callado. Suspiro.

—Pase lo que pase, no pienso ocultárselo ni a Greg ni a Joy.

—Joder, Laine...

—¿No estás de acuerdo? Pues vete ahora mismo. Porque me parece que nos hemos alejado mucho, pero muchísimo, de cualquier acuerdo de confidencialidad. Y ¿sabes qué? Aunque no fuera así, puedes demandarme. —Pongo los brazos en jarras y lo miro fijamente.

Y el muy cabrón sonrío.

Vale, no sonrío, está conteniendo la sonrisa. Pero veo cómo le tiemblan los labios.

Cruzo los brazos por delante del pecho y lo fulmino con la mirada.

—Vale —dice—. Pero ¿podemos hablar en privado ahora? Y los dos deben ser capaces de guardar un secreto.

Greg da un paso al frente.

—¿Quién narices te...?

—Por favor —le digo cogiéndolo del brazo—. Tienes que mantenerlo en secreto. Es importante.

—¿Para él?

—Para mí —contesto—. Y de verdad que te voy a poner al día, pero luego. Ahora mismo necesito que me hagas un favor.

Ahora es él quien cruza los brazos por delante del pecho.

—¿Cuál?

Me vuelvo hacia Lyle y extiendo una mano.

—Dame tus llaves.

Él me mira desconcertado, porque la orden no viene a cuento.

Chasqueo los dedos.

—Ahora, si no te importa.

A su favor debo decir que me pone las llaves en las manos antes de preguntar:

—¿Por qué?

—Has aparcado en doble fila delante de mi coche y la grúa acabará llevándose el tuyo. Greg va a llevarlo a Totally Tattoo y a dejarlo en la parte de atrás con las llaves debajo de la alfombrilla.

—Cass es una de las pocas empresarias de la zona con aparcamiento en su propiedad—. Puedes decirle a Joy lo que ha pasado —le digo a Greg—. Y que Lyle recogerá pronto el coche y que yo la pondré al día después. Las dos conocen a Lyle, así que no creo que vaya a importarles.

Lyle acepta el plan nuevamente sin protestar, algo que le agradezco.

—No me gusta dejarte así —protesta Greg—. Ese follón de fuera lo ha orquestado él. —Señala con un dedo acusador a Lyle, que levanta las manos a la defensiva.

—Por favor —digo, exhausta de repente—. De verdad que necesito... Solo necesito hablar a solas con Lyle.

—Vale —accede Greg a regañadientes.

—Gracias —digo, y le doy un abrazo—. Te lo explicaré todo luego, ¿vale?

No parece hacerle mucha gracia, pero asiente con la cabeza, mira a Lyle con cara de pocos amigos y sale por la puerta.

En cuanto esta se cierra tras él, me lanzo a por Lyle.

—Hijo de puta. Te dejo entrar en mi casa, en mi hogar, ¿y te escabulles sin despedirte siquiera? Por si se te ha olvidado, lo de anoche no fue una transacción comercial. ¿Sabes cómo me hizo sentir eso?

—Quería dejarte dormir.

Ladeo la cabeza y lo miro con mi expresión más letal.

—¿Sabes qué? Que te den. Vete. Ya he posado para los periodistas y creo que hemos terminado. —Hago ademán de pasar junto a él hacia la cocina.

—Espera. —Intenta cogerme el brazo, pero esquivo su mano—. Por favor. Lo siento mucho. No era mi intención...

—¿El qué? ¿Largarte? Porque estoy segurísima de que sí lo era.

Suelta el aire, con cara de estar agotado. Luego pasa junto a mí y se sienta en el sofá.

—Ponte cómodo —mascullo cuando Skittles se sube de un salto a su regazo, se acurruca y empieza a ronronear.

Me siento frente a él, en la mesita de café, más que nada porque quiero verle los ojos mientras mantenemos esta conversación. Pero no empieza a hablar.

— ¿Y bien?

—En cuanto a lo del compromiso, te juro que no he sido...

—Para ahí, majo. Seguimos en la parte en la que me dejaste en la cama, muerta de la vergüenza. Su agotamiento parece transformarse en frustración, aunque no sé decir si es hacia mí o hacia sí mismo.

—Ya me he disculpado, Laine. ¿Crees que no sé que la he cagado? ¿Que no sé que te he hecho daño? Lo entiendo. Pero no estoy acostumbrado a esto.

—¿A qué no estás acostumbrado? ¿A despertarte junto a una mujer por cuyo cuerpo no has

pagado? Me pregunto por qué será... A lo mejor es porque eres un imbécil emocional que no tiene ni pajolera idea de cómo comportarse con una mujer a la que no ha contratado. —La rabia hace que me levante. Me doy la vuelta y le doy una patada a una cesta llena de cojines. Caen al suelo sin hacer ruido y la escena es tan anticlimática que me dejo caer al suelo y me pego un cojín al pecho—. Mierda. Lo siento. —Respiro hondo, avergonzada por todo el odio que acabo de echar por la boca—. Pero me has cabreado mucho.

—Ya me he dado cuenta. Y si te sirve de consuelo, tienes razón.

—Es bueno saberlo. ¿En qué?

—En prácticamente todo —contesta al tiempo que se acuclilla delante de mí—. Pero puedes empezar por lo de imbécil emocional.

Tengo que obligarme a no sonreír, pero es innegable que me siento mejor. Este es el chico que me gusta. El que me hizo sonreír anoche.

Me retuerzo los dedos, con la cabeza gacha, porque si lo miro a los ojos será él quien vea demasiado.

—Te fuiste —repito, ahora que parezco mucho más calmada—. Hubo algo entre nosotros..., al menos, creo que lo hubo. Pero te dejaste llevar por el pánico y saliste corriendo. Y ni siquiera te importó cómo me haría sentir eso.

—Oye —dice en voz baja cogiéndome de las manos, de modo que solo soy consciente de sus caricias—. Imbécil emocional, ¿recuerdas?

—¿Por qué te fuiste? —Aparto las manos. Sus caricias son demasiado calmantes y no estoy segura de que quiera que me calme.

—Tenía que estar en un circo mediático a las nueve. Pero tienes razón. Debería haberme despedido.

Me acaricia la mejilla y a continuación me coge la barbilla con una mano para que no me quede más remedio que mirarlo a la cara.

—No volverá a pasar, ¿de acuerdo? Lo siento de verdad.

Se inclina hacia delante y siento que el corazón se me encoge de emoción, noto un hormigueo en los labios por el recuerdo de sus besos. Lo deseo, joder. Anhele la cercanía que sentí anoche. Y me inclino hacia delante sin pensar. Solo reacciono.

Cuando siento esa primera caricia de sus labios, me doy cuenta de lo que está pasando, así que aparto la cara de repente.

—No —susurro—. Mejor no.

Por un segundo, creo que se ha cabreado. Pero luego asiente con la cabeza, un gesto seco, antes de ponerse de pie y volver al sofá.

Yo también me levanto, pero estoy demasiado nerviosa para sentarme.

—Eso solo era lo que había tras la puerta número uno, ¿recuerdas? Ahora toca hablar de la

invasión de periodistas en mi jardín.

—Ya... —Se pellizca el puente de la nariz, como si empezara a dolerle la cabeza—. En cuanto a eso...

—¿Por qué has anunciado que estábamos prometidos? Y encima sin decirme ni media palabra al respecto.

—Yo no he sido. Fue Rip.

Tardo un minuto en procesar la información.

—¿El tío con el que hiciste la serie esa?

Afirma con la cabeza.

—Al parecer, estuvo esparciendo rumores durante la inauguración de anoche. Y luego Frannie habló con unos cuantos periodistas y la cosa se salió de madre.

—¿Por qué? A ver, ¿por qué iba a hacer Rip algo así? Y, ya que estamos, ¿por qué iba a salirse de madre? ¿No podías haberle dicho a Frannie o a los periodistas o a quien sea que Rip se había equivocado?

—En cuanto a la primera pregunta, seguramente lo hizo para cabrearme. Sabe que no salgo con nadie y que no me gusta que pongan bajo el foco mis relaciones personales. Y está un poco celoso de que ahora yo esté rodando películas, ya que su último papel fue en una serie web. Y en cuanto a por qué no lo corregí —continúa—, la verdad es que ni se me ocurrió. Pensándolo bien —añade en voz baja—, a lo mejor se me pasó por la cabeza.

—¿El qué?

—Que si eras mi supuesta prometida podría verte de nuevo.

—Oh. —Tomo aire con la esperanza de que no se dé cuenta de lo mucho que me gusta oír eso.

—¿Lo harás? —me pregunta—. Si te echas atrás ahora, eso atraerá una atención que no quiero. Además, estar comprometidos es una forma segura de mantener a raya a Frannie durante el rodaje.

—¿El rodaje? Faltan semanas para la fecha prevista de inicio, ¿no?

—El compromiso no tiene que durar tanto. Dos semanas, muy mediático. Luego podemos cortar. Con suerte, Frannie ya habrá encontrado a otro. Y si no, puedo declarar que tengo el corazón destrozado y que albergo la esperanza de una reconciliación. Así me dejará tranquilo —dice con firmeza.

—¿Y ya está? ¿Eso es lo único que tengo que hacer? ¿Fingir que estamos comprometidos?

Asiente con la cabeza.

—¿Te apuntas? Estoy dispuesto a pagarte.

—Joder, ya lo creo que vas a pagarme —replico—. O es una transacción equitativa o no hay trato.

Se echa a reír.

—En fin, pon el precio.

Me lo pienso antes de decir que sí. Qué leches, ¿no? Bien puedo lanzarme de cabeza.

—Dieciséis mil novecientos setenta y cuatro dólares.

—Vaya —dice con el ceño fruncido—. Es una cantidad muy exacta.

—Es lo que me queda por pagar del préstamo, menos los diez mil que ya he pagado y los cinco mil que me pagaste por la cita. No voy a añadir el valor del billete de mil dólares, porque creo que es una pasada y no quiero venderlo. Y no voy a contar los dos mil que he ahorrado, porque me quedaría sin blanca. Ni tampoco voy a contar el dinero que podría obtener si exprimo al máximo el crédito de mis tarjetas, porque tendría más deudas. —Me encojo de hombros—. Así que ese es mi precio. O lo tomas o lo dejas.

—Trato hecho.

—¿En serio? —Sonrío. Me esperaba una batalla más dura.

—En serio —me asegura—. Eres mi prometida devota, en público y en privado.

Doy un paso hacia él.

—Me parece justo —digo—, siempre y cuando tengamos clara una cosa. Seré tu chica y actuaré delante de quien esté observando. En cuanto a la parte privada... Puedes dormir aquí o yo dormiré en tu casa. Y podemos hacer excursiones juntos y darle un buen espectáculo a la prensa. Y si quieres que lo haga, incluso te lavaré la ropa. —Estoy plantada delante de él y le pongo un dedo en los labios, que voy bajando y bajando muy despacio, hasta la cremallera de sus vaqueros—. Pero hasta ahí llega la parte privada. Esto —añado al tiempo que le cojo el paquete— no forma parte del trato. —Me aparto cuando siento que se le pone dura debajo de mi mano y esbozo una sonrisa dulce—. Esas son mis condiciones. O las tomas o las dejas.

Lyle se descubrió sonriendo mientras caminaba hacia Totally Tattoo. El tipo de sonrisa tonta que aparecía en la cara de un chico cuando la chica mona de la clase de turno accedía a salir con él. Una sonrisa feliz, llena de posibilidades y promesas de futuro. O, al menos, de la promesa de pasar una noche fantástica en un coche aparcado.

Una sonrisa que, en el caso de Lyle, era más bien irónica, porque Sugar le había dado calabazas básicamente en lo que al sexo se refería.

Pero no le importaba. O, para ser más exactos, pensaba que renunciar al sexo era un precio muy pequeño que pagar con tal de tenerla a su lado en el futuro próximo.

Y eso también era irónico, teniendo en cuenta que esa misma mañana había salido de su casa a la carrera con el rabo entre las piernas.

Pero eso fue cuando se encontraban en una situación de libertad relativa. Sin reglas, parámetros ni expectativas. A esas alturas, ambos tenían que interpretar un papel. Lo que significaba que había regresado a su zona de confort. Era un hombre enamorado. Un hombre que estaba planeando su boda. Un hombre feliz, porque por fin había revelado el secreto de que había encontrado a la mujer con la que quería casarse.

Y ese era un papel que podía interpretar. Joder, podía interpretarlo tan bien que deberían entregarle un Óscar aunque no fuera por una película.

Dobló la esquina riendo entre dientes y llegó al callejón trasero de Totally Tattoo. Mientras se acercaba al muro bajo de ladrillos que le impedía ver el aparcamiento, se metió la mano en el bolsillo para sacar las llaves, pero entonces recordó que no estaban allí.

Frunció el ceño, con la esperanza de que Greg hubiera recordado dejarlas debajo de la alfombrilla, como había dicho Sugar. Seguro que se había acordado. ¿Qué otra cosa iba a hacer con ellas? Sobre todo teniendo en cuenta que Greg en realidad no le había pedido prestado el Volvo para darse una vuelta y disfrutar del paisaje.

Pero no estaban allí.

Comprobó las cuatro alfombrillas y no encontró nada. Ni siquiera una moneda o un envoltorio de caramelo. El coche estaba como los chorros del oro, tal como a él le gustaba. Pero las llaves no estaban en ningún lado.

«Joder.»

Pensó en llamar a Greg, pero no tenía su número. Y recordó, al tiempo que fruncía el ceño, que

tampoco tenía el de Sugar. Había tenido la intención de pedírselo cuando estuvo en su casa, porque, de haber podido llamarla habría sido mucho más fácil advertirla de la posible avalancha de periodistas, pero después de sus negociaciones se le olvidó por completo.

Lo más seguro era que Greg le hubiera dejado las llaves a Cass, así que regresó a la puerta trasera y se sorprendió al ver que se abría y que salía Greg.

—Venía a buscarte —le dijo Lyle—. Bueno, a ti o a mis llaves. ¿Tienes...?

Sin embargo, no llegó a acabar la frase. Más que nada porque el puñetazo que Greg le asestó en el estómago lo dejó sin aire en los pulmones.

Trastabilló hacia atrás, pero reaccionó enseguida, gracias al eficiente entrenamiento de Riley, de manera que lo agarró por un brazo, se lo retorció hasta colocárselo a la espalda y se lo inmovilizó, a punto de rompérselo.

—¡Hostia, tío! —gritó Greg—. ¡Que eso duele!

—Para eso lo hago. Tu puñetazo tampoco es que me haya hecho cosquillas precisamente.

La puerta se abrió de nuevo y, en esta ocasión, salió Joy con los ojos como platos.

—¿Qué narices está pasando aquí? ¡Lyle! Pero ¿qué te pasa? ¡Suéltalo!

Lyle obedeció, y al soltarlo lo empujó, de manera que Greg se tambaleó y acabó cayéndose de culo.

Tras levantarse, miró a Lyle con el ceño fruncido mientras él le tendía una mano.

—Dame las dichasas llaves.

—Un momento —dijo Joy, que se colocó entre ambos con los brazos extendidos en cruz, como si fuera un árbitro en una pelea de boxeo—. ¿Qué ha pasado?

—Este gilipollas me ha dado un puñetazo en el estómago.

—Este capullo ha engañado a Laine. ¿Que están comprometidos? Y una mierda.

La ira invadió de nuevo a Lyle, pero, antes de que pudiera arremeter de nuevo contra Greg, Joy habló.

—No. No la ha engañado. Acabo de hablar con ella ahora mismo y él no tiene la culpa de nada, ¿vale? Ya te lo he dicho. Lyle es un buen tío.

Greg soltó un resoplido y ella levantó las cejas.

—Vale —dijo Greg—. Lo que tú digas.

Joy bajó las manos y se alejó, no sin antes señalarlos con un dedo primero a uno y luego al otro.

—Sed buenos. Los dos.

—Oye —protestó Lyle—. Que solo he venido a por las llaves de mi coche.

Greg tomó una honda bocanada de aire.

—Asunto resuelto —le dijo a Joy, y después miró a Lyle—: Pero como le hagas daño a Laine, vamos a tener un gran problema. Y te juro que convertiré tu vida en un infierno.

—Me parece bien —respondió Lyle—. No le haré daño. —Al menos esa promesa sí tenía la

intención de cumplirla.

Creyó que Greg tenía algo más que añadir, pero se limitó a arrojarle las llaves a las manos y después se dio media vuelta y regresó al interior del estudio de tatuajes.

Lyle soltó el aire, liberando la tensión que se había acumulado en su interior.

—Gracias, Joy —dijo y echó a andar hacia el coche.

—Espera un momento, vaquero.

Lyle se detuvo, sin saber si estaba exasperado o encantado por el hecho de que Sugar tuviera tan buenos amigos.

—Ya te ha contado lo que ha pasado —dijo—. No le tendí ninguna trampa con los periodistas.

—Lo sé. No pasa nada. Pero tenemos que hablar de lo demás.

Él frunció el ceño.

—¿Lo demás?

La vio cruzar los brazos por delante del pecho y ladear la cabeza.

—Lo sé todo, Lyle.

—¿El qué sabes, Joy? —Sentía la piel sudorosa y un nudo muy grande en la boca del estómago—. ¿Qué es lo que sabes exactamente?

—Soy prima de Marjorie. Y su asistente. Soy una de las pocas personas que tienen acceso a todo. Todo lo que sea legal —añadió levantando las manos en un gesto suplicante—. Leíste el acuerdo de confidencialidad. Sabes muy bien que su equipo tiene acceso.

—¿Qué quieres? —le preguntó con voz brusca y tensa.

—Nada. Más bien qué no quiero.

—¿A qué te refieres?

—Joder, Lyle, ¿a qué crees que me refiero? No sé qué se te pasa por la cabeza ni por qué contratas prostitutas, pero no me interesa saberlo. Supongo que tendrás tus motivos y me parece estupendo. No te juzgo en absoluto. No soy tan hipócrita. Pero no sales con mujeres —siguió—. No repites con la misma chica, por lo menos no lo hacías antes de conocer a Laine. Y todo eso va sumando hasta convertirse en una enorme bandera roja que avisa de que tienes «problemas».

— ¿Y?

—Y me importan una mierda tus problemas. Me caes bien, sí, y espero que los soluciones. Pero no es asunto mío que lo hagas o que no.

Lyle se quedó callado, tenso, aborreciendo la sensación de saberse descubierto, pero a la espera de lo que estaba por llegar, porque necesitaba saber qué quería Joy, ya que era evidente que estaba relacionado con Sugar.

—Hay una cosa en la que Greg y yo estamos totalmente de acuerdo —siguió ella—. Como le hagas daño, acabo contigo. Lo haré de forma lenta, dolorosa y lo más mediática posible. Y a la

mierda con el acuerdo de confidencialidad. En lo que a mí respecta, me va a importar lo mismo que la lista de la compra como le hagas daño a mi amiga.

—Lo dije antes y lo dije en serio. No voy a hacerle daño.

Ella le examinó el rostro y le sostuvo la mirada hasta el punto de incomodarlo. Al final, acabó asintiendo en silencio con la cabeza.

—Muy bien. Asunto arreglado. —Esbozó una sonrisa tan radiante como el sol de la tarde—. Que disfrutes del resto del domingo.

—Espera —le dijo mientras ella se daba media vuelta—. ¿Sabes dónde y cuándo trabaja mañana?

—No. ¿Por qué?

—¿Puedes averiguarlo?

Joy se cruzó de brazos.

—Seguramente. ¿Te importa explicarme por qué debería hacerlo?

Dio un paso hacia ella.

—Es que necesito un favorcillo...

Lyle se levantó el lunes antes de que amaneciera, lo que significaba que Natasha también.

—¿Puedo entregarte mi carta de renuncia? —le preguntó con voz soñolienta desde el otro lado de la línea telefónica—. Porque son las seis de la mañana y creo que esto puede considerarse como condiciones laborales injustas.

—Necesito que cambies por completo mi agenda para hoy y para mañana.

—Mmm..., vale. —Se oyó el frufú de las sábanas y Lyle supuso que se había incorporado para sentarse—. ¿Por qué?

—Me ha surgido algo.

—¿Algo llamado Sugar Laine?

—Nat...

—Oye, vale. Y no, no voy a preguntarte por qué de repente estás comprometido con una chica con la que ni siquiera yo, que soy tu asistente personal, sabía que estabas saliendo hasta que la presentaste en la inauguración de Wyatt.

—Te has enterado.

—Todo el mundo se ha enterado. Bueno, menos la gente que no usa internet, y estoy segurísima de que esa raza no vive en el sur de California.

—Tienes razón, sí. Tenemos planes. Así que necesito que me despejes la agenda.

Esperó a que Natasha añadiera algo más, a que le preguntara algo sobre su relación, sobre cuánto tiempo llevaban juntos, sobre por qué nunca le había pedido que le organizara alguna cita.

Sin embargo, lo único que dijo fue:

—De acuerdo.

Y por eso, pensó Lyle, era una buena asistente.

—También necesito que hagas algunas cosas más. Lo primero son unas reservas y después que revises el montón de papeles que hay en mi mesa, y que devuelvas unas cuantas llamadas. ¿Tienes tu carpeta a mano? —Natasha no iba a ninguna parte sin su carpeta roja y supuso que la tenía a mano, en la mesita de noche.

—Claro. Dime.

Repasó la lista de tareas con ella, que le prometió cumplir, y después colgó con la sensación de que todo iba por buen camino.

Con suerte, nada se torcería.

Puesto que su despacho estaba en el piso, se duchó, se vistió y salió mucho antes de que Nat llegara. Como era su asistente personal, tenía acceso a casi todos los detalles de su vida y, mientras conducía por el boulevard de Santa Mónica, alejándose del piso donde vivía en Century City, se preguntó hasta dónde habría averiguado.

¿Estaría al tanto de las chicas a las que les había pagado durante años? ¿Habría supuesto que le estaba pagando a Laine para que fingiera estar comprometida con él?

No era descabellado ni mucho menos. Nat era lista y observadora, dos de las razones por las que la había contratado. También era discreta y cualquier cosa que supiera o sospechara se quedaría guardada en una caja fuerte. De eso estaba segurísimo.

Tampoco era una persona crítica y estaba seguro de que le caía bien, pese a los defectos que hubiera podido ver en él.

Por tanto, no debería importarle lo que Nat hubiera averiguado sobre su vida íntima.

Pero le importaba.

La posibilidad de que supiera que había pagado a Laine para que pasara la noche con él en el hotel, para que asistiera a la inauguración como su pareja, y ahora para que fuera su prometida... En fin, lo estaba carcomiendo.

No por lo que pudiera pensar de él, sino porque no quería que pensara mal de Laine. Ya la había colocado bajo todos los focos y, aunque en esos momentos la opinión del público era positiva, sabía muy bien que eso podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Y Laine no debería verse obligada a soportarlo.

Cuando llegó a Venice Beach, hizo un alto para comprar dos cafés con leche para llevar. Con suerte, a Laine le gustaría, porque, aunque estaban a punto de casarse, no tenía ni idea de esos detallitos cotidianos. Necesitaba descubrirlos todos, al fin y al cabo, lo suyo era la actuación de método, y debía admitir que estaba deseando meterse de lleno en el papel.

Esa vez tuvo que aparcar a casi una manzana de distancia e ir andando hasta la casa de Laine

con el café en la mano, mientras se bebía el suyo. Llamó al timbre de la puerta de madera y se sorprendió al comprobar que no le respondía, aunque ni siquiera eran las ocho.

A lo mejor estaba dormida. O en la ducha.

«O a lo mejor anoche te tomó el pelo, se ha pensado mejor lo de llevar la relación a un terreno más personal y ahora está escondida ahí dentro, esperando a que te largues.»

Por triste que pareciera, esa teoría no era tan disparatada. Salvo por el hecho de que Laine adoraba su casa y, aunque él no supiera mucho sobre ella, si algo tenía claro era que sería capaz de hacer cualquier cosa para salvarla.

Estaba sopesando la idea de trepar por el muro y esperarla en el porche delantero cuando oyó el ladrido de un perro grande procedente del extremo de la acera más cercano a la playa, seguido por la ya conocida risa de Laine, que le dijo en voz baja al perro que fuera más despacio.

—Venga, Lancelot. Ya es hora de irnos a casa para que pueda ducharme y... ¡Oh! Lyle. Hola.

Se detuvo delante de él, pero el perro seguía tirando de la correa, de manera que Laine tuvo que forcejear para que no la arrastrara, y Lyle vio cómo se le tensaban los músculos del brazo al tratar de evitar que el perro saliera corriendo.

—¿Lancelot? ¿Es tu caballero de peluda armadura?

—Menos mal que te dan el guion escrito. No durarías mucho haciendo monólogos. —Clavó los ojos en el café—. ¿Uno de esos es para mí?

—Espero que te guste con leche.

—Eso te convierte en mi valiente caballero. Esta mañana voy baja de cafeína. —Bebió un buen trago y suspiró de placer—. Quizá parezca una desagradecida, pero ¿qué haces aquí?

—Tenemos trabajo.

—Ah. —Frunció el ceño y pareció un poco desilusionada—. Sí. Vale. Pero antes necesito llevarlo a su casa y después tengo que ducharme y llegar a tiempo al Maudie's para empezar mi turno. Así que, si te refieres a algo relacionado con el compromiso, ¿podemos dejarlo para la tarde?

—Te acompañaré.

—Vale. Como quieras.

La siguió hasta el apartamento del garaje, situado en la parte posterior de la casa de dos plantas contigua a la suya. El perro subió las escaleras al trote y ladró al llegar a la puerta, que abrió un tío moreno vestido tan solo con unos pantalones deportivos grises, sin camiseta, y con el pelo todavía húmedo de haberse duchado.

—Hola, Sugar. Hola, Lancie. —Se agachó para acariciar al perro—. Nos vemos el miércoles, ¿no?

—Me llamo Laine, Jacob —lo corrigió ella, y Lyle se percató del tono exasperado de su voz—. ¿Y mañana qué? ¿No necesitas que lo saque a pasear?

—¿Estás de coña? Me encantaría que lo sacaras mañana. —Laine lo miró confundida, hasta que Jacob se explicó por fin—: Esto... Es que ha llamado Joy. Dijo que mañana no estarías libre.

—¿Joy te ha dicho eso?

—¿Se ha confundido?

—No, no, no pasa nada. —Frunció el ceño y Lyle supo que estaba intentando recordar si se le había olvidado algún plan que hubiera hecho con su amiga—. En todo caso, nos vemos el miércoles.

—Estupendo. —Jacob cerró la puerta y ella titubeó un instante en la escalera.

—Vámonos a casa —dijo—. Tengo que llamar a Joy.

—No hace falta —replicó él mientras bajaban—. Lo ha llamado porque yo se lo pedido.

—¿Tú se lo has pedido?

—Ya te lo he dicho. Hoy tenemos trabajo que hacer.

—¿Y has decidido llamar a mi amiga para que cancele mis compromisos? ¿Todos?

—Solo los de hoy y los de mañana.

A esas alturas ya habían llegado a la puerta de madera, donde Laine se detuvo, al parecer bastante molesta.

—Sabes bien que no solo necesito el dinero para pagar el préstamo. También hay otras cosillas sin importancia, como la comida, las facturas, el transporte y los impuestos. Y, de vez en cuando, me gusta ir al cine o comprarme un libro.

—Le diré a mi asistente que te envíe un informe de gastos —replicó él con sequedad—. Te reembolsaré la cantidad que no percibas por culpa de cualquier actividad relacionada con la interpretación de tu papel de prometida. ¿De acuerdo?

—Insistente y dominante, aparte de muy irritante que no lo hayas consultado antes conmigo, pero así a bote pronto me parece bien.

Lyle se percató de que Laine estaba conteniendo la sonrisa. Un hecho que consideró como una buena señal.

—Bueno, a ver, ¿cuál es el trabajo que tenemos que hacer?

—En primer lugar, tenemos que ir a Tiffany's.

—¿Por qué?

—Pues porque necesitas un anillo.

—Ah. Vale. —Se miró la mano—. No había caído.

—Y después tenemos que ir al banco y ocuparnos del préstamo.

Lo miró con los ojos como platos.

—¿En serio?

—Ese era el trato, ¿no?

La vio tragar saliva.

—Bueno, sí. Pero pensé que... Supuse que primero tenía que interpretar el papel.

Lyle no pudo evitar sonreír.

—¿Estás pensando en dejarme colgado?

—Claro que no.

—Pues entonces vámonos. No me gusta que sigas amenazada por el pago del préstamo.

Ella parpadeó y se percató de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias —le dijo con voz trémula y ronca, y justo en ese momento esbozó una sonrisa deslumbrante.

La certeza de que él era el responsable de dicha sonrisa le provocó un ramalazo de placer que lo recorrió como si fuera una descarga eléctrica.

No pudo evitar preguntarse una cosa: si en el futuro le pedía matrimonio a alguna mujer, ¿parecería tan contenta como lo estaba Sugar en ese momento?

Ni siquiera sentada en el banco soy capaz de dejar de mirar el anillo. Sé que es una tontería, porque solo es de atrezo, pero aun así...

Levanto la mano y dejo que brille bajo las luces fluorescentes del banco mientras espero a que la mujer vuelva con mi expediente.

—Brilla —digo mirando con una sonrisa a Lyle, que está de pie contra la pared, concentrado en el móvil.

Valoro mucho que no haya salido corriendo entre chillidos del despacho, porque seguramente sea la decimoquinta vez que lo he dicho desde que salimos de Tiffany's y llegamos al banco.

—Lo siento —me disculpo—. Pero es precioso y se ve distinto según donde estemos. A la luz del sol, a la luz de unas bombillas incandescentes o a la luz de unas lámparas fluorescentes.

Es un solitario de talla brillante en platino con diminutos diamantes incrustados en la alianza y alrededor del diamante central, y creo que es lo más bonito del mundo.

—Es una maravilla de la naturaleza —dice, y hago un mohín con la nariz al oírlo.

—Déjame hacerme la cursi —replico—. Además, si alguien está mirándonos, me verá emocionada, como cabría esperar. —Extiendo la mano y muevo los dedos para que parezca que el anillo lanza destellos—. Es que un anillo de compromiso significa algo —digo mientras Lyle se sienta a mi lado—. O debería. —Me obligo a no mirarme la mano un momento—. Cuando tenía nueve años, casi perdimos la casa.

—¿En serio? ¿Qué pasó?

—Los impuestos. Mi madre creía que mi padre los había pagado, pero estaba claro que no. Fue el año que nos abandonó. Así que, cuando llegó la carta de la deuda, no tenía nada en el banco.

—Vendió su anillo de compromiso —conjetura él.

—Bingo. Pero ¿no te ves venir el giro argumental?

Lyle frunce el ceño y menea la cabeza.

—Era una imitación. Un diamante falso. No valía ni doscientos dólares. Yo no tenía que saberlo; mi madre intentaba ser buena progenitora y no contarme la verdad sobre el gilipollas de mi padre, pero la oí hablar con una amiga una noche. —Frunzo el ceño al recordar—. Incluso entonces intentó defenderlo. Dijo que lo importante era el valor sentimental, no el monetario. Pero en lo que a mí se refería, el valor sentimental era que él no la valoró lo suficiente para comprarle un anillo de verdad. No hacía falta que fuese caro, pero debería haber sido algo más que un anillo

de bisutería. —Una vez más, extendiendo la mano izquierda para que lo vea—. Pero esto... En fin, esto rezuma sentimientos. Y también es un símbolo. El símbolo de mi victoria sobre este préstamo —digo al tiempo que doy unos golpecitos en el escritorio donde estaba hasta hace unos minutos el cheque de Lyle por la cantidad restante de la deuda—. Así que gracias —añado, y me encojo de hombros, un poco avergonzada por haberme explayado tanto.

A Lyle no parece importarle. De hecho, me coge la mano y acaricia el anillo con un dedo antes de mirarme.

—¿Qué hizo?

—¿Cómo?

—¿Con los impuestos?

—Ah. —Frunzo el ceño—. No lo sé. Supongo que le pidió ayuda a alguien. A lo mejor a un amigo.

—Como tú —dice él, dándome un ligero apretón en los dedos.

El corazón me da un vuelco en el pecho.

—Sí —convengo—. Como yo.

La mujer rodea la pantalla y veo la chapa con su nombre: «Joan».

Hago ademán de soltarme de su mano, pero Lyle entrelaza nuestros dedos y me guiña un ojo. «Comprometidos», murmura, y pongo los ojos en blanco. Pero también le doy un apretón en los dedos. Para que lo vea Joan, claro.

—Muy bien —dice Joan—. Está todo listo.

La miro y luego miro a Lyle antes de regresar a Joan.

— ¿Ya está?

—Ya está —me confirma, y me da el recibo que demuestra el pago total—. Recibirá el resto de la documentación por correo postal, pero por su parte ya está.

—Así que nada de embargo. Se acabaron las letras. Todo... en orden.

—Deberían ir a celebrarlo. —Señala el anillo con la cabeza—. Seguramente no debería decir nada, pero vi las fotos ayer. Hacen una pareja preciosa.

—Gracias —digo al tiempo que me pongo de pie.

—Creo que Joan tiene razón —señala Lyle. También se ha levantado, y me rodea la cintura con un brazo. Me pego a él, encantada de la vida, porque es lo que hacen las parejas recién comprometidas.

—Celebrarlo —repito—. ¿Sabes? Creo que es una idea estupenda.

Joan nos felicita de nuevo y salimos al brillante sol californiano.

En cuanto la puerta se cierra a nuestra espalda, extendiendo los brazos y empiezo a dar vueltas riéndome como una niña. Luego doy vueltas hasta llegar a Lyle, que me atrapa en mitad de un giro y me sujeta por la cintura.

—Hola —lo saludo al tiempo que me pego a él, con los brazos alrededor de su cuello. Me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla—. Y gracias.

—Sabes que vamos a casarnos... —dice—. Podría haber gente mirándonos.

—Buena observación. Ya veo por qué eres tan buen actor.

—Me gusta meterme en el papel —asegura, y de repente soy muy consciente de cómo me sujeta, del olor de su colonia.

Su cercanía hace que el deseo vibre en mi interior y, antes de poder cambiar de idea, me apodero de sus labios y luego casi me desmayo por la intensidad con la que me devuelve el beso. Lo hace de forma tan plena y absoluta que no estoy segura de que me hayan besado de verdad antes. Como si los demás besos hubieran sido una práctica para este. Para este hombre.

La cabeza me da vueltas cuando deja de besarme y Lyle tiene que sujetarme del brazo para que no me caiga al suelo.

—En fin —digo sin aliento—, eres un actor de primera. Creo que ese beso ha convencido a cualquiera que estuviera mirando.

—Lo mismo te digo —replica sin dejar de mirarme a los ojos—. Creía que de verdad lo estabas disfrutando.

Consigo esbozar una sonrisilla antes de apartar la vista. Soy consciente de todas y cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo y me muero por retomar el beso. Bueno, por retomar el beso y continuar con todas las cosas a las que pueda llevar.

«Ya vale», me ordeno.

Tengo que pensar en algo no sexual. Algo como el asfalto. Y los coches. Y... Miro a mi alrededor... Y los bancos.

Lo que me recuerda el préstamo.

Que a su vez me recuerda a Lyle.

Y que a su vez me devuelve a la casilla de salida.

Lo cojo de la mano.

—Deberíamos movernos. Parecemos tontos aquí parados.

Lyle mira la hora.

—Tienes razón, se está haciendo tarde.

Saco el móvil para hacer lo mismo. Entre las dos horas que tardamos escogiendo anillos en Tiffany's, el trayecto de vuelta a Venice Beach y la hora que hemos pasado en el banco hablando con Joan, son casi las dos. Con razón tengo hambre.

—¿Comemos algo?

—La verdad, deberíamos comer por el camino si queremos llegar a tiempo al parque.

—¿Qué parque?

—Sugar Laine, acabas de pagar el préstamo —me recuerda con una voz estridente de locutor—.

¿Qué vas a hacer ahora?

Lo miro fijamente, con los ojos como platos.

—¿Ir a Disneylandia? —añade, convirtiendo esa frase del conocido anuncio en una pregunta.

—Lyle, no sé... —Pero soy incapaz de continuar. Tengo un nudo tremendo en la garganta debido a las lágrimas.

—Ay, mierda —dice—. Lo siento mucho. Creí que te gustaría ir. Dijiste que no habías ido desde antes del accidente y sé lo mucho que significa la casa para ti, y creí que después de pagar el préstamo... ¡Joder! Le pregunté a Joy si te gustaría, pero no debería habértelo soltado así sin más.

—No. —Lo abrazo y me pongo a llorar contra su pecho—. Son lágrimas de alegría. —Sollozo un poco y le mojo la camiseta con las lágrimas.

Me abraza y deja que descargue todas mis emociones sobre él, y cuando por fin dejo de llorar y de respirar con dolorosos jadeos, retrocedo un paso y consigo esbozar una trémula sonrisa.

—Gracias —digo con todo mi corazón—. Creo que es lo más bonito que han hecho por mí.

—Debería haberte preguntado. Me encanta que te guste, aunque he sido un imprudente. Solo pensaba que quería hacer algo bonito por ti. Pero podrían haber sido lágrimas de tristeza.

—Pero no lo han sido —le aseguro—. Puede que tuvieran un poquito de melancolía, pero en plan bien. Gracias —repito—. De verdad.

Tomo otra bocanada de aire y vuelvo a mirar la hora.

—Sí —digo—. Comeremos por el camino. —Me miro los vaqueros, la camiseta y las zapatillas deportivas—. Yo estoy lista si tú también lo estás.

—Pues en marcha.

Sin embargo, las cosas se complican, claro. Tiene el coche en un aparcamiento a cuatro manzanas del banco y luego tenemos que hacer cola para comprar el almuerzo en un In-N-Out. Después nos topamos con un atasco en la autopista y luego, cómo no, hay obras en la 91. Así que, cuando por fin aparcamos, sacamos las entradas y pisamos Main Street, son casi las cinco de la tarde.

Aunque no me importa, la verdad. Todavía nos quedan un montón de horas y pienso exprimir las al máximo.

Debo decir a favor de Lyle que no se acobarda con mi locura, que empieza en el cine de Main Street, donde vemos *Willie y el barco de vapor* y todos los dibujos animados clásicos. Luego echamos a andar por el parque, viendo a todos mis personajes preferidos de la infancia, sobre todo de *Piratas del Caribe*.

Disparamos contra extraterrestres con Buzz Lightyear, nos sumergimos en el submarino y rodeamos el Matterhorn. Y como nunca se es demasiado mayor, también nos montamos en el carrusel.

Vamos cogidos de la mano en todas las atracciones, algo que no debería gustarme tanto, dado que nuestra relación es una farsa. También me coge de la mano mientras paseamos, que tiene sentido, por si nos ven. Pero él lleva una gorra de béisbol y gafas de sol; que yo sepa, nadie lo reconocería.

Lo mejor es que aguanta todos mis rodeos, mis gritos de alegría cuando veo a un personaje andando por la calle y mis frecuentes excursiones a los escaparates, además de que en una de ellas me compra una camiseta vintage de Mickey.

Estoy en el paraíso, pero, a las nueve menos cuarto, cuando empieza el desfile Electric Light Parade, también estoy agotada.

—Podemos quedarnos más tiempo —me dice Lyle mientras estamos en un lugar privilegiado de Main Street—. Pero si tienes hambre tengo una reserva en uno de los restaurantes del Hotel Disneylandia.

Salvo por los aperitivos en el puesto de frutas de Adventureland, no hemos comido desde el almuerzo. Antes no tenía hambre, pero ahora me ruge el estómago. Bien fuerte.

Los dos nos echamos a reír.

—A lo mejor cenar es buena idea —digo al tiempo que le cojo la mano—. Muchísimas gracias. De verdad. Es uno de los mejores días de mi vida.

—De la mía también —me asegura.

El restaurante es el Steakhouse 55, y mientras estamos sentados con el vino y el pan, recuerdo que quería disculparme por el puñetazo de Greg, pero que el increíble diamante que ahora reluce bajo la luz tenue me distrajo.

—Es muy sobreprotector —le digo después de disculparme, aunque sea bastante tarde.

Lyle asiente pensativo.

—¿Hay algo entre vosotros?

—¿Qué? No. Bueno —me corrijo—, estamos intentando poner en marcha un negocio. Pero no hay nada sexual entre nosotros, si te refieres a eso.

—¿Quieres que lo haya? —Hace la pregunta como si nada, pero detecto un algo, un deje apasionado en su voz. Y no puedo negar que me gusta.

—No —contesto con firmeza.

—Bien —dice, y ese algo apasionado se apodera de mí, excitándome y provocándome un cosquilleo.

—¿Por qué bien? —le pregunto con la vista clavada en el vino, no en él—. ¿Es conveniente para ti por eso de que me estás mostrando al mundo como tu futura mujer?

Extiende un brazo y me coge la mano. Cuando lo miro a la cara, una emoción que no reconozco ensombrece esos ojos azules.

—A lo mejor soy de los celosos.

—Oh. —Trago saliva y me libero de su mano para secarme las palmas en la servilleta que tengo en el regazo.

—Lyle, esto es... —Quiero decir que está empezando a parecer real, pero soy incapaz de pronunciar las palabras por miedo a ponerme en ridículo si me dice que para él solo es otra actuación. Por lo que acabo con un patético—: Es una sorpresa estupenda. Gracias.

—De nada —dice él cuando el camarero aparece con mi filete.

Nos pasamos la cena hablando de temas seguros. De la comida, que está deliciosa. Del vino, que nos bebemos hasta apurar la botella. De los pros y los contras de Disneylandia en comparación con Disney World, un tema para el que no estoy preparada, dado que nunca he estado en Florida.

—En mi opinión, Disneylandia es el parque preferido en cuanto a lo sentimental —dice.

—Tomo nota. ¿Por qué?

—Porque es el original. Y... —levanta la copa de vino, llena gracias a una segunda botella— porque estoy aquí contigo.

—Oh. —Retuerzo la servilleta que tengo en el regazo, complacida hasta un punto ridículo.

—Me lo he pasado muy bien hoy. —Habla en voz baja y sincera, y aunque sé que la respuesta apropiada es «Yo también», mi boca tiene otros planes. Y van a caer como un jarro de agua fría sobre estas emociones electrizantes, pero, aun así, soy incapaz de morderme la lengua.

—¿Por qué no lo haces más a menudo? —le pregunto.

—Bueno, acabamos de conocernos...

—Hablo en serio —lo reprendo—. Y a lo mejor no es asunto mío, pero por lo que he visto eres un tío estupendo. Así que ¿por qué no sales con nadie? ¿Por qué haces...? En fin, ¿por qué haces lo que haces? Me refiero a lo del hotel, las chicas, el dinero...

—Sé a lo que te refieres. Y ya te lo he dicho. Cuesta salir con alguien en Los Ángeles, sobre todo si eres famoso. Nunca sabes con seguridad por qué le interesas a una mujer.

—Eso me dijiste, sí, pero no me lo termino de tragar.

—Pues es la verdad. O la tomas o la dejas.

El tono sensual ha desaparecido y quiero pegarme cabezazos contra la pared. Porque, tal como he dicho, no es asunto mío. Y, sin embargo, he tenido que azuzar a la bestia, y casi seguro que he arruinado una noche maravillosa. Y todo porque me atrae el hombre que me está pagando para estar con él. No es la mejor receta para ser feliz en el futuro.

—Olvidalo —digo—. No debería beber vino. Me hace ser una cotilla y una imbécil.

Lyle no me mira. Se limita a coger el salero y a observarlo fijamente mientras le da vueltas entre los dedos.

—Sé que debo de parecerte un gilipollas, pero tengo mis motivos.

—No me pareces un gilipollas.

—¿No? —Levanta la vista del salero—. ¿Y qué te parezco?

Medito un momento al respecto, porque no sé si mentir o si esquivar la pregunta. Pero se merece la verdad.

—Me parece que te sientes solo —contesto—. Y me parece que estás agotado.

Frunce el ceño.

—¿Agotado?

Ahora me toca a mí jugar con algo de la mesa. Cojo un sobrecito de edulcorante y le doy vueltas en la mano.

—Es que me parece que es muy duro fingir ser alguien que no eres. —Me encojo de hombros, como si las palabras no fueran importantes—. Ya es bastante duro hacerlo en tu trabajo. Pero también lo haces en tu vida.

No replica, pero lo estoy mirando a la cara. Veo las sombras en sus ojos. Y veo cómo se le mueve la nuez al tragar.

—A lo mejor me equivoco —continúo—, pero me parece que me caería bien el Lyle Tarpin que estás ocultando. Solo lo digo —añado con una sonrisa temblorosa— por si alguna vez me lo quieres presentar.

Las palabras de Laine parecieron quedar suspendidas sobre la mesa dentro de un globo y Lyle deseó tener un alfiler a mano con el que poder explotarlo, de manera que todo lo que había dicho acabara reducido a polvo.

La vio dar un respingo al otro lado de la mesa.

—Debería haberme quedado calladita. Ya te he dicho que el vino, las palabras y yo hacemos muy mal trío.

—No pasa nada —mintió—. En serio.

—Bien. —Empezó a jugar de forma distraída con el anillo de compromiso—. Me alegro.

De repente, se sumieron en un silencio incómodo, hasta que ella se levantó de la mesa.

—No tardo. Voy al servicio —añadió, tras lo cual atravesó el restaurante prácticamente a la carrera.

Lyle no supo si se marchaba para huir de lo que acababa de decir, si lo hacía para darle un poco de espacio o si de verdad necesitaba ir al baño.

Pero le daba igual.

En ese instante, agradecía la oportunidad de estar un momento a solas.

Porque Laine tenía razón. Lo que había dicho era cierto. Punto final.

El regalito decepcionante del fondo de la caja de los cereales.

Él llevaba años interpretando un papel y Laine había sido la primera persona en echárselo en cara.

Lo que era una sorpresa maravillosa y, al mismo tiempo, resultaba de lo más desconcertante.

Suspiró mientras se pasaba los dedos por el pelo y después sacó el teléfono móvil.

Lo sostuvo un instante con el dedo sobre la lista de contactos. Acto seguido, respiró hondo y pulsó el nombre de Marjorie.

Qué fácil sería, pensó. Qué fácil sería hacer una llamada y encontrar una mujer que no viera la carga que llevaba sobre los hombros. Una mujer que aceptara dinero a cambio de sexo y nada más. Un trato limpio. Sencillo. Sin complicaciones.

Qué fácil sería volver a la rutina anterior a Sugar. Una época que parecía haber tenido lugar unos cuantos años antes, no hacía tan solo días.

Qué fácil sería, pensó de nuevo mientras pulsaba otra vez sobre el nombre.

No para llamar, sino para borrar el contacto.

Un gesto quizá simbólico, pero importante.

Porque, desde que conoció a Laine, se había producido un cambio en su interior. Y sin importar lo que sucediera con ella, sabía que nunca podría volver a pagarle a una mujer a cambio de sexo.

—Tengo un plan —dijo Laine cuando regresó.

—¿Para dominar el mundo?

—No exactamente. —Se sentó en la silla y lo miró con seriedad—. El día estaba siendo perfecto hasta que abrí la boca y metí la pata. Así que propongo que regresemos a Disneylandia y finjamos que esta cena no ha tenido lugar.

Lyle se apoyó en el respaldo de la silla y cruzó los brazos por delante del pecho.

—Sigue.

—Ya está. Ese es el plan. Consiste en retroceder en el tiempo para no sentirme como una imbécil. Pero si prefieres quedarte y comerte el postre en vez de echarme un cable para solucionar las cosas, tú mismo, sé malo.

—No me va lo de ser malo —replicó él con expresión dulce—. ¿No lees las críticas? Soy ese actor tan agradable de Iowa.

—Bueno, pues supongo que volvemos al parque de atracciones.

Cuando por fin estuvieron de nuevo en Main Street eran las once y cuarto, así que solo tenían tres cuartos de hora para visitar Magic Kingdom, aunque Lyle suponía que sería suficiente. Laine tenía razón. El simple hecho de volver al parque de atracciones parecía ofrecerles una segunda oportunidad.

—Así pensaba que debía de ser —dijo Lyle, y se sorprendió a sí mismo con la confesión.

Ella volvió la cabeza y lo miró con el ceño levemente fruncido.

—¿A qué te refieres?

—No crecí en el mejor de los hogares. Tuve una infancia... dura. —Recordó las habitaciones reducidas, los hombres de miradas lascivas, las mujeres de expresión desesperada—. Cuando era pequeño, me solía esconder en el sótano. Me escabullía después de hacer las tareas, me sentaba en el suelo de tierra, cerraba los ojos y fantaseaba con un lugar perfecto. Un lugar donde la gente era amable, todo el mundo era feliz y las calles estaban limpias. Donde no había agujas ni condones en los cubos de basura y donde un niño no tenía que planear cuándo hablar con su madre para no encontrarla drogada o borracha si no calculaba bien el tiempo.

Caminaban muy pegados, de manera que Laine lo cogió de la mano.

—Lo siento mucho.

Él le dio un apretón y notó el consuelo que le proporcionaba el contacto con su piel.

—Me escapé —confesó antes de poder cambiar de opinión—. Tenía dieciséis años. Conseguí un carnet falso y me escapé.

—Ay, Lyle...

—Solo hay otra persona en el mundo que lo sabe —siguió—. Así que tenías razón cuando dijiste que me ocultó. La verdad no encaja con mi imagen de granjero de Iowa.

—Gracias por confiar en mí.

—No creo que se deban dar las gracias por la confianza. Es algo que sucede porque sí.

La sonrisa que esbozó Laine le llegó al alma.

—En ese caso, me gusta todavía más —aseguró ella mientras caminaban hacia el castillo de la Bella Durmiente, que resplandecía en la oscuridad.

Cuando lo alcanzaron, el parque de atracciones ya estaba cerrando sus puertas y los empleados empezaban a conducir a los visitantes hacia las salidas.

—Me lo he pasado muy bien —dijo Laine—. Muchas gracias. Por todo. Por la casa. Por el anillo. Por esto —añadió al tiempo que extendía los brazos para abarcar todo el parque de atracciones.

—De nada —contestó él, sin mencionar que la casa era el pago y el anillo, un atrezo. No quería pensar en la farsa que estaban interpretando de cara a la galería. Esa noche le parecía demasiado real como para estropearla con la cruda realidad.

—Ha sido mágico.

Lo detuvo junto a la rotonda cuajada de flores ubicada en la plaza del pueblo. Allí lo besó, con mucha dulzura y suavidad, y él la abrazó y la estrechó contra su cuerpo mientras la saboreaba. Mientras disfrutaba de su contacto e imaginaba mucho más, aunque trató de apartar esas fantasías, porque sabía que eso no era lo que ella quería.

Laine había dejado más que claro que el sexo no entraba en sus planes y no podía culparla. Merecía encontrar una relación real con un hombre que no estuviera traumatizado.

La apartó con suavidad y se le encogió el corazón al verla sonreír. Como si esa hubiera sido una cita real y fueran una pareja de verdad. Pero no lo eran. ¿Cómo podían serlo si ella todavía no sabía la verdad?

Cuando la descubriera, si llegaba a hacerlo, no lo querría de ninguna de las maneras.

—Oye —le dijo Laine—, ¿estás bien?

—Un poco melancólico. Me gusta esta fantasía. —Señaló el parque, aunque se refería a otra cosa muy distinta.

—A mí también.

—¿No te arrepientes? ¿De haber venido conmigo?

—Solo me arrepiento de una cosa.

Él frunció el ceño. Teniendo en cuenta que lo había besado, acababa de sorprenderlo con su respuesta.

—Hemos llegado tan tarde que no hemos tenido tiempo de hacerlo todo. Ni de repetir nada.

Lyle se echó a reír mientras lo inundaba el alivio.

—Podemos solucionar ese arrepentimiento. De hecho, esperaba que lo mencionaras. ¿Qué te parece el Hotel Disneylandia?

Lo miró con los ojos entrecerrados, completamente desconcertada.

—¿De qué hablas?

—Le dije a Nat que nos reservara una suite. Por si querías quedarte.

Vio cómo la felicidad invadía su cara, iluminándola como el sol del atardecer.

—¿Estás de broma? Eso sería asombr... Oh, pero no puedo. Mañana tengo que trabajar. En realidad, tengo el día completo y...

—No lo tienes.

Lo miró con el ceño fruncido.

—¿Recuerdas mi discursito sobre comer y pagar impuestos? Es triste, pero el dinero es una necesidad.

—Me refiero a que no tienes que trabajar mañana. Joy también te despejó el martes, ¿recuerdas? Y si no me equivoco, Nat ya debe de haberte enviado el informe de gastos.

—¿Lo decías en serio?

—¿Lo del reembolso? Por supuesto.

Laine asintió despacio con la cabeza y se lamió los labios.

—¿Eso significa que Natasha lo sabe? Lo mío, me refiero.

—¿Que nuestro compromiso es una farsa? —matizó él, sorprendido al ver lo irritantes que eran esas palabras—. Sí, lo sabe. —No se lo había dicho de manera oficial, pero estaba en el gimnasio cuando discutió el tema de la novia falsa con Evelyn, y Nat era más que capaz de sumar dos y dos.

—Oh.

—De hecho, deberíamos inventarnos algunos detalles para que los comparta. No habla de mi vida privada con la prensa, pero en este caso deberíamos dejar que filtre algunos detallitos. Para reforzar la historia que hemos inventado.

—¿Y el resto?

Tardó un segundo en comprender a qué se refería, pero, cuando lo hizo, se apresuró a tranquilizarla.

—¿Sobre lo de haberte conocido a través de Marjorie? No. Por supuesto que no lo sabe.

—Así que no sabe lo tuyo con...

Negó con la cabeza.

—No. O, al menos, si lo ha descubierto, no me ha dicho nada. —Meditó sobre el tema en serio por primera vez. La verdad era que Nat podía saber que en el pasado había contratado los servicios de prostitutas. Dependía de ella para que organizara su vida, sobre todo cuando estaba rodando y no tenía tiempo para nada. Era una mujer lista y observadora y...—. Joder, la verdad es que nunca se lo he dicho. Y nunca se me ha ocurrido la posibilidad de que lo descubriera por sí

sola. Siempre tengo cuidado, pero no se le escapa una. A lo mejor está al tanto de lo de las mujeres, así que es posible que...

—... que también sepa lo mío. Ya. Lo suponía.

—¿Tan malo es? —Sabía que la respuesta sería un sí. Joder, el simple hecho de que Nat descubriera el tipo de vida que había llevado durante todos esos años bastaba para que se le retorciera las tripas.

Laine guardó silencio un instante y después negó con la cabeza.

—No —dijo sorprendiéndolo—. Tenía mis motivos y eran válidos. Pero preferiría que lo supiera por mí y no por algún rumor.

—Si quieres, puedes decírselo —le sugirió.

—¿Que me has contratado para que finja ser tu prometida?

—Sí —contestó él—. Y también cómo nos conocimos.

—En ese caso, se enteraría de lo tuyo sí o sí.

Lyle asintió al comprender que no le importaba. Un secreto entre personas en las que confiaba.

Era otra cosa la que lo carcomía: la posibilidad de que saliera a la luz su pasado con esas mujeres. Sobre todo a esas alturas, cuando el tema definitivamente ya estaba zanjado.

—¿Estás bien? —le preguntó Laine—. Te veo muy pensativo.

—Estaba pensando en mañana —mintió—. Deberíamos empezar por el parque temático Disney California Adventure —añadió, refiriéndose al otro parque de Disney—. Y, oye, también puedo despejar tu agenda para el miércoles.

Ella se echó a reír, pero Lyle lo había dicho medio en serio. ¿No sería agradable si pudieran quedarse allí de forma indefinida, los dos solos en ese mundo limpio y resplandeciente donde no había ni rastro de las tragedias y el dolor del mundo real?

—Ojalá pudiera, pero el miércoles no me lo puedo saltar. Greg y yo tenemos asuntos de negocios.

—Greg —repitió Lyle con voz neutra. Sintió el repentino deseo de asestarle un puñetazo a alguien, a ser posible al mismo Greg, y comprendió que estaba celoso. Desterró los celos—. ¿Qué tipo de negocio vais a montar Wonder Boy y tú?

Le dio un golpe con la cadera en plan jugueteón mientras caminaban hacia la salida.

—Vamos a remodelar casas y a venderlas —le contestó, y después le habló de la nueva empresa que iban a crear Greg, Anderson Morton-Gray y ella.

—Trabajé con su marido en *El precio del rescate*.

—Lo sé. El mundo es un pañuelo, ¿verdad? El caso es que no veo la hora de que nos pongamos manos a la obra, y Anderson me ha mandado un mensaje de correo electrónico para decirme que el miércoles podemos visitar la propiedad. Lo que significa que no puedo quedarme ni un día más aquí.

—Está bien —dijo Lyle, aún consciente de que seguía un poco celoso. Pero esa vez no estaba celoso de Greg, sino de ella. Del hecho de que pudiera empezar a realizar un trabajo que le gustaba.

Por supuesto que, en su opinión, *M. Sterious* tenía un guion fantástico. Pero era un guion fantástico para una película de superhéroes y su trabajo consistiría en actuar casi siempre delante de la pantalla de color azul. Y, por desgracia, el guion había pasado por tantas revisiones que había perdido casi toda la esencia; un defecto que no les preocupaba a los productores, más interesados ya en la producción de las secuelas.

No, a esas alturas su motivación era el dinero que iba a recibir por actuar, no el trabajo. Hacía mucho tiempo que pasaba de la actuación.

Qué irónico que estuviera viviendo su sueño a lo grande y que el mundo le pareciera tan insulso.

O, más bien había sido insulso hasta que ella apareció en su vida, tan vital, considerada y genuina, se corrigió mientras Sugar lo cogía de la mano. Ella había pulsado un interruptor en su interior y él no sabía cómo desactivarlo.

Además, tampoco sabía si quería hacerlo.

Cuando vuelvo a casa a última hora del martes, estoy agotada y quemada por el sol.

En lo que a mí respecta, hemos exprimido Disneylandia al máximo. Empezamos el día en el parque temático Disney California Adventure y nos pusimos hasta las cejas de pan recién hecho y tortitas, aunque ya habíamos desayunado en el hotel.

Exclamamos asombrados con el resto de los pasajeros mientras volábamos sobre el mundo montados en las atracciones. Y después nos quedamos roncós de tanto gritar cuando caímos desde una altura increíble en la atracción de Guardianes de la Galaxia. Lyle me cogió de la mano con tanta fuerza que todavía me duele.

—No acaba de gustarme eso de que me dejen caer desde una gran altura —dijo con voz serena una vez que estuvimos de nuevo en el suelo.

—Entonces ¿para qué te subes en la atracción? —le pregunté.

Se limitó a sonreír y a encogerse de hombros.

—Estamos aquí. Vamos a exprimir el parque de atracciones al máximo. Y en lo que a mí respecta, yo lo hago todo a lo grande, ¿no?

Le di la razón y eso fue lo que hicimos, aprovecharlo al máximo.

De ahí que esté tan agotada ahora que hemos regresado a Venice Beach. Y tan feliz, dicho sea de paso.

—Ha sido una invitación maravillosa —le digo a Lyle—. Necesitaba unas minivacaciones más de lo que te imaginas.

—Ha sido un placer. —Apaga el motor al llegar delante de mi casa y después se vuelve para mirarme—. He disfrutado de cada segundo.

—Yo también —le aseguro, y me miro las manos, sin saber si el anhelo que oigo en su voz es real o producto de mi imaginación.

Quiero que sea real. Porque la verdad es que, aunque me lo he pasado fenomenal en el parque de atracciones, he disfrutado mucho más de su compañía.

Me gusta cómo me hace reír, que se puede hablar con él. Me gusta lo que siento cuando me toca, aunque sea de forma accidental.

Y me encanta la emoción que me invade cuando estoy con él. Un anhelo delicioso que solo quedará satisfecho cuando me toque de forma intencionada.

¿En resumen? Me estoy enamorando de él.

¿El problema? Que soy tonta. Porque lo rechacé de manera deliberada y decidida la noche de la inauguración de Wyatt. La verdad, no he podido ser más tonta.

Pero él ganó muchos puntos al retirarse con tanta consideración. ¡Madre mía, si desde entonces ha sido el perfecto caballero!

En este momento me encantaría ver su faceta de chico malo.

Pero me da miedo la posibilidad de que, tras haberlo rechazado una vez, lo haya perdido para siempre.

Lo de hacerlo todo a lo grande solo se refería a las atracciones del parque. Lo que yo tenía anoche en mente era otro tipo de atracción y Lyle ni siquiera hizo el intento de insinuarse.

Ni poco ni mucho. Nada de nada.

Al menos físicamente hablando. Sí, nos cogimos de la mano y nos besamos varias veces en público, porque no sabíamos quién podía estar mirando y debíamos parecer una pareja felizmente comprometida.

Pero nada de eso fue real, tal y como tuve que recordarme después de cada beso, y después de que me limpiara el chocolate de la cara con delicadeza y se riera de mí por mi poca fuerza de voluntad a la hora de resistirme a los helados de chocolate con forma de cabeza de Mickey.

Y después de que me cogiera de la mano, o de que me mirara con ternura, o de que hiciera algo tan caballeroso como secarme el asiento de la atracción Splash Mountain, aunque los dos sabíamos que iba a acabar mojándose de nuevo.

Todos esos momentos me parecieron reales y románticos, pero todo era una farsa. Porque, cuando llegamos a la suite, todo contacto físico desapareció.

Nada de contacto. Ni de insinuaciones. Ni el menor intento de hacer algo.

Lo normal, supongo. Porque le había dejado clara mi opinión al respecto. Fingiría ser su novia en público y punto.

Pero ahora no puedo evitar preguntarme si la atracción solo es por mi parte. Si la noche de la inauguración lo que le interesaba a Lyle era un polvo fácil y la atracción que siento ahora entre nosotros solo es el reflejo de mi propio deseo.

No lo creo, pero... no lo sé. ¿Cómo voy a saberlo? Al fin y al cabo, Lyle es actor. Un gran actor.

Así que me temo que la única manera de saber si la atracción es solo cosa mía es dar el primer paso. Algo que, teniendo en cuenta la escasa experiencia que tengo al respecto, me resulta muchísimo más aterrador que la caída a plomo de la atracción de Guardianes de la Galaxia.

De todas formas, respiro hondo y me lanzo a lo que creo que pueden ser unas aguas cálidas y receptivas.

—¿Quieres entrar? —le pregunto con un repentino ataque de timidez, y eso que hemos pasado

mucho tiempo juntos últimamente—. Puedo prepararte un café para el camino. Además —añado—, deberíamos repartirnos los recuerdos del parque.

—Me encantaría tomarme un café —contesta él, algo que tomo como una buena señal. Al fin y al cabo, casi es medianoche y sé que también está cansado.

Hay una pila de cartas en el buzón pegado a mi puerta, de modo que al entrar las cojo. Me doy cuenta enseguida de que hay un sobre largo de color marrón que ha llegado por mensajero y no por correo postal normal. Pero en ese momento no es lo que más me importa, de modo que dejo caer el montón de cartas encima de la mesa de la cocina y me pongo a hacer un café.

Lyle se apoya en la encimera y empieza a contarme algo sobre la fiesta de despedida para su amigo Noah a la que asistirá mañana, pero no le presto atención. Estoy reuniendo valor. Cuando la cafetera de goteo por fin acaba de preparar la primera taza, la dejo en la encimera, pero intercepto la mano de Lyle al ver que hace ademán de cogerla.

Él se queda paralizado y clava la vista en mi mano. Cuando la levanta, me mira con gesto interrogante. Y con una invitación, si no lo interpreto mal.

—No quiero que esta noche se acabe —confieso, sin apenas oír mi propia voz por culpa de los atronadores latidos del corazón.

—Sugar...

No sé adónde quiere llegar con la frase, pero no le permito pronunciarla. Me pongo de puntillas y lo beso y... él me devuelve el beso, ¡gracias a Dios! Al principio con delicadeza, pero con tal pasión que me provoca una avalancha de sensaciones en mi interior.

Gimo y le entierro los dedos en el pelo mientras él me pega contra su cuerpo y el beso se vuelve más apasionado. Más salvaje. Hasta que me reclama con tanta intensidad que me convengo de que la atracción no solo es cosa mía. Al contrario, él también la siente ¡y mucho! Me tensa y se me acelera el pulso, y no puedo evitar desear que llevemos esta atracción al plano horizontal...

Me aferra los hombros e interrumpe el beso un instante para mirarme a la cara. Sé lo que ve. Mi piel ruborizada. Mis labios hinchados. Mis ojos, abiertos como platos por el deseo.

—Por favor —suplico, y es como si hubiera pulsado un interruptor.

Jadeo cuando me apoya en el frigorífico en un abrir y cerrar de ojos. No me da tiempo a recuperarme de la sorpresa; al contrario, se aprovecha de ella. Su boca posee la mía con un ímpetu brutal. Dientes, lengua, ardor y pasión. Una poción embriagadora que me está emborrachando. Que despierta mi lado salvaje. Que aumenta mi deseo.

Porque lo deseo como si fuera una droga. Mis manos lo acarician por todos lados. Exploran. Reclaman. Cuando deslizo la mano hacia abajo para acariciar su erección, le arranco un gemido al tiempo que me muerde el lóbulo de una oreja y me acaricia los pechos sin muchos miramientos.

Lo toco y siento cómo se le pone más dura bajo mi mano. Soy incapaz de formular un solo

pensamiento coherente y lo único que quedan son las emociones más básicas y primitivas: deseo, ansia, posesión, entrega.

Él baja las manos para acariciarme por encima de los vaqueros y gimo al tiempo que me froto descaradamente contra sus dedos, deseando que me baje la cremallera, introduzca la mano por debajo de las bragas y me toque.

¡Dios, cómo deseo que me toque!

Y él también lo desea. Estoy segura.

De ahí que me sorprenda tanto cuando me aleja con delicadeza y me mira con los ojos rebosantes de una pasión contenida.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué pasa?

—No quieres hacerlo —dice, y me daría de tortas ahora mismo por haberlo rechazado aquella primera noche.

—Sí que quiero —lo contradigo—. Lyle, venga ya, por favor...

—Sugar, nena...

La frustración es palpable otra vez y sé lo mucho que le cuesta contenerse. Pero, joder, no quiero que se contenga.

—Por favor —le suplico mientras me quito la camiseta y la arrojo al suelo; me quedo solo con el sujetador de algodón—. Por favor —repito antes de llevarme las manos a la espalda para desabrocharme el sujetador, que también acaba en el suelo—. No es no, ya lo sé. Pero esta vez te aseguro que sí es sí.

—Sugar, por Dios...

Oigo la batalla que se está librando en su interior. Es descarnada. Brutal. Como si hubiera tenido que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no tocarme.

Voy a echar abajo toda esa fuerza de voluntad.

Le cojo las manos y se las coloco sobre mis pechos, tras lo cual echo la cabeza hacia atrás y suspiro al sentir cómo sus dedos me pellizcan los pezones.

—Sí —susurro, y después, como no puedo soportar la idea de que vuelva a apartarse, le cojo una mano y la voy bajando despacio por mi torso desnudo, torturándome con su roce, hasta que llego a la cintura de los pantalones vaqueros.

En ese momento le suelto la mano y, mientras sus dedos me acarician el abdomen, me los desabrocho.

—Tócame —exijo, y como a lo mejor no me obedece, le cojo de nuevo la mano y la guío hacia el lugar preciso, momento en el que me acaricia y gimo, y me descubre mojada, excita y preparadísima.

—Joder, Sugar —murmura justo antes de levantarme en brazos y llevarme al dormitorio—.

Desnúdate —me ordena, pero en vez de esperarse a que yo lo haga, él mismo empieza a bajarme los vaqueros y las bragas al mismo tiempo que yo me quito las zapatillas.

Somos un revoltijo de brazos, piernas y desesperación, pero cuando por fin consigue tenerme desnuda, se coloca entre mis piernas y me acaricia el coño con la lengua.

Arqueo la espalda, porque no me lo esperaba. Esperaba un reguero de besos por el muslo, pero esto... ¡Por Dios! Esto es increíble y me retuerzo descaradamente contra él. Ansío su boca. Su lengua.

Un sinfín de estremecimientos me recorre el cuerpo, el anticipo del orgasmo que está a punto de llegar, así que lo aferro del pelo y le suplico sin pudor alguno que me folle.

Él se aparta y gimoteo por la ausencia de su boca. Sin embargo, me ha aferrado las caderas para inmovilizarme. Levanta la cabeza y me mira a los ojos.

Tengo la respiración alterada, igual que él. Deseo con todas mis fuerzas lo que está a punto de pasar. Sentir su cuerpo contra el mío. Sentir que me la mete hasta el fondo.

—Lyle —suplico—. Por favor, ya.

Pero no se mueve. Lo miro confundida y veo que sus ojos se nublan cuando se sienta en el colchón y coge mi bata. Me arroja la prenda y la cojo de forma automática, para cubrirme con ella como si fuera una sábana. Mientras, él niega con la cabeza y dice:

—Lo siento muchísimo, pero no podemos hacerlo. Así no. No hasta que lo sepas todo.

Todo —repitió Laine al tiempo que se sentaba a su lado, con la frente fruncida por la preocupación mientras él se levantaba de la cama.

Empezó a andar de un lado a otro tratando de decidir por dónde empezar.

—¿Lyle?

—Te conté que me escapé —dijo, deteniéndose a pocos centímetros de ella—. No te conté de qué. O, al menos, no te lo conté todo.

Ella asintió con la cabeza al darse cuenta, al parecer, de que sería más fácil para él continuar sin interrupciones. Aunque, la verdad, nada era fácil.

—Crecí en un prostíbulo —añadió Lyle al cabo de un rato—. Una granja vieja y destartada en las afueras del pueblo. Todo el mundo sabía lo que pasaba allí, pero nadie intentó cerrarlo.

—¿Tu madre...?

Él asintió.

—Trabajaba allí. Vivía allí. Y solo Dios sabe cuál de sus clientes era mi padre.

Laine volvió a la cama y se apoyó en el cabecero, y una vez allí dobló las rodillas y se rodeó las piernas con los brazos.

—Ni siquiera sabía que seguían existiendo sitios así —dijo ella, y fue un alivio que no le ofreciera un consuelo vacío.

—Cuando mi madre trabajaba, tenía que irme al sótano. Eran los mejores momentos, la verdad, porque Jenny también solía estar allí. Y solíamos interpretar historias. La mayoría inventadas, pero a veces leíamos líneas de obras que robábamos en el colegio.

—¿Era otra niña?

—Solo estábamos nosotros dos. Los únicos niños de la casa. Crecimos juntos en aquel lugar sucio y atestado de cosas. Éramos buenos amigos. Joder, durante mucho tiempo, ninguno de los dos conoció otra amistad. Íbamos al colegio, pero los otros niños sabían dónde vivíamos y lo que pasaba en aquella casa. No estábamos entre los más populares precisamente.

—La querías.

Lyle asintió con la cabeza.

—Mucho, pero no en el sentido que imaginas. Mi primera vez fue con ella, pero más por curiosidad que por deseo. A lo mejor incluso por aburrimiento. Pero fue algo dulce y no creo que

ni ella ni yo nos arrepintiéramos. Creo que tenía sentido para los dos que compartiéramos la primera vez.

Cerró los ojos y tragó saliva mientras intentaba controlar sus emociones. Nunca había sentido un amor romántico por Jenny, pero había sido su mejor amiga. Joder, su única amiga hasta que conoció a Riley cuando este tenía trece años y él tenía diez.

Jenny lo conocía tan bien como él mismo, y viceversa. E incluso después de tantos años el dolor de perderla era palpable.

—¿Murió en un accidente de tráfico? ¿Por eso conduces el Volvo?

Casi sonrió al oírla. En cambio, se sentó en el colchón, mirándola, con la espalda en los pies de la cama.

—Te estás adelantando. Ese es el tercer acto. En el segundo acto, la dueña de la casa, que era una hija de puta, decidió que Jenny tenía que largarse o ponerse a trabajar.

—¿Y su madre?

—Su madre era una drogadicta. Habría vendido a Jenny si creyera que podía conseguir un poco de crack.

—Oh. —Se humedeció los labios—. ¿Y tu madre?

—Era un desastre —le contestó—, pero la quería. Y creía que estaba haciendo lo mejor para mí. Creía que trabajar en aquella casa me daba de comer y me proporcionaba ropa. Me sacaba de la calle. ¡Joder!

Hizo una mueca cuando sus dolorosos recuerdos se le clavaron por dentro.

—Lyle... —Oír su nombre de sus dulces labios fue como un bálsamo, y cuando ella se le acercó y le cogió una mano lo destrozó.

Cerró los ojos en un intento por desterrar los recuerdos. La de veces que había intentado convencer a su madre de que abandonara aquella vida. La de veces que le había dicho que ya se las apañarían.

Sabía que podían hacerlo; había conocido a gente en la casa que podía ayudar. No era de lujo y la mayoría de los clientes tenían tantos antecedentes penales que habían perdido la cuenta. Incluso con doce años sabía a quién acudir si necesitaba un arma, una identidad falsa o drogas. Aunque no las probó; sabía de primera mano lo que le habían hecho a la madre de Jenny. Pero la información era lo único que tenía para negociar, de modo que observó con atención y se lo guardó todo.

Inspiró hondo y continuó con la historia.

—Hasta que uno de los clientes de mi madre le dio una paliza tremenda. Yo tenía quince años y me había escabullido del sótano para coger algo de la cocina. La oí gritar y corrí hacia su dormitorio, pero él me tiró de espaldas y me golpeé la cabeza. No perdí el conocimiento, pero era incapaz de levantarme. Me quedé paralizado mientras...

—¿La mató?

Apretó los puños y se obligó a articular las palabras.

—Eso habría sido una bendición. Le dio una paliza brutal mientras yo estaba allí tirado, impotente.

—Estabas herido. —Laine susurró aquellas palabras calmantes.

No funcionó. Ya las había oído antes y siempre eran huecas.

—Murió tres días después, y aunque estaba en un hospital, vi el dolor reflejado en su cara. A pesar de que le pusieron un puto gotero de morfina, sé que sufrió.

Se había estado mirando las manos, pero levantó la cabeza en ese momento y vio lágrimas cayendo por el precioso rostro de Laine.

—¿Qué hiciste? —le preguntó ella.

—Me quedé allí. Era tan mierda que me gané el pan limpiando la puta casa y haciendo chapuzas. Tres largos meses, pero luego todo cambió. Porque fue cuando la hija de puta esa dijo que era hora de que Jenny empezara a trabajar.

—Te escapaste. Os escapasteis los dos.

Asintió con la cabeza.

—Jenny soñaba con Hollywood y yo sabía que podía triunfar. Quería ser una estrella. Fulgurante. Con mucha pasta. Tener el mundo a sus pies. Así que, sí, nos escapamos. Le robé un poco de crack a su madre y se lo cambié por identidades falsas y documentos a uno de los clientes. Y Riley nos ayudó a robar un coche del depósito.

—¿Qué depósito?

—Su padre era el sheriff. Riley tiene tres años más que yo, pero visitó tantas veces la casa con su padre que al final nos hicimos amigos. Había visto mucho y sabía de qué iba el asunto.

—¿Su padre iba para arrestar a las mujeres?

Lyle resopló.

—A nadie se le ocurrió hacer cumplir las leyes contra la prostitución. Joder, habría habido una revuelta. Nadie admitía visitar el sitio, pero para no conocerlo nadie, bien lleno que estaba siempre. —Se pellizcó el puente de la nariz—. No, su padre... En fin, su padre era un buen tío. Sabía lo que Riley hizo por nosotros, pero se hizo el tonto.

—Un golpe de suerte.

—Tal vez demasiado fuerte —replicó Lyle—. Fui yo quien ideó el plan. Tuve la idea de robar el coche. De conseguir identidades nuevas. Y cuando por fin enfilamos la autopista en mitad de la noche, llevaba días sin dormir de lo nervioso que estaba por los planes, el miedo y la adrenalina.

Suspiró mientras recordaba las pocas horas de libertad que tuvieron. Cuando todo iba bien. Esas maravillosas horas antes de que él condujera directo al infierno.

—Fue culpa mía. —Lo dijo en voz tan baja que no estaba seguro de que Laine pudiera oírlo—. Me quedé dormido. Solo una cabezada, pero fue suficiente. Un tráiler se nos cruzó en el carril y

fue demasiado tarde. Di un volantazo, el camión golpeó el lateral del coche, nos salimos de la carretera y caímos por un barranco.

Aún oía el chirrido del metal. Aún olía la goma quemada en el asfalto.

—¿Qué pasó con Jenny?

—Murió al instante. —Las palabras le dejaron un regusto amargo—. Yo salí sin un rasguño siquiera.

—Lyle, lo sien...

Sin embargo, levantó una mano para interrumpirla. Tenía que contarle todo. Tenía que ir más allá de aquel espantoso recuerdo.

—La policía llegó. Les di mi verdadero nombre. Es John, por cierto. Mi madre tenía un sentido del humor retorcido. John Rivers. Y la policía decidió que no era culpa mía. No presentaron cargos, pero me mandaron a un hogar de acogida. Aguanté un mes; estaba demasiado bloqueado para hacer nada. Pero luego me escapé a Los Ángeles, usé los documentos y me convertí en Lyle Tarpin.

—Querías venir aquí por Jenny —dijo Laine, y él asintió, complacido por que lo hubiera entendido—. Querías triunfar en Hollywood por ella.

—Al principio no. Al principio ni se me ocurrió que la actuación fuera una alternativa. Pero luego todas las piezas empezaron a encajar. Casi como si fuera cosa del destino.

Laine hizo una mueca.

—Y yo tenía razón... con lo de las acompañantes, digo. Estás enfrentándote a algo. Lo haces cuando los recuerdos te sobrepasan. Como la noche en la que nos conocimos. Era el aniversario de la muerte de Jenny, ¿verdad? Prácticamente me lo dijiste en la inauguración de Wyatt.

—Sí —confirmó—. Lo era.

Ella asintió pensativamente con la cabeza.

—En Disneylandia, cuando te pregunté por qué contratabas a esas mujeres, no llegaste a contestarme.

—Porque ya te lo había dicho: solo es sexo. Porque cuesta mantener una relación cuando vives bajo los focos.

—Claro. Es verdad que me dijiste eso.

Había un deje en su voz que Laine no supo identificar, pero, antes de que pudiera preguntarle, ella continuó:

—¿Por eso pagas tan bien? ¿Por eso las generosas propinas? ¿Por como creciste? ¿Porque las mujeres que te rodeaban lo pasaron fatal?

Asintió con la cabeza antes de explicarse.

—No es lo mismo, lo sé. Y no me acuesto con las que hacen la calle, aunque sí dono dinero a unas cuantas organizaciones para ayudar con su rehabilitación. Pero sí, me gusta creer que tal vez

las estoy ayudando, aunque sea un poquito. —Inspiró hondo, sorprendido al darse cuenta de que se sentía muy bien, como si hubiera peleado unos cuantos asaltos en un cuadrilátero, pero lo hubiera dejado antes de agotarse—. Así que eso es lo que soy. Ese es el hombre al que has invitado a tu cama. Un tío que huyó de casa en busca de una vida imaginaria perfecta y que, en el proceso, acabó matando a su mejor amiga.

—No, no lo hiciste —lo corrigió ella en voz baja—. Pero entiendo por qué te lo parece. —Hizo una pausa antes de ladear la cabeza, como si estuviera pensando—. ¿A Jenny le gustaba *Invictus*? Porque me he estado preguntando por qué lo tenías contigo aquella noche. Por qué me lo diste.

—Era uno de los libros que teníamos en el sótano. Lo leía en voz alta. Decía que iba de nosotros. Que éramos invencibles. —Se pasó una mano por el pelo, como si estuviera alejando los recuerdos—. Lo tenía conmigo porque lo releo cada año ese día. Y te lo di porque me pareció idóneo. Ya te lo dije. Necesitabas el dinero. Hiciste algo aterrador. No dejaste que la vida te venciera.

—Así que no le dabas uno de esos libritos de poesía a todas las mujeres que contratabas.

Por primera vez desde que había empezado la conversación, se echó a reír al oírla.

—No, qué va. Tengo más billetes de mil dólares para las propinas, pero no el libro. Nunca el libro. De hecho, hasta que te lo puse en la mano, no habría creído que pudiera deshacerme de él. Ese librito me ha acompañado mucho tiempo.

—Pero lo hiciste.

Se acomodó con ella en la cama y extendió un brazo para acariciarle su pelo sedoso.

—Sí —convino con la esperanza de que ella comprendiera lo que quería decir. Que había visto algo especial en ella, en ellos dos, desde que la conoció.

—Gracias por contármelo. Significa mucho para mí que me confíes la verdad.

—Confío en ti —le aseguró, deslizando la mano hacia la sien—. Es tarde. Debería irme para que puedas descansar.

—No. —Le cogió la mano y tiró de él para acercarlo—. ¿Te quedas? Podemos dormir nada más. No pasa nada. Pero es demasiado tarde para volver a casa en coche.

—¿Eso es lo que quieres? —le preguntó—. ¿Dormir nada más?

Ella se humedeció los labios.

—No sé. Creía... Con la conversación tan seria...

—¿Sabes lo que yo quiero?

La vio negar con la cabeza al tiempo que ponía los ojos como platos.

—Esto —dijo, y la besó, con cierto titubeo al principio, pero luego con más pasión, cuando ella separó los labios y su deseo fue tan real e intenso que lo dejó anonadado.

Laine aún tenía la sábana por encima del pecho, pero la dejó caer y se sentó sobre su regazo, de

modo que la tenía desnuda, sentada a horcajadas sobre sus vaqueros.

—Tócame —le ordenó ella—. Tómame.

Gimió al oírla. La tenía tan dura que le resultaba doloroso. Y ni siquiera era su cuerpo lo que le afectaba, aunque bien sabía Dios que deseaba perderse en sus dulces curvas. Era el hecho de que lo deseaba. De que lo deseaba de una forma muy evidente.

Y el hecho de que lo que él era en realidad no había apagado el fuego entre ellos. En todo caso, lo había avivado, porque sabía que ella lo deseaba. Que era él. El hombre, no el actor, no el hijo de la prostituta. Solo él.

Lyle le acarició la espalda deleitándose con su piel sedosa. Después le tomó la cabeza, se la acercó y la besó con pasión haciéndola gemir.

Ella gimoteó. Y él quiso más. Y cuando sintió que se frotaba contra sus vaqueros, creyó que se iba a correr.

—Así, Sugar. Nena, cómo me pone eso.

—Me estás torturando.

—Me gusta ver cómo me deseas. Tienes la piel ruborizada y los labios hinchados. Quiero torturarte. Quiero alargar este momento. Quiero hacerte suplicar para que no quede duda de que me deseas.

—Te he deseado desde que te conocí —confesó ella. La verdad de esas palabras lo atravesó—. Pero era algo físico. Ahora te deseo a ti, Lyle —continuó, y la cabeza empezó a darle vueltas por la satisfacción de oír que le decía lo que él estaba pensando—. Por favor —susurró ella—. Por favor.

—¿Qué quieres, nena?

—Lo quiero todo. —Se apartó de él para tumbarse en la cama—. Todo, pero sobre todo a ti. —Se humedeció los labios mirándolo a la cara—. Tócame —le ordenó—. Tócame, por favor. Tócame y hazme el amor. Quiero explotar, Lyle. Quiero que me hagas explotar.

Era una proposición que no podía rechazar, y mientras ella lo miraba con expresión ardiente, se desnudó y regresó a la cama.

Con gesto imperioso, le separó las piernas y se quedó donde estaba, de rodillas, recorriéndola por completo con la mirada. Las uñas de los pies pintadas. Sus piernas largas. Su coño dulce y húmedo, abierto para él. Estaba totalmente depilada, de modo que podía verlo a placer. Ese pozo de deseo. Y cuando la miró a la cara también vio que se estaba mordiendo el labio y que tenía la cabeza ladeada, como si le diera vergüenza.

—Eres preciosa —le dijo—. ¿Sabes cómo me pone verte así? ¿Mojada, abierta y dispuesta?

No le contestó, pero buscó su mirada y no desvió la vista cuando él siguió con su lenta inspección, aunque en esa ocasión fue salpicando el recorrido de besos. Su ombligo, su abdomen, sus pechos... Y después, por fin, su dulce boca.

—Por favor —le suplicó ella cuando puso fin al acalorado beso; lo rodeó con los brazos y le clavó los dedos en la espalda—. Por favor, no me hagas esperar.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Descendió hacia el paraíso con un reguero de besos, ya que deseaba saborearla antes. Llevarla al límite y hacerla volar, hacer que se corriera antes de penetrarla.

Cuando cerró los labios sobre su coño y sintió cómo se estremecía bajo el asalto de su lengua, supo que no tardaría mucho. Estaba excitadísima, muy cerca del orgasmo. Y cuando le lamió el clítoris antes de succionarlo con delicadeza, ella arqueó la espalda y con un chillido le sujetó la cabeza con las manos para inmovilizarlo mientras él seguía atormentándola, al tiempo que gritaba su nombre y estallaba y se dejaba llevar en sus brazos.

Sin embargo, no dejó de torturarla con la lengua, ni siquiera cuando ella se lo pidió, sino que alargó al máximo el orgasmo hasta que ella le suplicó que la follara, que se la metiera.

—Por favor —le pidió—. Lyle, ahora, te quiero ahora.

No titubeó. ¿Cómo hacerlo cuando él mismo estaba a punto de estallar? Estaba tan desesperado que creía que se volvería loco si no la sentía a su alrededor. No podía ir despacio; joder, lo intentó, pero estaba tan mojada y tan dispuesta que, cuando la penetró, lo hizo con fuerza, hasta el fondo.

La oyó gemir y sus continuos murmullos y gemidos lo llevaron a penetrarla una y otra vez, persiguiendo una pasión cada vez más arrolladora, hasta que, por fin, fue incapaz de contenerlo todo en su interior. La sintió tensarse a su alrededor, apretándolo con fuerza, mientras le clavaba los dedos en el culo y se movía con él, obligándolo a llegar más adentro, de modo que, cuando explotó, fue como si se hubieran fundido en un solo ser.

Y cuando el mundo desapareció y Lyle se dejó caer a su lado, supo que nunca se había sentido así. Porque lo importante no era el sexo, sino la mujer que tenía al lado. Una mujer que le había penetrado la piel y se le había metido en el corazón. Una mujer que susurró su nombre y se acurrucó somnolienta junto a él.

Una mujer que lo sabía todo de él y que lo seguía deseando.

Tomó una honda bocanada de aire y la acercó aún más a su cuerpo, porque no quería perder la conexión ni siquiera cuando el agotamiento se apoderase de él y se sumiera en la oscuridad.

No sabía cuánto había dormido, pero se despertó sobresaltado cuando Skittles le saltó al pecho y empezó a olisquearle la cara.

—Para el carro, aliento de atún —protestó—. Eso es demasiado íntimo para mí, teniendo en cuenta que no nos conocemos tanto. Y hablando de intimidad... —susurró dándose la vuelta, y se llevó una decepción al encontrar únicamente las sábanas arrugadas. Pensó en preguntarle al gato

dónde estaba Laine, pero no era necesario. Aunque el olor a beicon friéndose no la delatara, la casa era pequeña. No tardaría mucho en encontrarla.

Salió de la cama y se puso los calzoncillos y la camiseta antes de salir del dormitorio, dándose una palmadita en el muslo para que el gato lo siguiera.

Skittles, en cambio, estaba dando vueltas sobre la almohada, al parecer dispuesto a echarse su siesta matutina.

—Tú mismo —le dijo Lyle—. Pero no esperes que te guarde ni un poco de beicon.

—Perdona, ¿qué has dicho? —preguntó Laine cuando llegó a la cocina.

Lyle agitó una mano para restarle importancia.

—Solo hablaba con el gato.

—¿En serio? —Se pegó a él para darle un beso de buenos días—. Y justo cuando creía que ya no podías ser más perfecto, vas y me impresionas con tu relación gatuna.

—Ah, ¿es un gato? Porque no estoy seguro de que él lo sepa.

—Ahí le has dado. Sé que te gusta el beicon porque te comiste lo tuyo en el hotel, pero los huevos del bufet eran revueltos, así que no sé si te gustan fritos.

—Fritos están perfectos. Tú eres perfecta —añadió, colocándose a su espalda para rodearle la cintura con los brazos mientras ella le daba la vuelta al beicon—. No tenía ni idea de que sabías cocinar.

Laine se volvió hacia él.

—Si con cocinar te refieres a freír beicon y huevos, a meter en el horno masa de galletas ya lista, y a servir una ensalada de atún preparada o cualquier cosa congelada y precocinada, entonces soy una chef de primera. En cuanto al resto..., soy un desastre.

—¿Sándwiches de mantequilla de cacahuete?

Ella arrugó la nariz y meneó la cabeza.

—Siempre rompo el pan.

—¿Pasta?

—Nunca sé cuánto tiempo cocerla.

—¿Sopa enlatada?

—Vale. Me has pillado. Supongo que tengo unas dotes culinarias increíbles. Ahora deja que me concentre o vas a comerte unos huevos crudos y beicon quemado.

Al final, Lyle tuvo que aplaudir sus habilidades con el beicon y los huevos, y empezó a comer mientras ella se quedaba junto a la cafetera, a la espera de que su café terminara de hacerse.

—La de cantidad de correo basura que hay en el mundo —dijo ella mientras apartaba folletos publicitarios—. Ni una sola... Oh.

—¿Qué pasa?

—La vi anoche y se me olvidó... Me pregunto qué me distraería —añadió con una sonrisilla

sensual; sostuvo en alto un sobre marrón, que abrió con un cuchillo de carne—. Alguien me ha enviado una carta por mensajería.

—¿Qué es? —quiso saber al darse cuenta de que miraba con el ceño fruncido el montoncito de documentos que había sacado. Como Lyle no le contestaba, se levantó. La preocupación fue como un jarro de agua helada—. ¿Laine?

—Es por mi casa —contestó ella con voz desapasionada—. Es de un abogado. Mi padre ha presentado una demanda en el juzgado como copropietario.

—¿Y qué le ha pedido al juzgado?

Lo miró a los ojos con expresión dolida y desconcertada.

—Algo llamado «partición» —contestó—. Y quiere decir que va a forzar la venta.

Me atraviesa una dolorosa frialdad, que me provoca un desagradable escalofrío.

«Bloqueada. Me he quedado bloqueada por completo», pienso.

Me obligo a tragar saliva y a mirar a Lyle, que me devuelve la mirada con una expresión tan espantada y desconcertada que bien podría estar mirándome en un espejo.

—No puedo perder la casa —digo—. No ahora. Acabo de pagarla.

—Ni ahora ni nunca —replica con firmeza; está junto a mí y me pone una mano en el hombro para instarme a volverme, de modo que no me queda más remedio que mirarlo a la cara—. Es tu padre. ¿No puedes llamarlo? ¿No puedes pedirle que frene el proceso? ¿Buscar una manera de pararlo todo?

Intento pensar.

—No tengo su número. Joder, ni siquiera sé dónde vive.

—Pero este abogado tal vez lo sepa. Llámalo. Dile que quieres reunirte con tu padre. Preguntarle por qué lo está haciendo.

—Vale. —Me sale un hilillo de voz que apenas resuena en la cocina, y cuando Lyle extiende los brazos siento un alivio enorme por el hecho de que me abrace.

—¿A qué hora se supone que has quedado con Greg y con Anderson?

—A las nueve y media —contesto, obligándome a pensar como una empresaria, porque en el fondo se trata de eso, me doy cuenta de repente. Retrocedo un paso para poder andar de un lado para otro mientras pienso—. Seguro que le ha llegado alguna notificación de que he pagado el préstamo. Y a lo mejor eso le dio la idea.

—¿De hacer una partición?

—De vender —lo corrijo—. Después de tantos años y con el precio de las viviendas por las nubes en este vecindario, la casa vale muchísimo más de lo que mis padres pagaron por ella. Los agentes inmobiliarios me llaman a todas horas. La última vez que pregunté, una mujer me dijo que podría conseguir casi dos millones por la casa. Y eso fue antes de que terminase la reforma.

—Y tu padre conseguiría la mitad —dice Lyle—. Así funcionan las particiones. A menos que lleguéis a un acuerdo, el juzgado ordena que se venda la propiedad y os repartáis los beneficios.

—A menos que llegemos a un acuerdo —repito, pensando en que no son palabras nada halagüeñas.

—Es tu padre. Merece la pena intentarlo.

—Llamaré, pero dará igual. Se fue cuando yo tenía nueve años y nunca ha escrito ni llamado por teléfono. Tampoco ha mandado ninguna felicitación de cumpleaños. Ni siquiera se puso en contacto conmigo cuando murió su hijo. No —añado cuando él da un paso hacia mí, con la intención de abrazarme—. Te agradezco el gesto, pero hace tiempo que mi padre ya no me hace daño. Hace mucho tiempo. El asunto es que a un hombre como ese no le va a importar si me hace daño o si me roba los recuerdos de mi madre y de Andy. Solo quiere su millón. Y eso —continúo— es un millón que no tengo.

—Gracias por quedar conmigo sin avisar —le digo a Joy cuarenta minutos más tarde, cuando nos encontramos en el Java B, a unas manzanas de mi casa—. Sobre todo porque no me puedo quedar mucho.

Lyle se ha portado genial, pero esta situación requiere una cantidad ingente de cafeína y el apoyo que solo tu mejor amiga puede ofrecer.

—¿Estás de broma? Cada vez que el gilipollas de tu padre salga de su cueva, aquí estaré para lo que necesites.

Esbozo una sonrisa y la verdad es que siento bien.

Le expliqué todo el asunto por teléfono, de modo que ahora me pregunta:

—¿Qué vas a hacer?

Es la duda que me ha estado atormentando toda la mañana, y la respuesta es que no tengo ni idea. Una respuesta que Joy califica con los pulgares hacia abajo.

—Tienes que ser proactiva. Averigua dónde vive. Ponlo a parir en las redes sociales.

—Eso solo funciona con gente a la que le preocupan las redes sociales. Y creo que mi padre no es de esos. Además, me daría muy mal rollo.

—Eso se te pasa —me asegura.

—Lo tendré en cuenta. ¿Siguiente idea?

—Podrías matarlo sin más, pero como en las escrituras no pone que te quedarías con la casa entera si se muriese, no te serviría de nada a menos que te tenga en el testamento. Y seguramente no sea así. —Bebe un sorbo de café—. Así que no creo que funcione.

—Paso del asesinato —digo con sorna—. ¿Alguna otra sugerencia?

—Págale.

—Ya, claro.

—Lo digo en serio —insiste—. Solo le interesa el dinero. Así que compra su participación por el dinero que conseguiría si el juzgado forzara la venta.

—Sé a qué te refieres —replico—. Pero ¿de dónde se supone que voy a sacar esa pasta? Dudo

mucho que Marjorie tenga un cliente que vaya a pagar un millón de dólares. Y, la verdad, tampoco lo haría aunque fuera el caso. Ahora no.

Joy arquea las cejas.

—Interesante. Y pertinente. Porque iba a sugerirte que le pidieras el dinero a Lyle.

Justo acabo de beber un sorbo de café, así que se me va por el otro lado y toso, medio ahogada, mientras intento respirar sin atragantarme por el café.

—¿Estás bien?

—¿Lyle? —pregunto—. ¿Quieres que le pida a Lyle un millón de dólares?

—Pues sí. A ver, prácticamente te ha pagado el préstamo, así que seguro que siente apego por la casa. Y sabemos que le gustas. —Frunce el ceño—. Le gustas, ¿no? Porque tengo que admitir que sigo un poco desconcertada. ¿Las cosas entre vosotros van en serio de verdad o en serio en plan farsa? Porque no sé si debería disculparme por haberte metido en esto o si tú deberías darme las gracias.

Es como si hubiera pulsado un interruptor, porque de repente me inundan un montón de pensamientos y sentimientos alegres.

—Las cosas van genial —digo, incapaz de contener una sonrisa deslumbrante—. Y gracias —añado guiñándole un ojo.

—¡Ay, madre del amor hermoso! —chilla—. Es la leche. Me alegro mucho por ti. ¿Ves? Te apuesto lo que quieras a que te da un millón para salvar la casa.

—Joy, eso es...

—Perfecto. Lo sé. Soy un genio.

—No —replico—. No es perfecto ni mucho menos. No puedo pedirle un millón de dólares. Ni de coña podría ganar tanto dinero trabajando para él... y ni se te ocurra mencionar el sexo. Y tampoco podría pagar un préstamo. No en esta vida.

—Pero seguramente lo haría por ti de todas formas.

—Aun suponiendo que tuviera un millón suelto por ahí, no podría pedírselo. Lo pondría en un aprieto. Además, ¿y si las cosas no funcionan entre nosotros? —pregunto, aunque la idea de perderlo me revuelve un poco el estómago—. Sería una situación incomodísima.

—Puede, pero al menos tendrías la casa.

—¿A qué precio? Prefiero conservar los recuerdos.

Lo digo sin pensar, pero nada más pronunciar las palabras sé que son ciertas. Me encanta mi casa. Voy a llamar al abogado y a luchar contra esa gilipollez de la partición. Pero si todo se tuerce no pienso destruirme ni destruir la relación para salvarla.

Porque, en el fondo, todavía tendré mis recuerdos.

Y tal vez, si las cosas siguen como espero, también tendré a Lyle.

Tirar esta pared y así abrimos la cocina al comedor y al salón, ¿no te parece? —pregunta Greg.

Vuelvo al presente, frustrada porque mi mente ha regresado de nuevo a mi casa. Tan pronto como llegué le pedí a Anderson que me explicara exactamente cómo funciona lo de las particiones, y, según lo que me dijo, estoy segurísima de que lo llevo crudo.

Repito mentalmente las palabras de Greg.

—Me gusta —digo—. Pero creo que deberíamos instalar el fregadero en una isla, con barra americana. De esa manera, quien esté trabajando en la cocina podrá hablar a la vez con quien esté sentado en un taburete o en el salón.

Anderson y Greg se miran y asienten con la cabeza.

—Muy bien —opina Greg—. Me parece estupendo. —Echa un vistazo por el lugar y después me mira—. Creo que hemos acabado. Todo genial, ¿verdad?

—Va a ser increíble. ¿Quieres que haga un resumen de lo que hemos acordado? —le pregunto a Greg—. Si quieres, también puedo hacer algunos bocetos.

—Perfecto.

Les sonrío a los dos.

—No me puedo creer que hayamos empezado de verdad. Anderson, en serio, sin ti...

—Créeme, yo también estoy en deuda con vosotros dos.

—¿Vamos a celebrarlo? —sugiere Greg—. ¿Unas copas? ¿Comida rápida?

Miro el reloj.

—Me encantaría, pero tengo planes con Lyle. Una fiesta de despedida para un amigo.

—Felicidades, por cierto —me dice Anderson—. Debes de estar muy emocionada.

—Lo estoy —le aseguro, interpretando mi papel a la perfección al tiempo que le enseño el anillo.

Pero debajo de la rutilante sonrisa hay una capa de melancolía. Por la casa que seguramente voy a perder. Y por el hombre al que quiero. Porque llevo en el dedo su anillo de compromiso sin saber ni por asomo si esta relación va a llevarnos a algún sitio.

Un momento.

¡Ostras!

Rebobinemos.

¿Cómo que «al que quiero»?

Extiendo un brazo y me apoyo en un armario de la cocina, porque esas palabras me han aflojado las rodillas.

¿De verdad he pensado eso?

Y lo más importante, ¿lo he pensado en serio?

—¿Estás bien? —me pregunta Greg, y asiento de forma automática con la cabeza.

—Un poco mareada. Me ha dado demasiado el sol estos dos últimos días. —Echo un vistazo hacia la puerta—. Me voy a casa para ver si puedo hacer ese boceto antes de irme a la fiesta. ¿Nos vemos aquí mañana? ¿A las nueve?

Ambos me dicen que sí y salgo por la puerta a toda prisa, en dirección a mi desaprovechado Toyota. Estoy deseando subirme, cerrar la puerta, poner música y conducir mientras las emociones y las revelaciones se asientan en mi interior.

Sin embargo, antes siquiera de tener la oportunidad de hacer nada llega Greg.

—Oye, espera —me dice cuando baja saltando los escalones de la entrada.

Me meto las manos en los bolsillos mientras él se acerca.

—¿Se nos ha olvidado algo?

—No. Pero... es que... quería decirte que siento mucho lo de la otra noche. No me gustó nada su forma de echarme a los leones.

—No lo hizo —le aseguro, tras lo cual tuerzo el gesto—. Lo siento. Te dije que te lo explicaría todo, pero he estado tan ocupada que...

—No pasa nada. Me lo ha explicado Joy. Así que ya sé de qué va la historia. Pero me preocupo de todas formas. Y te juro que no se trata de celos. Somos amigos, ¿verdad?

—Desde luego.

—Es que me preocupa que todo esto acabe afectándote. ¿Un compromiso falso? Es la receta perfecta para el desastre.

—Todo saldrá bien —digo, pero la verdad es que a estas alturas yo también estoy preocupada.

Porque quiero a Lyle de verdad.

Y ya sea para bien o para mal, el amor te hace vulnerable.

—¡Más rápido! ¡Más rápido! —grita Lara, la hija pequeña de Nikki y Damien, mientras Lyle la hace girar en círculos como si fuera un avión antes de dejarla de nuevo sobre el césped—. Otra vez —le dice ella dando palmadas.

—Dentro de un ratito, cariño. —Lyle se tumba en el césped al lado de la niña—. Me has dejado agotado.

Riley, que está sentado a mi lado, ríe entre dientes.

—Nenaza. Está claro que tenemos que aumentar el nivel de entrenamiento.

Lyle levanta la cabeza y mira a su amigo con el ceño fruncido.

—Te soltaría una fresca, pero hay niños presentes. Hola, preciosa —añade dirigiéndose a mí.

—Hola.

Estamos en Malibú, en la que debe de ser la casa, y el paisaje, más espectacular que he visto en la vida. Eso mismo le digo a Nikki en cuanto se acerca a la enorme mesa de piedra y me ofrece un cóctel, una mimosa.

—Sí que es espectacular —reconoce ella—. Y te lo digo sin afán de presumir, la verdad. Cuando Damien y yo empezamos nuestra relación ya estaba casi terminada, aunque sí que puse mi granito de arena decorando el interior.

Llevamos aquí ya unas cuantas horas y me sorprende lo a gusto que me siento. Antes de conocer a Lyle, no me relacionaba con gente que tuviera tanta pasta, pero los Stark, su familia y sus amigos son personas muy sencillas y todo el mundo ha colaborado para que me sienta integrada.

—¡Me toca! —grita una niña de pelo oscuro que corre hacia Lyle en cuanto él se levanta.

—Ronnie Steele, ya eres demasiado grande para eso.

—Mamáááá —protesta la niña.

—Mejor os vais a jugar a los columpios y dejáis que los mayores hablemos.

La niña hace un puchero, pero la obedece, y cuando vuelvo la cabeza veo a Sylvia detrás de mí, con su hijo en brazos. Cass es su mejor amiga, así que la he visto varias veces en Totally Tattoo, pero hasta hoy no me han presentado a su marido, Jackson. Estuvo en la inauguración de Wyatt, así que lo vi de lejos, pero no le dije a Lyle que nos presentara.

Mejor así. Porque es un arquitecto de fama mundial y cuando me lo presentaron deseé que me tragara la tierra por lo tonta que me puse. Menos mal que no ha tenido en cuenta mi ridículo fanatismo.

Syl me cuenta que Cass y Siobhan estaban invitadas, pero que ya habían quedado de antemano con los padres de Siobhan.

—Y no soy de esas que van por ahí preguntando sobre los planes de formar una familia —añade clavando la vista en el anillo de compromiso mientras se sienta, y se coloca a Jeffery en el regazo—. Pero sí te diré que, si quieres niños, merece la pena tenerlos. Dan mucha guerra —me asegura poniendo los ojos en blanco en plan exagerado—, pero merece la pena.

—Gracias por el consejo. Creo que de momento estaré bastante ocupada con mi gato.

—Os veo muy a gusto —dice Lyle, que se une a nosotras—. ¿Debería preocuparme?

—Mucho —le contesta Syl—. Estamos hablando de cosas de mujeres.

—Hablando de mujeres —sigue él—, ¿sabes dónde está Jane? Desapareció antes de que pudiera presentarle a Laine.

—Se fue con Dallas y Noah al garaje —contesta Nikki, que acaba de acercarse con Damien—.

Querían ver los coches de Damien. —Mira a su marido con una sonrisa—. Supongo que volverán dentro de una semana o dos.

—Mi mujer es muy graciosa.

—A mi marido le encantan los coches.

—Pero el garaje es como la batcueva —señala Sylvia—. Eso hace que la colección de coches sea más guay.

—Cierto —reconoce Nikki, que añade dirigiéndose a mí—: Es verdad que la colección es impresionante. Pero yo me quedo con Coop.

Levanto una ceja a modo de pregunta.

—Su Mini Cooper —me explica Damien—. Es una mujer de un solo hombre y de un solo coche.

Ella lo mira con los ojos entrecerrados.

—¿Te has percatado del detalle del número de coches que tienes? ¿Debería preocuparme?

Damien la estrecha entre sus brazos.

—Jamás —le contesta con firmeza antes de besarla.

Me derrito un poco y luego un poco más cuando Lyle me coge de la mano para darme un apretón.

—Me gustaría conocer a Jane —digo—. Si quieres, podemos ir al garaje.

—Seguramente deberíais esperaros —nos aconseja Damien—. Puede que estén hablando de coches. O puede que estén hablando de otras cosas.

Riley, que hasta ahora ha estado muy callado, levanta la cabeza.

—¿Cómo por ejemplo?

—Dallas y Noah están metidos en muchas cosas —contesta Damien sin concretar—. Y son amigos desde hace mucho.

No sé a qué puede estar refiriéndose Damien y creo que Riley tampoco lo sabe. Al menos, no específicamente. Pero todo parece muy misterioso.

Sé quién es Dallas Sykes. Antes de que él y su mujer, Jane West Sykes, se casaran, protagonizaron un tórrido escándalo. Y antes él ya era famoso en la prensa rosa. Lo llamaban el rey del sexo y tenía fama de mujeriego, aunque la ha perdido desde que se casó.

La verdad, estas personas son como un rompecabezas cuyas vidas se cruzan y se solapan, formando el tapiz de la amistad y la familia.

—Me caen bien tus amigos —le digo más tarde a Lyle mientras paseamos por un sendero en dirección a la pista de tenis.

—Me alegro. Conozco mejor a Jane porque trabajamos juntos en *El precio del rescate*, pero también conozco a Nikki y a Damien por el trabajo que realizan en la Fundación Stark para la Infancia. Todos son buenas personas.

—¡Tarpin!

Echo un vistazo a mi alrededor para localizar a la persona que ha hablado y veo a un hombre que sale de la pista de tenis al sendero. Es alto, apuesto pero con aspecto curtido, y con una sonrisa simpática. Pero es su pelo rojo lo que impide que pase desapercibido.

—Noah —replica Lyle, que se apresura a intercambiar un abrazo fraternal con el pelirrojo—. Te he estado buscando.

—¿Ah, sí? Pues yo no te he estado buscando a ti —le suelta él con una sonrisa guasona—. Eso sí, he oído muchos rumores sobre tu compromiso. —Me mira y esboza una sonrisa tan sincera y dulce que se la devuelvo al instante—. Aquí está la persona a la que estaba deseando conocer.

—Sugar Laine, te presento a mi amigo Noah Carter.

—Me alegra muchísimo conocerte por fin —digo.

—Siento mucho haber desaparecido de mi propia fiesta de despedida. Pero, ya que me mudo al interior, me apetecía dar un paseo por la playa. Supongo que se me ha ido el santo al cielo.

—Es normal —digo, y aunque no lo conozco como para estar segura, creo que percibo un halo de tristeza en sus ojos verde oscuro.

—Y has estado admirando los coches —añade Lyle— y eso te ha hecho perder más tiempo todavía.

—El problema no ha sido el tiempo —dice Noah—. ¿Has visto lo grande que es el garaje de Damien excavado en la montaña? ¡Si hasta me he perdido! Si Dallas y Jane no han vuelto al patio cuando regresemos, sería mejor enviar un equipo de búsqueda.

—La verdad es que deberíamos volver todos —sugiere Lyle—. Creo que he oído que iban a encender la barbacoa.

—Felicidades por el compromiso —dice Noah una vez que emprendemos el camino de vuelta.

—Gracias —decimos Lyle y yo a la vez—. ¿Estás saliendo con alguien? —Doy un respingo al sentir que Lyle me da un apretón en la mano. Fuerte.

—No —contesta Noah con voz educada pero cortante. Se vuelve para mirarme y, cuando habla, lo hace con suavidad, como si fuera consciente de lo brusco que ha parecido antes—. Ahora mismo no me interesa salir con nadie. Estoy más concentrado en mi carrera profesional.

Pienso en Lyle y en cómo me soltó la misma cantinela. Unas palabras que en el fondo encerraban un gran dolor.

—¿A qué te dedicas exactamente? —le pregunto, porque creo que es un buen momento para cambiar de tema.

—Tecnología —contesta él—. Me mudo a Austin para dirigir una de las empresas tecnológicas del grupo Stark. I+D, en su mayor parte.

—Eso está genial. —No conozco Texas, pero creo que estará monísimo con un sombrero de vaquero—. ¿Has trabajado antes para Dallas?

—En el departamento de seguridad de su cadena de grandes almacenes —contesta—. Hasta que me reclutó él en persona y di el salto de la costa este a la costa oeste. Ahora me voy al centro del país.

Dado que tengo la impresión de estar interrogándolo, guardo silencio y Lyle y él empiezan a hablar sobre un grupo de póquer habitual del que Noah ya no va a formar parte, y de otro amigo llamado Ryan, que también trabaja en seguridad, pero que no ha venido a la fiesta porque está de crucero con su mujer.

De regreso al patio nos cruzamos con Jane, que llama a Lyle y después me envuelve en un abrazo tan amistoso que es como si nos conociéramos desde hace años.

—Eres muy afortunada por estar con Lyle —me susurra al oído—. Te juro que infundió unas emociones que no existían en mi guion.

Seguimos juntos hacia el patio, donde nos reciben las carcajadas y el olor de las hamburguesas que están en la barbacoa. Damien Stark se está encargando de cocinarlas y eso me hace reír, teniendo en cuenta que podría comprar todas las hamburgueserías del país. Dallas Sykes está a su lado, aunque no lo reconozco hasta que Jane nos presenta. Lo he visto antes en foto, claro, pero es mucho más atractivo en persona. Algo que, la verdad, resulta increíble, porque en las fotos ya está buenísimo.

Todos nos sentamos para disfrutar de las hamburguesas, la cerveza, el vino y las patatas fritas, en un ambiente completamente normal y en absoluto ostentoso. Lyle me pasa un brazo por los hombros en un momento dado y me apoyo en él, sintiéndome como en casa.

Cuando estoy que no puedo más de tanta comida y tanto vino, que se me ha subido un poco a la cabeza, Lyle me acompaña hasta el jacuzzi y nos sentamos en el borde con los pies metidos en el agua, y con su brazo sobre mis hombros para que yo siga apoyada en él.

—Qué agradable es esto —digo y, cuando me vuelvo para sonreírle, me aferra la barbilla y me besa con dulzura, y pienso para mis adentros que la cosa se está poniendo mucho más agradable.

Nos quedamos otra hora más, hablando y disfrutando, y me siento como una integrante más del grupo. Para alguien que ha estado sola durante tanto tiempo, esta sensación es sorprendente y maravillosa.

Cuando llega la hora de irnos, espero en el vestíbulo de entrada a Lyle, que está discutiendo con Damien algunos detalles sobre el almuerzo de la Fundación Stark para la Infancia, y se me acerca Riley.

—Hola —me saluda.

—Hola. Si buscas a Lyle, está ahí. —Señalo la escalinata por la que se accede al tercer piso.

—No. Te buscaba a ti.

—Ah.

Empiezo a jugar con el anillo de compromiso mientras me pregunto hasta qué punto está al

tanto de la verdad. Resulta que sabe bastante. Vamos, que sabe que nuestro compromiso es una farsa y cómo nos conocimos. Y también que me pagó con dinero.

—Somos amigos desde hace mucho tiempo —señala, y yo asiento con la cabeza.

—Me lo ha dicho —le digo—. Me ha hablado de ti, de Jenny y de la vida en Iowa. —Esbozo una sonrisa insegura—. Creo que tiene mucha suerte por contar con tu amistad.

Riley me mira con seriedad y después asiente.

—Sí, bueno, yo también tengo suerte por contar con la suya. —Se mete las manos en los bolsillos delanteros de los vaqueros—. A ver, iba a decirte que esperaba que entendieras que lo que te ha contado..., en fin, que no es típico de él confiar hasta ese punto en alguien.

—No voy a airear sus secretos, si es eso lo que te preocupa.

—Me preocupaba. Ahora que te conozco, ya no me preocupa. Pero ten cuidado con él, ¿vale? No quiero verlo sufrir.

—No voy a hacerle daño.

—No a propósito —apostilla él—. Pero te quiere. No me lo ha dicho así tal cual, pero lo sé. Y eso significa que será inevitable.

—¡Oh! —No sé qué decir, pero tengo la impresión de que se me hincha el corazón en el pecho y me cuesta muchísimo contener una sonrisa.

Riley me mira de arriba abajo con ojo crítico. Sin embargo, en cuanto su mirada se posa en mis ojos, es él quien sonríe.

—Ajá —dice por fin—. Creo que puede salir bien.

No lo conozco, pero me ha parecido que a Noah le entristecía marcharse —le digo a Lyle mientras subimos en el ascensor a su piso; no he estado antes aquí, y cuando me habló de las vistas desde el trigésimo piso, le supliqué que me lo enseñara.

Es un edificio reluciente y moderno. Lyle me dijo que compró el piso cuando la serie de televisión batía récords de audiencia cada semana.

Ahora está apoyado contra la pared del ascensor, con una mueca tristonca en los labios.

—No te equivocas —me dice sobre Noah—. Seguro que se llevaría un chasco si supiera que es tan transparente.

—¿Está bien? ¿La mudanza es por algo más que trabajo?

—Es un poco por varias cosas, aunque no me ha contado muchos detalles.

El ascensor se detiene poco a poco y las puertas se abren. Hay cuatro ascensores en el edificio, uno en cada esquina. En la mayoría de las plantas, según me explicó Lyle, los ascensores dan a un pasillo con dos o tres apartamentos. Su apartamento, en cambio, ocupa una cuarta parte de la planta superior, de modo que el ascensor se abre a un vestíbulo privado con su puerta a un lado, un arreglo floral justo enfrente del ascensor y, a la derecha, un espacio de almacenamiento extra, según me cuenta ahora.

—Noah se va a hacer cargo del negocio en Austin —continúa—. Al parecer, Stark International compró una empresa y el administrador actual no está a la altura. Pero también le pidió a Damien el puesto cuando se quedó libre. Creo que quiere irse de Los Ángeles. El sur de California le trae malos recuerdos.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —le pregunto, pero luego digo—: ¡Uuaaaau! —Sigo a Lyle al interior de su piso, que apenas está amueblado.

Tenía razón con las vistas. La zona principal del piso es un espacio abierto y cuadrado con una cocina, dos zonas para sentarse y un pasillo que seguramente conduzca a los dormitorios.

Dos laterales de dicho espacio son de cristal.

Y ahora, de noche, las luces de la ciudad brillan más allá de un muro invisible, mientras las colinas centellean al otro lado. Es como flotar por encima de un mundo de fantasía, así que me vuelvo hacia él con una sonrisa.

—Es alucinante.

Señala la cocina y me siento en uno de los taburetes mientras él abre una botella de vino.

—¿Qué le pasó a Noah? —repito, dado que me he distraído con las vistas—. Puse el dedo en la llaga cuando le pregunté si salía con alguien. Todavía me duele la mano por la metedura de pata —añado con sorna.

Sirve dos copas y luego se las lleva al sofá y me hace un gesto para que lo acompañe.

—Estuvo casado. Tenía esposa y una hija pequeña. —Lyle toma aire—. Las secuestraron. A plena luz del día.

—Ay, Dios. —Se me revuelve el estómago, de modo que dejo la copa—. ¿Qué pasó?

Observo la cara de Lyle. Me doy cuenta de lo blanco que se queda. De cómo se le mueve la nuez al tragar saliva.

—Encontraron a la niña —contesta con voz apagada—. La habían asfixiado. Nunca encontraron a su mujer.

—Qué horror. —La palabra se queda tan corta que me siento tonta por pronunciarla siquiera—. ¿Cuánto hace de eso?

—Cuando se estrenó *El precio del rescate* habían pasado siete años. La declararon oficialmente muerta aquella semana.

—Es que ni me lo puedo imaginar —digo, porque mis problemas parecen insignificantes en comparación.

Me levanto, ya que necesito moverme y sacarme de la cabeza esas imágenes espantosas. Hay una librería en el extremo más alejado de la estancia y me acerco a ella para ojear los títulos.

—Estoy casi segura de que tienes todos los libros que se han publicado sobre Hollywood.

—No vine con el gusanillo, pero me infectó pronto.

Se reúne conmigo junto a la estantería y señala un montón de guiones que me dice que ha leído para estudiar los papeles cuando estaba empezando. Me doy cuenta de que todos son clásicos y también dramas famosos más recientes.

En cuanto a los libros, todos hablan de Hollywood.

—Anda —digo al tiempo que cojo uno de la estantería—, una biografía de Anika Segel. ¿No es la...?

—La abuela de Wyatt. Te has acordado.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué no estaban Wyatt y Kelsey en la fiesta? ¿No estáis en el mismo círculo?

—Hablé con él esta mañana. Me dijo que la semana pasada Noah fue a cenar a su casa y que les mandaron sus disculpas a Nikki y a Damien. Pero que necesitaban tiempo a solas. Al parecer, preparar la exhibición juntos ha sido agotador.

Tiene sentido, de modo que miro a Lyle con una sonrisa y luego le acaricio el dorso de la mano con los dedos.

—Pasar tiempo a solas puede ser algo muy bueno.

—Me alegro de que te lo parezca. Esperaba que pudieras quedarte esta noche.

—Creo que sí. Tendré que calmar a Skittles por la mañana con atún, pero te querrá más por ser el motivo de que le dé un premio.

Sigo mirando la estantería y paso un dedo por las obras de teatro. Chéjov. Stoppard. Shakespeare. Coward. Y muchos más.

—¿Son de Jenny?

Niega con la cabeza.

—No, a Jenny le gustaban los éxitos comerciales. O lo haces a lo grande, o mejor no lo hagas —dice con una sonrisa melancólica.

—¿Eso quiere decir que son tuyos?

Asiente con la cabeza.

—Soy uno de esos tipos a los que descubrieron por su cara bonita. La típica historia hollywoodiense. Pero lo que nadie dice es que una cara bonita no sirve de nada si no sabes actuar. Así que empecé a ir a clases de interpretación y me di cuenta de que me encantaba. Jenny tenía la ambición y las ganas, y también el talento, claro —continúa—. Pero sobre todo era la personificación de una estrella. Brillante y vibrante, con ganas de vivir a lo grande.

—¿Tú querías vivir de forma más modesta?

—Quería actuar. Hacer algo transformador. Perderme en un papel. Analizarlo de verdad y buscar al personaje que había en lo más hondo. Hice mucho teatro cuando era joven.

—Me encantaría verte en un escenario.

—Ya no me dedico a eso.

—¿Por qué no?

—Porque soy uno de los afortunados. Lo he conseguido.

Frunzo el ceño mientras paso un dedo por el montón de guiones.

—¿No debería eso darte más libertad?

—El concepto de «conseguirlo» es relativo, supongo. Estoy entre los mejores, cierto. Pero todavía me queda escalar otra montaña.

Intento asimilar todo lo que me está diciendo, pero hay algo que no me encaja. Hay un guion con las páginas marcadas y manchado de café en la mesita auxiliar y lo cojo para tener algo en las manos. *Arizona Spring*.

Lo sujeto con fuerza y me acerco al ventanal intentando averiguar qué me molesta. Sin embargo, no consigo atar cabos hasta que me siento en el sillón junto al ventanal y empiezo a hojear el guion.

—¿Es de una película que quieren que hagas?

Asiente con la cabeza y se acerca un poco, pero se queda a varios pasos de mí, al otro lado de la mesita auxiliar.

—¿Vas a hacerla?

—No —contesta mientras yo sigo pasando páginas y me fijo en todas las marcas que ha ido dejando.

—¿Porque el guion exige mucho trabajo?

—La verdad, el guion es estupendo. Hay mucho margen para desarrollar el personaje y he estado tomando notas... —Se interrumpe de golpe—. Da igual. La producción va a empezar pronto y yo tengo en proyecto tres películas más de Blue Zenith.

—Y dijiste que también eran buenos guiones.

—Lo son —asegura y lo conozco lo suficiente para saber que lo dice en serio, pero también deduzco por su voz que los guiones no son tan buenos como el de *Arizona Spring*.

Toda esta conversación no me está sonando bien, pero ahora mismo no merece la pena que me preocupe por eso. No cuando las luces de la ciudad relucen con un brillo romántico al otro lado del ventanal y el hombre del que me he enamorado me ha pedido que me quede a pasar la noche.

—Oye —le digo tendiéndole una mano—, me gusta este sillón. Tiene unas vistas espectaculares y hay sitio de sobra para dos. Creo que deberías venir a hacerme compañía.

—¿Por qué no te vienes conmigo al sofá? —Retrocede un paso—. Hay más sitio para tumbarse —añade con un deje incitante en la voz.

Debo admitir que es tentador. Pero...

—No sé... —Me acerco al ventanal y pego la frente y las manos al cristal mientras miro las luces de la ciudad, que brillan como estrellas en la oscuridad, como si estuviéramos mirando desde el cielo—. Tú eres quien me ha hecho venir aquí con el cebo de las vistas —digo con deje burlón—. Creo que deberías venir aquí ahora mismo. —Cambio de postura para poder ver su reflejo—. No vas a hacerme creer que nunca has hecho el amor delante de un ventanal.

—Pues créetelo —replica, y lo hace con tal deje en la voz que me doy media vuelta, desconcertada y un poco preocupada.

—¿Lyle?

—La verdad es que no me gustan mucho las alturas. Ya te lo dije en Disneylandia.

—Oh. —Asimilo sus palabras—. Creía que era la caída lo que te inquietaba. No la altitud. Pero si es así..., a ver, ¿por qué te subiste en la atracción? Y ya que estamos —añado—, ¿por qué tienes un sillón junto al ventanal? ¿Por qué tienes este piso? ¿Por qué te sacaste la licencia de piloto? —Al ver su cara de sorpresa, me encojo de hombros—. Ya te dije que te había buscado en Google. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No venía a cuento. Solo saco la avioneta para mantener la licencia.

Meneo la cabeza, desconcertada.

—No lo entiendo. ¿Por qué?

—Me gusta enfrentarme a mis miedos.

Y por fin lo entiendo.

Por fin encuentro la pieza del rompecabezas que no encontraba. Por fin veo toda la imagen, el caos horripilante y aterrador.

Y sé con total seguridad que esta puede ser la noche que nos destruya. Porque sé desde que lo conocí que Lyle está traumatizado, pero me enamoré de él de todas formas.

Y ahora...

En fin, ahora tengo que descubrir si también me quiere.

Y si me quiere, ¿va a quedarse conmigo y a sanar o va a echarme de su lado? ¿Seré tan solo un deseo más que evita? ¿Una forma más de expiar su culpa?

Doy un paso titubeante para acercarme a él y luego otro, hasta que estoy tan cerca que casi oigo los latidos de su corazón.

—¿Te gusta enfrentarte a tus miedos? —repito, pero continúo antes de que pueda contestar—. Puede que a los fáciles. Como los edificios altos, las montañas rusas y los aviones privados. Pero sigues siendo esclavo de los difíciles, Lyle. Sigues teniendo miedo de dejar marchar a Jenny.

Al principio, solo veo sorpresa en su cara, pero la ira la reemplaza enseguida.

Es evidente que he metido el dedo en la llaga.

Me humedezco los labios mientras hago acopio de valor, porque pienso seguir hurgando en la herida.

—Acerté la primera noche, Lyle. Necesitabas un muro contra el que desatar tu furia. No contratabas a las mujeres por el sexo. Eran un castigo. Para fustigarte por lo que le sucedió a Jenny.

—No tienes ni idea —replica con voz dura—. No tienes ni puta idea de lo que dices.

—Y una mierda que no. Está todo aquí, en este piso. Te estás castigando por la muerte de Jenny. Te estás castigando no viviendo tu vida. Estás viviendo su carrera, Lyle, no la tuya. El piso con el que ella soñaba. Su carrera ideal.

—No —dice, pero paso de él.

Sé que tengo razón, así que insisto, me obligo a hablar, porque de lo contrario me echaría a llorar.

—Por eso no tienes relaciones. No es porque estés centrado en tu carrera o porque no sepas si tus citas te desean a ti o solo quieren estar con un famoso. Eso ni siquiera es el caso. Todo es un castigo.

Sigue de pie, con expresión estoica.

No sé qué se le está pasando por la cabeza. Así que me limito a continuar.

—Y no solo es por castigarte, Lyle, es por miedo. Perdiste a tu madre. Perdiste a Jenny. Qué más vas a perder, ¿no? Y es aterrador... Lo entiendo. —Las lágrimas me caen por las mejillas, de

modo que me las seco con las palmas de las manos—. Perder a mi madre y a Andy casi me destruyó, pero también doy gracias por el tiempo que pasé con ellos.

—Sugar —dice él con voz ronca, y extiende los brazos hacia mí, pero todavía no estoy preparada para que me toque; tengo que soltarlo todo, tiene que oírlo todo.

—¿Quieres saber lo más aterrador e irónico de todo? Estoy enamorada de ti. Por completo. Y estoy segura de que tú también estás enamorado de mí. A lo mejor ha sido muy rápido. A lo mejor eso hace que sea más aterrador. Pero es real. Y me aterra que me vayas a alejar de ti porque te da miedo. —Le pongo las manos en los hombros y me pego a él—. ¿Y sabes qué? Si lo haces, sobreviviré. Me cabrearé como una mona y me dolerá muchísimo y sentiré un montón de cosas desagradables más. Pero sobreviviré. Y no me arrepentiré de lo que siento. Jamás. Porque es real —termino, poniéndole una mano sobre el corazón—. Aunque sea aterrador.

Tomó una bocanada de aire entrecortada. El subidón de adrenalina desaparece y ahora estoy un poco avergonzada por haberme puesto de esa forma con él. Pero el miedo es real. Es un hombre que no buscaba el amor. Nos encontramos por sorpresa el uno al otro mientras retrocedíamos a tientas.

No estaba preparado, lo entiendo.

Ojalá ahora sí.

Retrocedo un paso, convencida de que necesita espacio, pero me pega a él y me besa con tanta fuerza que estoy segura de que me deja los labios magullados.

—¿Es un beso de despedida? —le pregunto, con el corazón desbocado.

—Es un beso para no escucharte.

Asiento decepcionada.

Pero luego me abraza de nuevo y se apodera de mi boca con suavidad. Me besa con dulzura. Con ternura. Y cuando se aparta, todo el cuerpo me vibra por la emoción.

— ¿Y este?

—Este beso —dice— significa que tenías razón.

—Oh. —Me permito regodearme en la sensación un segundo—. ¿Razón en qué exactamente?

—En todo —contesta—. Pero sobre todo, en que también estoy enamorado de ti.

Dilo otra vez —exijo, sintiéndome como si pudiera derretirme aquí mismo entre sus brazos.

—Te quiero —repite—. A ti, Sugar Laine. —Me toma la cara entre las manos—. Te quiero.

Suelto un hondo suspiro.

—Me gusta como suena eso.

—Me alegro —dice él—. A mí también me gusta.

—¿He mencionado que yo también te quiero?

—Es posible que hayas dicho algo, sí. Pero podrías repetírmelo y tal.

Esbozo una sonrisa pícara.

—Podría. O a lo mejor te lo tienes que ganar.

—¿Ah, sí? —replica él con un deje interesado y juguetón en la voz—. ¿Y cómo se supone que debo hacerlo?

—Estaba pensando que, si me desnudas y me follas bien, sería un buen comienzo —contesto—. Pero estoy abierta a sugerencias.

En vez de contestarme, me mira con gesto travieso y se acerca a mí, sorprendiéndome por completo cuando me levanta del suelo y me echa sobre uno de sus hombros.

—¡Lyle! —chillo.

—Silencio —me dice al tiempo que me da en una nalga y echa a andar hacia el dormitorio—. Soy un hombre con una misión, ¿recuerdas? Creo que mi tarea consiste en follarte bien, ¿no?

Me arroja sobre la cama y me quedo tumbada, apoyada sobre los codos mirándolo.

—Me alegra saber que eres capaz de seguir órdenes —le suelto.

—Ahora mismo me siento muy obediente. Puedes pedirme cualquier cosa.

Sus palabras flotan sobre mí, suaves y cálidas, y le tiendo una mano.

—Pero ¿qué puedo pedir? Si te tengo a ti, no me interesa nada más.

—Sugar...

Nunca he oído a nadie pronunciar mi nombre con tanto deseo y pasión. Sigo mirándolo mientras se desnuda y dejo que la pasión me invada, que me inunde.

Se quita primero la camisa y suspiro de deseo ardiente, devorando con los ojos esos brazos tan fuertes y conocidos, esos abdominales tan marcados. Sé que ha estado entrenando mucho y se nota. Pero por más estupenda que sea su imagen, lo que quiero es su cercanía física.

—Date prisa —le digo—. Me encanta el aperitivo, pero estoy deseando llegar al plato fuerte.

Me mira a los ojos y veo mi deseo reflejado en los suyos, tan intenso y poderoso que es como si me golpeará.

—Desnúdate —me ordena, y yo ni titubeo; me desnudo y arrojo la ropa al suelo mientras él hace lo propio; acto seguido, salta a la cama y me arranca una carcajada, porque acabamos rodando sobre el colchón y aterrizo sobre él, con las manos apoyadas en su cuerpo firme—. Bésame —me ordena de nuevo, y levanto una ceja.

—Creía que era yo quien mandaba aquí.

—¿Qué te parece si mandamos los dos? —me pregunta, y como me parece tan maravilloso, no me molesto ni en contestar.

Me inclino hacia delante, rozándome el pecho con su torso, y lo beso en la boca.

En cuanto nuestros labios se tocan, es como si nos atravesara un rayo. El beso es salvaje. Ardiente. Electrificante.

Apasionado, tórrido y sensual a tope.

Un tipo de beso que sustituye al sexo, pero ahora mismo no me conformo con sucedáneos. Quiero algo genuino. Joder, lo exijo.

Estoy sentada a horcajadas sobre sus caderas, pero voy bajando mientras nos besamos, hasta que siento el roce de su polla, torturándome.

—Lyle —murmuro, porque ya no aguanto más. Sé que es rápido. Sé que no ha habido preliminares, pero lo deseo. Lo necesito. Sentirme conectada a él. Ser «nosotros».

—Sí —dice él—. Dios, Sugar, sí.

Me aferra las caderas cuando me incorporo y después nos tortura un poco a los dos alejándose de mí, a la vez que yo me coloco en posición. Desciendo un poco, metiéndome solo la punta, y lo miro mientras arquea la espalda y suelta un gemido que puede ser de placer o de dolor, o tal vez de las dos cosas a la vez.

—¿Quieres más? —le pregunto, y siento cómo se me tensan los muslos al subir y bajar las caderas despacio, una tortura para los dos, hasta que creo que ninguno es capaz de soportarlo más.

Él debe de pensar lo mismo, porque me agarra con fuerza de las caderas y me obliga a bajar del todo, momento en el que grito al sentir que me la mete hasta el fondo. No sé dónde acaba él y dónde empiezo yo.

—Sí —digo entre jadeos.

La palabra reverbera en la estancia mientras me muevo sobre él, tensando los músculos a medida que subo y bajo sobre su polla. Lyle me aferra las caderas y se mueve al compás que yo marco.

Lo miro a la cara e intercambiamos una mirada tan apasionada como la unión de nuestros cuerpos. Veo cómo se va acercando al orgasmo, igual que yo.

—Casi —le digo, porque no soy capaz de hablar más.

Él me entiende y me suelta una cadera para introducir la mano entre nuestros cuerpos y acariciarme el clítoris mientras nos movemos con frenesí.

—Córrete conmigo, Sugar —me ordena.

Siento cómo tensa el cuerpo debajo de mí; el mío reacciona de la misma manera y la tensión aumenta poco a poco, concentrándose en las entrañas hasta que de repente lo oigo gritar: «Ahora», y el estallido de placer se convierte en una explosión de estrellas, colores y luz deslumbrante.

El orgasmo nos ha hecho estallar en millones de pedazos, que se vuelven a unir lentamente. Nos abrazamos con fuerza, sin dejar de estremecernos, y el mundo empieza a girar de nuevo.

—Uau —digo cuando recupero la respiración; estoy a su lado, con la cabeza apoyada en su torso—. Ha sido...

—Lo sé —me interrumpe él—. Increíble.

—Estoy muerta.

—Y yo —confiesa antes de besarme el hombro—. ¿Quieres hacerlo otra vez?

Me río y después me coloco otra vez sobre él.

—Por supuesto.

No recuerdo cuándo me dormí, pero me despierto acurrucada a su lado, con la espalda contra su pecho y su brazo sobre mi cintura.

Su cuerpo desprende calor y me encantaría quedarme así para siempre, acurrucada en un limbo lleno de rayos de sol, segura entre los brazos del hombre al que quiero.

Pero la mundana realidad hace que ese deseo sea imposible.

Salgo de la cama y me pongo la camiseta de manga corta que llevaba Lyle anoche. Me llega a medio muslo y huele a él. Ahora mismo, mi idea del paraíso es pasarme todo el día vestida con esta camiseta, envuelta por su olor y por los recuerdos de la noche pasada.

Una vez en el cuarto de baño, me observo la cara para ver si parezco distinta. Hasta ahora, nunca había estado enamorada, mucho menos de un hombre que me correspondiera.

Me inclino hacia delante, hasta que casi toco el espejo con la nariz. Tengo los ojos brillantes, las mejillas un poco coloradas y los labios todavía hinchados. Un aspecto por el que muchas mujeres pagan una pasta gansa.

En definitiva, además de parecer enamorada, parezco una mujer que se ha pasado la noche haciendo el amor.

Y debo decir que estas circunstancias le sientan a mi piel de maravilla.

Mis pensamientos me hacen gracia y sonrío mientras recorro el pasillo hacia la cocina, en busca de una botella de agua.

Pero la sonrisa se me congela en la cara y desaparece en cuanto doblo la esquina.

No estoy sola.

Evelyn y Natasha están sentadas en el sofá, justo delante de mí, y ambas vuelven la cabeza cuando oyen mi exclamación. Abren mucho los ojos y Natasha se levanta de un brinco mientras dice:

—Mierda, Laine. Pensaba que estaba solo.

—Y yo pensaba que este compromiso inventado no tenía ningún fundamento —añade Evelyn con un deje guasón en la voz; me mira de arriba abajo—. ¿O estoy malinterpretando lo que veo?

No sé qué decir, así que me quedo plantada como un pasmarote, segura de que me he puesto colorada de la cabeza a los pies y preguntándome si todavía no es demasiado tarde para dar media vuelta y esconderme debajo de las sábanas.

Aunque el momento de bochorno solo dura unos segundos, a mí me parecen horas. Después, la vergüenza desaparece cuando oigo que Lyle dice detrás de mí:

—El compromiso era una farsa. —En cuanto llega a mi lado, me coloca una mano en un hombro y me da un ligero apretón—. Pero la relación es real.

—¡Eso es genial! —Natasha me mira con una sonrisa de oreja a oreja.

Evelyn también sonríe, pero sus ojos están clavados en Lyle.

—Es posible que todavía haya esperanza para ti, Iowa.

—Es posible —conviene él, que se inclina para besarme en la cabeza. Se demora un instante y después se pone a mi lado, me coge de la mano y me guía hasta el salón. Se ha puesto unos pantalones grises de deporte que he visto colgados en la puerta de su armario y va desnudo de cintura para arriba, y, pese a las circunstancias incómodas, lo rodea un aura de total seguridad y confianza en sí mismo—. Lo siento, Nat. No se me ocurrió llamarte para decirte que trabajarías desde el despacho o para que vinieras más tarde. El despacho está en el otro extremo del piso —me dice a modo de explicación—. Era el tercer dormitorio, pero lo transformé.

—No hay ningún problema. —Natasha se pone de pie—. Por mi parte, al menos. —Me mira y se encoge de hombros—. De verdad que lo siento.

—No pasa nada. Ha sido la sorpresa, nada más.

—Y yo he venido porque necesitamos hablar de los contratos antes de que vaya a comentarlos con Charlie. Me encontré a Nat en la puerta del ascensor y subimos juntas —añade Evelyn, lo que explica por qué no ha llamado al timbre, algo que sé porque Lyle me ha explicado que la puerta del ascensor no se abre cuando él está en el piso a menos que introduzcas el código.

—Vale —dice Lyle con voz cortante—. Pues hablemos.

—¿Qué os parece si preparo café? —sugiero.

Ya no siento la necesidad desesperada de ponerme unos pantalones, porque la camiseta es lo bastante larga como para pasar por un vestido, pero tampoco me apetece involucrarme en la conversación. No cuando percibo una tensión laboral entre ellos que no entiendo.

—Te ayudo —se ofrece Natasha, que se apresura a reunirse conmigo en la cocina.

Esta se encuentra en la parte más alejada de la zona de estar abierta y está delimitada por la encimera y la barra americana en ángulo recto.

—¿Quién es Charlie? —le pregunto cuando abre el grifo para llenar una jarra.

—Un abogado. Está revisando los tres siguientes contratos de Blue Zenith.

Mientras ella me contesta, oigo que Evelyn reprende a Lyle diciéndole:

—Como esperes demasiado, perderás la oportunidad. *Arizona Spring* va a cerrar pronto el casting.

—¿Qué pasa? —le pregunto a Nat en voz baja.

Ella se aleja con la jarra de agua para verterla en la cafetera, que está en un rincón al lado de un soporte para tazas, y me explica que las tres siguientes películas de la saga están escritas específicamente para el personaje de *M. Sterious*.

—Una vez que Lyle firmó, lo presionaron para que apareciera en varias películas. —Levanta un hombro, como si fuera algo habitual en este tipo de trabajo, y después empieza a echar el café en el filtro.

—Pero eso es bueno, ¿no? ¿Por qué parece irritada Evelyn?

El problema es que a estas alturas conozco bien a Lyle y sé que su sueño no es interpretar películas taquilleras, pero, para un agente, conseguir que escriban papeles de protagonista para tu representado debería ser motivo de alegría. Sin embargo, no veo muy contenta a Evelyn.

—Lo has notado, ¿verdad? —Mira de reojo hacia el salón, donde Lyle y Evelyn están enfrascados en su conversación—. A ver, el guion de la primera película era fantástico cuando lo leyó por primera vez. Era un gran personaje. Tenía mucho donde hincar el diente desde el punto de vista del actor. Llenó las páginas de notas según lo iba leyendo, porque estaba muy motivado. Fíjate, escribió tantas que tuve que pedirle al estudio que nos enviaran otra copia para que pudiera leer las líneas impresas.

—¿Qué quieres decir con eso de que «cuando lo leyó por primera vez»?

La veo torcer el gesto.

—Después de que *El precio del rescate* empezara a pegar fuerte, el estudio presionó a Lyle para atarlo a la franquicia. Y cambiaron su personaje. Pasó de ser un villano transformado que se sacrifica para salvar el mundo a alguien que salva a uno de los personajes secundarios, tiene una epifanía y se une a la familia feliz de Blue Zenith. —Se encoge de hombros—. El guion no es del todo malo, pero no tiene la fuerza que tenía antes. Sin embargo, las otras tres películas van a ser bombazos de taquilla y, si firma los contratos, Lyle obtendrá un buen porcentaje. De las ganancias, me refiero —señala al ver que yo no reacciono.

—Y para hacer las tres tiene que rechazar *Arizona Spring*.

—Pues sí. Y eso es todo —dice mientras sirve cuatro tazas de café recién hecho—. Por cierto

—añade cogiendo dos tazas y yo las otras dos—, me alegro de que hayamos conectado de nuevo. Y me alegro mucho de que estés con Lyle. Siempre he pensado que... —Se interrumpe y menea la cabeza, tras lo cual empieza de nuevo—: Siempre he pensado que necesitaba a alguien.

—A alguien real —puntualizo, y al ver que me mira a los ojos, entiendo perfectamente lo que quiere decir; sé que está al tanto de lo de las prostitutas—. Así nos conocimos —confieso, porque Nat me gusta y quiero que lo entienda—. Necesitaba dinero con desesperación y...

—Da igual como os conocierais —me asegura ella—. Está claro que ahora lo vuestro es real. Solo hay que ver cómo te mira. —Sonríe de forma genuina—. Es un jefe genial y un tío genial también, y me alegro mucho por él. Por los dos.

—¿Nunca ha habido nada entre vosotros? —pregunto, sorprendiéndome a mí misma porque nunca he sido celosa, pero, claro, nunca he estado con un chico que me importara tanto como para sentir celos.

—Lo respeto muchísimo, pero no. Está bueno, no lo niego, pero no me hace tilín.

— ¿Y R i ley?

—Mmm... —murmura—. Esa es una conversación larga, para otro momento... O mejor no hablarlo siquiera.

—Muy bien —digo con una carcajada—. En todo caso, me alegro de que te alegres por nosotros. —Lo digo en serio y me sorprende reconocer lo mucho que me gusta que alguien nos felicite de corazón—. Supongo que deberíamos llevarles el café antes de que se enfríe.

—Cierto —conviene ella, que echa a andar hacia Evelyn y Lyle.

—... que tengo que llamarlo hoy mismo para preguntarle por un inmueble —está diciendo Lyle cuando nos reunimos con ellos.

—Lo haré —dice Evelyn levantándose—. Os dejo tranquilos. —Me mira y pone gesto pensativo—. Lyle, la semana que viene empiezas en serio con los ensayos. A lo mejor deberías despejar la agenda hasta entonces. El domingo tienes el almuerzo de la Fundación Stark para la Infancia, pero, salvo eso, creo que deberías tomártelo con calma. Cargar bien las pilas antes de empezar.

Él me mira con una sonrisa llena de posibilidades.

—Creo que es una idea estupenda.

Qué te parece? —me pregunta Lyle después de que Evelyn se haya marchado y Nat se vaya al despacho del fondo—. Despejar nuestras agendas para las tres noches antes del almuerzo y...

—No puedo —digo pensando en Greg, en Anderson y en la casa para reformar; luego frunzo el ceño y rebobino—. Espera. ¿Noches?

—¿No habías despejado ya tu agenda para poder trabajar en la casa?

—¿Te has acordado? —Al darme cuenta, siento que el corazón me da un vuelco por la emoción.

—Pues claro. Y, ya puestos, ¿por qué no te echo una mano?

—¿De verdad?

—En fin, no sé en qué te puedo echar una mano, pero puedo limpiar las brochas o coger un mazo y echar abajo lo que necesites derribar.

Estoy a punto de derretirme allí mismo.

—¿Harías todo eso de verdad?

Me toma la cara entre las manos.

—Por supuesto. ¿Y te he dicho ya que soy un experto pidiendo pizzas?

Al final, resulta que sí es un experto en pizzas. Normalmente Greg y yo las pedimos en el sitio que haya dejado publicidad en la puerta, pero Lyle las pide en un lugar que no conozco pero que debería estar catalogado como Mejor Pizzería del Mundo.

Por supuesto, cuando llega, ya llevamos cuatro horas seguidas trabajando y me muero de hambre. Así que mi listón tal vez estuviera un pelín bajo.

Aunque Lyle no solo ayuda con la pizza. Como me prometió, está dispuesto a hacer casi cualquier cosa que le pidamos y, dado que estamos en la primera fase de la reforma, le estamos pidiendo que eche abajo muchas cosas.

—Hay que querer a Riley por entrenarte —digo cuando Lyle blande un mazo para derribar una pared y capto una bonita imagen de los músculos de sus brazos y de su espalda—. ¿Y bien? —le pregunto a Greg mientras Lyle está sacando un montón de escombros al contenedor alquilado que hay en el camino de entrada.

—Tú ganas —admite Greg a regañadientes—. Es un buen tío. Y el compromiso no solo es una farsa, ¿verdad?

Frunzo el ceño.

—¿Por qué lo dices?

—Por favor... En primer lugar, te conozco. Y en segundo lugar, tendría que ser el mejor actor del mundo para mirarte como te mira sin sentirlo de verdad.

—Es un actor increíble —replico—. Pero sí, los sentimientos son reales. Por parte de los dos. Greg asiente con la cabeza mientras lo asimila.

Me muerdo el labio con la vista clavada en él.

—Lo quiero —le digo—. Lo quiero de verdad. Y él también me quiere. —Tomo una bocanada de aire, nerviosa—. El asunto es que quiero que os llevéis bien. A ver, eres uno de mis mejores amigos. Por no mencionar mi socio. Así que ¿todo...?

Asiente con la cabeza, despacio, mientras medita lo que va a decir.

—Sí, todo arreglado. Y me cae bien. De verdad. Pero creo que vais demasiado deprisa. Y sé que no es de mi incumbencia. Pero tú sí lo eres, porque eres mi amiga. Y me sigue preocupando que todo este asunto de la farsa del compromiso te estalle en la cara.

—Es raro —admito—. Pero teníamos nuestras razones. Y si estalla, ya nos las arreglaremos.

—Tú lo harás —replica—, porque de alguna manera siempre te las arreglas con todo lo que te echan. Pero ¿lo hará él? —Nada más hacer la pregunta, levanta las manos en gesto defensivo—. No es una pulla. Es una pregunta sincera. No lo conozco lo bastante bien. Pero me pregunto si un tío que se inventa un compromiso es la clase de hombre que sobrevivirá si alguien tira de la manta y se descubre la farsa de repente.

No contesto. ¿Cómo hacerlo cuando Greg acaba de pronunciar en voz alta mi mayor miedo?

Una vez que Lyle regresa, aparco la conversación y también la preocupación, y cuando terminamos con el trabajo de ese día y Lyle y yo nos vamos a mi casa a estar con Skittles y ver una película alquilada, vuelvo a sentirme segura y feliz.

Estamos en mi casa no solo porque tengo que darle de comer a Skittles y hacerle mimos, sino porque quiero imbuirle un buen karma con la esperanza de que los «dioses hogareños» me sonrían y le digan a mi padre que su ridícula demanda no tiene base legal.

Claro que sé que es una tontería. Hay muchas papeletas para que yo salga perdiendo. Así que el otro motivo para pasar tiempo en mi casa es que quiero recuerdos en ella con Lyle. Es el lugar que más quiero en el mundo y me apetece estar aquí con él.

—¿Estás seguro de que no prefieres que vayamos a algún restaurante, a un club o algo así? —le pregunto el viernes por la noche, al volver de un paseo al atardecer por la playa; no me apetece salir, pero esta noche parece inquieto y me da miedo estar coartando su estilo de vida de famoso.

—Joder, no. —Contesta con tanta firmeza que elimina casi todas mis preocupaciones—. Estoy justo donde quiero estar.

—¿Seguro? Esta noche pareces un poco ido.

—Qué va —replica, aunque se contradice cuando se levanta y se mete las manos en los bolsillos, una costumbre que, según he observado, tiene cada vez que se siente incómodo o inseguro.

—Suéltalo —le ordeno.

Titubea un momento, pero admite que ha hablado con Charles esa tarde.

—Charles —repito mientras intento recordar de qué me suena el nombre—. Ah, el abogado de tus películas. ¿Has decidido ya qué vas a hacer con esos contratos?

—¿Hacer? —Frunce el ceño—. No es cuestión de hacer o no. Charles solo los está revisando para comprobar todos los detalles.

—Oh. —Creía que a lo mejor había decidido rechazarlos y aceptar *Arizona Spring*—. ¿Y qué pasa?

—Le pedí que mirase lo de tu casa. Por si se podía hacer algo para detener la partición.

Por un segundo, me emociono. Luego me doy cuenta de que no tiene buenas noticias.

—Son malas noticias —digo, y él asiente.

—Podrías oponerte, pero así solo conseguirías que te cargasen con las costas. Y tendrías que pagarlas del dinero que consigieras con la venta forzosa.

Me acerco a sus brazos extendidos y suspiro cuando me abraza con fuerza.

—Lo siento —me dice—. Esperaba que pudiera hacer algo de magia. Es uno de los abogados más influyentes de la ciudad. Pero tu padre está empeinado. Ni siquiera el alegato de que iba a echar a su hija del único hogar que ha conocido hizo mella. Y se niega en redondo a encontrarse contigo en persona.

Asiento con la cabeza. Siempre he creído que mi padre era un hijo de puta, y si no lo era podría localizarme y demostrarme que es un buen hombre.

Ni se me había ocurrido que pudiera localizarme para demostrar que era el gilipollas por el que siempre lo había tenido, pero supongo que es bueno saber que no he estado poniéndolo verde toda la vida sin motivo.

—Así que esto es todo —digo—. Dentro de unas semanas perderé este sitio.

—Sugar, lo siento muchísimo.

Me lleva hasta el sofá y me acurruco a su lado y dejo que me acaricie el pelo mientras me hago a la idea. La verdad, no es una transición dura. Desde que abrí el sobre con los documentos del juzgado supe que era una pelea que seguramente no podría ganar. Pero eso no disminuye el dolor de la derrota.

—¿Qué puedo hacer? —me pregunta.

—Esto está bien —admito—. Que me abracés así. —Ladeo la cabeza para poder verle la cara—. Puedo dejarla..., lo sé. Solo necesito estar triste un tiempo.

—Claro que puedes dejarla —asegura—. Te costará, pero lo superarás.

—Sí —digo. Suspiro y me siento, porque algo en sus palabras me obliga a hacerlo—. Y lo mismo se puede decir de ti —susurro—. También puedes dejar a Jenny.

Me mira con los ojos entrecerrados, con una extraña mezcla de confusión y nerviosismo en la cara.

—Ya hemos hablado de esto —dice—. Tenías razón, te lo dije. Y estoy dejando el pasado atrás.

Me humedezco los labios, dudando. Los últimos días han sido maravillosos y no quiero hacer estallar un petardo en medio de tanta serenidad. Pero el tiempo se acaba, aunque yo sea la única que se da cuenta.

—Eso no es verdad —replico al cabo de un rato—. Si le das la espalda a *Arizona Spring* para hacer las otras tres películas, estarás...

—¡No! —La palabra suena dura, seca, y mientras resuena me pega a él; y el abrazo es tan duro como la palabra—. Joder, Laine, es mi carrera. No la de Jenny. Debes confiar en que estoy haciendo lo que quiero. Lo mejor para mí.

Asiento y me rindo. Porque la verdad es que sé que él cree lo que me ha dicho.

Pero yo estoy igual de convencida de que se está aferrando a Jenny y a su pasado con fuerza. Son como una cinta elástica que lo ancla al ayer. Y aunque puede seguir adelante conmigo, centímetro a centímetro, kilómetro a kilómetro, esa cinta siempre tirará de él.

Y a menos que la corte, algún día, cuando menos se lo espere, el elástico se estirará demasiado y lo alejará de mi lado, con tanta fuerza y tan rápido que no tendré fuerzas para retenerlo junto a mí.

El almuerzo de la fundación no se parece en nada a lo que me había imaginado. Es al aire libre, en un patio de piedra caliza y hierba precioso, situado a espaldas de un enorme edificio de oficinas que alberga su sede central. La propiedad es enorme y hay cabañas para que los niños se alojen durante los campamentos que financia la fundación.

De hecho, hay un campamento este fin de semana y toda la zona está llena de niños que corren, juegan y ríen. Niños que, me dice Lyle, tienen muy poco por lo que sonreír.

Según él, no es el único lugar de este tipo en el entramado Stark.

—Damien fundó también una organización educativa y esa lleva operativa mucho más tiempo. Y hay un campamento parecido para los niños que están en ese programa.

—Es impresionante —digo, y él me da la razón con entusiasmo, mientras me habla de las dos organizaciones, pero sobre todo de la Fundación Stark para la Infancia, que es específica para niños maltratados, abandonados y cualquier otro niño que necesite ayuda externa.

—¿Cómo te involucraste en el proyecto?

—Se lo pedí a Damien —contesta. Paseamos por el jardín y nos detenemos de vez en cuando

para hablar con los niños, lanzarles una pelota o ver uno de sus trucos de magia, que han aprendido durante este campamento—. Pensaba en toda la mierda que tragamos Jenny y yo y quería formar parte de algo que ayudara a niños en esa situación. —Esboza una sonrisa irónica—. Lo del patrocinador famoso vino después. Solo quería trabajar sobre el terreno con los niños y ayudar a la fundación económicamente. Pero el patrocinio también ayuda —continúa con aire filosófico—. Solo que trabajo lejos de los niños delante de los medios en vez de con ellos.

—¡Ly! ¡Ly!

Me vuelvo para ver a Lara corriendo hacia nosotros. Sus piernecillas se mueven a toda velocidad.

—¿Juegas al avión conmigo?

—Vale, pero ¿por qué no vamos a preguntarles a los demás si también quieren jugar?

Echo a andar junto a Nikki, que lleva en brazos a Anne, su hija pequeña. Lyle se dirige hacia el parque de juegos infantil, donde procede a hacer volar a un nutrido grupo de niños, como si fueran un avión.

—Es una organización increíble, de verdad —le digo a Nikki.

—Sí que lo es. Damien no tuvo una buena infancia. Y quiere que sea mejor para el mayor número de niños posible.

Pienso en Damien, en el famoso jugador de tenis y multimillonario, y recuerdo los secretos oscuros que salieron a la luz hace unos años. Miro a Lyle, pensando en que es algo que Damien y él tienen en común. Secretos oscuros y una infancia destrozada.

—Lyle es una gran baza —continúa Nikki, que sigue mi mirada.

—Cree de verdad en lo que hace la fundación —le aseguro mientras por un altavoz llaman al señor Tarpin y a los representantes de los medios de comunicación para que vayan al vestíbulo principal—. Aunque creo que preferiría seguir haciendo eso —añado señalando con un dedo a Lyle y a los niños— antes que dar una rueda de prensa.

—¿Y quién no? —pregunta Nikki al tiempo que Lara y Lyle se acercan a nosotras para ir todos juntos al vestíbulo.

Nikki y yo nos quedamos a un lado, delante del estrado, mientras Damien y Lyle suben. Dado que se trata de un evento informativo, la audiencia está compuesta totalmente por periodistas, y reconozco a unos cuantos de la noche que se presentaron en mi casa, incluido el que soltó la bomba del compromiso, el chico de la perilla que Lyle me dijo después que se llamaba Gordy.

Damien empieza a hablar y le resume a la prensa qué es la fundación y el trabajo que realiza. Luego presenta a Lyle, que también hace una breve presentación acompañada de diapositivas en las que se ven varios niños a los que la fundación ha ayudado.

Ambas intervenciones son cortas, posiblemente porque el objetivo real es abrir la ronda de preguntas. Y en cuanto Lyle lo hace, la voz de Gordy resuena por el vestíbulo.

—Señor Tarpin —comienza—, ha llegado a mis oídos que su compromiso con Sugar Laine es una farsa, orquestada para ocultar el hecho de que la señorita Laine solo era una más de una larga lista de mujeres a las que pagó por sexo. ¿Puede decirnos cómo, con semejante historial, está cualificado para ser la cara visible de una organización para la infancia?

Me duele la mano y me doy cuenta de que he estirado el brazo y le estoy sujetando la mano a Nikki con tanta fuerza que seguramente le he cortado la circulación.

Me vuelvo hacia ella, a punto de decirle que lo siento, pero se limita a menear la cabeza. Veo el dolor reflejado en sus ojos y advierto que no es por lo que Lyle y yo hemos hecho, sino por cómo se ha hecho público.

—Sobrevivirás —me dice mientras me esfuerzo por respirar—. Repítete que sobrevivirás y te prometo que lo harás.

Asiento, aunque me siento desnuda y violada. Como si hubieran abierto un agujero negro bajo mis pies. Mis decisiones personales, mis secretos, esparcidos por la prensa como alpiste para pájaros, y me quedo helada cuando empiezan a picotear.

La gente se vuelve hacia mí para mirarme con la boca abierta. Para sacar el móvil y hacerme fotos. Para gritarme cosas y preguntas.

No les importa mi dolor. Ni mis motivos. Ni el porqué de mis decisiones.

Y desde luego que no les importa el rumbo que tomaron dichas decisiones: hacia un amor tan profundo que el dolor que ahora veo reflejado en la cara de Lyle me afecta más que la puñalada verbal de ese periodista.

Tengo que llegar hasta él. Tengo que tocarlo.

Tengo que sentir nuestra conexión.

Pero no puedo llegar hasta él a través del mar de cuerpos y él no puede librarse del equipo de seguridad que lo sujeta de los brazos y se lo lleva del estrado, aunque recorre la multitud con la mirada, buscándome, estoy segura.

Nikki se hace con el control y me conduce alrededor del estrado hacia otro hombre con una camiseta negra que indica que forma parte del equipo de seguridad Stark. El hombre se pone a un lado y su compañero se coloca a nuestra espalda y nos abre camino hasta que llegamos a un pasillo y, después, a un despacho al fondo.

Entro en tromba y Lyle me abraza con fuerza.

—Lo siento —dice con una expresión desolada que refleja cómo me siento—. Lo siento mucho, joder.

—No es lo peor —comenta Damien, que está apoyado en el escritorio mirando el móvil—. Ha sincronizado la pregunta con la publicación de fotos en su sitio web.

—Mierda —dice Lyle cuando Damien le pasa el teléfono.

Hay imágenes de cuatro mujeres, incluida yo, entrando en diferentes habitaciones de hotel. Bastante inocente todo, a menos que se lea el texto, en el que deja claro que una fuente anónima le dijo a Gordy que el perfecto Lyle Tarpin contrataba a chicas de compañía, y Gordy decidió que la misión de su vida era hacer público semejante escándalo.

—No lo entiendo —digo mientras Lyle se tensa a mi lado—. ¿Cómo ha podido enterarse de lo nuestro? Y ya que estamos, ¿cómo ha podido enterarse de lo de las demás?

—¡Rip! —Lyle pronuncia el nombre como si estuviera maldito, con una rabia infinita.

—¿Cómo? —pregunto.

—Estábamos muy unidos —contesta al tiempo que se pasa los dedos por el pelo—. Y cuando empezó a tener problemas con las drogas intenté hablar con él. Ayudarlo a superarlo. Le conté cosas que no debería haberle contado... Nunca creí que se volvería contra mí.

—La envidia puede corromper a un hombre —dice Damien, y Lyle lo mira antes de asentir despacio con la cabeza, con el rostro demudado por la rabia.

—¿Puedes dar con él? ¿Puede encontrarlo tu gente de seguridad? ¿Pueden dar con su dirección?

—Lyle, no —digo.

—No tenía derecho... Ese cabrón nos ha destrozado la vida delante de todo el puto mundo. Joder, pues claro que me voy a enfrentar a él.

—¿Por qué? —le pregunto—. ¿Por ser un gilipollas? Ha dicho la verdad, Lyle. Sabía desde el primer día, cuando accedí a ir a tu habitación de hotel, que esto podría pasar. Ojalá no hubiera pasado, pero ha sido así. Y no puedes darle una paliza, hacer que lo arresten o denunciarlo por contar la verdad. No merece la pena.

Se da la vuelta, soltándose de mis brazos para poder andar de un lado para otro por el despacho.

—Supongo que ahora él es el chico de oro, ¿no? Me ha jodido pero bien, ¿verdad? Voy a tener que dejar el puesto, ¿a que sí? —le pregunta a Damien.

—Si por mí fuera, no —contesta Damien—. Con la salvedad de que me gustaría que le contaras al mundo toda la verdad sobre el motivo de que seas tan buen defensor de estos niños, pero yo quiero que te quedes. Aunque no depende de mí —continúa—. El consejo directivo de la fundación toma esas decisiones. Yo tengo voz, pero no el control absoluto. Así que, si quieres conservar el puesto, al menos tendrías que salir a defenderte.

—No puedo negarlo —dice Lyle, que me mira.

—No deberías hacerlo —replica Damien—. Deberías contarle al mundo todo lo demás. Toda la verdad, Lyle. Todos los motivos por los que querías formar parte de esta organización. Créeme —añade—, es doloroso, pero pasarás página. He estado en la misma situación. Lo sé.

Me sorprende al entenderlo todo. «Damien lo sabe», pienso. Cuando Lyle acudió a Damien

para formar parte de la Fundación Stark para la Infancia, tuvo que ponerlo al día de todo, a sabiendas de que Stark lo entendería, porque él también había padecido mucho.

Espero que las sentidas palabras de Damien basten para convencer a Lyle, pero, cuando lo veo meterse las manos en los bolsillos en vez de contestar, sé que el camino puede ser largo hasta llegar a ese punto.

Sin embargo, el hecho de que nos lo haya contado a Damien y a mí me da esperanzas.

—Tengo que hacer una declaración y ponerme a trabajar —dice Damien.

—¡Dios! —exclama Lyle—. A la fundación no le beneficia nada esto. Lo siento mucho.

—No te preocupes —dice Damien con firmeza—. Tengo un largo historial en cuanto a lo de sobrevivir a escándalos. La fundación saldrá adelante. —Nos mira a Lyle y a mí—: Os dejamos a solas para que podáis hablar.

Asiento con la cabeza, aunque tengo un vacío en el estómago. Lyle me abrazó cuando entré en el despacho, pero después me apartó. Y no me ha tocado desde entonces.

Nikki y Damien se van, flanqueados por el equipo de seguridad, y en cuanto la puerta se cierra me acerco a Lyle. Intento abrazarlo, pero me esquivo y el gesto llena ese vacío con un montón de piedras pesadísimas.

—Lo siento mucho —dice, mirándome con expresión atormentada—. Yo te he hecho esto. Dios, Sugar, seguro que me odias.

—Solo podría odiarte si descubriera que contrataste a más mujeres desde que estamos juntos.

—¡Dios, no! Nunca más. Desde que te conozco, solo he estado contigo. —La respuesta es rápida y vehemente; no tengo dudas, por supuesto, pero, de haberlas tenido, la negativa tan rotunda las habría disipado.

—Entonces ¿por qué lo sientes?

—¿Estás de coña? Las cámaras de esos gilipollas también te han grabado a ti. Te hace tanta gracia como a mí que esto se haya hecho público.

—Pues claro que no me hace gracia. Pero eso no te convierte en culpable. A ver, por favor. Yo sabía perfectamente en lo que me metía. Y todo se resume en que acepté un trabajo en el que se pagaba dinero por sexo. Y también acepté cobrar por fingir un compromiso para pagar el préstamo de mi casa. Lo hice, Lyle. Nadie me obligó. —Tomo una honda bocanada de aire y me siento mucho mejor, porque me lo estoy sacando de dentro—. Y sí, era un secreto, pero ¿qué más da? Ha salido a la luz por una decisión que tomé. Y aunque lo filtró el gilipollas de tu antiguo compañero, eso no cambia el resultado: ha salido a la luz porque es verdad. Porque en algún momento he hecho todas las cosas que los periodistas están diciendo.

—Esta fundación es importante para mí —ruge Lyle—. Y Rip y ese dichoso periodista me la han arrebatado. Sabes muy bien que voy a tener que dejar el puesto, ¿verdad? Es imposible que el consejo directivo me mantenga. No pueden permitirse que en cada evento saquen a relucir mi

comportamiento en vez de hablar de los niños. ¡Mierda! —Empieza a andar de un lado para otro de nuevo—. Era una de las pocas cosas en mi vida que parecía real y me la están arrebatando.

—Lo siento —digo—. De verdad. Pero tu talento es real. Tu pasión.

—He estado viviendo una mentira y ahora ha vuelto para atormentarme. —Habla con voz ronca. Torturada.

Me escuecen los ojos por las lágrimas, que intento contener. Ahora mismo, Lyle está roto en mil pedazos y me muero por recomponerlo. Pero no sé cómo. Me temo que el único que puede hacerlo es él mismo.

—Yo no soy una mentira —susurro—. Nosotros no somos una mentira.

Lo miro a la cara, pero no confirma mis palabras y el corazón me sangra un poquito.

Tengo que tragar saliva un par de veces antes de poder continuar. Apenas me sale la voz por el nudo que tengo en la garganta debido a las lágrimas.

—¿No lo entiendes? —le pregunto—. Se te está yendo la pinza porque alguien ha sacado a la luz la verdad. ¡La verdad! —repito.

Levanta la cara y me mira, con una expresión recelosa de animal enjaulado.

—Damien tiene razón. Es hora de que dejes de vivir una mentira. Hasta que no lo hagas, esta pareja será tan falsa como el compromiso.

Ya estoy llorando y me quito el precioso anillo para ponérselo en la palma de la mano.

—Sugar, no...

—Necesitas tiempo, Lyle —le digo—. No puedo... No sé cómo ayudarte. Tienes que superarlo.

—¿Cómo?

Meneo la cabeza.

—Enfréntate a la situación. Asúmela. Esquivala o arrincónala. No lo sé. Ojalá lo supiera. —Me seco las lágrimas con un gesto furioso de la mano—. Solo sé que te quiero —susurro—. Pero tu lucha es interna, Lyle, no con el mundo. Y ahora me tengo que ir, de verdad.

El teléfono no paraba de sonar, pero a Lyle le importaba un rábano.

No le interesaba hablar con los periodistas, tan decididos a perseguirlo, ni tampoco quería hablar con sus amigos.

Lo único que le apetecía era regodearse en su miseria. Y, la verdad, lo estaba haciendo genial.

Llevaba dos días encerrado en el apartamento, bebiendo whisky escocés, comiendo conos de maíz y escuchando música country con las persianas bajadas. La única luz procedía de los apliques encastrados debajo de los muebles de la cocina.

Tenía el guion de *M. Sterious* en la mesa, delante de él, y al lado el de *Arizona Spring*. El único motivo por el que tenía el teléfono cerca era para ver la foto de Sugar en la pantalla de bloqueo y, cada vez que alguien lo llamaba o le mandaba un mensaje, la pantalla se encendía y veía la foto.

Y tenía el anillo. Joder, si hasta lo llevaba puesto, aunque solo le entraba hasta la primera falange del dedo meñique. Necesitaba tenerlo cerca. Necesitaba tenerla a ella cerca.

Porque la quería.

Punto final.

Simplemente la quería, pero no sabía si era demasiado tarde. No sabía si contaba con la fuerza suficiente para recuperarla.

Oyó una llave en la cerradura y frunció el ceño.

—Joder, Nat, te dije que no aparecieras esta puta semana.

—Ella obedece tus órdenes —replicó Riley—. Yo no.

Lyle cerró los ojos y después se frotó las sienes. No estaba para gilipolleces en ese momento.

O a lo mejor sí.

—Soy un puto desastre, tío.

—Desde luego —convino Riley mientras observaba la escena—. Pareces una cría alienígena instalada en un nido.

Como no podía discutírselo, le respondió con una peineta.

—En serio, tío, Laine está preocupada.

—¿Te lo ha dicho ella? —Sintió que la esperanza renacía en su pecho.

—Me acojo a la Quinta Enmienda. No creo que quiera que sepas que me ha llamado.

—Vale. —Y pensó: «Joder».

—¿Quieres saber por qué estoy haciendo de intermediario? Tenías algo bueno con ella. ¿Cómo

es posible que las chorradas de la prensa se lo hayan cargado?

—La prensa no tiene la culpa —reconoció Lyle—. Quien se lo ha cargado ha sido el menda, aquí presente. Cada vez que tengo algo bueno en la vida, lo destrozo.

Sin embargo, en cuanto lo dijo comprendió que no era cierto. Se había cargado su reputación, algo que era cosa suya por completo, y se había cargado la posibilidad de ganar pasta. Su popularidad.

Pero Laine tenía razón: ninguna de esas dos cosas era su pasión.

De manera que la pregunta era si la había cagado tanto como para que lo vetaran del mundo del cine.

Y lo más importante: si la había cagado tanto que sería incapaz de recuperarla.

—Si quieres que te diga la verdad —le dijo a su amigo—, no sé qué hacer. No sé cómo recuperarla, ni cómo recuperar mi vida ni cómo salir de este dichoso agujero en el que me he metido.

—Déjate de gilipolleces —replicó Riley—. ¿Tú, el tío que planeó su propio rescate con solo dieciséis años? Y no solo el tuyo, también el de Jenny. Y no —dijo al tiempo que levantaba una mano para que no lo interrumpiera—, ni se te ocurra decirme que tu plan fracasó por culpa del accidente. Nadie tuvo la culpa de eso. De ahí que se llame así, accidente.

—Riley...

—Lo digo en serio, Lyle. Has estado planeando tu carrera como si fueras Jenny y su agente, todo en uno. Pero es tuya. Es tu carrera. Deja la culpa a un lado por una vez en tu vida y dale las gracias a Jenny por haberte llevado a trabajar en algo que te encanta.

—¿Puedo hablar ya?

—¿Qué? —suelta Riley con brusquedad.

—Tienes razón.

—Me cago en diez, eso es... Ah. Pues sí, joder, tengo razón.

Lyle se levantó del sofá y pulsó el mando a distancia para subir las persianas, tras lo cual el piso se llenó de luz.

—Tienes razón —repitió—. He sobrevivido a cosas peores que esa. Mi infancia fue peor que todo esto.

—Di que sí. ¿Qué vas a hacer ahora?

Lyle levantó un dedo y marcó un número en el teléfono.

—Hola —dijo cuando ella contestó—. Necesito verte. Voy de camino.

—¿Vas a casa de Laine? —le preguntó Riley.

Lyle negó con la cabeza.

—Antes tengo que ocuparme de unas cuantas cosas.

—No lo dudo —soltó Riley—. Pero, en serio, tío. Lo primero que tienes que hacer es meterte

en la ducha de cabeza.

Gracias por pasear a Lancelot conmigo —le digo a Greg mientras nos alejamos del apartamento de Jacob en dirección a mi casa.

—Lo que necesites —dice él—. Si quieres, voy al piso de Lyle y lo hago entrar en razón a golpes. El problema es que no sé dónde vive.

Nos hemos pasado todo el día hasta primera hora de la tarde trabajando en la reforma y la responsable he sido yo, porque necesitaba mantener la mente ocupada en todo momento para evitar pensar en Lyle. Y luego, cuando Greg me dejó en la puerta de mi casa, vi que Jacob estaba a punto de sacar a Lancelot. La idea de pasear y ver la puesta de sol me pareció otra forma fantástica de mantener a Lyle alejado de mis pensamientos, así que me ofrecí para hacerlo en su lugar y le pedí a Greg que me acompañara.

—Me sorprende que no te haya llamado —comenta—. Sé que al principio no me generaba mucha simpatía, pero ahora me cae bien. Y nunca he dudado de que está loco por ti.

—Yo tampoco lo he dudado nunca —le aseguro—. Tampoco lo pongo en duda ahora. —Me detengo al llegar a la puerta de madera de mi casa—. ¿Quieres entrar y ver una película?

—Claro —contesta—. ¿Me invitas porque te mueres por tener compañía o porque quieres distraerte para no pensar en Lyle?

—¿Te ofendes si te digo que es por lo segundo? —pregunto a modo de respuesta, mientras introduzco el código para abrir la puerta y echamos a andar hacia el porche.

—Ni me ofendo ni me sorprende —responde él.

—En fin —digo, retomando la conversación anterior—, las cosas entre Lyle y yo siempre han ido genial. Supongo que por eso me resulta tan difícil.

—Porque no es algo que puedas solucionar con una disculpa o enmendando un error tuyo —añade él—. Lo entiendo.

—Lo único que puedo hacer es esperar e intentar no obsesionarme. Y pensar en otras cosas. —Hago una mueca—. Por lo menos todo este melodrama está ayudándome a no pensar en la casa. Y menos mal que la prensa ha dejado de perseguirme.

Durante los primeros días, los periodistas me tuvieron asediada, pero acabaron aburriéndose de mis «Sin comentarios».

—¿Quieres que venga este fin de semana y te ayude a guardar cosas? La otra noche estuve hablando con Joy y con Nessie en el Blacklist y las dos se apuntan a un maratón de embalaje.

—No me apetece mucho, pero sí, seguramente deberíais ayudarme. —Suelto un hondo suspiro—. Me quedan dos semanas hasta que el tribunal decida y después me darán unas cuantas semanas más para dejar la casa.

—Será peor si te esperas y tienes que irte a la carrera.

—Lo sé. Es que me cabrea pensar que todo esto es real, aunque sé que lo es. —Lo miro con una sonrisa irónica—. Supongo que debería darle las gracias a Lyle por esto. Todo lo que ha pasado con él me ha ayudado a no pensar en que dentro de nada estaré en la calle. —Tecleo el código para abrir la puerta—. Pero le echo de menos —digo cuando abro...

... y lo veo delante de mí.

Está en mitad del salón, mirándome con una rosa en la mano.

—Hola —me saluda con una sonrisilla—. Traigo una ofrenda de paz.

La acepto con el pulso acelerado y me llevo la rosa a la nariz para olerla.

—Hola, Greg —dice—. ¿Te importaría...?

—Me voy —lo interrumpe él, y después me mira a mí—. Quieres que me vaya, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Pues entonces lo haré, pero antes de irme quiero decir que espero que hayas venido para solucionar las cosas. Porque te juro que como le hagas daño te cuelgo por las pelotas y te emparedo en una habitación. Tardarán un siglo en encontrar tu cuerpo.

—Lo tendré en cuenta —asegura Lyle sin sonreír siquiera—. Creo que es lo justo.

—Vale, pues me voy.

Me despido de él con un abrazo y prometo llamarlo por la mañana. Cierro la puerta cuando se marcha y me doy media vuelta para mirar a Lyle.

—Gracias de nuevo —digo levantando mi rosa—. Debería ponerla en agua.

—Espera.

Me agarra por la muñeca mientras intento pasar por su lado y tengo que cerrar los ojos para defenderme de la reacción de mi cuerpo. Hace días que no nos vemos y el contacto de su piel despierta todos mis sentidos. Bastante difícil es estar tan cerca de él, pero si a eso le sumo el contacto físico, me resulta casi imposible.

—Por favor —le suplico mientras me libero con delicadeza—. No puedo hacer esto si me tocas. Necesito ser capaz de pensar.

—¿Qué tienes que pensar?

Meneo la cabeza.

—No lo sé. Y supongo que da igual que me toques o que no. La verdad es que de todas formas no hago más que pensar en ti.

Se acerca a mí, pero retrocedo. Sin embargo, me sujeta con delicadeza y me pone un mechón de pelo detrás de una oreja.

—Lo siento mucho. Muchísimo.

Cierro los ojos para luchar contra las lágrimas mientras me invade la oscuridad. Porque sé lo que eso significa.

Significa que todo ha acabado.

—No debería haber tardado tanto en darme cuenta.

Sus palabras calan poco a poco en mi mente y, cuando abro los ojos, lo veo sonriendo.

—Fuiste tú quien me sacaste de la oscuridad. Quien me ayudó a ver lo que de verdad importaba.

—¿Ah, sí?

—Tu familia. Tus recuerdos. Tu integridad. Me pusiste un espejo delante, aunque he tardado mucho en verlo todo con claridad. Te quiero, Sugar —añade con convicción—. Eres la única mujer a la que he querido en la vida y eres lo mejor que me ha pasado nunca. Te quiero.

Sus palabras me atraviesan, me envuelven. Me llenan de alegría.

—Yo también te quiero —digo—, pero...

Me pone un dedo sobre los labios para silenciarme y después menea la cabeza.

—Sé lo que vas a decir. Que el amor no es nuestro problema. Lo sé. Hasta hace poco, llevaba una vida que era un espejismo. Pero eso ya ha acabado. No voy a seguir viviendo el sueño de otra persona. No voy a mentir más sobre mí mismo.

La emoción me paraliza. La esperanza me inunda el pecho hasta el punto de impedirme respirar.

—Esta mañana estuve hablando con Evelyn.

—¿Todo bien con las ofertas de las películas? Me refiero a que no las habrán retirado por culpa del escándalo, ¿no?

Niega con la cabeza.

—No hay ningún problema —me asegura—. En parte porque esta ciudad se alimenta de los escándalos, pero sobre todo porque no voy a hacerlas.

Abro los ojos como platos.

—¿Cómo?

—He rechazado la oferta de participar en las siguientes tres películas. Pero les hemos dicho que seguiré unido al proyecto de *M. Sterious* siempre y cuando retomen el guion original. Han accedido.

—¿En serio?

Asiente con la cabeza.

—Han regateado. Según ellos, tenían que reducir el porcentaje de mis beneficios debido al escándalo y un montón de tonterías más. Pero al final, cuando comprendieron que no podrían hacer tres películas más, accedieron. En el fondo no son tontos. Saben que el guion original era mejor.

—Lyle, eso es genial. Te encantaba ese guion.

—Ajá —afirma con una sonrisa—. La verdad, no veo la hora de empezar el rodaje. Además, sin las otras películas ya en la agenda, he podido aceptar la oferta para participar en *Arizona Spring*.

Meneo la cabeza, asombrada, y extendiendo los brazos para abrazarlo.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—Joder, yo también. Tenías razón. —Me levanta la barbilla para que lo mire a los ojos—. Jenny quería fama y dinero. Yo quiero actuar. Tú lo captaste desde el principio, aunque ni yo mismo era capaz de ver mi vida con claridad.

—Solo necesitabas un espejo —le recuerdo.

—Y tú me lo has dado. —Me besa con delicadeza en los labios.

—Lyle —murmuro mientras me invade un deseo conocido.

—Lo sé —dice él—. Yo también. Pero tengo que decirte algo más.

Le indico que continúe y me alejo para poder mirarlo mejor.

—He renunciado a mi puesto en la Fundación Stark para la Infancia.

—¡Oh! —Trago saliva. Es genial que haya aceptado que estaba viviendo el sueño de Jenny, pero esperaba que siguiera el consejo de Damien y que lograra quitarse de encima la losa de sus secretos del pasado—. ¿Qué ha dicho Damien?

—En realidad, fue idea suya. He hablado con él después de hacerlo con Evelyn.

—¿Ha sido idea suya? Pero pensaba que él quería que le hablaras de tu pasado a la junta directiva. Que explicaras el vínculo que tienes con los niños.

—Sería genial si el puesto me gustara. Es decir, me alegra colaborar con la fundación en lo que pueda ayudar. Pero tengo otra idea. Por suerte, a Damien le ha encantado. Y después lo consultó con otros miembros de la junta, para ver cómo reaccionaban, y también les encantó.

— ¿Y...?

—Voy a ser consejero juvenil de la Fundación Stark para la Infancia —anuncia—. Con suerte, el primero de muchos.

Meneo la cabeza.

—¿Debería saber lo que es?

—No. —Sonríe de tal manera que creo que estoy pasando algo por alto—. Me lo he inventado yo. La idea es encontrar famosos con una infancia jodida y, básicamente, hacer público su pasado. Al mundo, por supuesto, pero sobre todo a los niños. Para que comprendan que no están solos.

—Lyle... —Las lágrimas me humedecen las mejillas—. ¡Es una idea increíble!

—Esperaba que te gustase. No lo hago por ti ni por nosotros, pero no puedo negar que esperaba que entendieras lo mucho que esto significa para mí.

—Lo entiendo —le aseguro. Me pongo de puntillas y él se inclina para besarme de tal manera que el placer me recorre el cuerpo y me siento arder.

Cuando nos separamos, respiro con dificultad y, mientras Skittles se frota contra mis tobillos, cojo a Lyle de la mano con la intención de llevarlo al dormitorio para echarle un polvo.

—Espera —me dice—. Hay otra cosa. Estos últimos días han sido infernales sin ti. No quiero pasar por eso otra vez. Algún día te daré de nuevo el anillo. Pero, ahora mismo, me gustaría preguntarte si quieres que vivamos juntos. Porque no deseo estar separado de ti ni un minuto más.

—Sí. —Tengo la impresión de que estoy a punto de estallar—. Por supuesto, sí. —Sonrío con tantas ganas que me duele la cara, pero de repente recuerdo la logística y la sonrisa desaparece—. Pero tendrá que ser en tu piso. Dentro de poco perderé esta casa. —Suspiro—. Voy a echarla mucho de menos. La casa. El vecindario. La playa.

—En realidad, creo que sería mejor que viviéramos en mi casa. Puedo dejar el piso como oficina.

—¿Tienes una casa? —¿Cómo es no me he enterado de eso?

—La verdad es que acabo de comprarla.

—Supongo que no tendrá vistas al océano... —comento con sequedad.

—Desde el tejado, pero la playa está a un paso.

—¿En serio? ¿Dónde está?

—Cerca —contesta—. ¿Quieres verla? —Me coge de la mano y me lleva hasta la puerta.

—¿Podemos ir andando?

—Claro.

—Mmm..., vale. —Conozco bien el vecindario y no recuerdo que hubiera ninguna casa en venta. Pero, claro, últimamente he estado un poco distraída.

Andamos hasta la puerta de madera y en cuanto pisamos la acera me dice:

—Ya hemos llegado.

Lo miro confundida y después veo que está contemplando mi casa.

Eso me confunde todavía más.

—No lo entiendo —confieso.

—Tu padre quería el valor de la propiedad libre de cargas, así que le he comprado su parte. Esperaba que no te importase que los dos seamos dueños. Como estoy enamorado de ti y eso...

—No —digo mientras intento con desesperación no llorar y me arrojo a sus brazos para abrazarlo con fuerza, para abrazar a este hombre que me quiere, que me cuida y al que quiero con toda mi alma—. No me importa en absoluto.

Epílogo

Para su publicación inmediata:

La Fundación Stark para la Infancia y su consejero juvenil, Lyle Tarpin, se complacen en anunciar que ayer fue el último día de rodaje de *M. Sterious*, la próxima película del universo Blue Zenith, que se estrenará en verano. Sin embargo, lo importante no solo era el remate del rodaje. También son importantes los niños agraciados con la Fundación Stark para la Infancia, así como con los voluntarios y los donantes que han ofrecido de forma tan generosa su tiempo y su dinero.

Como sorpresa especial, más de cincuenta usuarios presentes y pasados de los servicios y de las becas de la fundación asistieron al último día de rodaje y a la fiesta que se celebró a continuación en la parte posterior del estudio.

Asistió el reparto al completo y cada niño recibió un paquete con recuerdos de la película firmados.

Claro que la celebración no acabó ahí, ya que la fiesta se convirtió en la celebración de un compromiso cuando Tarpin se hizo con la atención de todos para anunciar formalmente su compromiso con Sugar Laine.

La boda tendrá lugar en verano, y la Fundación Stark para la Infancia le ofrece sus mejores deseos a la feliz pareja.

J. Kenner, una de las reinas del romance erótico con más de 2.000.000 ejemplares vendidos en todo el mundo, presenta «Noches inolvidables», una serie compuesta de tres historias apasionadas que dejan huella.

**Por la noche el deseo se apodera de la conciencia y los cuerpos se entregan al placer.
Descúbrelo en la segunda entrega de «Noches inolvidables».**



Sugar Laine nunca hubiera imaginado que debería recurrir a la prostitución para salir adelante, pero a veces la vida se tuerce y toma caminos sinuosos. Ahora ni siquiera sus múltiples empleos le permiten mantener su casa, lo único que tiene después de la muerte de toda su familia. Por eso hace de tripas corazón y acepta la propuesta de ser escort de lujo para un cliente muy especial, el señor Z.

Lo que ella ignora es que detrás de ese nombre se oculta el célebre y magnético actor Lyle Tarpin, un hombre que está en la cresta de la ola y que, sin embargo, no consigue ser feliz. Busca prostitutas hermosas que gocen con él a cambio de dinero; mujeres con quienes compartir una sola noche de sexo tórrido y luego poder olvidarlas sin el menor esfuerzo. Pero Sugar Laine es distinta. Y, tras una noche en que la curiosidad y el afecto se imponen al sexo, se inicia entre ambos una relación voluptuosa, clandestina y cargada de promesas de intenso placer.

La crítica ha dicho...

«Las lectoras de romance erótico se quedarán sin aliento con esta apasionante historia de amor.»
Harlequin Junkies

«Con su elegante prosa, Kenner ha creado una historia de amor que tiene las proporciones justas de lujuria, pasión, tensión sexual, emociones en estado puro y amor.»
Michelle, Four Chicks Flipping Pages

«Lyle y Sugar son adorables y sexys al mismo tiempo.»
Reads & Reviews

«J. Kenner seduce a los lectores con sus historias hasta que estos no tienen más remedio que

enamorarse de sus personajes.»

Relentless Romance

J. Kenner es una exitosa autora de romance erótico.

Nacida en California y abogada de profesión, ha escrito la serie «Stark» (compuesta por *Desátame*, *Poséeme*, *Ámame* y *Abrázame*), la trilogía «Deseo» (formada por *Deseado*, *Seducido* y *Al rojo vivo*), «El affaire Stark» (*Di mi nombre*, *En mis brazos* y *Bajo mi piel*) y «Pecado» (*Secreto inconfesable*, *Ardiente deseo* y *Delicioso tabú*) además de las e-nouvelles *Tómame*, *Compláceme* y *Sigue mi juego*.

Su obra ha obtenido un éxito destacado con más de dos millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, posicionándose durante semanas en las listas de best sellers de *The New York Times*, *USA Today*, *Publishers Weekly* y *The Wall Street Journal*. Además, la autora recibió en 2014 el premio RITA, el más prestigioso del género de romance erótico.

Serie Noches inolvidables



No quería enamorarme

Título original: *Wicked Dirty*

Edición en formato digital: junio de 2020

© 2017, Julie Kenner

Derechos de traducción cedidos mediante acuerdo con Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L. Todos los derechos reservados

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrena, por la traducción

Diseño de portada: lookatcia.com

Fotografía de portada: ©ISTOCK

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4459-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Quería olvidarte

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Epílogo

Sobre este libro

Sobre J. Kenner

Serie Noches inolvidables

Créditos